LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY

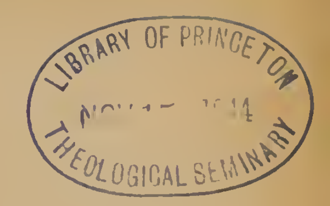
c.1



VARON

DE LOS CADUVEOS DE BOGGIANI

P. JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR



EL PARAGUAY CATÓLICO

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
AL XVII CONGRESO INTERNACIONAL DE LOS AMERICANISTAS EN SU REUNIÓN
DE BUENOS AIRES, EN MAYO 16 Á 21 DE 1910

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, PERÚ, 684

1910

Á LOS MIEMBROS
DEL XVII° CONGRESO INTERNACIONAL
DE LOS AMERICANISTAS

Reunión en Buenos Aires, 16 al 21 de mayo de 1910. Primer Centenario de la Independencia Argentina

Con la publicación de la obra conservada inédita del reverendo padre José Sánchez Labrador S. J., cuyo rico material histórico, geográfico y etnográfico el lector no tardará en conocer, la Universidad de La Plata continúa cumpliendo la tarea que se ha impuesto de contribuir á la mayor difusión de los conocimientos relativos á la antigüedad americana, á la vinculación del presente con el pasado y á la formación del tesoro informativo, con el cual el estudioso argentino y extranjero, puedan construir, en necesaria concurrencia única, la verdadera historia, la que se funda en la amplia y honda base científica.

Se había ya interrumpido en el país la serie de los viajes, crónicas, historias y descripciones de Indios, y en particular de las regiones convergentes al Río de la Plata y de la propia comarca, comenzada por de Angelis, restaurada por Lamas, y renovada en los últimos tiempos por la Biblioteca Nacional y por la Junta de Historia y Numismática americana; y comprendiendo la Universidad platense que debía ella también concurrir con sus ya valiosos elementos propios á tan patrió-

tica como civilizadora misión, dispuso, en ocasión del Centenario de la Independencia, engrosar el caudal bibliográfico argentino y universal de la historia de América, y de sus riquezas naturales, con una serie de obras inéditas, rarísimas ó mal editadas en su tiempo, que más que las narraciones, diesen por sí mismas una idea exacta de la cultura de la época colonial ó de la que le siguió de inmediato.

Así nació la biblioteca que ahora empieza con el valioso libro del reverendo padre Sánchez Labrador, que bajo su aspecto científico y por su sentido descriptivo del país á que se refiere en sus diversas faces, la Universidad ha prohijado complacida, por medio de su Instituto del Museo y bajo el celoso cuidado de su director, y se hace un singular honor en dedicarla á los miembros del XVII° Congreso internacional de los Americanistas, á cuyos trabajos se incorporó, por primera vez desde su reciente creación, durante su sesión de Viena en 1908.

Quiere al mismo tiempo esta joven Universidad atestiguar, que si está decidida á trabajar en el campo circunscripto de las ciencias, la historia y las letras argentinas, lo hace con el pensamiento fijo en la cultura universal y en constante labor de solidaridad con todos los hombres, institutos, universidades y naciones que consagran sus esfuerzos á estos silenciosos pero fecundísimos estudios, que tienen el inmenso valor de los bloques angulares sobre los cuales las nacionalidades edifican su propia vida y civilización.

J. V. González,
Presidente de la Universidad de La Plata.

Mayo de 1910.

PRÓLOGO

DATOS BIOGRÁFICOS Y BIBLIOGRÁFICOS DEL P. JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR [1]

En la *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús,* y « Suplemento 1º », por el Padre Diosdado Caballero (1814), se hallan los siguientes datos, que por cierto no son demasiado completos; la verdad es que el benemérito Misionero inició su obra de evangelización en mala hora para la Compañía, para los pobres Indios sus catecúmenos y para la misma corona de España que inconscientemente (á lo que parece) le hacía el juego á la de Portugal. Nadie pensaba ya en la hagiografía de la Orden y casi ni lícito era nombrarla.

«José Sánchez Labrador, nació en la Guardia, pueblo de la diócesis de Toledo, el 19 de septiembre de 1717, entró en la Compañía en la Provincia de Toledo el 5 de octubre de 1731 é hizo la Profesión de cuatro votos el 20 de mayo de 1751. De la Provin-

[1] De Backer, *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus,* vol. 6, p. 592.

cia de Toledo se trasladó al Paraguay. Fué profesor de Filosofía y Teología con gran opinión de ciencia en la Academia de Nueva Córdoba. *Varón insigne por su prudencia, diligencia y paciencia, é investigador diligente de las cosas naturales :* son palabras del esclarecido varón Martín Dobrizhoffer en su egregia *Historia de los Abipones,* de quienes fué misionero en el Paraguay, editada en tres tomos en Viena el año 1874. El mismo Martín en otro lugar de dicha Historia, añade acerca de Sánchez : « *Estas cosas... y algunas otras las debo á las observaciones y relaciones de José Sánchez, diligentísimo explorador de la naturaleza... Ojalá tuviese á mano los dibujos de las fieras, aves, peces y plantas, hechos con su hábil pluma, dignísimos, por cierto, de que, para adorno de mi historia se grabasen con buril de Viena* ». Hasta aquí el mismo.

« Abandonando las cátedras que con tanto lucimiento desempeñaba, se ocupó Sánchez por mucho tiempo en convertir á la Fe cristiana y reducir al suave yugo del Rey Católico las naciones bárbaras del Paraguay para lo cual hubo de recorrer distancias inmensas, exponerse á grandes peligros y sufrir innumerables trabajos. En medio de expediciones tan ilustres y útiles para la gloria de Dios y benéficas para el Rey de España, fué Sánchez deportado á Italia con los demás compañeros. El santísimo anciano tan benemérito de la religión, del Rey, de la nación española y de todos los varones sabios, murió en Rávena en 1799.

Obras manuscritas. — Tradujo el catecismo á la lengua de los Mbayás en cuyo beneficio había derramado tantos sudores, para civilizarlos, reducirlos á vida más humana é iluminarlos con la luz del Evan-

gelio. Había escrito hasta la letra P [1] el Diccionario de la misma lengua adornado con preceptos gramaticales, que hubiese continuado hasta el fin á no haber intermediado el destierro. De la historia del Paraguay escrita en francés por el Padre Pedro Fr. Xav. Charlevoix, traducida al latín por el Padre Domingo Muriel y editada en Venecia en 1779.

Paraguay natural ilustrado. Noticias de la naturaleza del país con la explicación de fenómenos físicos, generales y particulares : usos útiles que de sus producciones pueden hacer varias artes. Parte primera, contiene los libros siguientes : primero, diversidad de tierras y cuerpos terrestres : segundo, agua y varias cosas á ella pertenecientes : tercero, aire, vientos, estaciones del año, clima de estos países y enfermedades ordinarias. Es un tomo en 4° de letra tupida en el que se ilustra el Paraguay natural en tres libros en los cuales erudita y copiosamente se trata de la diversidad de tierras y cuerpos terrestres, de las aguas, aire y vientos, de las tempestades, temperatura y enfermedades más comunes de esta región. *Parte segunda, contiene los libros siguientes : primero, botánica ó de las plantas en general : segundo, selvas, campos y praderías del Paraguay : tercero, los árboles en particular : cuarto, palmas, tunas y cañas : quinto, icipós y otras plantas sarmentosas : sexto, algunos arbolillos, matorrales y hierbas : séptimo, algunos útiles y curiosos usos.* En esta segunda parte, que contiene siete libros, trata copiosamente de la botánica del Paraguay. Alaba á Pedro Montenegro, coadjutor temporal de la Provincia del Paraguay que dejó una

[1] Las fotografías en nuestro poder contienen el vocabulario completo. *(Nota del editor.)*

obra manuscrita en español sobre las plantas del Paraguay útiles para curar las enfermedades. Dice también en el prefacio de esta segunda parte, que terminó del todo el tomo primero de la obra titulada: *Paraguay Cultivado.*

« *Parte tercera, contiene los libros siguientes: primero, animales cuadrúpedos; segundo, las aves; tercero, los peces.* En esta tercera parte trata de los cuadrúpedos, aves y peces y menciona la segunda y tercera parte de la obra escrita por él mismo, titulada *Paraguay Católico. Parte cuarta, contiene los libros siguientes: primero, de los animales anfibios: segundo, de los animales reptiles: tercero, de los insectos.*

« Los anfibios, reptiles é insectos del Paraguay forman la materia de estos tres libros de la parte cuarta. Aquí también hace mención de la obra *Paraguay Católico*, y censura la disertación de Raimundo María Termeyer sobre las cosas de Tucumán inserta en la obra titulada *Memorias eruditas*, que se editaba en Milán en 1778. »

De la obra del Padre C. Sommervogel S. J. [1] se extractan los siguientes datos, habiéndose omitido los que se refieren á la biografía, porque en nada adelantan lo reproducido aquí en la cita anterior:

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS

« 1. Lettre au Père Hervás de Raveme. 23 juin 1783; dans *Idea dell'Universo* du Père Hervás, t. XVII, p. 41. »

[1] Carlos Sommervogel S. J., *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, tomo VII, ed. 1896, Bruxelles, p. 539.

« Le Père Hervás dit que le Père Sánchez lui fournit les éléments de la langue Mbayá. Au t. II, p. 246, note 3, il dit de lui :

« Misionero é Venerable anciano escribió en América historia completísima que acaba de regalar al Señor Abate Gaspar Juárez, para que aprovechándose de ella concluya su *Historia General del Gobierno de Buenos Ayres,* de que el Señor Abate Francisco Iturri tiene concluída la *Historia Civil* para imprimirla.

« A. Catechismum convertit in linguam Ubjarum [1], pro quibus expoliendis ad humanoriem vitam traducendis, et Evangelis illuminandis plurimum idem desudaverat.

« B. Ejusdem linguæ Dictionarium produxerat ad litteram P, præceptis grammaticalibus adornatum, reliquas, non intercedente exilio, persecuturus.

« C. (Reproduce Sommervogel algo menos de lo que figura más atras en la cita de Backer, III, p. 526, á propósito de los trabajos contenidos en los Manuscritos del Padre Sánchez Labrador, y sólo sobran estas cuatro palabras : Pet., fol., 4 vol.)

« Le t. I : 2 ff. nch. pour le prologue, pp. 42 pour l'introduction, 2 ff. nch. pour l'index, pp. 44 á 314, 3 dessins, dont 2 hors texte. T. II, 3 ff. nch., pp. 179, 2 dessins. T. III, 2 ff. nch., pp. 134, 1 dess. T. IV, 2 ff. nch. pp. 182; *Plan de una bella huerta*, pp. 49, 6 dess. (Leclerc, *Bibliothèque americana*. 1878, n. 1940.)

Paraguay Cathólico. Le P. Sanchez parte de la 2e et 3e part de cet ouvrage dans la 3e et la 4e du MS. C.

Caballero, de Backer, III, p. 526. »

[1] ¿ Mbajarum ?

PARADERO DEL MANUSCRITO DE LA MONOGRAFÍA DE LOS INDIOS MBAYÁS DEL PADRE JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR, SEGÚN LA RELACIÓN SUMINISTRADA POR EL PADRE PABLO HERNÁNDEZ S. J.

Con ocasión de haberse publicado en 1900 el opúsculo del Padre Cardiel titulado *Declaración de la Verdad,* y de algunas consultas que hubo de hacer entonces el Padre Pablo Hernández al Reverendo Padre Cecilio Gómez Rodeles, director de la publicación *Monumenta Histórica Societatis Jesu,* se interesó éste notablemente en favorecer los estudios sobre misiones antiguas del Paraguay; y entre otras cosas tuvo la bondad de enviar por conducto seguro el original del escrito del Padre José Sánchez Labrador, antiguo misionero Jesuíta, que trata de los Mbayás y Guanás y lleva por título *Paraguay Católico. Tercera Parte,* advirtiendo que, luego que hubiese sido utilizado, se devolviese á su origen.

Recibido que hubo el Padre Hernández este libro, de cuya existencia no tenía la menor noticia, juzgó que ningún empleo más útil se podía hacer de él, que el de sacar una copia completa, que fuese una garantía de que no se habían de perder las importantes noticias allí consignadas, como tantas otras de otros manuscritos: algunos del mismo padre Sánchez Labrador se han perdido. Puso, pues, manos á la obra y lo copió por sí mismo á máquina, con la mayor escrupulosidad posible, variando únicamente la ortografía para reducir la antigua, que usa el manuscrito, á la moderna, por si en algún tiempo se hubiera de imprimir. Terminada la copia rogó al

hermano Hilario Xandri S. J., pintor, y entonces profesor de dibujo en el Colegio del Salvador, le quisiera poner un equivalente de los dibujos que tenía el original; y el hermano, con el mayor empeño, hizo el trabajo de calcar uno por uno todos los dibujos, los cuales resultaron en la copia exactamente iguales en tamaño y figura á los del manuscrito, y se les añadió también el mismo colorido del original: bien es verdad que las figuras son muy imperfectas, porque el misionero que las trazó distaba mucho de ser pintor; pero aun así resultan utilísimas para entender la narración, si es que alguna vez no son necesarias [1].

En 1903, haciendo viaje el Padre Hernández á España, llevó consigo el manuscrito original y lo entregó en propias manos al Padre Gómez Rodeles. Con esta ocasión procuró averiguar el modo cómo había venido á parar el libro á aquel Archivo, pero nada pudo saber; ni el Padre Rodeles pudo dar más noticias sino la de haberlo encontrado y, sin ninguna nota de origen.

Queda, pues, el recurso de las conjeturas probables para explicar la restante parte de la historia del manuscrito. Once tomos en cuarto escribió el Padre Sánchez Labrador con el título de *Paraguay Cultivado* y tres de *Paraguay Católico*.

Son las que preceden las propias palabras del Padre Hernández y continúa con un recuerdo de lo que escribió Hervás acerca del Padre Sánchez Labrador y el destino que dió á sus manuscritos.

Prosigue el Padre Hernández:

[1] Estas ilustraciones se han reducido en tamaño adaptándolas así al formato de la edición. *(Nota del editor.)*

El Padre Juárez murió el año de 1804 en la casa donde se iban reuniendo los antiguos Jesuítas en Roma. No sería imposible que alguno de los Jesuítas españoles que allí estaban, volviendo después á España, quedase por heredero de parte de sus manuscritos, y trajese éste consigo á Madrid. Quizá fuera el Padre Diego González, de quien se conserva allí un Catálogo muy útil, y que todavía vivía en 1812.

Ojalá que con el tiempo aparezcan los otros dos tomos I y II, hasta hoy perdidos, aunque fuera dejándonos respecto de sus aventuras en la incertidumbre en que siempre queda el III.

Lo que precede fué remitido por el Padre Hernández desde la Concepción de Chile el 26 de abril de 1909, y es cuanto por ahora se sabe de esta importantísima monografía sobre los Indios Mbayá y Chané ó Chaná.

ÍNDOLE Y EXTENSIÓN DE LA OBRA

La monografía sobre los Indios Mbayá llena un vacío que nos quedaba en la historia de la gran familia étnica á que pertenecen. El nombre ó apodo de *Mbayá* parece que se lo ganaron por el uso que hacían y hacen de esteras para construir su bohios ó ramadas: más conocidos fueron por aquel otro de *Guaycurú,* también de origen guaraní, sin que necesariamente debamos confundir (aun cuando sean como lo son, indios de una sola extirpe), Mbayá con Guaycurú; porque Guaycurú eran los Indios Mbayá de la Asunción y riberas occidentales río arriba del Paraguay hasta llegar á tierra de los Payaguá, y

Mbayá eran los Guaycurú que, continuando con los Payaguá, se hallaban en frente de los Guaraní Itatines, río Paraguay por medio; esta ubicación empero era la propia del siglo XVI, porque ya en tiempo de Sánchez Labrador los Guaycurú vecinos fronterizos de la Asunción en su mayor parte se habían corrido hacia el Norte, y ya como vencedores, ya como aliados, formaban y figuraran entre los Mbayá de la región de Belén.

Con el Toba, dicho del padre Bárcena (1600), las noticias del padre Lozano, que, publicadas en el siglo XVIII, corresponden al XVII, las de los padres Jolis, Dobrizhoffer, Brigniel y Hervás, 1760 á 1800 (todos éstos de la Compañía de Jesús), y de los padres Tavolini, Ducci y otros de la Orden Seráfica entre 1850 y 1900, mucho se había adelantado en el conocimiento de esta familia de idiomas del Chaco; pero los escasos datos conservados en las publicaciones de Hervás, Adelung, Castelnau, y algunos otros autores y viajeros como Boggiani, etc., no bastaban para completar la información que se requería al objeto de establecer sin lugar á duda la interrelación étnica y lingüística que ligaba á los Guaycurú Mbayá con los Guaycurú Toba, Mocoví y Abipón; porque es de advertir que este apodo de Guaycurú, sea su origen cuál se quiera, se aplica en la actualidad como la designación genérica de todas las naciones de Indios aquí enumeradas.

Hervás en su *Catálogo de las lenguas,* tomo primero, páginas 182 y 3, con argumentos muy atendibles, pone en duda la identidad de origen entre la lengua Mbayá y los dialectos Toba; por razón de artificios gramaticales que él no reconoce como análogos entre estos dos idiomas, se inclina á negar que

el Mbayá sea afín del Mocoví, uno de los codialectos del tipo Toba; pero seguramente hubiese opinado con opuesto criterio al tener á la mano los trabajos completos de la parte lingüística que los padres del Salvador han facilitado hoy para estas publicaciones. La opinión de Hervás para nosotros vale mucho: es uno de los precursores de la verdadera lingüística científica, por cuanto da más valor á las formas del mecanismo gramatical que á simples homofonías léxicas desde que todos los vocabularios están expuestos á enriquecerse de prestado; en contra empero de lo que pensaba Hervás está el otro escollo, y es, que ciertas diferencias gramaticales pueden resultar más aparentes que reales, y que para poderlas aquilatar al grado de reducirlas á su expresión más simple, más radical, se requieren conocimientos especiales acerca de las respectivas fonéticas, en una palabra, algo que se parezca á una Ley de Grimm Americana, lo que no podía anticipar Hervás.

No es este el lugar de discutir un punto de lingüística, porque sólo se trata de la parte etnográfica de los manuscritos del autor ; á su tiempo esperamos poder enriquecer la bibliografía de las lenguas del Plata con el más completo de los estudios sobre una de ellas, excepción hecha se entiende de las que tratan sobre la lengua Guaraní ; más ello tendrá que ser en tomo aparte por cuanto hay que traducir las fotografías para poderlas entregar á la imprenta, lo que ya en sí es una ímproba labor.

La Gramática y Vocabulario forman la mínima parte de las copias fotográficas conseguidas por los padres del Colegio del Salvador en Buenos Aires al objeto de su publicación ; el resto, que es lo más, se refiere á la Historia Natural de la región. Es de

esperar que con el tiempo se dará á conocer el contenido de este material en su totalidad.

La procedencia de los manuscritos originales de estos dos tomos ya se ha establecido en el informe del mismo padre Pablo Hernández, que se reproduce en las páginas 10 á 12. Puesta la copia á máquina á nuestra disposición por el reverendo padre Vite Gambón S. J., se procedió á su publicación con el objeto de presentarla como una preciosa y novedosa adquisición al congreso de Americanistas reunidos en esta Capital de la República Argentina que honrarán con su presencia el gran Centenario de la emancipación argentina la cual en su evolución llegó á ser americana, después de haberse iniciado el 25 de mayo del año 1810 como ríoplatense.

Estos dos tomos contienen uña gran parte, por no decir un fragmento, de la importante obra dejada por el padre José Sánchez Labrador, sobre el Paraguay y su provincia, en lo que se refiere á los Indios Guaycurú-Mbayá ó Eyiguayegui, de los que fué el primer y último misionero, entre los de la Compañía de Jesús, se entiende.

Lo publicado aquí empieza con lo que nos da de la parte segunda: Consta de una Advertencia y Diario de Viaje desde la Reducción de Nuestra Señora de Belén hasta la del Santo Corazón de Jesús en los Chiquitos, ida y vuelta, en los años 1766 y 7. Á todo ello se agrega como posdata una « Noticia Breve » de las Misiones á los Indios dichos « Chiquitos », extractada de la obra conocida del padre Patricio Hernández S. J. y aumentada en valor como que es el testimonio de un testigo ocular que acredita los hechos que relata ; porque Sánchez Labrador no es de los que dicen « Amen » á todo lo que escri-

ben otros padres, por mucho que sean de la propia Compañía de Jesús.

La « segunda parte » de esta publicación contiene la que figura como « Tercera » en el manuscrito del autor, y trata en primer lugar de los Indios Mbayá-Eyiguayegui, que son los Guaycurú del Norte, descendientes de esos mismos Mbayá de que hablan todos los escritores y cronistas en los siglos anteriores, pero que, aunque Indios de la misma estirpe étnica, de ninguna manera deberán confundirse en cuanto á su ubicación geográfica, con los otros « Guaycurú » nombrados por Alvar Núñez Cabeza de Vaca como vecinos, río por medio de la Asunción. Sánchez Labrador ubica á estos Indios desde los 18° hasta los 24° de latitud sur, así que este paralelo correspondería á los de Alvar Núñez y aquel á los de nuestro autor, ó sea, Guaycurús de Belén y sus inmediaciones, explicándose por ello el contacto de éstos Guaycurú-Mbayá con los Indios Chiquitos. Con los mapas del autor, números primero y segundo y el tercero del padre Joaquín Camagno, publicado por el padre José Jolis (ambos S. J.), en su *Chaco,* se podrá conocer perfectamente la geografía étnica contemporánea de que tratan los respectivos escritores.

En segundo lugar Sánchez Labrador toma en consideración y describe otros Indios á quienes él llama « Chaná » ó « Chané », interesantes bajo muchos puntos de vista. Primero, porque son representantes en nuestra parte del continente de esa gran familia étnica á que los etnógrafos alemanes aplican el sobrenombre de « Nu-Aruacos », porque el *Nu* — « yo » es el pronombre característico de primera persona.

Un segundo y muy apreciable motivo sería el de haber sido sus antepasados los compañeros del malhadado Juan de Ayolas en su viaje y trágica muerte á manos de los Indios Payaguá y Mbayá del Puerto de la Candelaria el año 1507-8, siendo el Indiecito Chané quien delató á los autores de la masacrada.

Por tercero y último, para no abundar en prolijidades: son éstos Indios aquella gran nación, tan mentada desde los primeros tiempos hasta los nuestros, bajo sus varias designaciones gentílicas, como compañeros, socios, vasallos, siervos, ó como se los quiera llamar, de los Guaycurú-Mbayá ó Eyiguayegui ó Caduveo, etc., y de muchos otros Indios más, como ser los Chiriguanos y Chiquitos en la parte Austral, y los Caribes en la Boreal.

Schmidel, el viajero estraubigense, y compañero de don Pedro de Mendoza, nos cuenta en su diario de viaje que marcharon hasta una nación llamada «Schenne» (Chané); éstos eran «vasallos ó súbditos» de los «Mayaiess» (Mbayá), que acababa de nombrar, y los compara con los campesinos de su tierra Baviera, que también servían como siervos á sus señores.

Así como Schmidel acopla á los Mbayá con los Chané en el siglo XVI, así también Sánchez Labrador en el XVIII después de sus Guaycurú-Mbayá pasa á describir á los Chaná-Chané, como si no fuese posible hablar de los unos sin tener en cuenta los otros, sus aparceros.

En el siglo nuestro, XIX-XX, Guido Boggiani, también se ha ocupado de los Guaycurú-Mbayá ó Eyiguayegui ó Caduveo, y no ha podido menos que juntarlos con los Quiniquinao ó Tereno, etc., representantes de los ya nombrados Chané ó Chaná.

De lamentar es que en este caso nos falte el *Arte y Vocabulario* de los tales Indios, porque á no dudarlo hubiesen resultado tan completos como los que nos ha dejado del Guaycurú-Mbayá: la causa que motivó esta falta se impone; porque al volver Sánchez Labrador de su visita á dichos Indios se encontró con la orden de expulsión de los Jesuítas. Los Chané como los Mbayá perdieron su Misión y sus Doctrineros; nosotros los preciosos datos étnicos y lingüísticos que tanta luz hubiesen arrojado sobre la etnografía del Chaco, y la España perdió el corazón de sus dominios en la Hispano-América del Sud.

SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO.

PARAGUAY CATÓLICO

CON SUS PRINCIPALES PROVINCIAS CONVERTIDAS Á LA SANTA FE
Y VASALLAJE DEL REY DE ESPAÑA
POR LA PREDICACIÓN DE LOS MISIONEROS CELOSOS
DE LA COMPAÑIA DE JESÚS
EN GRAN PARTE ARRUINADAS POR LOS MAMELUCOS DEL BRASIL
Y RESTABLECIDAS POR LOS MISMOS MISIONEROS

ESCRITO POR EL

PADRE JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR
MISIONERO EN LA MISMA PROVINCIA DEL PARAGUAY

AÑO DE 1770

PARTE SEGUNDA

RELACIÓN FRAGMENTARIA DE LOS VIAJES DESDE LA REDUCCIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE BELÉN HASTA LAS MISIONES EN LOS CHIQUITOS, Y DE REGRESO

VIAJE

DESDE LA REDUCCIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE BELÉN
DE INDIOS GUAYCURÚES HASTA LAS MISIONES DE LOS CHIQUITOS
AÑO DE 1766

ADVERTENCIAS

Los indios conocidos vulgarmente bajo el nombre de Mbayás, entre sí se llaman *Eyiguayeguis*, esto es, los oriundos del sitio y palmar que abunda de unas palmas dichas Eyiguá, situado á las orillas occidentales del gran río Paraguay.

Impacientes de la estrechez del territorio, buscaron desahogo en la orilla oriental de dicho río; sus genios inquietos y marciales tuvieron en continuo desasociego á otras naciones gentiles que habitaban aquellas tierras, sin que de su ferocidad se viese libre la española.

La gobernación del Paraguay, frontera de gente tan bárbara, miró por muchos años inundadas sus campañas de sangre, violentamente derramada por los Guaycurúes. Orgullosos éstos con la incesante prosperidad de sus armas, se derramaron por la tierra y extendieron sus esteras desde el grado 18 de latitud austral, hasta el 24 algo más ó menos de la misma. Señores del terreno, hostilizaban bárbaramente á los españoles. Apiadóse Dios de éstos y alumbró con soberana luz la razón de uno de los principales caciques de la nación Eyiguayegui. Moviéron-

se tratados de paz entre cristianos é iufieles, con tan feliz suceso, que al punto pidieron misioneros de la compañía de Jesús. Destináronse dos religiosos para la instrucción de los Guaycurúes en sus propias tierras. Salieron de la ciudad de la Asunción capital de la provincia del Paraguay, el día 4 de agosto de 1760, y el día 24 del mismo mes entraron en el río Guarambani, hoy llamado Ipaniguazú, y en su orilla del Norte, cuatro leguas más arriba de su desembocadura, en el río Paraguay, dieron principio á la reducción de Nuestra Señora de Belén.

Contenta la nación Mbayá con su dicha, se felicitaban sus caciques de su quietud después de más de 130 años felizmente conseguida, así se mantuvieron hasta que un frangente turbó el sosiego y puso en cuidado el valor Eyiguayeguy. Fué el caso que los misioneros jesuitas, que cultivaban la nación de los indios Chiquitos, anhelando á extenderse los términos de la iglesia nuestra madre y conquistar nuevos vasallos á nuestro católico monarca, pretendieron descubrir por aquellos rumbos el famoso río Paraguay. Después de increíbles trabajos, inseparables de la empresa grande á todas luces, por bosques inaccesibles, salieron á un mar de agua. Gozosos con el hallazgo, no dudaron verse ya al término de sus deseos, y en el río Paraguay, cuyas dos orillas, pobladas de innumerable gentío, miraban como teatro de sus fervores. El tiempo descubrió que era una hermosa laguna lo que les pareció caudaloso río; repitieron los viajes á costa de su desengaño. En uno de los viajes, algunos de los indios Bayás que se divertían en débiles canoas en pescar, vieron gente de distinta nación; acercáronse confiados, y por señas trataron con los indios Chiquitos; estos se volvieron á su pueblo del Santo Corazón de Jesús con la nueva, y aquellos llevaron la noticia á su toldo. Curiosos los Guaycurúes, en número de 60 entraron por la senda que habían abierto los Chiquitos y caminando cosa de 20 leguas llegaron al dicho pueblo. Tratáronlos los padres misioneros con todo el cariño que les dictó su celo y el amor de aque-

llas almas; un mes entero se mantuvieron los Guaycurúes en la Redución, dando muestras de querer llevar á sus tierras misioneros que los impusiesen de las máximas de vida civil y cristianas que admiraban en sus nuevos amigos los Chiquitos. Después de muchas oraciones y sacrificios ofrecidos á este intento se resolvió uno de los misioneros á condescender con la voluntad de los Eyiguayeguis. Salió con ellos sin más armas que la cruz y seis muchachos. Así procuró desvanecer las sospechas que formaron los Guaycurúes al ver las armas de los Chiquitos, singularmente las saetas envenenadas. Caminaron como siete leguas é hicieron alto en un sitio llamado la Cruz, que sirve de estancia en que se apacienta algún ganado para alimento de pueblo. Aquí el común enemigo envidioso de la dicha de aquellos pobres gentiles, y furioso por la próxima ruina que amenazaba á su tiránico imperio sugirió á los Guaycurúes la más atroz alevosía. Descuidado el misionero del atentado, ofrecía á Dios sus oraciones y su vida por la del alma de sus compañeros; oyó y aceptó el señor su voluntad, y al tiempo de sus súplicas entró en el cuarto del misionero un indio Guaycurú de los más favorecidos; habíase pintado ó embijado de negro á su usanza. Abrazóse con el inocente sacerdote y al mismo tiempo otro Guaycurú cómplice en la secreta conspiración le derribó al golpe de su macana ó garrote.

Caído el misionero, con un sable le cortaron la cabeza, y con furia infernal quitaron la vida á los seis niños que para servir al altar llevaba el P. misionero. Repartiéronse á modo de torbellino por las chozas de la estancia, llevaron y cautivaron sin resistencia. Noticiados de esta desgracia los indios Chiquitos bramaron como leones y dispusieron sus surtidas con tanto acuerdo, que lograron escarmentar á los Eyiguayeguis. Éstos no contentos con la traición ejecutada, resolvieron asolar el pueblo del Santo Corazón de Jesús, ensalzando así la reputación de su valor, y logrando en un solo botín esclavos y haciendas de ganados. Alistóse la más valiente milicia de todos los Tol-

dos, dirigieron sus marchas al dicho pueblo, más Dios los llevaba para entregarlos en manos de los esforzados Chiquitos. Estos sin aterrarse por ver á 250 Guaycurúes, y armados de lanzas, sables y flechas, hicieron prisioneros á todos, y corriendo con prontitud la tierra del cacique *Golanip*, principal motor de la guerra, apresaron á toda la gente cuyo número llega á 500 almas, y rescataron á 13 cautivas que les habían llevado los Guaycurúes. Parece especie de prodigio, que en esta ocasión tan gloriosa á los Chiquitos, como ignominiosa á los Eyiguayeguis no se derramó gota de sangre, ni emplearon una flecha los cristianos. Dios sin duda quizo abatir la altivez Mbayá y castigar con clemencia los desafueros de su barbarie. Sucedió este memorable suceso el año 1763 por noviembre, y el padre misionero, llamado Antonio Guays, mallorquino de nación, alcanzó desde el cielo este triunfo á las armas cristianas de sus amados Chiquitos, y que no muriesen los Guaycurúes, para que instruídos en los pueblos de dicha nación, logren la dicha del santo bautismo. Al presente repartidos por los pueblos de aquella misión, se trabaja en catequizarlos y suavizar sus genios casi indomables y erguidos.

Un golpe tan fatal é inesperado, tardó en llegar bien explicado casi un año á los toldos de los Guaycurúes que están situados más al sud de la Laguna ; al fin se tuvo cierta noticia por la relación de los prisioneros. Quedó consternada la nación, abatida su soberbia, y convertido en llanto su regocijo. No ideaba su astucia medio de recobrar su gente perdida y su valor obscurecido, ni en chanza querían oir el nombre de Chiquitos, imaginando al articularlo, sobre sus cervices un cuerpo invencible de aquellos neófitos. Los padres misioneros de Belén estaban á la mira de todos los movimientos de los infieles ; en sus más indecisas perplejidades, les sugerían tal cual luz para su resolución. Yendo un misionero de nosotros á los Chiquitos, saldréis de alguna duda, les decían ; cavaron en la especie los infieles y determinaron llevar al padre José

Sanchez Labrador, su primer misionero, expusiéronles sus deseos é instaban al viaje. Dejábase rogar el misionero para que creciesen los deseos de los Eyiguayeguis ; por último dándose como por vencido en lo mismo que deseaba les propuso varias capitulaciones, precaviendo con ellas lo que se temían de unos genios sospechosos y voltarios. Caminó con ellos como 70 leguas, y faltándole á las condiciones que habían admitido, interrumpió su viaje el misionero, y dió vista á su Reducción de Belén por agosto de 1764. El vulgo de la nación sintió entrañablemente, que sus capitanes hubiesen tan torpemente faltado á los tratados. Quejábase el misionero del engaño, y los Eyiguayeguis corridos de la poca firmeza de sus palabras, procuraban restablecer su honor tal cual se halla en su pobre juicio, en el interín que batallaban entre sí mismos los pareceres de los indios Bayás, llegaron á la reducción de Belén, los infieles Payaguás, vasallos del cacique Cuatí : llamados los Sarigues. Venían á buscar asilo en la Reducción, temerosos de que los sorprendiesen los Chiquitos, que habían seguido la victoria y corrían la campaña. Esta retirada de los pérfidos Payaguás, no dejó de poner en cuidado á los Mbayás. Cada día llegan á Belén rumores, todos infaustos. Á paso que éstos se aumentaban crecían los sobresaltos de los Guaycurúes. «No temáis estando yo con vosotros», les decía el misionero. Dos circunstancias que intervinieron casi á un tiempo, determinaron á los Guycurúes á instar de veras con el misionero, que emprendiese nuevo viaje ; la primera fué que los mismos infieles Payaguás, publicaron que algunos de los prisioneros se habían huído de los pueblos en que los tenían, y que con engaño les habían quitado la vida, tomando con tanta inhumanidad venganza de los Eyiguayeguis, de los cuales vivían agraviados. La segunda que otros más felices huídos, por haber escapado de los Payaguás, llegaron al toldo de un cacique Mbayá después de casi seis meses de extraviados caminos.

Estos fugitivos contaron que los Chiquitos habían pa-

sado á cuchillo á todos los prisioneros. En fuerza de las dos noticias se renovó el llanto en los toldos, púsose entredicho á la alegría, y temían á cada instante ser víctimas del fogoso coraje de los Chiquitos. Cuando se hallaba toda la nación Eyiguayegui en lo más profundo de su melancolía, rayó una luz que les anunciaba alguna bonanza. En tan deshecha borrasca de tristes pensamientos un prisionero de nación Guaná ó Echoaladi, entregó una carta del padre José Chueca, cura doctrinero en el pueblo del Sagrado Corazón de Jesús á un cacique Mbayá; venía sobrescrito al padre José Sánchez Labrador, residente en la Reducción de Nuestra Señora de Belén, situada en los 23 y medio grados de latitud austral, sobre una de las márgenes del río Ipaneguazú. Añadió el portador de la carta que los Guaycurúes vivían contentos en los pueblos de los Chiquitos, y que si el padre Labrador fuese á dichos pueblos, conocerían la verdad de su informe y tomarían más favorable semblante las cosas de los Eyiguayeguis.

Al punto se divulgó por todos los toldos la alegre nueva, y hablaron al padre misionero sobre el viaje. Quedó éste señalado para cierto tiempo con algunas condiciones, conducentes al logro de tan importante negocio.

Los guías y conductores en todas las jornadas fueron los Guaycurúes; éstos no hallaban embarazo en anegadizos, ciénagos, manizales y ríos. Sus caballos intrépidos no menos que los dueños, atropellan por todo: de que se deja entender que los riesgos son muchos en tan malos pasos, y que para ellos todo el campo es camino, ó que no hay más que senda para los Guaycurúes que el rumbo tropiece ó no tropiece en agua ó barro. Esto hace sobremanera molesta la marcha en su compañía; más todo esto les obliga la necesidad de buscar el sustento cotidiano en la caza de ciervos, venados, avestruces y culebras de una grandeza extraña.

La precisión de cazar todo el día lo que han de comer hacen que sean muy cortas las jornadas; como á las ocho

de la mañana se da principio á la marcha, y á eso de las doce ó una del día se hace alto en sitio que sea cómodo para beber ellos y sus cabalgaduras. Páranse muchas veces en el camino, ó para seguir la caza, ó para sacar fuego con dos palitos y encender la tabaquera, ó para cortar alguna palma y sacarle el cogollo ó meollo. Por esto son muchos los días que pasan en sus caminos y pocas las jornadas que sean tales. Los Guaycurúes no se fatigan por llegar al término; « si no es hoy será mañana », dicen, y como en todas partes hallan posada y mesa franca, no cuentan por leguas sus caminos sino por lunas, esto es por meses. Á veces en siete leguas emplean más de una semana; fué necesario acomodarse á su modo, bien que á costa de reduplicadas molestias, que no son menores al caminar que en las paradas, tal cual vez paran al mediodía y después de tres ó cuatro horas de descanso caminan algo por la tarde en busca de otra aguada, cuando para no volver á caminar aquel día dicen á la parada *comedi*, nuestra dormida se hace solamente al mediodía dicen *codilia quegadi*. Nuestra comida de paso; de cualquier modo siempre son cortas sus jornadas y no llegan á completar legua por hora.

Los nombres de aquellos parajes ó más conocidos ó de las paradas, se ponen en el idioma Eyiguayegui y también algunos en Guaraní, ya por haber sido las dos naciones las que impusieron los nombres dichos, ya porque muchos de los sitios se demarcan en los mapas con vocablos de la lengua guaraní.

Los indios Guaraníes antes que Eyiguayeguis, fueron señores de aquellas tierras reducidas á la fe por misioneros jesuítas, fueron perseguidos por los mamelucos del Brasil, cuyas crueldades en muertes y cautiverios les obligaron á buscar otros países más seguros por distantes. El mismo infortunio experimentaron algunas naciones de españoles, cuyos habitadores se recogieron á la capital de la Asunción ó á sus inmediaciones. Los Guaycurúes solamente han mantenido el campo, y á pesar del valor

lusitano, se han establecido en las mejores tierras, pertenecientes á la Gobernación del Paraguay, partes de las cuales usurpadas por los portugueses á castilla, y como son Cuyabá y otros establecimientos, cuyo dueño legítimo sin controversia es el católico monarca.

No es historia ni relación universal del Río Paraguay, sus orillas y naciones que la habitan, este viaje. Dase precisamente una substancial noticia de lo más particular que ocurrió en el camino, tanto á la ida como á la vuelta. Esto bastaría para hacerse cargo del terreno y las dificultades que han de vencerse en su tránsito.

DIARIO

Dispuestas las cosas para el viaje, salimos de la Reducción de Belén el día 10 de diciembre de 1766; fueron mis compañeros tres indios cristianos Guaraníes y dos de los Mbayás; caminóse este día cuatro leguas al Norte; el terreno alto y bueno por dos hermosas cañadas; como á una legua de Belén se atraviesa un bosque por camino hecho á mano, cuya longitud tendrá media legua. Hízose alto cerca de un pequeño arroyo de buena agua, llamado *Liquedemadigo*, agua de los sapos. Viénele apropiado el nombre por la molesta vocinglería que de noche levantan dichos animalitos. El paso de este arroyo en tiempo de aguas es bastante pantanoso y molesto. Cerca de este sitio había unas sementeras de los indios de la Reducción metidos en el bosque. Apártanlas del poblado por los caballos y holgazanes; estuvieron molestísimos los mosquitos, plaga que empezó hoy y no paró en todo el camino. Hay tres especies de estos insectos á cual más impertinente. Á los de zancas llaman los Mbayás *Conodo*, se hacen casi insufribles al amanecer y al ponerse el sol, hasta la medianoche ó toda ella, si el cielo está entoldado de nubes ó amenaza lluvia. Á los pequeños dicen *Canipenigo*. Estos clavan su aguijón cuando el sol está más ardiente; hay otros casi imperceptibles y vuelan tantos juntos que parecen polvitos ó átomos volantes; acometen á todas horas y se introducen por los cabellos, orejas y cejas, abrasando con su picada; para defenderse de unos enemigos

que no dan treguas, suelen hacer humo y ponerse á descansar al lado contrario del viento, pero yo experimenté que no ceden los mosquitos; más eficaz era el humo de una pasta que forman las hormigas en los troncos y horquetas de algunos árboles. En éstas hacen las hormigas sus vivares, casas en que defenderse de las aguas; del olor que despide el humo de estos hormigueros, es gravoso y aun fétido, pero la molestia de sufrirlo casi es tan pesada como la de ojear los mosquitos á expensas del sueño.

Día 11 de diciembre

Fué la jornada de la mañana como de tres leguas al mismo rumbo. Las tierras dobladas y limpias á excepción de unas dos cañadas que tenían agua y barro; hízose mediodía á la orilla del norte de un buen río llamado *Aguid aguaniguy*, Paraguay pequeño. En el camino se ofrece un arroyuelo llamado *Cachoque menagadi*, aullido del zorro. En este camino hay palmas mamogolipi que comen los Eyiguayegnis. El arroyo de los Zorros tiene poca agua pero buena y fresca. Córtase con los soles y se mantiene en pozos sombríos. El río Aguidagnanigui, nace en la serranía de Iguatemi al oriente y corriendo algunas leguas entre Sudoeste y Sud, desemboca en el río Paraguay. Tiene el suelo de arena menuda aunque á su entrada hay algunos guijarros su agua es muy buena y muy clara; abunda en él la pesca que le entra del río Grande. Tiene dorados, pacúes, surubíes y otras especies de peces conocidos; abunda de rayas medianas, á lo que ayuda el fondo de la arena: matáronse cuatro de éstas, una grande y tres chicas y cada una tenía la púa venenosa en la cola, cuya picada, aunque no quita la vida, causa intolerable dolor con calentura. Los indios tienen por remedio eficaz y preservativo hacer un hoyo en la tierra y enterrar en él la pierna, y usan también foguear la parte ó poner sobre ella tabaco mascado. La palma Namo-

golig ó la harinosa, es alta y bien poblada de hojas; toda ella está armada de agudas espina de casi dos pulgadas de largo, y del grosor de gruesos alfileres; rara vez la cortan sin que les cueste sangre; el cogollo crudo es muy sabroso y fresco; coménle también cocido; el corazón es fibroso y lleno de una substancia harinosa dulce y fresca. Cuando quieren comerla reciente, acanalan la palma y con un palo á modo de barreta la quebrantan y machucan; así dispuesta, la chupan y da un jugo suave refrigerante; otras veces la cuecen y así queda de buen gusto muy harinoso. Otras las secan al sol ó al fuego y después la muelen y ciernen, sacando harina de la que hacen tortas y bollos. Los dátiles son unos como redondos mayores que nueces; cuando están maduros comen la carne contenida debajo de la cortecita exterior, la cual carne es amarilla y melosa; parten después el coco y el meollo tiene sabor de almendra, bien que es algo fibroso; de la corteza del hueso hacen unos anillos á costa de tiempo y paciencia, tan iguales y lustrosos, que eslabonando los unos con los otros ó con anillitos de concha les sirven de pendientes vistosos.

Á la orilla del Sud del río Aguidaguaniguy, como á tres leguas del paso del oriente, estuvieron los pueblos de los indios Guaranies, llamados de Nuestra Señora de Fe y San Benito. Estas fueron misiones de los Itatines convertidos á la fe de Cristo por misioneros jesuítas; permanecieron poco tiempo en sus primitivos sitios, parte por la persecusión de los Mamelucos del Brasil, y parte por las hostilidades de los Guaycurúes. Pasáronse á este río donde se mantuvieron por espacio de siete años, hasta que obligados de las mismas causas que les hizo dejar el Mbotetey al primero, y el Caaguazú al segundo, transmigraron al Paraná y Tebicuary, en donde hoy florecen. El primero conserva el título de Nuestra Señora de Fe y el segundo mudó el que tenía antes en el Santiago. Vense hoy vestigios de lo que fueron. En los dos parajes hay muchos naranjos y árboles frutales del país. En uno de los sitios

se ven levantados cinco hileras de postes que sirvieron de casas. Cavando dos naranjitos para sacarles con su raíz, hallé dos hollas vidriadas que conservaban sin deslustrarse el vidrio y un cuchillo enmohecido de hechura antigua, también unas flores de talco que servirían en la iglesia. Oriundos de estos Itatines son los indios de estos pueblos de San Joaquín y San Estanislao de Tamusa, sacados de los bosques por los misioneros jesuitas del año 1746 y 1749 hasta el presente del 67. En la transmigración que desde el sitio de Aguidaguaniguy hicieron los Itatines al Tebicuarí en que se hallan, quedaron muchos dispersos por los bosques, pegados á sus tierras pobres, á las cuales amaban más que otras conveniencias, porque á modo de los Sibaritas que á manera de establo apetecían su patria en que vivían más como animales que como hombres, adhesión transcendental á todo el mundo, porque dijo Plutarco : *Et hoc idem accidit nobis cum extra patriam constituti mares, aerem, coelum durius, consideramus quasi aliquid ii desit eorum quibus in patria fruebamur.*

Habiendo descansado unas horas se continuó la marcha hasta una bella laguna Numigenagadi. El pescadero distará como unas dos leguas de Aguidaguaniguy ; la tierra en tiempo de aguas se inunda y pone pantanosa. Es un palmar de una especie de palmas dichas *Cabuigo*. Las hojas de éstas parecen un abanico abierto ; da por fruto, unos dátiles pequeños y redondos como avellanas ; comen los Guaycurúes una pulpita melosa contenida entre el hueso y la corteza ; para esto los cuecen y dan punto al agua con lo que se espesa y queda algo parecida á la miel; son muy altas y tan duras, que del tronco excavado se hacen tejas de mucha duración. Al salir del palmar se entra en un bosquecillo que tendrá poco más de un cuarto de legua ; remata en río llamado Petanoyagadi, Punta quebrada. Su caudal es bastante y si no hay lluvias puede vadearse ; el agua es buena y desemboca como dos leguas más abajo de este paso, en el Aguidaguaniguy. En el dicho bosquecito hay unos árboles cuya fruta apetecen

grandemente los indios, llamándolos Aolaiche ; el árbol es muy parecido á los naranjos y la fruta á las naranjas en lo exterior ; en lo interior encierra unas pepitas gruesas y blandas á las cuales está pegada una carne que amarillea, de sabor dulce, tanto que casi empalaga. Alaban mucho esta fruta sus aficionados, más yo pagué la golosina de cuatro ó cinco que comí, con unas caleuturas y aprieto de garganta que me duraron por tres días ; el remedio fué beber agua en abundancia, con la cual se precipita deshecha la carne melosa, y rompe en evacuaciones la naturaleza.

Día 12 de diciembre

Caminamos al Norte siempre con alguna inclinación al Estenoreste, se caminó cosa de tres leguas hasta otra laguna pequeña, en cuya orilla paramos. Es de agua permanente, aun en la mayor sequía de la tierra. Esta toda es doblada y compuesta de lomas muy dilatadas, limpias de árboles y pobladas de pasto muy substancioso á los animales por abundar los salitrales. Esta es una de las estancias que tienen los Guaycurúes para engorde de sus caballos ; mosquitos sinnúmero toda la noche.

Día 13 de diciembre

Siguiendo tierra doblada se caminó cosa de cuatro leguas; paróse á orilla de un río llamado Etagadiyadi, el cañaveral. Al oriente se deja á una vista la serranía que llega hasta el Curuguatí, villa de la Gobernación del Paraguay, y corre al Norte por muchas leguas dirigiéndose después del poniente hasta las cordilleras del Perú. Al poniente hay también serranía que sirve de atajo ó muro al río Paraguay, cuya dirección lleva por espacio de algunas leguas. Cerca del río el Cañaveral hay muchas plantas llamadas Noticoragadi, tintóreas. Las raíces dan un color encarnado vistoso, según toda la configuración de la planta

es la rubia de España. Al río Cañaveral llamaron los Guaraníes antiguos, Yaguarí. Tiene su origen cerca del paso en los Cerros de Oriente, el agua es gruesa y desabrida; por la mucha hojarasca que se destiñe en los pozos de piedra que tiene su cauce, y por las raíces de caña brava que pueblan sus orillas: hay algunos peces pequeños y muy espinosos; desemboca en el río Paraguay atravesando los cerros del poniente. En los pozos de viva piedra de este río, se produce un animal muy bravo. El tamaño de su cuerpo es como el de un perro ordinario: tiene aletas en manos y pies, uñas fuertes y agudas, los colmillos sobresalientes y aguzados, la piel lanuda y de color leonado. Sale á tierra á su arbitrio, y si se ve acosado acomete como un tigre; á veces destripa algunos caballos que incautos se introducen en los pozos y los tira á fondo, en donde le sirven de pasto. Acaso es al que los Guaraníes dieron el nombre de Yaguarón.

Por la tarde se empezó á caminar, pero á cosa de una legua paró la comitiva; habíase adelantado un indio é incendiado el campo; el viento era favorable é iba limpiando los pajonales, más cambiándose al Norte arrojó con tanta velocidad contra nosotros las llamas que nos vimos en inminente riesgo de ser abrasados. Al viento se siguió una tormenta de agua, truenos y relámpagos, que nos obligó á guarecernos á toda prisa; duró la mayor parte de la noche, que se pasó con extraordinaria incomodidad. Cerca del sitio en que pasamos hay una laguna y manantial grande, que es el origen de un arroyo el Cañaveral pequeño, y desagua en el Aagadiyadi. Estaban las orillas del lago pobladas de diversas aves de agua, patos ánades y cisnes: hay mucha piedra de cal.

Día 14 de diciembre

Cerca del mediodía salimos, y á cosa de unas tres leguas más al norte paramos junto á una laguna llamada Egua-

lengena; la tierra es toda doblada; se atravesaron algunos cerros de mediana altura y llanos de piedra menuda. Están poblados de árboles que no impiden el viajar por lo ralo. El más apetecible fruto que se halla en los árboles de estas lomas, es el del árbol llamado Guamigo: á su fruta dicen Guama. El árbol es alto, de tronco grueso y de hoja hendida en dos. El fruto es una algarroba ó vaina de largo de tres pulgadas, de forma cilíndrica unas, y aplanadas otras; la corteza es dura y de color pardo que tira á obscura. Quebrantada se descubre á manera de un rollito de grosor de un dedo, de una substancia harinosa, en la cual están contenidas dos ó tres semillas de la figura de una haba; con eso la harina es de buen gusto y sabe á algarroba; si se remoja aunque se exceda en la cantidad no hace daño, pero seca tomada con algún exceso causa algún aprieto en la garganta que inflama y se siente también en el estómago y avienta y endurece. Lo más particular de este árbol es su resina: ésta no sale afuera sino que entre la corteza y el leño fluye y corre hasta las raíces; éstas como más porosas la despide afuera, junto á las cuales se encuentran pedazos transparentes. Esta resina es muy olorosa y por la semejanza que tiene con la llamada *anime*, de la Nueva España, puede dársele el mismo nombre según Guillermo Pison. Aprovecha esta resina en los dolores de cabeza, originados de frío; su sahumerio solamente conforta la cabeza y las otras partes del cuerpo tocadas del frío; con su virtud aromática y peculiar color, es admirable esta resina untando con ella los nervios y aplicada en forma de emplasto; las hojas del árbol machacadas y bebidas en agua libran de las lombrices á las cuales mata. En las iglesias de la misión de los Chiquitos servía dicha resina de incienso.

Este día y siguiente llovió mucho, á esta causa no caminamos en las treguas que daba la lluvia; se entraron algunos indios en el bosque y yo con ellos; hallaron algunos árboles frutales llamados *Guapomigo*, y su fruto guapomo; son árboles de los más corpulentos de las sel-

vas, altos, y que descuellan sobre los demás. Á proporción de su estatura, extiende la rama; ahora estaban cargados de fruta; ésta se asemeja á una ciruela pequeña. cada una encierra un hueso como una haba, blando y de gusto algo amargo, á él está pegada una carne fibrosa y dorada que con dificultad se desprende y despega. en la boca es de sabor agradable dulce y no daña aunque se coma en abundancia. Cazóse también un pájaro llamado Gotinigiguagna; es del tamaño de un gallo, la pluma negra, entreverada en las alas con otras plumas blancas. tiene un copete de pluma negra, lustrosa, que abre y cierra cuando quiere. la carne es muy regalada y pasará por una especie de faisán en Europa: amánsase mucho y los hay en los toldos en que se han aquerenciado.

Día 16 de diciembre

Amaneció algo lluvioso el tiempo, sin embargo dirigiendo la marcha al norte se anduvieron como cuatro leguas. Las tierras al principio todas dobladas, pero después todan estaban inundadas. Cazáronse dos armadillos y dos lagartos feos llamados Nigaliyadi: aquellos parecen en el gusto de su carne á los lechoncitos; estos tienen la carne blanda y no de sabor ingrato. Pasáronse dos rios, el primero llamado Nalagate, de la subida, y el otro Aoba. El primero es de poco caudal y corre al Oriente. El segundo es grande y casi siempre se nada. Cerca de este río que desemboca en el Paraguay hay unos árboles llamados Nacaligdigo. Son árboles bien compuestos y de una madera algo frágil: las flores son blancas de cinco hojas y con un cáliz como los nardos muy olorosos, el fruto es muy semejante á las manzanas y de suave gusto. No nace en el lugar de la flor, sino en las horquetillas de las ramas así como las flores en las puntas. El jugo de estos árboles al principio fluye como la leche. después con el ambiente se condensa, y se recoge con cuidado se

forman unas pelotas de virtud tan elástica, que con poco impulso dan unos saltos muy altos. Estas son las pelotas que en el Paraguay llaman Estangayei. Encendida una de estas pelotas y puesta en un vaso ó escudilla de agua, se hunde en ella hasta la llama, que no se apaga hasta que se consume toda la pelota. Dura por muchas horas pero la luz no es muy clara y arroja mucho humo. Dicen que quemada esta goma y reducida á polvo si se toma por las narices como el tabaco aprovecha en los males de jaqueca. Varias patrañas cuentan en orden al modo de recoger la goma de estos árboles; lo cierto es que extendida en cualquier cuerpo de superficie lisa, se cuaja y arrolla con facilidad y sin la pensión de desnudarse y extenderse por el cuerpo. Hice la experiencia en un cuchillo en una calabaza y otras cosas lisas, y en todas la recogí sin molestia, y con menos trabajo que cuando se extiende en los muslos y brazos; muchas prácticas están en uso, porque así se hizo, no porque no pueda hacerse de otro y mejor modo.

Día 17 de diciembre

Fué molesto el camino como unas cuatro leguas, todo tierra baja é inundada; pasóse el río Egualanicadi que viene de Oriente, y desemboca en el Aabá, cerca de un grande arrecife llamado Agagujaba, el ruidoso, por el ruído que causan las aguas entre las peñas, es río de bastante caudal, y si no se dividiera en dos brazos, con dificultad se vadeara. Así éste como el de Aabá abundan de pescado que les entran del río Grande. En la montaña y bosque que está á la orilla del norte del río Aabá estuvo en su primer establecimiento el pueblo, Misión de indios Itatines, con la denominación de San Benito. Llamaron á éste Nosepotiy, los Guaranies antiguos. Estos fueron reducidos á la fe de Jesucristo por misioneros jesuítas á costa de indecibles fatigas. Los Portugueses primeros y después los Guaycurúes, los tuvieron en continua inquie-

tud, solicitados por un levantamiento por los indios rebeldes del pueblo Arecaya, que estaba junto al río Jujuí, jamás consintieron con ellos respondían siempre constante los Itatines que los Padres espirituales sus misioneros les enseñaban á servir á Dios y á su católico Rey, no á sublevar á nación. Descontentos con tal cristiana respuesta los Aricallanos, volvieron éstos llenos de furor á su pueblo, del cual cuidaba un sacerdote secular, digo á la sazón, á visitar el pueblo de los Acaya, el gobernador del Paraguay don Juan de Lugos, los amotinados se rebelaron contra él, y le cercaron con intención de acabar con los Españoles y con la fe, noticiados del aprieto en que estaban los Españoles, sin tardanza se hicieron en marcha los Itatines, conducidos de sus misioneros Jesuítas, abreviando jornadas por bosques y anegadizos se dejaron ver en Arecaya. Con su llegada respiraron el gobernador y los suyos sitiados por los rebeldes, acometieron á estos con valor los Itatines, pusiéronlos en huída, libertaron al gobernador y á toda la provincia de su ruína. Prendieron los Itatines por orden de su gobernador á los amotinados cuyas principales cabezas pagaron en una horca el atentado. Agradecido el gobernador llenó de alabanzas á los Itatines fieles y á sus misioneros Jesuítas por la doctrina tan pura y santa que les enseñaban.

No contentos los Itatines con dejar concluída una obra tan del servicio de Dios y del Rey, emprendieron otra acaso de no menos importancia. Los infieles pérfidos Payaguás, dueños del río Paraguay, inquietaban incesantemente las fronteras de la provincia, cautivaban, mataban y robaban á su salvo, no había arbitrio de cogerlos, porque sus ligeras canoas se burlaban del agua y también del fuego de los arcabuces. Sin exageración puede aplicarse á los indios Payaguás lo que de otros como ellos cantó un bello ingenio en este metro.

Surcan ligero la salobre espuma,
Pereciendo en las ondas muchas veces

Bajeles vivos de ligera pluma
Emulación nadante de los peces.

De sus causas su embrada bruma,
Veneces las despreciables pequeñeces
Casi el siempre feliz vuelo ligero
Con que al golfo burlan lo severo.

Á estos como invencible enemigo del español hablaron los Itatines, redujeron á mejor consejo, y llevándolos á la ciudad de la Asunción, se establecieron las paces y respiraron los vecinos. Todo esto confesaron deberse á la actividad de los fidelísimos Itatines. Hoy como arriba tocamos viven entre el Paraná y Tebicuarí en un numeroso pueblo llamado de Santiago, y en otro inmediato cuyo titular es la Virgen Santísima bajo la advocación de Nuestra Señora de Fe.

Día 18 de diciembre

Se caminó al Norte cosa de tres leguas, y llegamos al toldo del cacique Jaime Epaquimi, que estaba con toda su gente esperándome; aquí tenían ya noticia de la carta que cité arriba, que me escribió desde el pueblo del Santo Corazón de Jesús el padre José Chneca; pero estaban llenos de temor porque decían que los indios Chiquitos corrían el campo en busca de Guaicurúes, y por esta causa el cacique en cuyo poder paraba la dicha carta se había huído y escondido. Esto retardó mi ida y fué preciso demorarse casi tres días en este toldo. Toda la gente del cacique Jupagurini es perteneciente á la reducción de Belén; ahora acosados del hambre y temerosos de las viruelas, que el año pasado habían hecho ruina en la misión ó reducción, vivían en este paraje, su antiguo estaleje. Llámase el sitio *Niguagigi*, cuyo nombre toma de un mediano arroyo así llamado; su graduación será como de 21 ó 20 $^1/_2$ grados de latitud austral.

En las inmediaciones de este sitio nacen unos árboles

en la figura, fragilidad de la madera y jugo lácteo parecidos á las higueras, las hojas son largas casi un palmo y anchas por igual más de cuatro dedos; la fruta en la apariencia es muy parecida á los higos blancos, pero no en la substancia; tiene cada fruta un huesito redondo y blando del grandor de una aceituna que no se come. La cortecita del fruto que es algo gruesa y dura, contiene una carne blanca y gustosa de sabor de higo; llámase el árbol Noguagigo, y la fruta, Noguague; críase también una planta que crece á la altura de una vara, bien ramificada, la hoja pequeña y algo escarolada.

La semilla está metida en una vaina muy parecida á un pepino chico, sólo que las rayas que lo dividen á lo largo son de color encarnado, en campo verde que es el de toda la corteza. La raíz de esta planta es singular, hay algunas mayores que dos sandías grandes, yo hice cavar una que pesaba más de una arroba, se parece la raíz á un nabo. La primera cortecita es algo pálida y de un gusto bien dulce. La substancia de toda la raíz es blanca y puesta en la boca se mastica y resuelve en agua muy fresca, en falta de ésta sirve de refrigerio á los caminantes, pero se ha de tomar con moderación, porque es tan fría que causa pasmo si se toma con exceso, el remedio en este caso es el pimiento molido y comido, este con su calor reprime la operación del frío y desata los nervios de las mejillas. La experiencia les ha enseñado este tan eficaz específico, á unos hombres poco menos que fieras en el descuido de las cosas útiles.

Vires ususque medendi
Utilius natura docet genus omne ferarum

Llaman los Guayacurúes por desprecio á esta planta, bebida de los otros infieles *Ensinaga laacaguichi*, más ellos echan mano de estas raíces si se ven faltos de agua en sus continuas excursiones.

En la deresera del sitio en que estamos, ó paralelo á

él hacia el Poniente, á la orilla occidental del río Paraguay, está el pueblo de Guanás llamado Chanás, y de los Guayacurúes.

Layayas, distará de aquí como unas 12 leguas: está situado dentro de un espeso bosque de eminentes árboles. Es población formada en calles divididas en cuadras, y en medio tiene una plaza muy grande, más larga que ancha. La gente de este pueblo es mucha, y pasará de 800 familias, todos son labradores, y se mantienen del fruto de sus sementeras, en que siembran y plantan lo necesario para vivir con menos miseria en su pobreza, puede decirse de estos pobres indios lo que á otro intento, pero no de más semejante escribió un sabio:

Hortus erat inmetus; casula cum vimine pauco
Et calamo redimita levi; munibat arundo
Exiguis specus variis sed festivis herbis
Nil illi deerat quæ pauperis exigit usus.

Siembra muchas especies de frisoles y de judías, varias raíces, como batatas, mandiocas, y otras con abundancia, tabaco, algodón, maíz, calabazas. El vicario padre José Sánchez Labrador fué á hacerles una visita, y entablar con ellos tratado de paz con Dios y de vasallaje con nuestro Rey. Recibieron con gusto al misionero y significáronle los deseos que tenían de ser cristianos, vista y experimentada la buena disposición en que estaban se les asignó misionero propio que con tesón trabajaba en su enseñanza. Este fué el padre Manuel Durán, quien conducido de uno de los principales caciques del pueblo, fué á reconocer la tierra para elegir sitio cómodo para la nueva misión. Estuvo en gran riesgo la vida del misionero por un accidente impensado; líbrole Dios y restituído á Belén, pasa á la ciudad á acalorar la remisión de embarcación. Proveyó luego el señor gobernador don Carlos Morphi, volvió el misionero por tierra y caminó hasta la orilla del río Paraguay á esperar el bote, más

los que traían éste, cansados retrocedieron, y dejaron burlado al misionero. Este se volvió también á Belén, desde donde se procuró que unos caciques de los Chanas pasasen á la orilla oriental del río Paraguay, y que en ella escogiesen tierras para la población. Hiciéronlo así, y ya iban fabricando chozas y haciendo sementeras, con el fin de que después pasase todo el vecindario. Písose esta misión bajo la advocación de San Juan Nepomuceno; hubiera sido la cristiandad muy florida pues otros hermanos de los Chanas que son del mismo idioma y componen seis pueblos más al norte, como diré después, pedían misioneros jesuítas, émulos de la felicidad que ya gozaban los Chanas. Están los Chanas divididos en capitanías. Las principales son las de los caciques que son como régulos de los demás. Las capitanías menores recaen en los parientes de los caciques y así éstos como los capitanes menores procuran continuar la mística nobleza de su sangre casándose entre sí los de igual jerarquía por no envilecerse con la plebe. Los caciques y capitanes son respetados y acatados, sin que sirva de impedimento la pobreza igual ó mayor que la de sus vasallos y soldados. Puede cantarse á esta gente:

Merece estimación la nobleza
Con tanta distinción que no consiente
El que á sus timbres logre la grandeza
Mezclarse con linaje diferente.
No abulta en la balanza la riqueza
Para que estimación acreciente
Siendo de la nobleza el claro escudo
Gala feliz de su explendor desnudo.

Con mi llegada al toldo de Jaime se renovó el llanto por la muerte de un niño cristiano de tres años de edad, caciquito y sucesor en el mando. Quiero referir el modo que tiene algo de particular: Al alborear la aurora, rompió el llanto, con lamento tierno la madre del chiquillo difunto, al punto resonó en todas las esteras del toldo y

empezaron todas las mujeres á llorar muy deveras. En una acción de humanidad tan natural saca el común enemigo su ganancia, martirizando de todos modos á los desdichados infieles, quebrantadas las almas de éstos con las memorias lúgubres, atormenta el enemigo sus cuerpos con la positura penosa en que tienen los brazos y el pecho. Las plañideras están sentadas sin algún arrimo, la cara vuelta al Oriente, ó punto en que ha de salir el Sol, mantienen los brazos en el aire algo abiertos desde los hombros hasta los codos, de aquí hasta las manos están doblados, y apartados en ademán de quien mece un niño sobre ellos: en esta postura tan molesta perseveran desde la hora dicha hasta que el Sol se eleva como una lanza de alto sobre el horizonte. No tienen quieto el cuerpo ni los brazos en todo el tiempo del llanto, mecen y bambolean el cuerpo de Oriente á Poniente, y mueven los brazos como si arrullaran sobre ellos el niño. Su modo de llorar más parece canto músico que gemido; interrumpido refieren muy por extenso la vida y proezas del difunto si fué adulto: ahora todo el asunto de sus endechas ocupaban las monerías y travesuras del chiquillo esto es cuanto á lo pasado; mas por lo que miraba á lo futuro, le igualaban en hazañas á sus héroes más esclarecidos que entre ellos obtuvieron lugar muy honorífico en el templo de la fama.

Los Alejandros, Césares y Escipiones, los griegos y romanos se avergonzarían si quisiéramos cotejarles con los jefes de estos indios; á medida del mérito que en ellos admiran son los encomios que en voz acompañada de sus lágrimas publican los que lloran á todos en su opinión. Hubieran contrarrestado el difunto niño si la cruel parca no cortara su inocente vida, sobre todo se esmeraba la madre en tiernos cariños: hijo mio! hijo mio! repetía: mi vida, mi alegría murió contigo, que júbilo el mío cuando tus labios comprimían la leche de mis pechos; hijo mío! hijo mío! de este modo refería acción por acción y paso por paso el proceder de su hijo. Confieso que me enter-

necía el oirla, pero con superior motivo, la acompañé en sus lágrimas derramando las mías ; el primer indio Guaycurú á quien lavé con las aguas del Santo Bautismo saludables fué el niño Estanislao. Apenas acertaba á apartarse su inocencia de los misioneros, ahora le consideraba entre los ángeles en el tribunal de Dios, abogando por la salvación de su gente; qué motivo para no resolverse en lágrimas de gozo ; así lo confesaba el apóstol de los indios San Francisco Javier, cuyo espíritu vive en sus hermanos los misioneros. Concluído el llanto se les sirve algún manjar de lo que lleva el tiempo á los que lloraban, y vuelven á sus ocupaciones domésticas, alegres de haber pagado tan debido tributo de dolor á sus difuntos. Los Guaycurúes, decía un discreto, tienen algunas cosas en las cuales compiten con los filósofos antiguos al mismo paso que les acompañan otras que los califican por poco menos que brutos.

Día 20 de diciembre

Habiéndose desocupado de sus ningunos quehaceres los del toldo de Jaime, quiso éste que caminásemos este día por la tarde, él y su mujer llamada Margarita vinieron á acompañarme, tomamos las cabalgaduras que no entendían de freno, sino de rienda al modo que usan los Guaycurúes. Estas se atan al labio inferior y mejilla del caballo, de tal suerte que no le sirve de embarazo para comer y beber. Camínose al Norte como tres leguas al oriente por buenas tierras : tienen á distancia de tres ó cuatro leguas la serranía grande ; y al poniente se levantan unos hermosos cerros de una cierrezuela llamada Amoguillady. En esta se hallan piedras negras y duras de las cuales formaban destrales ó cuñas á modo de hachas con que cortar árboles y palmas. Después que tienen misioneros han conseguido herramientas de hierro para los mismos usos que aprecian mucho. La cena fué un poco de harina de mandioca

en agua, porque con la detención en el toldo se consumió alguna otra providencia que fuera de carga. Un brioso caballo, impaciente de las espuelas que incauto se calzó un Guaraní de la comitiva, sacudió al ginete y le maltrató de modo que temí no poder proseguir el viaje, favoreciónos Dios y con sólo agua se remedió el doliente que pudo seguir la marcha. Á la tierra en que hicimos noche le llaman Guagigo, esto es, Estancia de vacas. Hubo de serlo antiguamente cuando estuvieron establecidas aquí las misiones que hicieron los jesuítas de indios Itatines; en un repecho de la sierrezuela hay unos árboles llamados Nivader-igol. Se levantan á la altura de un manzano; la hoja es grande de un verde hermoso y de figura de corazón. Cuando está florido parece un ramillete compuesto de flores, unas blancas y otras encarnadas, con unos hilos hermosos en medio. Son de cinco hojas como las del azahar, ó flor de naranjo; á la flor se sigue el fruto que son unos erizos como el de las castañas á excepción de las puntas que son blandas; en estos erizos se contienen unos granitos forrados de una telita blanca, y pegada á los granos está una tinta de color de ajarcon algo más encendida. Los Guaycurúes lavan en poca agua clara estos granos, desátase la tinta en el agua, cuelan los granos ya limpios y los arrojan. Después ponen en una cazuela la tintura, y á fuego bastante fuerte hacen consumir el agua, en la cual mezclan algunas gotas de miel de cuando en cuando para que el color no se pegue á la cazuela; la apartan de los lados y la recuecen hacia el medio con una pluma; consumida el agua queda el color en consistencia de una pasta que puede formarse en bollos ó tortas; así compuesta la dejan secar y guardan para sus embijamientos ó pinturas de la cara, y á veces de todo el cuerpo. Cuando salen pintados de este color de pies á cabeza, parecen retratos de almas condenadas. Estiman este color como una de sus principales alhajas: de los granos de Nivaderigo se prepara un magisterio como del coral, se guarda para los usos médicos. Los granos recientes y

maduros si se sacan y disponen en pastillas en cantidad indeterminada con gachas de harina de mandioca ú otra conveniente, se dan á los enfermos, cuya enfermedad se origina de veneno ó de otra causa, corroboran el estómago y aprovechan en los flujos de vientre; bebidos con agua conveniente mitigan los ardores de las calenturas. Suplen así los granos como la raíz del árbol las veces de azafrán y dan buen sabor á la comida. En la Nueva España los mezclan con chocolate, al cual comunica mejor sabor y color.

Día 21

Caminamos hacia el poniente con alguna inclinación al Sur, no deja otro arbitrio la constitución de la tierra y bosque. La jornada sería como de cuatro leguas penosísimas; casi todas las anduvimos por aguas de anegadizos y bañados; pasóse en embarcación de piel de toro un mediano río llamado Apocologo-livato, nido de cisne. El fin de haber tomado este rumbo, y el día siguiente, fué ir á ver un cacique Mbayá, de cuyos vasallos habían aprisionado los Chiquitos unos 17. Por la noche descansamos y procuramos el descanso de un albardoncillo de tierra de la cual se había retirado unas varas el agua, y estaba también mojado. No fué posible tomar el sueño, porque sobre la incomodidad del suelo se añadió la del cielo, que entoldado despedía sobrada lluvia para bañarnos, aunque estuvieramos secos. Los mosquitos, *Cuniperigo-lionegodi* que son como átomos, alborotados con la destemplanza del aire, suplieron bien la falta de fuego con sus ardientes picaduras. Los tigres nos hicieron la guardia, bien que no nos guardaron el sueño. La ave llamada apocologo es mayor que un ganzo, zancas largas y limpias de pluma. Las uñas son curvas y duras, así como el pico que tira á amarillo y tiene más de cuarta de largo; el color de la pluma es blanco. Andan siempre parados y viven de día en las lagunas ó á la orilla del agua y á la noche se sitúan en sus

nidos que forman en los árboles. Irritada esta ave, se sienta, extiende sus uñas y pico para defenderse. Las plumas son dos veces más gruesas que las ordinarias para escribir y sirven para el mismo uso y también para las espinetas y clavicordios, cuyas cuerdas hieren bien por su proporcionada consistencia. Los Guaycurúes suelen ponerse en la cabeza las dos alas á modo de Mercurio, adorno que los afea, siendo su mayor gala.

Día 22

Por el mismo rumbo y por tierras tan malas como las de ayer caminamos como cosa de cuatro leguas. Fatigados llegamos al toldo del cacique Cunilicogodi; por estar éste preso en las misiones de los Chiquitos, administraba el cacicazgo un pariente llamado Napidrigi, el negro, por lo tostado de su color.

Había poca gente en las esteras que estaban colocadas cerca de las orillas de un brazo del río Paraguay y tiene por nombre Natobi. Casi toda se reducía á unas cuantas mujeres ancianas. El resto había pasado á la orilla oriental del río Paraguay á abastecerse de harina de algarroba. De esta forman con poco aseo unos panes que llaman *Nadenogo*. La algarroba les suministra alimento para el tiempo en que la hay; gustan mucho de esta comida y con razón porque es substanciosa y provechosa. Cuando van á la cosecha de la algarroba tienen su especie de fiesta que se reduce á una solemne borrachera; ya calientes con el caldo de la chicha, se arman pendencias de puñadas, remate de sus alegrías. No echan mano de arma ofensiva, ni palo, ni sable, ni lanza. Los puños deciden el valor y bizarría; el que mejor puñete pega recibe las aclamaciones con admiración, expresada en su idioma con estas letras *Aun*; concluída la gresca de moquetes, no les queda sentimiento alguno, prosigue la amistad y se celebra el triunfo.

La gente de este cacicazgo completará el número de 200 á 500 almas. Por espacio de casi dos años estuvo agregado á la Reducción de Nuestra Señora de Belén; llámanse los Lichagotegodis, estos de la tierra colorada, por el color del terreno que habitan. En el tiempo que vivieron en Belén, recibieron el santo bautismo bastantes párvulos. Los Guaycurúes son muy delicados en puntos de preeminencias, y para obviar discusiones cada cacique tiene en punto determinado sus vasallos. Suscitáronse algunas rencillas entre las gentes del cacicazgo de Jaime Epaquini y el de los Lichagotegodis. Esto fué bastante para que se separasen éstos de aquellos según leyes de su barbarie, ni dos soles en un cielo, ni dos soberanos en un reino, dijo uno. Así lo practican los Guaycurúes, mandando cada régulo á los de su obediencia. No obstante la separación continuaban las visitas á los misioneros, y se trataba con ardor hacer otra reducción de esta gente. En efecto fueron á la ciudad de la Asunción y entablaron su demanda pidiendo misioneros jesuítas, y querían llevarlos consigo por agosto del 67. Consolólos el señor gobernador y se volvieron á su Estalaje. En este sitio Natobí está la punta del sur de Itapucri, ó piedra larga. Los Guaycurúes le llaman Guetiga ó Cagataga. Es una mediana sierrezuela que corre poco más de una legua al Norte. Á este rumbo se termina un cerro el más alto ó de los más altos que ven en todo el camino y que se descubren á distancia de bastantes leguas. Por este cerro tiene nombre toda la sierrezuela. Al poniente de esta corre el río Paraguay que riega sus faldas; por la parte del río parece un peñasco seguido, y se divisa una cueva larga como sala bastante inmediata al agua; pero más arriba del cerro grande y algo separado hay otro cerro menor y menos alto llamado Geceticaguanigi, sierra chica. Por la punta del Sur de la grande y por la del Norte de la chica, tiene el paso del río que lleva al poniente y va hasta el pueblo de los Guanás, Chanás y Neguecayatemiguis. De los primeros hablé arriba: de los segundos forman una pobla-

ción como de 300 familias. Es colonia del pueblo de Chanás; su modo de vida, labradora; genios y ritos son los mismos. Las mujeres se cercenan el cabello por la frente de oreja á oreja, y lo demás dejan suelto ó recogen en trenza; andan vestidas de mantas de algodón que ellas hilan y tejen con primor; son amantísimas de sus hijos, buenas trabajadoras; virtudes transcendentales á toda la nación dividida en siete pueblos. Habláronme muchas veces para que les enseñasen misioneros jesuítas, parece más bien dispuesta y á lo menos no tan indispuesta como la de gente de á caballo. Dios les conceda los medios más oportunos con que en sus almas se logre la sangre de nuestro redentor.

Día 23

Como no estaba la más de la gente en el toldo, salimos este día, tomamos dos muchachos que decían ser prácticos en el camino, hasta el toldo de otro cacicazgo. Costeamos la serrezuela de Itapucú, que dejamos á la mano izquierda y al poniente. El camino fué como el de los días precedentes, los muchachos perdieron el tino y costó mucho salir de entre el ciénago y pajonales. La jornada fué como de unas cuatro leguas al Norte. Entre las dos serrezuelas dichas arriba se descubren el río Paraguay, en cuya orilla nos detuvimos un rato, no tanto por descansar, cuanto por explorar por donde pasaríamos un grande anegadizo y brazo que se formaba del mismo río. Fué necesario bajar bastante entre oriente y sur en busca del desagüe; pasóse con trabajo y paramos á la orilla de dicho brazo: cazaron un venado que llaman del bosque: su piel está jaspeada de pardo claro y pintas claras dispuestas con hermosa simetría; su carne es suave. Esta noche se levantaron fuegos hacia el Norte, no en mucha distancia, creyeron los prácticos que estaban cerca del toldo del cacique que buscábamos, pero la experiencia nos desengañó al día siguiente y aun los siguientes.

Día 24 de diciembre

Cogimos el rumbo Norte y caminamos como de tres á cuatro leguas hasta la misma orilla del río Paraguay; pasamos sobre la misma barranca, reconocimos que el fuego estaba aún muy distante, la tierra baja y que se inunda en tiempo de avenidas del río. Llovió hoy mucho, esta noche con la tormenta y espantados también de tigres se huyeron los caballos y se perdieron del todo. Á un indio Guaycurú que andaba en busca de las cabalgaduras arrojó violentamente la que montaba y le desconcertó un brazo. Con este trabajo prosiguió hasta la misión de los Chiquitos, en donde se le aplicaron algunos remedios con que quedó restablecido.

Día 25

Fué un laberinto de caminos, nos perdimos muchas veces entre bosquecillos y pantanos; al fin después de fatigados de tantas vueltas, mosquitos y tábanos, pasamos sin saber qué tierra era á la orilla de un zanjón lleno de agua. Uno de los de la comitiva, como corrido de no saber el camino, fué á buscarle y cogió algunos indicios que determinaron que estábamos perdidos. En este sitio había árboles llamados *Notig-igo*: son altos y parecidos á la encina; la corteza es blanquecina y lisa, la madera frágil como la de la higuera y también con un corazón como el de aquélla; las ramas tienen las hojas en la extremidad, son largas y de figuras de lenguas de buey, están juntas siete ú ocho bien dispuestas, algunas exceden un pie de largo; la flor es pequeña y algo parecida al narciso y de buen olor; su color es blanco y con unas pintas en lo interior doradas: el fruto es del tamaño de un limón y casi de la misma figura, de corteza delicada y cenicienta, ésta encierra una carne sólida, jugosa y algo pálida, y de sabor ácido y refri-

gerante y de olor algo fastidioso. En medio de la carne hay una cavidad llena de semillas, vestidas de una carne muy blanda; los granos ó semillas son orbiculares y aplanadas. Antes de madurar la fruta es verde, después de madura se pudre un poco, y en este estado debe comerse; dánse contra los flujos de vientre, su comida reprime el ardor del paladar y del estómago y son de alivio á sanos y enfermos. La fruta no madura, machacada y reducida á emplasto, se pone con buen éxito sobre las úlceras malignas. De la misma planta antes de madurar sacan un color que al principio es acuoso y después se ennegrece como tinta. Con éste se pintan los infieles Guanas y Guaycurúes, principalmente cuando han de ir á la guerra, para hacerse terribles á sus enemigos. No tiene otro uso esa tinta, la cual puesta en el papel ó en cuerpo por sí misma se desvanece á los ocho ó diez días.

Día 26

Procuróse enderazar hacia donde pareció que podríamos hallar el toldo que buscábamos, caminóse al sur y casi una legua dimos con un río llamado Apacigrimo-godi, Agua blanca. Estaba muy profundo y se nadó por casi una cuadra, que era la anchura de su madre ó cauce. Tiene su origen en la serranía y desemboca en el río Paraguay. El suelo es de greda blanquizca, la cual comunica el color al agua. Pasado el río se tomó el rumbo casi al oriente, y á eso de unas dos leguas se nos atravesó un riacho y brazo del río Paraguay que nace de él y habiendo corrido algunas leguas vuelve á incorporarse con su madre; es muy ancho y hondo, fué preciso nadar y armar las embarcaciones de pieles. Estando á las orillas de este Riacho, se dejó ver un infiel que vagaba por el campo, era del toldo en cuya busca andábamos; tomamos lengua del sitio en que estaba el cacique y nos despedimos. Nosotros volviendo un poco al sur caminamos casi

otras dos leguas desde el cual divisamos las buscadas esteras. En las seis leguas de la jornada de este día, apenas se caminó una media legua que no fuese por agua y pantano. Toda es tierra llana y que se llena con las inundaciones. El sitio en que paramos un rato fué á la orilla de una grande laguna ó anegadizo que habíamos de atravesar, y para ejecutarlo sin riesgo se esperó un práctico. Había muchas aves, patos, cisnes y otras de agua. Habiendo atravesado la laguna, sucedió que nos divisaron unos muchachos que estaban divirtiéndose á caballo. Representóseles que eramos indios Chiquitos y con mal acuerdo echaron á correr al toldo y dieron un buen susto á los que en él estaban. Desde este sitio que distaría del toldo como un cuarto de legua, se empezó la ceremonia indispensable en la república de los Guaycurúes. Estos cuando camina algún cacique y va de visita á otro toldo, estando á vista de las esteras, envía cuatro embajadores que llaman Lienigipé. Llegan estos enviados parando á la entrada de las esteras en que está el cacique señor del toldo: apéanse con aire de sus caballos y clavan con el mismo sus lanzas en tierra. Hecho esto entran á la presencia del cacique que está sentado en tierra y cruzadas las piernas: siéntanse también en el mismo sitial los cuatro embajadores dos de á cada lado. Todo esto en gran silencio. Al cabo de un rato se levantan los cuatro y puestos en pie al frente del cacique habla uno de ellos con tanta arrogancia como pudiera un vencedor á su prisionero. El asunto de la arenga se reduce á darle parte de la merced y favor que aquel día recibirá de su hermano el cacique que se digna venir á visitarlo. Agradéceule la noticia con estas palabras *igatagatime*. Por esto os doy las gracias, y les suplica que se sienten, habla familiarmente con ellos y llama á alguno ó alguna del toldo que los lleve á darles algún refresco, que se reduce á un plato de comida conforme á su pobreza. Á la embajada dicha corresponde el cacique enviando tres ó cuatro de sus vasallos al encuentro del que viene. Al llegar éstos se para la comitiva y

con mucho silencio, desde los caballos oye lo que le envía á decir el señor del toldo. Redúcese á felicitarlo y darle la bienvenida á tierras extrañas. Juntamente le señalan el lugar en que ha de apearse y aposentarse. Este por lo común es á vista de las esteras del cacique; en llegando á tal sitio, en unos postecillos de palo ó sobre unas cañas, arman un toldo de esteras que sirven de pabellón y de palacio. Entran en este alojamiento el huésped con su comitiva y á poco rato le envían unas cazuelas con manjares en tan corta cantidad y tan rústicamente aderezada que todo puede pasar por mera ceremonia. Concluído el banquete viene el cacique á ver los recién llegados y ofrecerse á su servicio.

No para en esto el cortejo, dásele también su música á los huéspedes. Para esto se engalana á las mil maravillas á un muchacho, píntase de encarnado, con el color de Nivandenigo; en el fondo colorado siembran unos matices blancos de varias figuras de Sol y estrellas. Estas son de harina de palma, la cual con el soplo introducen por las aberturas de los moldes hechos en piel que guardan para el intento. En la cabeza tienen una guirnalda de vistosos colores de plumas, y de la misma materia tiene bucles en las muñecas y brazaletes; el mismo adorno visten en las piernas cerca de los tobillos. Vestido el músico, se disponen los instrumentos; estos son dos de poco costo. Uno es el calabazo, dentro del cual hay unas piedrecillas que llaman *Lotani*. Otro es una especie de zambomba: ponen agua en una olla mediana de barro: tápanla con un cuero de ciervo ó venado; humedecido el pelo hacia abajo, átanle fuertemente á la boca de la olla, y queda á punto un tamboril raro. Siéntase el muchacho, cruza las piernas, delante de estas coloca la olla ó tambor coge en la mano izquierda por el cuello el calabazo, y en la derecha tiene un palillo con que golpea su *Cogue*, que así llaman á su tamborete. No hay más armonía que una perpetua unisonidad, dando ya en medio, ya á un lado del cuero que cubre la olla y al mismo tiempo hacer ro-

dar las piedrecillas como compás en el calabazo. Esta es toda la ciencia en orden á estos instrumentos. El músico hace sentado algunos movimientos en ademán de quien danza como puede, y entona algunas canciones que se reducen á elogios del cacique huésped. Celébrase su valor, su destreza en las armas su gobierno y demás partidas que le hacen esclarecido y amado de los suyos, y temible y espantoso á sus enemigos. Con este modo de música y cánticos se alegran todos, y en cierto modo sucede á los Guaycurúes lo que á los Lacedemonios en semejante circunstancias. Al oír la letra encomiástica, se alegran los ancianos y dicen como los de Lacedemonia. *Nos fuimus fortes,* y los jóvenes encendidos en coraje, y aspirando á las glorias que oyen aplaudir clama *Et nos fuerimus aliquando.* Esfuérzanse los varones y en sus corazones repiten *Et nos modo sumus.* Dura la música desde que llega el cacique, y la noche siguiente. Rito penoso para el músico, pero indispensable en el ceremonial de esta nación. Al fin hubo una gentil borrachera, con licor de miel fermentada en agua. Los prusianos, polacos y otras naciones del norte hacen lo mismo con el hidromel. Sirve pues esto de alguna disculpa á los Guaycurúes, ya que no á indemnizarlos.

En este toldo nos detuvimos hasta el día 27 por la tarde : es un albardón de tierra que por haber bajado algo el agua no estaba inundado, pero tan húmedo que brotaba el agua por poco que se apretase. Llámanle Guateliyadí-Lantela, es una especie de cardo silvestre, cuya fruta tiene este nombre ; sale hacia arriba arracimada y cuando madura se come y tiene el sabor agridulce ; si no se lava bien, lo aspero de la corteza corroe y saca sangre de la lengua, había muchos cardos de estos en este paraje, rodeado de lagunas á corta distancia. Su altura Austral podrá ser de 21 grados poco más ó menos. El miedo tenía á la gente de ese cacicazgo encerrada en tierra tan incómoda ; casi todos eran mujeres y algunos Guanás criados, llamados Echoaladis. La milicia más sobresaliente de

este toldo dicho los *Enacagas* está prisionera en los pueblos de los Chiquitos: su cacique tiene por nombre Caminigú, viejo de mal humor y azote de la villa de Curuguaty. Otros dos caciques cuya gente se había agregado á la de Caminigú corrieron la misma fortuna de rendirse á los Chiquitos en donde los tienen bien asegurados. Entretanto que se divierten las mujeres de este toldo, diré algo de su temor de los Guanás y de los que dejé tratado con Caminigó su jefe. Este Caminigó es el cacique en cuyas manos paró la carta escrita á mí de la cual hablé antes. Con intento de comunicarla pasó á la orilla oriental del río Paraguay al Algarrobal. Detúvose poco en ella porque á vista de unos fuegos que al nornoroeste se levantan huyó luego y en su compañía un famoso indio llamado Eyonadigi, que fué el homicida del P. Antonio Guasp, *fugit nemine persequente*. Se ignora qué indios incendiaron el campo, más Caminigó cree que fueron los Chiquitos, y temiendo caer en sus manos, repasó el río y con el mujeriego se ha puesto en este paraje circunvalado todo de agua. Eyomadagi, ni aun aquí se dió por seguro y se metió hacia el oriente en el toldo de los Gocogotegodis. Prosiguen los fuegos por la orilla ocidental del río, y sus llamas demuestran el terror pánico que poseen los corazones de esta gente; apenas se atreven á apartarse del toldo; están en la mayor miseria; más parecen muertos vivos que personas animadas; instan por mi pronta ida; yo no deseo otra cosa, pero tardan en buscar los caballos. Los hombres Guaycurúes de este toldo son de diez á doce, porque los demás están presos en los Chiquitos. Quiebra el corazón oir las voces de las pobres mujeres, unas piden por sus maridos, otras por sus hijos y parientes y todas por los hombres que les cazaban y aliviaban sus desdichas. Creían que con mi ida vendrían todos, mas desengañéles y expliquéles el contenido de la carta con que se concluyó que por ahora les serviría de consuelo, la noticia de que estaban vivos los prisioneros. Ofrecióme el cacique un indio práctico de la tierra de la ori-

lla occidental del río, y otros 26 que me acompañarían hasta ponerme en seguro. El cacique Jaime y su mujer llegaron conmigo hasta este toldo; pero habiendo aquel adolecido, los dejé, por no demorar mucho tiempo.

Había muchos indios Monteses de los Echoaladis, que son feudatarios de Caminigó. Este para ganarse la voluntad de los Guanás, casóse con una cacica de ellos y es el único Guaycurú que me conste tener dos mujeres á un tiempo, aunque en distintos lugares. Aquí en su toldo habita la otra que es Guayemri. Los *Echoaladís* están en la orilla occidental del río Paraguay, paralelos á este toldo; están divididos en dos grandes poblaciones, cada una mayor que la de los Chanás. Es gente belicosa é inquieta más que los otros Guanás, pero labradora como toda la nación. En este año han hecho paces con unos infieles de á caballo, á los cuales llaman según los Mbayás Enimagas ó los Chiriguanos, y me inclino más á estos últimos. Dicen los Echoaladis que sus nuevos amigos andan vestidos de ropa de color, y que al cuello traen collares como rosarios, y añaden que son caseros de Cristianos hacia el poniente. La gente Echeoaladi de los dos pueblos es de un mismo idioma con los Chanás, y pide también misioneros jesuitas. El cacique Caminigó me dió quejas, porque ya había misionero en la reducción de San Juan Nepomuceno de Chanás, y no en sus feudatarios los Echeoaladís. Consoléle con que volviendo á la ciudad de mi viaje, trataríamos con el Capitán Grande ó el señor Gobernador este asunto, que esperaba lograría en breve el cumplimiento de sus deseos. Cerca de los Echeoaladís poco menos de un día de camino entre Sud y Poniente viven los Terenas en otros pueblos numerosos. Son hermanos de los Echoaladís, pero de mejor genio. De estos pueblos fué un cacique de Belén hablóme sobre que les fuese á enseñar, yo ó alguno de mis hermanos. Respondíle que primero iría yo á visitarlos y á oir las palabras de todos los Caciques; así constándome de la voluntad de ellos y de la de sus vasallos, irían

los misioneros. Determiné ir después de dos meses con él: esperóme el buen indio, pero en este tiempo ofrecióse el viaje á los Chiquitos, y por esto no pude ir á ver á los Terenas, que permanecen en sus buenos deseos. Este indio me dió individuales noticias del venerable padre Agustín Castañares, apóstol de los Zamucos á los cuales el indio Terena llamó Chamocos. Este fervoroso misionero, desde el pueblo de San Ignacio de Zamucos que había fundado, hizo dos excursiones en busca de los Terenas. No llegó á sus pueblos, pero tuvo comodidad de hallarlos en los bosques por los cuales andaban buscando miel y frutillas, siguiéronle algunos al pueblo y misión de San Ignacio y bien regalados los envió á sus pueblos para que hablasen á los suyos y saliesen á ser doctrinados. En el pueblo de Santiago de Chiquitos están los indios Ugoroños, también Zamucos, de los que convirtió á la fe el padre Agustín; entre ellos había algunos que le acompañaron en dichos viajes á los Terenas; y de éstos vivía aun una mujer anciana muy fervorosa Cristiana. Hacia el noruoroeste respecto á los Echoaladís, á distancia de pocas leguas, viven los Guanás llamados Eguririquinaos, sus hermanos componen una población grande y han también hecho instancias por misioneros jesuítas. En este viaje me acompañó hasta los Chiquitos un Equiniquinao llamado Manuel, uno de los caciques principales.

Á mi vuelta quedé en venir por su pueblo, pero no fué posible por haber pasado el río muy arriba y viajado por la orilla del Oriente. De todas estas gentes Guanás puede decirse á los fervorosos misioneros *videte regiones quæ aptae sunt ad messem*. Mas entretanto que ellos las contemplan desde el monte de su espíritu como una tierra de promisión, digamos todos con Jesucristo: *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam.*

Mas al Poniente de los Equiniquinaos, y en distancia tal, que se ven muy claros los fuegos de sus sementeras, viven los Mateses llamados Tumirabas y Caraos. Son de

lengua Zamuca y hermanos de los Capotoradeses, neófitos del pueblo de Santiago, los misioneros de este pueblo y de San Juan entendían con fervor en sacarlos de sus bosques, y creo que lo conseguirían quitando de las garras del enemigo las almas de estos pobres infieles. Los dos misioneros del dicho pueblo de Santiago tomaron el trabajo de aprender la lengua de los Tumirabas, Carahos, para abreviar más su conversión, porque sin esta diligencia puede decir el que entra á semejantes empresas : *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli.* Cuando al contrario, cuando el misionero les habla en su lengua, le miran con admiración y como á hombre de superior esfera.

Desde hoy omitiré la enumeración de los días, hasta la entrada del bosque de los Chiquitos, porque en rumbos y tierras hubo poca diversidad, y sobre alargar la relación sirviera de molestia repetir cada día unas mismas cosas. Baste decir que desde el día 27 en que salí del toldo, hasta el día 8 del mes siguiente enero, fué un camino muy penoso. El segundo día encontré el toldo de los Gosogotegodis, también escondido por medio de los fuegos que no cesaban, había en él unas seis cautivas cristianas naturales de la ciudad de la Asunción ; una se acordaba muy diariamente de la lengua Guaraní, y en ella sirviendo de intérprete para los que no la sabían, me dijo los desconsuelos en que vivían que recataba explicar en lengua Guaycurú en público. En el toldo de Caminigó hallé un anciano portugués que fué de los principales de Cuyabá, y una señora portuguesa de la misma clase. Aquel contaba más de dieciseis años de cautiverio y ésta siete con dos negritos que fueron sus criados. Al marido quitaron la vida los Guaycurúes en el camino real, que tienen los de Cuyabá, desde esta villa hasta la de Curuguaty.

Los ciénagos, lodazales y anegadizos casi no se interrumpían, y el alivio que había al salir de un mal paso, era que quedaban otros peores. La disposición de las tie-

rras y lo inundado que estaban, nos obligó á variar de rumbo, aun en un mismo día, más siempre adelantando algo hacia el Norte. Al tercer día dejamos entre Oriente y Norte una punta de Cerros llamada Neguateguidi, las canoas, por abrirse con alguna semejanza á canoas ó artesa. Al Oriente de esta sierra viven los indios Guaycurúes, Gozogotegodis, cuyo cacique se llama Guayicota y desea también misioneros. La altura de esta serranía en los Cerros Neguateguedi, es de 21 grados y algunos minutos. Parecía temeridad la constancia en atravesar estas sierras en las cuales sobresalía más el agua. La destreza de los Guaycurúes y el esfuerzo de sus caballos nos sacaban, aunque mojados, de los atolladeros y juncales.

Con esta incomodidad caminamos hasta un paraje poco distante del río Paraguay. Llamado la piedra blanca ó Guetiga lapacrigi, y en idioma guaraní, Itatí. Es una mediana Serranía compuesta de buenos cerros, y casi termina hacia el Norte de la célebre provincia de los Itatines, de la cual hablaré en otro lugar. Contra estos cerros se estrella el río Paraguay, y al abrigo de sus faldas hay paso á la orilla occidental. No dista mucho de este paso la laguna Layacodigo ó de la Cruz, que descubrieron los indios Chiquitos, y equivocaron con el mismo río. Esta laguna había de ser el término primero de nuestras fatigas; porque á su orilla del Poniente está la entrada del bosque de los Chiquitos, mas una casualidad nos apartó muchas leguas de este lago, y nos puso en mayores trabajos y fatigas. Levantóse un fuego en la orilla occidental del río Paraguay, no muy lejos de la dicha laguna. Bastó una cosa tan leve para que mis guías mudasen todas sus ideas. Persuadiéronse que los Chiquitos batían los campos circunvecinos á la laguna y que si pasaban el río por la piedra blanca, caerían en alguna celada. Obrando esta especie torcieron el rumbo, y tomaron el camino del Sud, costearon el río por malezales y anegadizos como cuatro leguas. Parecióles bien pasar por este sitio aunque no había bajada cómoda ni limpia en las dos orillas. El río

estaba alborotado con el viento y las olas cada vez más crespas, propúseles el riesgo á que nos exponíamos arrojándonos á un golfo que parecía que nos esperaba para tragarnos. La anchura del río era más de un cuarto de legua. No saben temer los Guaycurúes al agua y viendo mi desconfianza, me dijeron ¿ pues qué temes estando con nosotros? No temo de vosotros, les respondí; pero el río es inconstante. Ayer nos dejaron siete de nuestros compañeros, y ¿de qué temieron sino de este pasaje? — No, no — y fué así que los hizo retroceder el miedo á los indios Chiquitos. Despreciado el evidente riesgo, porque todos no me desampararan, si mostraba cobardía, que podían atribuir que yo también me recelaba á los Chiquitos, me senté en la pelota de cuero. Embarcados no pudo resistir embarcación tan fragil á la fuerza de las olas que entraron en ella y la inundaron. Alzóme un indio de un brazo y me sostuvo sobre la inundada pelota, que mantenía otro, para que no acabase de irse al fondo. Así estuvimos yo con el agua en la boca y resollando de cuando en cuando todo el tiempo; y fué bastante que tardaron en echarse al río los dos briosos caballos: luego que se acercaron pusieron pareados las cabalgaduras, y yo agarrado con la derecha de la crin de una y con la izquierda á la de otra, salí arrastrado por el agua. Enjuta la ropa caminamos también hacia el Sur, como unas dos leguas, é hicimos noche sobre un brazo del río Paraguay, lleno de lagartos y caimanes, hay dos especies de estos animales acuáticos feísimos, la ordinaria y de color parduzco no da mucho cuidado, porque huye de la gente, la otra y de color que tira á encarnado en las articulaciones de las escamas, es feroz y arremete con rabia aunque no se le irrite. Había hambre, y siendo ésta más poderosa que el miedo, esguajaron unos indios el riacho, alcanzaron un cocodrilo y cogieron las ovados de ellos. La carne es de muy buen gusto y parecida en el sabor á la del dorado, los huevos son mayores que los de los gansos, no tan punteagudos. La cáscara no es vidriosa como la de las

gallinas, sino á modo de un pergamino delicado. Casi todo es yema y son gustosos cocidos y asados, en cada nido se hallan de 38 á 40. No los empolla ni la hembra ni el macho, dejados á beneficio del calor del Sol.

Para esto como no hay arenales en las orillas, amontonan mucha paja seca. La cumbre ó punta de esta cama se levanta como tres cuartas, y la baja ó pie tendrá de diámetro como vara y media, en lo alto hay como un nido donde están los huevos, cubiertos con bastante paja más larga. Creese que el Niogoiyegi ó Caimán pone en estas orillas primero al pie del montón de paja, y después con la boca levanta, según los va poniendo arriba los huevos, y acabada la postura los tapa. Así el calor del sol por sí y por medio de la fermentación que causa en la paja, calienta los huevos, y formados los caimancitos los abre, y salen escapándose aquéllos que no devoran sus crueles padres. Éstos todo el tiempo de la empolladura ya uno, ya otro hacen centinela en el contorno del nido. En dos ocasiones salieron contra los indios que cogían los huevos, pero atravesados con las lanzas sirvieron de sainete á los huevos que ya les habían quitado los indios.

Por unos cinco días hubo en abundancia de esta especie, muy apetecida de los Guaycurúes.

Atravesando anegadizos, llegamos llevando el rumbo al nornordeste como unas tres leguas á un bello río llamado Loveriegigi. Aquí nos llovió mucho y nos detuvimos dos días por la pesca de palometas que fueron nuestro alimento. Nace este río en la serranía de la laguna de la Cruz que mira al noroeste. Respecto de su desembocadura en el río Paraguy el cual entra entre el Sur y Sureste, es río capaz de medianas embarcaciones. Desde su origen, como unas seis leguas por bosque corre; el resto tiene más despejada la orilla del Sur que la del Norte, en la cual se ven árboles y matorrales espesos. Estando á la orilla de este río se levantó fuego hacia el Noroeste. Al principio se juzgó de algunos infieles de los que llaman los Mbayás Ninaguigitas, pero días después supe que los habían levantado

los neófitos del pueblo de Santiago de los Chiquitos en su regreso de hablar á sus hermanos los Timuaes, con el fin de que saliesen á dicho pueblo á ser cristianos. Este fuego amedentró mucho á los Guaycurúes que se despidieron de mí y volvieron á su toldo. Quedaron conmigo solamente tres, y con éstos y otros tres Guaraníes seguí el camino, el cual hasta la entrada del bosque de Chiquitos, que con más comodidad se hubiera hecho á canoa que á caballo. Baste insinuar que al día apenas avanzábamos de dos á tres leguas, peleando peleando con agua continua y juncales muy espesos. En las cuatro jornadas siguientes, llegó á faltarnos del todo el alimento, á excepción de algunos cogollos de palma, tal cual caracol y algunas raíces que se crían en el agua algo harinosas y ásperas. Entre el río Latieriguigi y la cerranía de la Laguna de la Cruz, se encuentra la punta de un bosque llamado Nucupale. Por medio de éste corre dicho río; hay en él muchos árboles de Nivadenigo. Á coger los granos colorados, fruto de estos árboles, iban cada año los infieles Carpotoradeses y Tunchos, que hoy son cristianos, vecinos del pueblo de Santiago. Sucedía sobrevenir los Guaycurúes, y en este caso hubo fuertes peleas en tal cual, de las cuales sacaron la peor parte los Guaycurúes. Ocurre también el sitio en que los Chiquitos en número de 700 acamparon por algún tiempo en su expedición contra los Guaycurúes del toldo de Golanigi, de quien son estas tierras ó lagunas. También es paraje en que los Guaycurúes tuvieron su consejo de guerra ó junta para invadir á los Chiquitos. No juzgaron ellos en este lugar, orgullosos y soberbios, que algún día con verdad podrían decir: *bella placet gerere multos habitura triumphos:* como les sucedió quedando todos prisioneros y sus armas y valor desacreditados. En este paraje y después en otros hay la planta de que se saca la tinta llamada añil. Llámanla los Guaycurúes Limacaseje; la hoja es muy parecida á la de los garbanzos, de un color verde obscuro y de olor pesado si se comprime entre dos dedos.

Da la semilla con racimos de unos como cuernecillos por todas las ramas. Sacan el añil por infusión y requiere mucha atención en cuanto al tiempo de fermentar, batición y otras circunstancias para la bondad de la tinta.

La laguna de la Cruz tiene al Poniente un cerro muy alto, al cual pusieron el nombre de San Pantaleón, porque en este día subió á él un indio Chiquito del mismo nombre.

Al estenoreste tiene otros cerros menores y al Poniente la cerranía que hace frente al río Paraguay. La figura que forma dicho lago es muy semejante á la de una calabaza de cuello, lo ancho está mirando á los tres rumbos, Poniente, Norte y Oriente. Lo augosto y como el cuello mira al Sur; es hondísima y en grandes crecientes del río comunica con éste por el Sud que es una tierra muy baja. Si las aguas del río decrecen, no hay por donde entren por agua. En distancia de más de seis leguas que tendrá la dicha cañada entre Poniente y Sur, hay algunos cerros sueltos que con los mencionados forman una especie de corona y en medio una gran plaza de agua. Costónos mucho trabajo pasar esta laguna por su profundidad y por lo pantanoso de las orillas. Luego que se sale de esta laguna, se llega al cerro de San Pantaleón, en el cual, como á la mitad de su subida hay una grande y hermosa cruz que desde abajo se divisa y adora. Colocáronla los indios Chiquitos cuando descubrieron este cerro y laguna, causa porque ésta se llama de la Cruz.

Por entre el cerro y la laguna, pisando las faldas de aquél y la orilla de ésta, hay una senda que corre al noroeste. Esta va seguida hasta la entrada del bosque, que lleva hasta el pueblo del Sagrado Corazón de Jesús. Esta entrada dista del paso de la laguna una legua y media ó dos leguas; viene á caer en línea paralela con el pueblo dicho y su altura austral es de 14 grados y 31 minutos. En el corto trecho que interviene desde el paso de la laguna hasta la entrada del bosque se crían algunos árboles frutales silvestres, uno se llama Estatunugo; es de tronco grueso y

alto; la hoja algo mayor y más larga que la del naranjo; la fruta es muy parecida á las aceitunas, menos el sabor que es entre dulce fastidioso; es una de las más apetecidas de los infieles. El otro no es tan alto y corpulento. Su hoja es casi redonda y de un verde claro. Produce una fruta del grandor de una piña, y con sus líneas que remedan al encarnado de aquella; la carne es blanca, jugosa y aromática; pero se ha de comer con alguna molestia porque está pegada á la semilla, de las cuales se despega entre los labios y encías. Es fruta muy fresca y remeda en algo á la famosa chirimoya del Perú.

El día 8 dormimos en una choza que hallamos fabricada de los Chiquitos, entre la laguna y entrada del bosque. Dispúsose la marcha para el día siguiente, y ofrecíme á ir el primero, por el miedo que tenían los Guaycurúes de mi comitiva. Por la mañana del día 9 entramos en el bosque con rumbo casi al Poniente. Á eso de una legua se ofrece un arroyuelo, desagüe de los cerros que se atraviesan. Ahora estaba seco y en la arena se veían huellas de un hombre. Aquí temieron más mis compañeros y costó algo serenar su turbación. Caminóse como otra legua y dimos en un arenal grande, desagüe también de las lluvias que bajan de los cerros: estaba todo bien movido y con muchas huellas de gente de á pie. Turbáronse los Guaycurúes; quedáronse como pasmados, receländose de las flechas de los Chiquitos emboscados. Viendo su perplejidad me aparté cosa de una cuadra de ellos, y en lengua Guaraní, voz en cuello, dije estas palabras: Chiquitos, ¿estáis por estos parajes? Si os halláis aquí, traed algún maíz que ha dos días apenas comemos y nos aflige el hambre. Al oir mis gritos, resonaron varias cortezas, unas de sonido bajo y otras de alto, lo que no dejó de causar algún pavor en los Guaycurúes, como ellos después confesaron. Al cesar el confuso ruído de las plantas se oyó una voz que dijo: *Oreyco apé*, estamos aquí. Conocí que serían Chiquitos que en su compañía tendrían algún indio de nación Guaraya, descendiente de los Itatines y

de idioma Guaraní. Así corrí al punto hacia el sitio de donde salió la voz: había 23 Chiquitos y 2 Guarayos que habían salido á registrar el camino y ver si había algunos Guaycurúes enemigos. Muy alegres me condujeron hasta su pueblo del Sagrado Corazón de Jesús en el cual entré el día 13 de enero del año 1767.

El camino del bosque hasta dicho pueblo puede dividirse en tres partes, según el terreno, y todas tres completarán el número de unas 16 á 20 leguas. La primera parte, desde la laguna, se compone de tierra alta, y la más, de los cerros que quedan á los lados, especialmente al del Sur. Al acabarse la tierra alta se sale á un palmar muy espeso de palmas de cocos con huevos medianos; en cada coco se contienen tres almendras bastante sabrosas: la carne del coco es amarilla y algo harinosa, y cocidos se despega con navaja y es muy buen alimento. Se extenderá la tierra alta cosa de seis leguas. El segundo trecho del camino y senda del monte empieza desde un arroyuelo que hay en el palmar sobre dicho y se termina como unas cuatro leguas antes de llegar á la población. Es toda tierra tan baja, que ahora estaba inundada casi toda menos unas lomas cortas que ocurren en el camino y rematan en una cañada que se pasa con trabajo por la mucha agua con la creciente del río Paraguay y con las continuas lluvias desde que entramos en el bosque . parecía una mar la tierra y en muchos sitios subía el agua sobre el pecho del caballo. En esta tierra baja en un palmar grande está la estancia de la Cruz, que es del mencionado pueblo. Con trabajo pueden mantener algunas cabalgaduras para cuidar del poco ganado por la mucha agua y tigres que hay en ella. La última parte del camino son unas lomas medianas y arenosas. ¿Quién dijera que en una sierra que apenas puede transitarse gran parte del año por la mucha agua, había de secarse en tanto extremo que no se halla la necesaria para beber? Pues así es, y á excepción del arroyuelo que mana en el palmar arriba dicho, no hay otra hasta la estancia. Lo peor es que la del arroyuelo es de mal

gusto y gruesa, porque su manantial brota entre piedra y cal que la infecciona. Por esto es necesario levantar agua, si se quiere lograr buena, al entrar en el bosque.

La noticia breve de las misiones de indios Chiquitos, se pondrá al fin de este viaje. Quien la quisiera por extensa vea la *Historia de Chiquitos*, escrita por el padre Patricio Fernández.

VIAJE

DESDE EL PUEBLO DE SANTO CORAZÓN DE JESÚS HASTA LA REDUCCIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE BELÉN DE INDIOS MBAYÁS AÑO DE 1767

DIARIO

14 de junio del año 1767

Á las dos y cuarto de la tarde salí del pueblo del Santo Corazón de Jesús. Pasé el río Otucabaca que corre cerca del pueblo, y en tiempo de seca se corta y no es muy buena su agua. Entré en las lomas cercanas del pueblo, y habiéndolas pasado, entré en la tierra baja que estaba hecha un cenagal y pantano terrible; con dificultad salieron las cabalgaduras. Lo que hace más difícil el transitar por dicha tierra, es que hasta la estancia de la Cruz, del Bosque, camino estrecho y por consiguiente á propósito para mantener el agua y el barro. Al llegarse al río Otucabaca, se pierde en estas inundaciones, y reasumiéndose el terreno lo deja fofo y sumido.

Habiendo descansado en la estancia de la Cruz, salí de ella á excepción de tal cual trecho de tierra que estaba inundada y cenagosa; el resto, hasta un puesto llamado San Agustín, no estaba del todo impracticable. Como á las tres leguas de la casa de la estancia, se encuentra enarbolada una cruz de palma; está colocada para muestra del camino por donde fueron los misioneros á los infieles Tunachos, vagara por todas estas tierras que ocupaba

como país propio. Era parcialidad numerosa y muy gruesa. No excusaba venir á las manos con los Guaycurúes cuantas veces, ó se buscaban de propósito, ó los avistaba alguna contingencia. Noticiado de la tierra de los Tunachos y de sus genios el padre Narciso Patú Catalán, empeñó todo su celo en la conquista á la fe de Jesucristo. Entró á sus tierras y á costa de fatigas y peligros de la vida, consiguió reducirlos á vida cristiana y política el año 1764. Hoy componen en gran parte el pueblo de Santiago.

Prosiguiendo el viaje por el camino del bosque, llegué á un paraje llamado Sacusis. Está poblado de muchas palmas llamadas Oyates, que son las reales. Emboscados en estas palmas esperaron 20 indios Chiquitos á 50 Guaycurúes. Quedaron estos vencidos con muerte de uno atravesado con una flecha de costado á costado. Iban los Guaycurúes con intención de repetir sus hurtos y cautiverios. Desde este acontecimiento empezaron á convocar su milicia los Mbayás, con ánimo de llevarlo todo á fuego y sangre, más quedaron cogidos en sus mismos lazos y prisioneros en aquellas misiones. En este trecho de tierra hay algunas lomas bien altas y con bastante piedra, pero faltas de agua. El Tausis viene á estar á la altura del 19° y 30′; hubo en la tierra baja, agua é innumerables mosquitos. Estas tierras son bañadas de unos cerros altos que caen al Sur y Norte. En las faldas de estos nacen unos hermosos árboles llamados Bacobrosis, que por su fruta se parecen mucho á los plátanos, que en la jurisdicción del Paraguay tienen el nombre Pacobas y los Chiquitos dicen Pacobas. Son estos árboles como unos medianos naranjos; la hoja larga como dos palmas y casi cuatro dedos de ancho. La fruta es en figura y sabor como la del plátano. Hay otro árbol dicho Guapalo; crece al alto de una haya y su grosor y ramificación es proporcionada; la hoja menuda, la fruta como uvas tintas en sabor y color menos en no tener granos, en cuyo lugar hay un huesito duro y largo.

Estando ya cerca del manantial que hablé en el primer viaje, que brota de entre piedras de cal, subió un indio á un árbol y vió fuego hacia el Sur, no muy lejos. Túvele por el del toldo del cacique Caminigó. Si la disposición de la tierra dejara arbitrio para desde aquí salir al Sur, se ahorraran algunos días de camino y no pocos malos pasos. Otros juzgaron que los indios Chiquitos del pueblo de Santiago habían encendido el campo en su regreso de la misión de los infieles Imonos. Son estos infieles de lengua Zamuca, y en la misión de Santiago tienen muchos neófitos los padres misioneros, y cuando yo estuve en aquel pueblo se disponían á entrar á sacarlos todos.

Llovióuos dos días en el bosque, con lo que se hizo el camino más pesado; al fin salí á la laguna de la Cruz. Desde ésta, tomando rumbo entre Norte y Poniente por un palmar muy pantanoso, y después volviendo al Oriente, por no permitir otro modo de caminar las cañadas y pantanos, llegué á un bello sitio al cual puse el nombre de San Juan Bautista, por haber llegado á él en el día 24 dedicado á las glorias del santo precursor. Está á la altura de 19° 30′: el fin de haber llegado á este paraje fué registrar la tierra y ver si hallaba sitio acomodado, con conveniencia también de puerto sobre el río Paraguay, para establecer un pueblo. Este había de ser como el descanso, de donde los padres misioneros saldrían á las conquistas espirituales hacia el Sur y el Oriente, en cuyos rumbos hay mucha infidelidad, á la cual no se había podido penetrar en los tiempos antecedentes por estorbarlos los Guaycurúes, entonces jurados enemigos de los españoles. También para que los españoles de la Asunción é indios Chiquitos lograsen por medio de la navegación del río, trato mutuo, y aquellos él del Perú.

Registré la tierra primero hacia el Norte y nornoreste; era toda buena y de serranías, cuyas explanadas en la cumbre ofrecen conveniencias para mantener ganado. Éste por un lado, atravesando una serranía, podría bajar á beber al río Paraguay; por las faldas de los cerros, logra-

ría refrigerio en la orilla del Norte de la famosa laguna Maniore. Esta se descubre claramente desde la cumbre de uno de los cerros y comunica con el río, que en sus crecientes la llena por el Norte con alguna inclinación al Poniente. Por ese mar de agua han subido muchas veces los portugueses de Cuyabá á sus acostumbradas malocas de indios infieles. En las playas de este mar chico, se han hallado cadenas, argollas y grilletes que los portugueses dejaban enterradas, hasta volver cargados de indios que con aquellas prisiones aherrojaban y llevaban cautivos. Más de una vez por este mismo lago penetraron hasta las misiones de los Chiquitos; pero escarmentados de éstos, en jugando sus flechas envenenadas, conocieron los señores fidalgos que daban con unos indios, cuyo valor sabía defender su libertad y la de sus soberanos reyes católicos.

Hacia el Oriente ofrece otras muchas conveniencias la tierra. Son unas lomas grandes y colinas de buen terruño regada de un cristalino y caudaloso río llamado Ayaguiyaga, que nace de dos cerros de entre Sud y Poniente y desemboca en la laguna Maniore. En una de las más bellas lomas cercana al dicho río, se eligió y desmontó sitio para el futuro pueblo que desde luego tuvo por titular y patrona á Nuestra Señora del Buen Consejo. Levantóse de prestado una especie de capilla; colocóse una hermosa cruz y fabricáronse algunas chozas para la gente cuando viniese á este paraje. Hízose plantío de mandiocas y de algunos granos para alivio de los primeros pobladores. De este sitio destinado para la población, por el lado del Oriente distará como una legua larga el remate del lago Maniore, y por el lado del Sur cosa de tres leguas el río Paraguay, al cual atajan siete cerros á los cuales llaman los siete durmientes. Fuí á propósito á la laguna y caminé mucho á pie y á caballo por su orilla y por unos cerros que la dividen del río. Juzgo que más que lago es un brazo del río Paraguay. Su longitud de Norte á oestesuroeste, como seis leguas. Su anchura en partes es como un cuarto de legua y á proporción su profundidad. Cuando el río y

este brazo reboza mucho, se extienden las aguas por tierras bajas hacia el noroeste y forman una cadena de aguas que llegan más arriba de la estancia del pueblo de San Juan de Chiquito que está en la altura de 18 y medio grados. Todo este es camino muy conocido de los portugueses y por lo cual se hubieran hecho dueños de aquellas misiones, si no fuera la continua vigilancia de los misioneros; estando á la orilla del lago Maniore, me hicieron advertir los indios una cruz formada en la corteza de un grueso árbol. Era algo antigua, como lo daba á entender la corteza que tenía ya sus excrecencias por los lados. Creyóse hecha por algunos portugueses algunos meses antes que entraran por este lago.

Julio de 1767

Registrada bien la tierra y certificada por mis ojos de la conveniencia que ofrece para el establecimiento de un pueblo, habiendo rezado el rosario el día 2 en la capilla extemporánea, me despedí del padre José Chueca, que me acompañó en todas las diligencias practicadas, y me volví por el palmar arriba mencionado á la laguna de la Cruz. Pasóse la laguna por enfrente del cerro de San Pantaleón que queda al poniente respecto de los del Buen Consejo y en la altura de 19 grados y 31 minutos austral. Costónos mucho trabajo salir de la laguna que estaba muy llena y con mucha broja.

Los días 5 y 6 estuve parado en la orilla de Oriente de la laguna con mucha molestia de los mosquitos y otros volantes insectos. Lo más arriesgado fué vernos casi cercados de dos difornes tigres, que casi toda la noche del día 6 nos hicieron centinela. Fué precisa esta detención; parte por haberse perdido una cabalgadura y no parecer los indios que la buscaban, parte también para que los animales se reforzasen con el buen pasto de la orilla del agua.

Pescóse ó matóse un hidro disforme ó culebra de agua

llamada Oyaga. Su largo sería de 4 á 5 varas y el grueso como de un brazo. Es feísima su apariencia, el color de su piel es amarillo pálido; sobre ésta sobresalen por todo el cuerpo unas pintas pardas y medio redondas, ya más, ya menos obscuras; los colmillos son largos y muy afilados; vive siempre en el agua y en ella lígerísimo su curso. Los Guaycurúes la buscan y siguen á caballo, y con un fuerte garrote que llaman Nebo le dan un golpe en el espinaso. Asegunda con otros en la cabeza, la cual le cortan, y lo demás lo comen cocido ó asado. No es mal alimento si no estuviera siempre algo duro. En partes, en donde ya se secó el agua, anidan entre la paja larga seca unos conejitos del tamaño de ratas pero sin cola; llámanlos Namoseji. Su color por entero es pardo y por el vientre tira á blanco. Para cazarlos queman la paja, salen los conejitos huyendo del fuego y con un palo los cazan. Es carne muy sabrosa.

Día 8

Caminamos cosa de tres leguas por varios rumbos y principalmente al suroeste. Ahora estaba la tierra seca, no así en tiempo de inundaciones del río Paraguay. A cosa de una legua de la laguna de la Cruz, dejamos al suroeste el camino por donde entré en esta tierra cuando vine á los Chiquitos y va al río Lotieregigi; desde este sitio se vió bien la situación que los cerros del Buen Consejo tienen respecto del de San Pantaleón.

Aquellos quedan al estenoreste La jornada de hoy se hace como por una playa coronada de cerros, que no ofrece otras puertas que la dicha que va al río Lotierigigi y la que ahora llevamos hacia el Itatí ó Piedra Blanca.

Día 9

Por el mismo rumbo al sureste cosa de tres leguas, algo menos, pasóse á nado el río Atoanadigadi, profundo, pero

como diez varas de ancho. Fórmase en la serranía que mira al Poniente y entra en el río Paraguay, entre Oriente y Sur. Los cerros que hacen muralla al río Paraguay, quedan hacia el oriente á distancia de un cuarto de legua ó algo más por partes. Los del Poniente quedaban algo más distantes, algunos más de dos leguas, otros menos. Así se camina hasta entrar en una cañada que forma estrechándose los cerros, poblada de unos árboles llamados Cuerays.

Con el cocimiento de estos dan tinte amarillo á la laua: son árboles flojos y de poca consisteucia, pero sus flores son grandes y de un amarillo sobresaliente. Cuando crece el río Paraguay, con las avenidas rebosa mucho por las orillas del río Atoanadiyadi, y se inunda toda la cañada hasta la laguna de la Cruz. En estas ocasiones entran los indios Payaguás y lo registran todo en sus ligeras canoas. El pez Atoanadi, que da su nombre al mencionado río, es del tamaño de una boga y de buen gusto. Junto á este arroyo tenían los Guaycurúes Guetiadegodis, dos enterramientos, uno al poniente y el otro al oriente. Lamentóse uno de los Guaycurúes que con el fuego que pusieron los indios Chiquitos, se habían reducido á cenizas las esteras y con este frangente habíau las almas de sus difuntos quedado expuestas á las inclemencias del tiempo. Matóse una víbora llamada Neguagra. El largo sería como de dos varas; el grueso casi como el de la muñeca, y color de todo el cuerpo pajizo que tira á obscuro; es ligerísima, é irritada muerde y envenena. Pasó por junto la cabeza de un Guaycurú que con su sable la despedazó y se libró del riesgo.

Día 10

Por el mismo rumbo se caminaron cosa de dos leguas. Aquí ofrece un riacho ó brazo del río Paraguay, ancho y profundo. Llámanle Ochegaa-igo-munagadi (grito ó aullido del mono grande). La tierra estaba casi toda inun-

dada, desde septiembre hasta enero podrá transitarse porque los calores enjugan algo el agua. Habiendo descansado un rato volví á caminar, y á cosa de una legua se hizo alto á la orilla de un riacho semejante al pasado. Tiene el nombre de Niogoiyegni (río de Caimán). La tierra estaba inundada y el agua bien honda. Con el tiempo se hará más cómodo camino por las faldas de la serranía del Buen Consejo, la cual se acaba no muy lejos de los cerros de Itatí, Piedra Blanca. Los dos riachos mencionados salen del río Paraguay por el estenoreste, y circundandovuelven á la madre por el sursuroeste; mas, antes de hallarla, se derrama en los campos del Loticregigi, habiendo unos terribles anegadizos que atravesé á la venida á los Chiquitos.

Día 11

Nadóse en el riacho: y por tierra, parte anegada, parte pantanosa, caminamos como una y media ó dos leguas; detúvonos un arroyo que sale del río Paraguay. El rumbo fué al noreste. Á esto nos obligó la disposición de la tierra y lagunas, y á más el ir á buscar el paso del río que está inmediato á la Piedra Blanca ó Itatí, que nos distaba mucho. Hízonos pasar el dicho arroyo la lluvia que sobrevenía. En este paraje hay árboles llamados Neguategigo: son altos y corpulentos y las tablas de su madera suplen muy bien por las de cedro para toda obra. Del tronco excavado hacen los Payaguás veloces canoas. El fruto es como la palma de la mano en circunferencia y se levanta algo en el centro, en que está la semilla; es muy duro y solamente á fuerza de golpes se parte. Quebrantado se usa en lugar de jabón para lavar la ropa; la espuma que levanta con la frotación es mucha y muy blanca, no deja mal olor en la ropa, ni la quema ó deteriora. Muchos infieles se valen de este fruto para los usos dichos y por experiencia me consta su bondad.

Día 13

Habiendo serenado el tiempo, caminamos entre este y suroeste. Todo el camino sería por tierras inundadas en parte, y parte que permitían paso por las orillas de dos anegadizos. Llegamos á la punta del norte de la serranía llamada Guetigalopaerigi ó Itatí, esto es, Piedra Blanca, porque hay mucha piedra de este color en dicha serranía. Aquí habíamos de pasar el río, pero éste estaba tan lleno que no era posible ejecutarlo. No obstante tantearon un anegadizo que ocurría antes de llegar al río nadaron más de media legua, y viendo que aun les faltaba otro tanto para llegar á la orilla oriental del río, perdieron el ánimo y determinaron buscar otro paso por la punta del sur del Itatí. Paramos el día 14 á la orilla de un bañado en cuya travesía pasamos más de dos horas. Comunica con el río Paraguay y abunda de pescado. Caminaríamos desandando cosa de legua y media con rumbo al poniente al principio y á lo último al sur. Vióse en este sitio un ave de rapiña del cuerpo de un halcón; el pico era blanco y la pluma de toda ella acanelada. Costeando la dicha laguna y parte del río Paraguay, caminamos el día 15 cosa de tres leguas. La primera hacia el Sur y la segunda hacia el estesureste. Dejamos á una legua la Piedra Blanca al norte, y hacia el Sur se ven dos ó tres cerros continuados en distancia de legua y media á dos leguas. Está respecto del sitio en que paramos que fué de un bosquecillo á la orilla del río. Por aquí quisieron hacer el paso aunque no lo era, porque los prácticos se recelaban de los Payaguás, se iban al paso conocido que está unas leguas más abajo. Sin duda que esta determinación fué muy acertada, y que si no la hubieran hecho así, los pérfidos Payaguás nos hubieran apresado y muerto. Cuando ya caminábamos por la orilla oriental del río, estando al frente del paso frecuentado, á buena distancia se levantaron fuegos

en la orilla. Eran de los Payaguás que quedaron burlados.

Mientras los Guaycurúes disponen el modo de pasar el río, será bien decir algo de la provincia de Santa Bárbara en cuyo fin del Sur estamos. Son términos de esta provincia; por el poniente aquella cordillera de cerros que corre de Norte á Sur, desde el pueblo de San Juan Bautista de Chiquitos hasta la altura en que están las tierras y cerros que están más abajo de la laguna Maniore, ó lo que es lo mismo, de los 18 y medio grados hasta casi 20 de latitud austral. Al Oriente la baña el río Paraguay, y hacia al Poniente le caen los cerros de los Chiriguanos. Está poblada de indios bárbaros de lengua Guaraní: emprendió su espiritual conquista el padre Pedro Romero, natural de la nobilísima ciudad de Sevilla, redujo muchos infieles á la santa fe, y cuando más empeñado estaba en concluir una obra tan grande, acabó sus días á manos de un famoso hechicero de la misma nación : en su compañía y en el mismo pueblo de Santa Bárbara quitaron la vida al santo mártir Fernández, que ayudaba al santo mártir Romero en la enseñanza de los gentiles. Sucedieron estas dichosas muertes el año de 1645.

El viaje que siguieron los misioneros para llegar á la provincia de Santa Bárbara fué así: Salieron del pueblo de Nuestra Señora de Fe de indios Guaraníes, que entonces estaba situado después de su transmigración sobre la orilla del sur del río Piray, en altura de 23 grados poco más ó menos. Pasaron por la reducción de Santiago, distante hacia el Norte como unas diez leguas. Su sitio fué el Caaguazú ó Selva Grande, perteneciente al río Tepoti ó Albaniyia. Prosiguiendo sus jornadas por la orilla oriental del Paraguay, siempre al Norte, hasta llegar al paso de este río que está en derecera del pueblo de San Fernando, llamado del Itatí, en los 20 grados de latitud é inmediato á la laguna de Juan de Ayolas ó Manioré. Pasado el río siguieron al Norte y hallaron un pueblo de gentiles llamados Cumpay, unas once leguas más abajo del río Mandiy, junto á una serranía alta llamada Ito;

aquí fundaron la primera reducción bajo la advocación de Santa Bárbara. Y este nombre se comunicó á toda aquella provincia. El cerro más alto del Ito se descubre desde el río Paraguay. Á la orilla occidental de éste, enfrente á la orilla oriental del mismo río, se levantan unos hermosos cerros á los cuales llaman los antiguos Guaraníes, Cuñayegua (Atavío ó adorno de mujer) y arriba les dimos el nombre de Buen Consejo.

En el sitio en que estábamos disponiendo lo necesario para pasar el río, cazaron una culebra ó Idro, llamada Oyaga, de la cual se habló en otra parte. Comímosla con gusto; había también muchos árboles de caña fístola. Eran corpulentos y bien copados. La hoja mediana y de un verdor lustroso; el fruto excedía palmo y medio de largo y algo más de media vara cumplida de ancho. Cuando maduro, toma un color pardo que tira á negro; su corteza, dura por dentro, está dividida por celdillas ó apartamientos en que se contiene una pulpa melosa, en la cual reside la virtud purgante que tiene. Los indios Payaguás habituados al uso de estas vainas ó cañas fístolas, las comen desleídas en agua sin especial turbación de la región inferior del cuerpo. Bien cierto es que puede mucho la costumbre en el uso de losalimentos, y que no hay manjar que absolutamente sea nocivo. Dispuestas las embarcaciones, que se reducían á tres haces de juncos largos y secos atados y unidos con unos bejucos, enredadera flexible y de primera; sobre ellas se puso un cuero de toro afianzado á tres varas que atravesaban los referidos haces y en él la ropa y el misionero, nos arrojamos al río que estaba muy crecido. Los Indios nadaban como peces, y así en cosa de un cuarto de hora salimos con felicidad á la opuesta y oriental orilla del río. El sitio en que nos echamos al río está al oestesuroeste respecto de la Piedra Blanca ó Itatí, que no distaba mucho de nosotros y está al estenoreste ó paralela á dicho sitio. Recelosos de alguna traición de los Payaguás, nos pusimos luego en camino para apartarnos de la orilla del río. El rumbo casi

al Sur y la jornada como de una legua y media. Pasóse á uado un riacho muy profundo y muy ancho al cual llaman los Guaycurúes. Bonodaga Atenegaga; pescaron muchas palometas y algunos pacúes.

Mientras los indios, alegres de verse libres de las acechanzas de los Payaguás, asan con sosiego y comen con festejo su pesca, nos entretendremos en dar una superficial noticia de la provincia de Itatí, en la cual estamos. El señor de Ambille, geógrafo real, la comprende entre el río Mbotetey al Norte, que desemboca en el del Paraguay, en los 20 grados de latitud austral, y entre el Igaripí, que desemboca al Sur en el mismo y á la altura de 21 grados, algo más, de la misma latitud. Y hacia el poniente tiene el río Paraguay, que corriendo de Norte á Sur la baña. Por el Oriente la serranía de Jerez, ciudad antigua de los Españoles, hoy destruída. Por el Norte llega hasta el famoso lago Manioré. Y por el Sur se dilata, no solamente hasta el río Iganipy, como pone el dicho geógrafo, sino hasta el río Paraiy, que desemboca en el Paraguay á los 23 grados. Todas estas tierras poseyeron los Itatines en su infidelidad y aun después de cristianos. Encuéntranse hoy en día algunos monumentos que manifiestan el señorío que los Itatines tuvieron de todo el terreno mencionado. Descúbrense frecuentes enterramienmientos según los hacían en su infidelidad, y tienen algo de curiosos. Al enfermo, cuando quería agonizar, le metían en una tinaja de boca ancha; tapábanlo con un plato á modo de cobertera y así le enterraban dos veces, una antes de morir en la tinaja y otra con la tinaja en tierra. Al lado ponían otra olla también cubierta, dentro alguna comida. En la reducción de Belén, cavando para plantar algunos árboles, se halló un sepulcro de éstos, en la olla chica un cráneo de la cabeza de un ciervo. No muy lejos se halló otro en una colina. Y los indios Chanás, moviendo la tierra para una sementera, sacaron otro en que había unos canutillos de piedras azuladas que serían de adornos en vida de la sepultada.

La conversión de esta provincia se emprendió el año 1633. Cuatro fervorosos misioneros entraron en su espiritual conquista y fundaron cuatro reducciones numerosas. La primera de San José, que constaba de 200 familias. La segunda de los Santos Ángeles, que constaba de otras 200 familias. La tercera de la Encarnación, cuyas familias eran 500. Y la cuarta de San Pedro y San Pablo con igual número de 500 familias. Estos tan bellos principios con que en la provincia del Itatí se dilataban los términos de la Santa iglesia y la corona de nuestros católicos reyes se esmaltaba de tantos vasallos, vieron casi en flor su lamentable ruina. Los Paulistas después de haber asolado la famosa cristiandad de la provincia del Guairá, emprendieron reducir al mismo estado la del Itatí, recientemente establecida. Entraron en ella armados de grillos y cadenas, y más de insaciable codicia y crueldad, destruyeron las cuatro reducciones, y sin piedad quitaron la vida á muchos catecúmenos, y á los restantes llevaron á un miserable cautiverio. Escapáronseles algunos de los neófitos y sabido por los misioneros volvieron á recogerlos el año 1634.

De las reliquias de los cuatro pueblos restablecieron dos, que fueron el de San Pedro y San Pablo y el de San Benito.

Después un señor prelado del Paraguay quitó sin orden del rey estas dos parroquias á los misioneros jesuítas, en cuyo lugar substituyó dos clérigos; pero los nuevos párrocos viéndose en suma pobreza y sin aquellas obvenciones que perciben en parroquias más acomodadas, desampararon sus iglesias y dieron la vuelta á la ciudad de la Asunción, admirados de la constancia de los misioneros jesuítas. Á petición de otro prelado y del señor gobernador y también con provisión real de la audiencia de Chuquisaca, volvieron al Itatí. Los misioneros trabajaron indeciblemente en juntar á los indios dispersos por los bosques, y casi fatigados de sus trabajos fundaron dos reducciones. Á la de San Pedro y San Pablo mudaron el nombre y título de Nuestra Señora de Fe, y á la

de San Benito, en el de Santiago Patrón de España. Aun estas dos reducciones hubieron de buscar sitios más seguros de un tan porfiado enemigo. Mudáronse al río Piray distante como unas diez leguas del Ipani Guazú. Aquí permanecieron unos siete años y obligados de los Guaycurúes y Portugueses, pasaron últimamente al Paraná y Tibicuarí, en donde en tres pueblos numerosos se han conservado. No cesaron los portugueses, y como avergonzados de no haber acabado toda la gente del Itatí, revolvieron contra la ciudad de Jerez, llamada de Santiago, fundada el año 1580, sobre el río Mbotey, como dos leguas distante al oriente del río Paraguay, en los 19 grados y algunos minutos de latitud. Desampará ronla los Españoles, y en más de 20 pueblos Indios que servían á los Españoles, y eran vasallos del rey de España, emplearon sus artes los Portugueses hasta acabarlos. En Cuyabá, famosa villa, está hoy situada en las tierras de Jerez la destruída. Desde aquí bajan al río Paraguay, bajan al Jaum y Matogrosso por el Norte. Y á la villa de Curuguaty, Villa Rica y la ciudad de la Asunción por el Sur; y cuando les pareciere podrán por el río Paraguay y por tierra, adelantar sus establecimientos por las misiones de los Chiquitos y de los Mojos hasta el Perú. Y hasta el Paraguay, Corrientes, misiones de los Guaraníes y Santa Fe, desposeyendo á su dueño legítimo de estos países. Así lo hicieron con la famosa Ciudad Real, fundada sobre el río Pequiri, que desemboca en el Paraná, el año 1557, en los 23° 46′. envolviendo en su ruina la de más de cien mil Indios que reconocían á los Españoles y les servían. La misma fatalidad experimentó la provincia del Tape que era muy populosa. Es verdad que para la asolación de los Indios concurrieron otras causas, cuales fueron la inhumanidad de los encomenderos españoles y la total falta de doctrina cristiana en que los tenían sus curas, clérigos, que iban de mancomún con los encomenderos. *Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis.*

Día 17

Por rumbo entre Sur y suroeste se caminaron cerca de dos leguas. Había pajonal grande el cual encendió un Indio antes de tiempo y para librarnos del incendio apagamos á uña de caballo la tierra. Ahora estaba en la mayor parte seca, pero se inunda en tiempo de las crecientes del río.

Un viejo en su mal paso se hizo baqueano, y nos metió en una horrible laguna; dimos la vuelta dos veces con el agua hasta la rodilla sobre el caballo; no hubo otro árbitrio que salir por donde habíamos entrado. En estas vueltas y revueltas por el agua pasamos más de una hora; el sol abrasaba y con esto quedábamos cocidos y abrasados. Paramos á la orilla de la laguna en un albardón de tierra. El camino bueno es viniendo por más cerca de la orilla del río, con lo cual se evita esta laguna. Á poca distancia se verá la serranía llamada Emologoconi. Respecto de nosotros quedaba á OSE. Son unos cerros encadenados de los cuales el más alto mira al Sur. Estos cortan por medio el río Paraguay, formando á una y otra orilla murallas de piedra y una madre bastante estrecha. Por aquí está uno de los pasos ordinarios del río. Levantaron fuego los Payaguás cuya intención en esperarnos, sábela Dios, y puede presumirse de una gente traidora. Corrió con ímpetu y velocidad suma hacia nuestro estalaje el fuego traído del viento; para vernos libres se hizo contra fuego, y nos salió tan mal la maniobra que nos faltó poco para morir abrasados. Los cerros Emogoconi quedan al Sur respecto de la Piedra Blanca; unas diez leguas (al Oriente se veían distantes las cerranías de Cuyabá) así en la altura de unos 20 grados y 2 minutos.

Día 18

Se anduvieron como unas cuatro leguas con rumbo lo más al Sur. Sus campos hermosos que no se inundan,

pero en tiempo de llnvia se recoge el agna á los bajos y forma unas grandes lagunas, entre las cuales atravesamos cinco bien hondas.

En la primera cayó el que traía mi ropa y toda se hizo una sopa de agna, y él salió con trabajo. Hay muchos hormigueros altos en los cuales se defienden sus habitadores de las lluvias; por la noche espantó un tigre varias veces los caballos. Había algunos bosquecillos de árboles, y cerca de las lagunas algunas palmas; aquí estuvimos el día 19 para dar algún descanso á las cabalgnras. Levantáronse algo lejos, hacia el Sur, sus fuegos; dijeron que eran del toldo de Caminigó. Vióse también al mismo rumbo el cerro más alto de la Serranía Negnategnidi, en cuya demanda caminábamos. Al Este se ven unos cerros medianos, por cuyas faldas hay también caminos de los Guaycurúes hasta la Piedra Blanca; como se aparta más el río es mejor él que ahora llevábamos.

Día 20

Camináronse como cuatro legnas por tierras secas, cuyos bajos inundan las lluvias que forman lagunas. Dos ó tres atravesamos que tenían bastante agna; el rumbo al principio fué entre Sur y sureste; después al suroeste. Mirando á la Serranía Negnategnidi, en distancia de ésta como cuatro legnas hicimos alto, hubo algunos bañados, mejor camino sería si desde la Serranía dicha se tomase el rumbo al Norte á tomar otra Serrezuela, y unos Cerros que están al rumbo dicho, y después buscar la Sierra de Itaty ó la de Emelogoconi.

Día 21

Habiendo caminado entre Sur y suroeste como tres ó cuatro leguas por campos abiertos, en parte inundados por las lluvias, y en parte secos, paramos á la orilla de una laguna grande. Este tiene al oriente la serranía Negnategnidi distante poco más de una legua.

Día 22

Fué jornada de cosa de cuatro leguas, pero de las más penosas. El rumbo fué á sureste por toda tierra inundada, á excepción de tal cual albardoncillo. Estos son los campos inmediatos á los ríos de Lotieregigi y Neguateguidi, que estaban muy crecidos, y habiendo rebosado se derramó el agua por los campos circunvecinos. El primer río es caudaloso; tiene su origen en la Serranía Oriental, y por él salen el Paraguay en que desembocan. El segundo nace en la Serranía Neguateguidi, de la cual tomó el nombre. Puede vadearse en tiempos que no hay muchas lluvias; ahora estaba muy lleno y se pasó á nado.

Los infieles Guachicos, Guachries ó Guacharapos, son unos mismos, debajo de muchos nombres viven en la orilla del norte del río Lotieregigi, en las cañadas que forman los Cerros de la Serranía de Amambay. Es mucha gente dividida en algunos cacicazgos ó capitanías. Tienen sus poblaciones fijas aunque son de canoa; hacen grandes sementeras de maíz, calabazas, tabaco y batatas. Logran de todo en abundancia, porque sus plantíos sembrados los ponen en aquellos sitios que en sus crecientes baña el río. Cuando éste baja, se seca la yerba y juncos, queman la hoja y le echan los granos. Así logran grandes cosechas. Son enemigos jurados de los Payaguás, quienes á despecho suyo confiesan que los Guachicos son valientes, y que jamás han sacado sus astucias ventajas con ellos. Con tener mucho algodón andan desnudos, y lo que más admira á los Guayenuues y Payaguás, es que también las mujeres andan con la misma indecencia, á excepción de cubrir de su cuerpo aquello preciso que oculta el rubor y la naturaleza; tienen cabello largo, y los hombres en el labio inferior cuelgan una flechita ó barrote, y también la cacica, como insignia de su soberanía. Tejen muy bellas mantas de listas de varios colores y diversidad de lisos. Un cacique de los Guachicos había

tres ó cuatro años hizo pases con los Guaycurúes del toldo del cacique Guayicota, que son los llamados Guacogotegodis. Celebran mutuamente sus contratas que se reducen á permutas ó trueques. Los Guachicos en sus canoas traen mantas, plumas de varios colores, tabacos, cañas para flechas y víveres. Cómpranlos los Guaycurúes á trueque de cuchillos, tijeras, rescates ó cuentas de vidrio, agujas, algunas planchitas de plata de las que llevan de la ciudad de la Asunción. No obstante este modo de amistad no han permitido los Guachicos que entren en sus pueblos los Guaycurúes, recelosos de alguna sorpresa. Los demás Caciques de los Guachicos no han querido la amistad y trato de los Guaycurúes: causa risa oir á los faufarrones Bayás; llenos de vanidad, y ensalsando su valor hasta las estrellas, confían con insolencia en que han de sojuzgar á los Guachicos y rendirlos á su obediencia. Entretanto su sucia vanidad en palabras hinchadas para eu risa de los que los oímos; pues no presumen ni presumirán en venir á las manos los Guachicos á quienes también mueve á risa la ventolera Guaycurú.

Ubi vanus animus aura capitis frivola
Arripuit insolentem sibi fidusiam
Facile ad derisum stulta levitas ducit.

Más al oriente de los pueblos de los Guachicos viven en los bosques otras naciones montaraces, temidas de los Guaycurúes y poco conocidas; así en ésta como en la de los Guachicos han ejecutado algunas tiranías los portugueses Mamelucos. El río Lotieregigi está algo más de la altura de 21 grados.

Día 23

Jornada como de cuatro leguas por bellas tierras altas y de Serranía. Están poblados los Cerros de árboles buenos para fábricas. El sitio es á propósito para una población. Son tierras de los Guaycurúes llamados Eyitego-

dis, vasallos del cacique Caminigó, él que me dió palabra de ir conmigo á la Asunción á pedir misioneros jesuítas; ahora no hallando aquí su toldo, le envié un agasajo, pidiéndole que se mantuviese en la palabra que me había dado, pero que primero fuese al pueblo del Sagrado Corazón de Jesús, en donde quería regalarle un hermano mío jesuíta. Respondióme que ejecutaría mis palabras, y que sin miedo, fiado en ellas, se pondría en camino para el otro pueblo, y que después vendría á Belén y pasaríamos á la ciudad á solicitar del Capitán grande misioneros. La Serranía es muy hermosa y se dilata al Norte y al Oriente, formando una perspectiva vistosa. Entre los árboles más dignos de consideración abundan unos llamados Naquilgarra-Liguiniguí (comida de Guacamayos), son altos, corpulentos y de hoja cortada al modo de las higueras, pero mayores, las flores están arracimadas en un piecito ó palito: son chicos y de color que tira á morado; el fruto es muy singular, parece una cruz torneada en esta forma: la cabeza es como un balaustre de cuatro dedos de largo; el pie es proporcionalmente más largo y de brazos puestos con igual simetría. Cuando había de estar verde, sobresale un color encarnado muy fino sobre la pelucita que le viste del todo; al querer madurar se cambia en pardo algo claro; en esta cruz compuesta de unas ramas bastante duras, se contienen unos granos mayores que avellanas, cuya cortecita exterior es aplomada; quitada ésta, se ve una almendra que cruda, y mejor tostada, es de buen gusto y mantenimiento; en la vaina que sirve á la cruz de cabeza, hay por lo común cinco granos; en el cuerpo y pie de la cruz son siete; y en la de los brazos tres ó cuatro. Había muchas palmas de las que hacen su harina, y cuyos coquitos comen los Guaycurúes. Vióse fuego al oriente; no sabían si era de los Montaraces. El rumbo fué al sureste.

Día 24

Por el mismo rumbo y Serranía caminamos cosa de cuatro leguas. Paramos á la orilla de una bella laguna. Encontramos á un Guaycurú, y dijo que un cacique llamado Cumilicogodi le habían despedazado en el río dos caimanes, lloraron todos y yo también la desgracia, ellos la del cuerpo y yo más la de su alma, porque murió infiel. El día siguiente fué el camino por hermosas cañadas y lomas, aunque algo sucias con boscaje, pasamos un río mediano llamado Aquidaguanigi, viene de la Serranía oriental y desemboca en el río Paraguay. En el paso, que distará como dos leguas del río Paraguay, se sacó de altura de 21 grados y 17 minutos. Habiendo caminado como cuatro leguas, hicimos noche junto á una laguna llamada Apopiyadi; llegaron á visitarnos unos indios de los Eyibegodis. Hay muchos árboles de los llamados Guamigos, de los cuales se habló en otro lugar. También los llamados Noliguagna. Estos son como unos grandes naranjos; las hojas parecidas á los garbansos, pero más largas y anchas. El fruto es muy parecido al almendro, pero mayor. La carne que viste el hueso es amarilla y harinosa. Su sabor un remedo de la harina de algarroba. La pepita interior contenida en la cáscara muy dura: es una especie de almendra en gusto y casi en la figura. La constitución de las colinas y cerros nos hizo variar de rumbos, más al fin variamos al sureste.

Día 26

Por valles, lomas y bellas cañadas llenas de boscajes se anduvieron como cuatro ó cinco leguas. Paramos á vista de una laguna llamada *Codeadigo,* por los muchos árboles que de este nombre nacen en sus orillas. Los árboles codeadigo, son aquellos que producen el algodón,

tan suave como la seda, pero de hebra corta, y que solamente puede hilarse mezclado con algodón común; al cual comunica mucha suavidad, es bueno para embutir almohadas y colchones. Mantiénese en una tensión proporcionada, mientras no percibe alguna humedad, en este caso se saca la almohada al sol y recobra tanta elasticidad que deja muy tirantes las fundas; es cosa muy fresca. Rumbo vario, salimos entre Sur y sureste. Hermosos cerros descollaban al Oriente y Poniente.

Día 27

Caminamos cosa de cuatro leguas por tierras mejores que ayer, bien que bastante pobladas de árboles. Pasamos casi por su origen el río *Apaerigi* (río Grande), su altura austral 21° 44′ en frente ó en paralelo. En la orilla occidental del río Paraguay viven los Guanás, llamados Nequegatemigis, nueva colonia de los Chanás, como se dijo en otro lugar. Tiene también enfrente de esta orilla oriental el cerro *Sagatagatequiga* (Piedra Alta ó Itapucri). Paramos junto á una laguna grande de la cual recibe mucha agua el río mencionado. Esta noche se perdieron los caballos espantados de tigres: por eso la jornada del día 28 fué muy corta de una y media á dos leguas. El rumbo de Este á suroeste, acercándonos al río Paraguay, las tierras altas y buenas, pero con mucho boscaje, á excepción de los valles. Como á la mitad del camino se descubre un río mediano llamado *Eneguenigi*. Ya cerca de la dormida había otro arroyuelo. También la jornada del día 29 fué cortísima apenas de dos leguas por buenas tierras. Encontramos gente del toldo de los Lichagotegodis, y entre ellos una cautiva cristiana de quien supe habían corrido nuevas de que me habían muerto, y también de cómo me esperaba el cacique de su toldo, con el fin de ir en mi compañía á la ciudad, á pedir misioneros en cumplimiento de la palabra

que me tenía empeñada. Cumpliólа y fué en busca y pretensión de jesuítas para conducirlos á sus tierras.

Día 30

Anduviéronse como unas cuatro leguas al sureste. Pasé el río Aposogolibato. Cosa de cuatro leguas más al oriente de donde le pasamos, cuando íbamos á los Chiquitos. Á una legua poco más hacia el Sur, está la tierra llamada Amogicadi, estancia de los Guaycurúes Lichagotegodis. Su altura es de 22°6′. En estas tierras abundan unas aves llamadas *Nucalaciga ;* son del tamaño de un buitre, la pluma de las alas leonadas ; la del cuello y pecho blanca, las ancas largas y limpias, las uñas duras y curvas, el pico largo y duro que tira á naranjado. Camina muy á prisa buscando buitres, culebras y otros insectos de que se alimenta. Llegó á verme el cacique de quien hablé arriba, que con casi toda su gente iba al Paraguay en solicitud de misioneros. Animéle y me adelanté, porque ellos caminan lentamente como puede echarse de ver en los viajes. Al sitio en que tomé la altura llaman los Guaycurúes *Apacanijolaguis.* Dista las cuatro leguas dichas poco más ó menos del río Paraguay, y como otras tres leguas del sitio en que el cacique Jaime Paquini, tenía antes de estar en la Reducción su ordinaria morada que se llama Eguaje. Al anochecer empezó una furiosa tormenta de truenos y relámpagos con viento Sur y tanta agua que corría como un río. Hay muchas palmas *Ciattes* y muchos tigres.

Agosto de 1767. — Día 1°

Amaneció lloviendo y duró la lluvia casi todo el día. Perdiéronse los animales ya por el temporal, ya espantados por los tigres. No caminamos ; como tampoco el día 2 por buscarlos y dar tiempo para que se secase algo la

tierra y nuestros trastillos. Perdiéronse otra vez esta noche las cabalgaduras y tuviéronnos con cuidado los tigres. No obstante el día 3 se anduvieron unas cinco leguas, rumbo entre Sur y suroeste, por buenos campos y tierras altas. Paramos á la orilla del río *Abaneiona*, ó según los antiguos Guaraníes, Tepotei. Había graduación según el señorde Ambille 22°50 poco más ó menos. Antes pasamos el río *Egua lanec-adi* que desemboca en el dicho, arriba del arrecife *Aiagüaga*.

Día 4

Anduve como unas cuatro leguas rumbo al sureste por los campos de *Etimiiadi* que ahora estaban en seco, y por las tierras altas de Negualate. Estas tierras producen en abundancia una planta llamada Ipequenije, crece como una vara en alto. Tiene la hoja larguita y de un verde claro, la flor es blanca de cinco hojas, y en medio de unos hilitos del mismo color: la fruta parece una ciruela á excepción que tiene una coronita como la granada. Toda la planta y la fruta, es muy aromática y dadas unas hojas, ó la corteza del tronco, en proporcionada agua cocida, detiene los flujos de vientre. La fruta es muy sabrosa pero es muy cálida y enciende la sangre, comida sin discreción. Pasamos á la orilla de la laguna *Egualengrena*, en cuyo bosque se crían los árboles *Caapongigo* de que ya se hizo mención.

Día 5

Caminé como cinco leguas por buena tierra y paré á la orilla del río *Etagadaadi* ó cañaveral. Este río está en la altura de 23 grados menos algunos minutos.

Día 6

Por atajo y buenas tierras llegué al río *Aquidaguanis* por el paso en que desemboca en el río *Pitanoiagadi*.

Aquí hallé muchos de la Reducción que habían salido á buscar que comer. Diles noticias de la muerte natural de algunas Bayás. En los pueblos de los Chiquitos hicieron luego y por la mañana el llanto á su usanza. Caminaría este día como unas seis leguas de altura de *Aquidaguanisi*. Está en otra parte.

Día 7

Habiendo caminado cosa de nueve leguas, algo menos, entré en la Reducción de Nuestra Señora de Belén, entre 7 y 8 de la noche. Fué singularísimo el júbilo de los Guaycurúes, viendo vivo al que ya habían llorado como muerto á manos de los Chiquitos, de cuya fidelidad desconfiaron sin fundamento.

NOTICIA DE LAS MISIONES DE LOS INDIOS CHIQUITOS

La relación que se dará de los indios Chiquitos no es historia dilatada, pues ésta se leerá impresa en un tomo en cuarto, su autor el padre Patricio Fernández; reduciráse pues á una sucinta noticia de lo que se vió en ellos en cuanto al terreno, habitaciones y costumbres de ellos.

El terreno en general es montuoso como comprendido dentro de la serranía que corre al Norte y Poniente desde la orilla oriental del río Paraguay. Los cerros y colinas están vestidos de árboles frondosos en partes y en partes de arbolillos y matorrales; especies de bosques que en su idioma llaman *Abaiois*. Las cañadas y valles se ven bastante limpias de arboledas, pero no de espesos y altos pajonales; las tierras son escasas de agua permanente, vense algunos pequeños arroyuelos de tan poco caudal que casi se secan y cortan en los meses que faltan las lluvias. Algunos pueblos ni este alivio tienen y para asegurar el agua la recogen en represas formadas en lugares acomodados, á la vista de las poblaciones, llamadas Paaros, y son como unos estanques cuya agua por lo común no es muy buena. Desde el mes de septiembre hasta el de marzo son muy frecuentes las lluvias, y en este tiempo templado el viento; con la humedad son tolerables los ardores del sol y á esta estación llaman invierno, aunque por la cercanía del sol, en otros paises que están más al Sur, es verano riguroso. Con las aguas se cierran los caminos

que, por lo común, están por las cañadas, quedando éstas impracticables por inundadas. En gran parte aumenta las inundaciones de los valles el río Apori, que corre cerca del pueblo de San Francisco Javier y desemboca en el Mamori á los 15° de altura. Las avenidas del río de las Amazonas, represan las aguas del Apori que levantándose y saliendo hacia el Oriente y Sur, buscan desahogo en los valles dejándolos navegables.

Esta continuación de lluvias da jugo abundante á la tierra para la producción de árboles y plantas vigorosas, y las dispone para el logro de las cosechas en las sementeras. Entre los árboles que merecen particular mención se señalan los siguientes: *Oquitirquis*, es uno de los más frondosos árboles de las selvas, su corteza huele enteramente á ajos, y tomada en cocimiento ó mascada la corteza, calienta como los ajos, y aprovechan en todas las dolencias en que estos entran según los Tirnos. *Oriotos*, éste árbol da una resina fragante, en lo cual sobresale más lo blanco. Sirve especialmente para curar las llagas de la cabeza. Es una especie de trementina. En los campos estériles y arenosos que hay entre San Juan y Santiago llamado *Joris*, se crían muchos árboles que según todas sus señas son los de Quinaquina de Cascarilla. No son muy gruesos y su altura igual á la de los duraznos ó melocotones.

La corteza en el interior tira á encarnada que cuando se seca amarillea. La *Trinta*, son unas vainas redondas y aplanadas del diámetro de una pulgada, esta fruta es juntamente la semilla: en el centro de esta semilla se encuentra un licor espeso balsámico de un olor muy agradable, pero de un sabor intensamente amargo, y este mismo sabor es de la corteza del árbol al cual llaman *Disoes*, esto es, árbol del fuego, por servir con su natural calor para reprimir las calenturas tercianas.

En sus huertas cultivan los Chiquitos árboles de frutas exquisitas y escogidas, uno es de la figura de la higuera de tronco más derecho y frágil, la hoja mayor y de corta-

dura más hermosa. En su tronco se viste de flores blancas pequeñas á las cuales se sigue el fruto muy parecido á los melones amarillos á excepción de la semilla que es redonda y del sabor que es algo fastidioso á los que no están habituados á comerlos. El árbol llaman y también la fruta *Sapanis*. La semilla es muy caliente y la fruta comida en abundancia, inquieta el estómago y causa retorciones y flujo de sangre. Por esto cantó un físico:

Arboribus quisnam credat crevisse melones,
Qui non Australes viderit hasce plagas
Carni quidem similes intus similique sapore:
Sed, calor in nigro semine zeste tacet.
Quisquis at e patriis indas abeneris horas
Fructibus his inimicum vexier usque cabo
Ne te precipitent ad certam termine mortem
Ventris et ex albo sanginolenta vilis.

Otra planta muy socorrida y cultivada de los Chiquitos es la que dicen Pacobas, bien conocida en las provincias del Paraguay por el mismo nombre, produce racimos prodigiosos de fruta en las selvas de los Chiquitos. Crudas, asadas y cocidas son gustosas las frutas. El padre Rodrigo Valdés en su poema Hispano-Latino cantó así de esta planta:

Plátanos que cruciformes
De jugo de Cristo blandos
Dulces suaves especies
Ministran formando claras.
Cruces que salen reliquias
Tan nocivas cual malsanas
De plátano primitivo
Escándalo de Eva incauto.
Que de divino precepto
Transgresiones temerarias
Escusa, acusando necia
Luciferinas falacias.
Si consultas de devoto
Peregrino ideas claras
Que de plátano aseveran

Noticias extraordinarias.
Cuando plátanos presentes
Concurra seres que Parcas
Á Baco usurpe favores
De tan religiosa planta.

Hállanse también en las huertas sutumos y tamarindos, árboles conocidos en el Perú; en algunos sitios sin cultivo nace la Camilla que no tiene uso en estas misiones; algunos que parecen extraños en este terreno es que no da trigo, ni vino: las providencias de estas dos especies en cantidad tan escasa, que solamente alcanza el Santo Sacrificio de la Misa, todos los días vienen del Perú y las distribuye el padre Superior por los pueblos. Los misioneros se mantienen de tortas de maíz que suple bien al trigo; el mismo grano y también las raíces de mandioca sirven de alimento á los indios.

Estos que son los habitadores pueden considerarse divididos en dos clases ó gerarquías. La una de naturales primitivos de estos países, y estos son los rigurosamente Chiquitos, nombre que les impusieron los españoles, por las puertas de sus chozas, que eran chicas y los primeros que redujo á la Santa Fe el celo de los misioneros jesuítas. Otra de los llamados Masaucas. Estos son forasteros ó advenedizos que se componen de distintas naciones ó idiomas como se verá más adelante. Los Chiquitos son de buena estatura de rostro alegre y bien formado, serio y grave en sus modales.

Recibieron y han mantenido la fe tan entrañable en sus almas, que han ayudado en todas las conquistas de los Masaucas á los padres misioneros. Los forasteros así como varían sus lenguas, es también distinta las fisonomía. Estos amaestrados de los Chiquitos, viven en suma paz y unión con ellos en los diez pueblos. Para lograr con más suavidad ese enlace hay en los pueblos escuelas, en las cuales aprenden muchos niños de todas parcialidades á leer y escribir. Estos son como maestros en sus casas y

en todas las ocasiones que se ofrecen. Todos grandes y chicos rezan cada día la doctrina cristiana. Entran por la mañana á la iglesia á oir misa, en cuyo templo hay bella música de instrumentos y voces. Los hombres y muchachos entran y salen por la puerta colateral y por la principal las mujeres y muchachas. El orden la compostura exterior con que están en el templo y su devoción sirvieron de eficaz reprensión á gente más antigua en la fe, y preciados de cristianos. Acabada la misa rezan con notable concierto y después si es día de trabajo, van á la ocupación de sus sementeras, hilados y otras cómodas á su naturaleza. Si es día de fiesta tienen sus diversiones semejantes, como son las danzas, digo sus diversiones los hombres de plaza, la ordinaria es el juego de la pelota. Ármanse partidos de 200 ó más, y puestos en sus respectivos lugares, empieza el juego, arrojando con la cabeza la pelota á mucha distancia. Rebátela el partido opuesto también con la cabeza y aquel pierde que no la levante.

Para esta y otras diversiones semejantes como son las danzas se adornan las muñecas, frente, cabeza y piernas con galas de vistosas plumas tejidas con prolijidad y simetría. No hay riñas enfadosas, ni alteraciones que turben la armonía. Otra de sus diversiones frecuentadas es el ejercicio de flechas. Formando escuadrones y armados de flechas con botón, sale el que quiere á singular pelea, al punto halla competidor, míranse los dos combatientes á buena distancia; flechan el arco y cada uno hace con el cuerpo mudanzas y contorsiones á propósito para eludir el flechazo. Causa admiración la destreza con que disparan y evitan el golpe.

Este ejercicio en la flecha los ha hecho temibles desde su infidelidad; es verdad que antes en sus guerras y después en algunos encuentros con los portugueses usaron y jugaron flechas envenenadas de cierto árbol que ellos conocen, quitan la corteza, la cuecen y la espesan como almíbar; en esta materia viscosa mojan la punta de la fle-

cha que si llega á herir, á penas hay intervalos entre el golpe y la muerte.

Con tanta actividad obra el veneno en la sangre que escarmentados los portugueses, no han inquietado más á los Chiquitos con bocas de fuego, pero se valen de otras artes para traerlos á su devoción y apartarlos de su legítimo señor nuestro Católico Rey.

Vive en continua vigilancia el celo de los padres misioneros en este punto; varias veces han dado parte á la real audiencia y señores vireyes de los intentos de los portugueses. Estos ya desde Cuyabá pasando el río Paraguay ya desde el Jauni [1], en que mantienen guardias, ya desde Mattogrosso, han querido atravesar por los pueblos de San Rafael, Santa Ana y otros al Perú, para hacerse prácticos del terreno, pero en vano por no habérselo permitido los misioneros.

El año pasado hablé con don Diego Martínez caballero ejemplar y valeroso en el pueblo de San Rafael. Estaba á su comando una tropa arreglada de 200 españoles soldados y alistados mil Chiquitos con el fin de salir al encuentro á los portugueses cuya irrupción se temía por la estancia del pueblo de Santa Ana y por el Jauni. De modo que estas misiones de Chiquitos por Oriente y Norte son la frontera contra unos hombres que anhelan hacerse dueños del famoso Cerro de Potosí, y acaso hubieran logrado su intento si no les disputaran el paso los Chiquitos y los Mojos. Misiones también que están á cargo de los jesuítas.

Para estar diestros en las funciones se ejercitan los Chiquitos en el manejo de sus flechas en sus diversiones y caza. Después de éstas ó de sus faenas entran por la tarde otra vez á la Iglesia con el mismo orden, rezan el rosario de María Santísima y los sábados tienen las letanías y salve cantadas con la música. Todos los domingos y fiestas por la mañana después del rezo de todo el pue-

[1] Jauñi ó Sauni: no está claro.

blo, dividido en coros, entona, el de música, la misa con toda solemnidad ; oyen la explicación de la Doctrina Cristiana y con orden y compostura singular se retiran á sus casas. Causa devoción ver á estos fervorosos cristianos cuando vienen á la Iglesia. Cuanto permite su pobreza (que es muy grande) están limpios y aseados, el pelo tendido hombres y mujeres y el rosario al cuello patente y manifiesto y sin este sagrado adorno jamás se verá Chiquito, ni grande, ni pequeño. Las mujeres añaden alguna gala de cuentas de vidrio y con gracia más natural cargan collares de piritas de varios colores ensartadas, añadiendo esta simple gala, estimación á su compostura y modestia. Parece que para este paso se escribió :

El femenil ardor adula el daño
De pobres mendigueses infelices
Rústico traje pero tan extraño
Que le tejen de ramas y raíces
Conchas y cocos de inferior tamaño
Varían á colores sus matices
Siendo parte aceptada en su hermosura
La idea de tan rara compostura.

La distancia que hay desde la misión de los Chiquitos á Chuquisaca y Potosí, hace que saquen poca utilidad de los efectos que envían al Perú. Éstos son dos, lienzo y cera, cuya estimación ha decaído tanto que escasamente sacan los costos y expensas de la conducción en cargas de este producto, surten las iglesias de ornamentos y vasos sagrados cuanto basta para la decencia, también adquieren hierro, acero, el que les sirve para herramientas. Los precios de los géneros europeos son en el Potosí exorbitantes, y así ó del todo les faltan ó son pocos los que compran los Chiquitos por su lienzo y cera. Las iglesias son espaciosas de tres naves y buena arquitectura, faltan los adornos de dorados, lienzos y espejería, y otras alhajas, para cuya consecución no alcanza la pobreza de aquellas misiones. Suple la limpieza, el aseo y las excelentes músi-

cas y mucho mejor la devoción que en ellas se admira.

Habiendo dicho en general cuanto parece conducente para formar idea de las misiones de los indios Chiquitos, resta especificar algo de cada uno de sus 10 pueblos con lo que la idea saldrá más ajustada. Los escribiremos según el orden de su antigüedad ó fundación, nombrando las parcialidades distintas de los propiamente Chiquitos que integran el vecindario de cada uno. Veráse con eso el progreso de nuestro santa fe en aquellos bosques, y la infatigable actividad de aquellos misioneros en ganar almas para Dios y vasallos para España.

I. — SAN FRANCISCO JAVIER

Este pueblo está situado á la orilla oriental del río Apere, Parapití ó de San Miguel. Las tierras son buenas, llenas de selvas de escogidas maderas. Fundóla el padre José de Arce el año 1692, hallándose en los 313 grados de longitud tomada desde el primer meridiano de la orilla del fierro en Canarias y en los 15° y 52′ de latitud austral.

Parcialidades

Pinocas, Quimeras, Punajicas, Guapacas, Poojijocas.

Todas éstas son de indios propiamente Chiquitos y de un idioma. De otros idiomas distintos son los siguientes: *Quibiquicas, Paiconecas, Burecas, Itatines.*

Familias, 720. Almas, 3201.

II. — SAN RAFAEL

Su asiento es una colina alta y espaciosa. Tiene bosques poblados de buena materia, útiles para toda obra;

al oriente le cae el río Jauni, que desemboca en el Paraguay; la distancia de 60 á 70 leguas no ha sido embarazo para que los portugueses no hayan penetrado las selvas y llegado avistarse en este pueblo. Dieron los misioneros parte á la Real Audiencia, y este sabio tribunal expidió aquellas providencias que juzgó más á propósito para cortarles el camino. Pero ¿ quién no penetra las ideas de los portugueses? Lo cierto es que los misioneros viven en un continuo sobresalto de alguna irrupción que los sorprenda. Fundó este pueblo el padre Juan Bautista Zea, acompañado del padre Francisco Hervas á fines del año 1696. Hállase en la graduación de 315°52′ de longitud y 17° justo de latitud.

Parcialidades

Las de Chiquitos son *Taos*. De otros idiomas Carrucanecas, Batasicas, Vejiponecas, Quidabonecas. Familias, 562. Almas, 2746.

III. — SAN JOSÉ

Está situado dentro de la serranía, la cual al Oeste sé que desde el Poniente por Sur y Oriente se levanta como un medio círculo á distancia como de un cuarto de legua. Hacia el Norte son muy bajas las lomas. Al Oeste descuella un cerro llamado Toroto, esto es, Solitario, porque lo está el dicho monte. Junto á la serranía está el sitio de Santa Cruz de la Sierra la antigua. No han quedado otros vestigios de esta ciudad que algunos desmontes y montones de tierra. El fundador de este pueblo fué el padre Felipe Suárez, el año 1698. Está en 316° y en 17°50′ de latitud.

Parcialidades

Chiquitos, Pinocas, Jamanucas, Penoquicas. Todos de un idioma. De otro idioma: Tapiquias, Ugarones. Familias, 618. Almas, 2715.

IV. — SAN JUAN BAUTISTA

Está situado este pueblo en la serranía, la cual al Oeste se levanta en encumbrados cerros. La tierra no es muy á propósito para sementeras por la mucha arena. El manantial de que beben los vecinos sale algo caliente. Creo que es efecto de la piedra real que hay en la loma. En la fundación de este pueblo trabajó el celo de los padres Juan Bautista Zea, Patricio Fernández, Pedro Cerena y últimamente el padre Juan Bautista Jandra. Empezóse el año 1699 y se perfeccionó el de 1716. Está en 316° y 55′ de longitud, y en el 17°52′ de latitud.

Parcialidades

Chiquitos, Boros ó Parayacas de un idioma. De otras lenguas Morotocos, Tomdenos, Panonos, Tieques, Cucurates, Zeriventes, Onorebates, Caypotorades, algunos Zamucos. Familias, 425. Almas, 1953.

V. — LA CONCEPCIÓN

Este pueblo logra algunos campos ó campañas en sus inmediaciones. Caen algo retirados los bosques de buenas maderas. Empezó su fundación el padre Lúcas Caballero el año 1709, y perfeccionóla el padre Juan de Benavente el año 1722. Hállase en 313°40′ de longitud y en 15°48′ de latitud. Á este pueblo se agregó la gente de otro que con nombre de San Ignacio había fundado el padre José de Mata.

Parcialidades

Chiquitos, Aruporecas, Boococas, Tubacicas, Punajicas, Cusicas, Cibacas, Jurucarecas, Guimomecas, Tapa-

curaras. De otros idiomas, Paunacas, Quitemos, Napecas, Paicomecas, Pisocas. Tuvo algunos Guarayos. Familias, 713. Almas, 3278.

VI. — SAN MIGUEL

Está en buen sitio, alto y rodeado de boscaje. Su gente está reputada por la más valerosa de todas las naciones. Fundó este pueblo el padre Felipe Suárez el año 1721. Su longitud 314°50′ y su latitud 16°50′.

Parcialidades

Chiquitos, Bosorocos ó Tabicas, Pequicas. De otros idiomas, Guarayos, Tarabacas. Familias, 295. Almas, 1473.

VII. — SAN IGNACIO

Las lomas de su situación y cercanías son espaciosas y de bastante elevación. Cáele muy cerca la cerranía alta, llena de árboles de toda especie para fábricas. Son indios muy hábiles en sus oficios y maniobras. Fundó este pueblo el padre Miguel Areijer el año 1748. Hále perfeccionado mucho en estos años el padre Gaspar Troncoso, cura doctrinero actual.

Su longitud es de 314°46′ y su latitud 16°40′.

Parcialidades

Chiquitos, Tanepicas, Lurupecas, Piñocas, Lamanucas, Curicas. De otros idiomas, Guarayos, Parisicas, Tapuricas. Familias, 531. Almas, 2734.

VIII. — SANTIAGO

Está situado en lo más alto de la serranía, que ofreció conveniencia de agua y bosques inmediatos. La gente, á excepción de los Chiquitos y Ugaranos, es toda recién sacada de las selvas en que con celo incansable trabajaron los fundadores.

Hoy están con los mismos fervores. Reducción á la fe á los Timinahas y Carsos, indios montaraces, fundó este pueblo el padre Gaspar Troncoso con el padre Gaspar Campos, perfeccionólo y actualmente hoy adelanta mucho en gente y edificios. Los padres Patricio Patsi y José Pelayas. Empezóse el año 1754 y se mejoró de sitio en 1764. Su longitud 318°20′ y su latitud 18°50′.

Parcialidades

Chiquitos, Taos. De otros idiomas, Ugarones, Tunachos, Caypotorades, Imonos. Familias, 410. Almas, 1614.

IX. — SANTA ANA

El terreno no es muy bueno, tiene mucho cascajo y piedra menuda. Fáltale agua corriente y los vecinos beben de estanques y represas hechas á mano en los valles y caídas de las lomas. Los portugueses se han dejado ver muchas veces en las estancias de este pueblo. Hánles cojido los indios y remitido al señor Gobernador de Santa Cruz de la Sierra y á la Real Audiencia. Tienen buenas maderas. Fundóla el padre Julián Nogler el año de 1755. Su longitud 315'15′. Su latitud 16°40′.

Parcialidades

Chiquitos, Basorocas. De otros idiomas, Zarabeca, Curuminacas, Ecorabecas. Familias, 367. Almas, 1787.

X. — SANTO CORAZÓN DE JESÚS

Hállase situado á la orilla de un arroyo mediano y es más oriental de todos los pueblos. Tiene buenas maderas y tierras acomodadas para sementeras. Este pueblo se fundó tan al oriente, con el fin de acercarse al río Paraguay tan famoso. Quitada la vida al padre Antonio Gaspar atajó los buenos principios de esta apostólica empresa. Los indios de este pueblo aprisionan á los 500 Guaycurúes y se han hecho formidables á esta soberbia nación. Fundólo el padre Antonio Gaspar y el padre José Chueca el año 1760. Longitud 319° y latitud 19′ y algunos minutos.

Parcialidades

Taos, Boros. De otros idiomas, Otuques, Zamucos, Cucutades, Zatienos, Coraberas, Guarayos. Familias, 532. Almas, 2287.

NOTA

Que además de las parcialidades dichas, el día de hoy están repartidos por los diez pueblos de estas misiones los 500 Guaycurúes y muchos Guanás prisioneros. También en las misiones que los misioneros de San Juan, San Ignacio y Santiago han hecho á varias naciones y rumbos el año pasado del 67 habían sacado el aprisco de la Santa

Iglesia muchos infieles. Ultimamente se notó que la numeración de las familias y almas, es la misma que sacó por la matrícula de aquellos pueblos, el año antecedente de mi ida que fué el de 1766. La suma total de familias y almas según la guía ánua es esta:

Familias, 5173. Almas, 23.788.

A. M. D. G.

PARTE TERCERA

QUE CONTIENE LAS NOCIONES SIGUIENTES

I, LA DE LOS EYIGUAYEGUIS

II, LA DE LOS CHANÁS

VARIOS VIAJES Y DIARIOS Y UNA BREVE NOTICIA DE CUYABA

PARTE TERCERA

INTRODUCCIÓN

El mundo está puesto por disposición altísima, ó por mejor decir, propuesto, á las investigaciones de los mortales. Con particularidad ha entretenido á los más sabios del Mundo Nuevo después de su descubrimiento. Los climas, las regiones, sus habitadores, los modales de éstos, tienen en continuo ejercicio á los geógrafos, históricos y viajeros. Con más justo motivo podemos decir de este teatro escondido por muchos siglos que en él la mano de su soberano Artífice delineó maravillas que sorprenden al más entendido con otro arte que el que Ortelio escribió en su *Tesoro Geográfico,* del cual dijo un poeta elocuentísimo;

Noscere qui mores hominum peregrinus et urbes
Quique remota, gravi, rara, labore petis;
Hic adest, hic animo licet spectare quieto
Lector, in extrema quod tibi quaeris, humo.
Hac iter est alius tibi qua patet advena mundus
Hoc latet artifici machina tanta libro .

(Boetius.)

Sobre todo, ha derramado flores de antigüedad y el ingenio del incansable trabajo de los sabios de todas las naciones en la solución del famoso problema de la población de la América y del color de sus naturales.

CAPÍTULO I

DEL ORIGEN DE LOS INDIOS

I. *Población de la América.* — El tiempo y el modo cómo se pobló la última parte del mundo, objeto de la curiosidad, tiene dividido en muchos pareceres á los doctos. Fray Gregorio García Dominicano, en su libro del Origen de los Americanos, que ilustró con eruditas notas don Gonzalo de Barcia, refiere hasta diecisiete diversas opiniones. En la historia del padre Colin de las Filipinas, y en la del padre Acosta, *De Natura Novi Orbis,* se leen muchas bien extendidas por estos escritores.

Merece el primer lugar entre todas por su antigüedad, la que se atribuye á Platón. Este filósofo, en su Timeo habla de una isla llamada Atlántida, tan grande, que excedía al Asia y á la Libia, esto es al África tomadas las dos juntas. Dice que la famosa isla estaba situada adelante de las columnas de Hércules. Repite lo mismo con mayor extensión en su Crisias, con la diferencia que aquí la hace de más reducida grandeza. Esta diversidad de Platón es digna de una observación juiciosa. La relación de esta tierra hizo á Solón un sacerdote egipcio, el cual, después de descubrir la crueldad de los tiranos conquistadores de la isla, atribuye á los Atenienses la gloria de haberla librado de su pesado yugo. Parece esto una adulación del sacerdote á Solón, ó invención de éste para ensalzar las proezas de sus compatriotas. ¿ Quién creerá que los griegos anteriores á Solón navegaron el océano ? Finalmente añade Platón que la isla quedó arruinada y sumergida de un horrible terremoto y de una copiosa lluvia que duró un día y una noche ; y dice que aconteció este estrago 9000 años antes del tiempo en que él vivía ; data sin duda que trae el sobrescrito de fabulosa y fingida.

II. *Varios pareceres de los autores sobre la Atlántida.* —

¿Y qué partido habremos de tomar en esta relación repetida de Platón? ¿Habráse de rechazar en todo, ó solamente en parte? Plinio y Arnobio hacen mención de la Atlántida; Tertuliano en dos lugares, como lo traen Polibio y Turnebo. Orígenes, Porfirio y Proclo lo han entendido de un sentido alegórico, según Claudio Olivier. Mas este autor demuestra del mismo modo de referirlo que el hecho fué real y no ideado. De hecho que Olivier pretende hallar en la Atlántida á Palestina, á Jerusalén y su templo; en esta invención feliz pone todos sus eruditos conatos. El erudito Rudbecks emplea los suyos en atribuirlos á la Escandinavia, nombre que se da á aquella parte de Europa que comprende la Dinamarca, Suecia y Noruega; y la capital de la isla platónica, se halla, según este autor, en las ruinas de la antigua Upsal, considerable ciudad de la Suecia en la Uplandia. Los geógrafos Ortelio, Boodvand y Sanson, creen que la Atlántida era indistinta de la América, ó que con ésta componían un continente. No puede negarse que el sentir de los referidos escritores aparta mucho del estrecho de Gibraltar la Atlántida, situación en que la pone el filósofo que refiere su grandeza. Martinière convence muy bien que en los esfuerzos de Sanson por la América brilla más la erudición que la razón sólida. Vosio y Buffon, que junta todos los fundamentos que pueden desearse en prueba de que antiguamente el mar estuvo en donde al presente es tierra, reciben casi del todo la isla Atlántida. Por el contrario, todo lo tiene por fabuloso Cellario.

III. *Opinión media.* — Es hecho innegable que en nuestro globo han sucedido subversiones de tierras y avances prodigiosos del mar en varios tiempos. Refiere muchas Anderson, imperial académico, en su Historia Natural de Islanda, Groenlandia y Estrecho de Davis; y se inclina á creer que la Islanda, isla puesta en medio del océano, apareció por uno de los dichos trastornos y adelantamientos de la tierra y del agua. Platón, por otra parte, no está reputado por filósofo novelero; y así el más seguro cami-

no será el de un probable medio. Este sigue el padre Kircher y Martinière. Déjense, pues, al sacerdote egipcio, las fabulosas circunstancias con que engalanó el hallazgo de la isla y quiso lisonjear á los griegos. ¿No podrá la Atlántida ser una extensión de tierra de la cual hubiesen sido parte las islas Canarias, las Terceras y las Azores, que hoy existen? Las de las Azores sabemos que están sujetas á horribles estremecimientos de la tierra; y en estos terremotos ha ganado el mar mucho terreno. Ni se aparta mucho de este sentir José Pitton D. Tournefort, aunque juiciosamente duda que la Atlántida haya sido en algún tiempo parte de la América. Mas acaso no pudo ser esto, porque en tal caso la isla platónica hubiera sido la mayor parte del universo. Admitir esto hablando de tiempos tan remotos no traía especial inconveniente. Más fuerza hace que Platón coloca la isla no muy apartada del Occidente. ¿Y qué entiende en su relación bajo el nombre de Occidente? Probablemente señala á la América. Pero si la Atlántida y la América distaban entre sí poco, este era un camino fácil por el cual antiguamente pudieron caminar sus pobladores. Desde el Africa ó desde España, en poco tiempo estaban en la Atlántida; de ésta en las Antillas, islas pertenecientes á la América entre la meridional parte y Puerto Rico, no muy distante de la línea que descubrió el primero Cristóbal Colón el año 1492, y las principales se llaman Santo Domingo, Cuba, Jamaica y Puerto Rico, comprendidas entre los grados 316 y 319 de longitud y entre los 11 grados y los 16 y 40 minutos de latitud. Desde éstas sin embarazo, pudieron entrarse á la tierra firme de América. De este modo también discurre el traductor de la Historia del Perú de Zárate.

IV. *Naves arrojadas por los vientos á la América.* — Tiénese por cosa muy probable que de la parte oriental de España ó del Africa, transportasen á la América algunas naves de los fenicios ó de los cartagineses, los más expertos en aquellos tiempos en el arte de navegar.

Pausanías dice que cierto Eufemo le refirió que una tempestad le arrojó á extremo del mar Océano, donde se hallan islas habitadas de gente salvaje. El padre Lafiteau juzga que la descripción dicha conviene á los bárbaros caribes que habitaban las Antillas. El insigne Ulció, que en todo quiere hallar á su Moisés, descubre en los antropófagos (señores de dichas islas) en los Mejicanos y Peruanos y en otros pueblos de la América la desfigurada ya, aplicada á la idolatría, ley de Moisés. Es verdad que no es sólo ni el primero que intentó probar muchas transmigraciones de los fenicios y de otras naciones á la América. Unos y otros, fundados en la semejanza de los ritos americanos con los de los hebreos. Otros autores cita Patricio; y son muchos los que defienden que, en la cautividad del pueblo de Israel en tiempo del rey Salmanasar, pasó á la América gran parte de las diez tribus. De este sentir es también el padre Gumilla en su bella Historia del Orinoco Ilustrado. Calmet la impugna en las Disertaciones.

V. *Otros viajes.* — Muchos sostienen que el primer pasaje de los fenicios á la América fué llevados de furiosos vientos y arrebatados de las alborotadas ondas, primero á la isla de la Madera ó á la de las Azores, y después por parte llegaron á las Antillas, y de estas islas al Continente. Quieren también que esto sucediese antes de la invención de la escritura. La razón es, según Rolando, porque no se ha hallado nación alguna en América que supiese escribir. Alguna otra se servía solamente de pinturas geroglíficas, en que se conservaba la memoria de algunos hechos. En la historia de Gomara, del padre Acosta, de Garcilaso de la Vega y del padre Gumilla, leemos algunos transportes semejantes causados de los impetuosos vientos hacia las Indias Occidentales, aún desde las islas Canarias. Deodoro de Sicilia dejó escrito que una nave cartagines fué llevada á tierras remotísimas, y que aportó á una isla desierta, pero muy fértil y regada de grandes ríos navegables, la cual estaba situada en frente

del Africa. Refiere lo mismo el padre Mariana en su Historia de España. Todo esto parece que conviene á la América. Añade Deodoro que luego que el senado cartaginés estuvo cerciorado de este descubrimiento, antes que la noticia del nuevo mundo se divulgase, lo prohibió con severa ley fundada en razones políticas. Algunos entre los cuales un escritor moderno de mérito (P. Alfonso Nicolás, t. I), rechazan toda esta historia, bien que sus reparos no parecen convincentes. Cuántos bajeles, después de servir de juguete á las olas y vientos, arriban casi destrozados á costas que no buscaban. Sin llevar prevenciones para labrar la tierra, si ésta era fértil en plantas y animales, no les faltaría industria á los nuevos habitadores para aprovecharse de sus producciones. ¿Quién les llevó instrumentos de agricultura y de otras artes á los Mejicanos, á los del Perú y aun á los más remotos, como Guanás, Guachicos y Chiquitos? Cuando entraron los españoles, ya los hallaron á su modo, artistas. Y no es que se pretenda que tuviesen el pulimento que después de tantos siglos no lograron los instrumentos, ni en naciones cultas. Sin arados, sin azadones ni escardillos, saben los indios salvajes disponer la tierra y lograr cosechas de maíz, otros granos y raíces. Bien pudo la dicha tierra desde el diluvio hasta la talassocracia ó dominio de los Fenicios sobre el mar en casi quince siglos, no ser cultivada, y con todo ser fértil. ¿ Acaso no se ve esto cada día en bosques, campañas y serranías deshabitadas de la América?

No todos los árboles fructíferos, raíces alimenticias y otras producciones útiles á la vida son efectos del esmero y cultivo que dan los hombres á la tierra. De lo que ésta produce espontáneamente se mantienen naciones enteras americanas. Mucho más si entra en cuenta la caza y la pesca. Pudieron los Fenicios sin dificultad (aun suponiendo que aquellos marineros fuesen muy cultos), con el tiempo perder casi del todo, y aun en casi todas las artes, lenguaje y costumbres. Serían estos los primeros hombres

que, de naciones políticas, criados en partes bárbaras, quedaron como embrutecidos. Yo no concibo tan rudos á los Fenicios, que no pudiesen en aquella nueva tierra aprestar otra nave y componer la que les condujo á ella, y volver á dar parte á Cartago. ¿ Cómo los americanos supieron inventar sus canoas, piraguas y otros artificios para navegar ? ¿ Por qué no tendrán esta habilidad los náuticos fenicios? Acaso las rudas embarcaciones de los americanos vienen de la idea de sus progenitores, que no construían navíos como en los astilleros de Europa.

VI. *Por medio de la brújula ó del astrolabio pudieron llegar á la América los Fenicios.* — El nudo se cortaba de un golpe, si se advirtiera con Falero que los Fenicios conocieron la virtud directiva del imán, y usaron de la aguja en sus navegaciones; y que, guiados de la brújula, y no por contingencia de las tempestades, pasaron á la América. Guardaban para sí los Fenicios este importante secreto, cuyo conocimiento se perdió después con su república. Sé muy bien que hay muchas razones que contrastan con esta opinión. Aún Horn y Vosio la han abandonado y mostrado su falsedad, con ser el primero amartelado por las cosas de los Fenicios. Y aun siendo esto así, ¿ no pudiera probablemente defenderse que los cartagineses se sirvieran de astrolabio, cuyo conocimiento tuvieron los antiguos ? ¿ Con este instrumento pudieron conducirse á partes tan remotas y occidentales con la sola guía de las estrellas vecinas al polo, caminando, siguiendo su rumbo con dejar siempre á la derecha la polar estrella ? ¿ Qué repugnancia puede hallarse en esta navegación, ni en volver á deshacerla ? Á lo más se dirá con Buffon que la empresa tocaría en los términos de temeraria, la cual ni concebir osaron los antiguos argonautas. Esto es declarar, no convencer, la imposibilidad del hecho. Por temeraria se tenía la idea (cuanto más la ejecución) del gran Colón : ¿ y esto le quita la gloria de haber dado al antiguo el nuevo mundo ?

CAPÍTULO II

SIGUE LA MISMA MATERIA

VII. *Otros modos con que pudo hacerse el viaje.* — No hay duda de que el modo arriba insinuado de navegar de isla en isla hasta llegar al continente americano, tiene algo más de verosimilitud en materia tan obscura. De esta manera, casi de escalón en escalón, pudieron hacer el viaje. Sabemos de la Sagrada Escritura (Gén. 10, v. 5), que los nietos de Jafet poblaron las islas. Aquellas por lo menos serán las que no distaban mucho de tierra firme desde la cual con breve tránsito pasarían á ellas. Y bien, en aquellos remotísimos tiempos, ¿ no había más islas que las que hoy se conocen en los mares ? ¿ No se han sumergido unas y levantádose otras nuevas ? Pues ¿ qué nos obliga á concebir el mar de entonces tan explayado como lo está al presente ? El erudito Rolando atestigua que hay antiguos ejemplos, y bastantes, de viajes marítimos emprendidos por pilotos atrevidos, no á costa de tierra, sino engolfándose. ¿ Y en qué uavíos ? Sobre pequeñas barcas, casi iucapaces de contrastar con las furias del agua y de los vientos. No niegan la verdad de algunos de estos viajes; pero piden que en general deben ser las conjeturas modestas. Bieu, ¿ y qué exceso se reconocería en quien conjeturase uno ú otro viaje del modo dicho hasta la América ?

VIII. *Más opiniones refutadas.* — En las Memorias de Trevoux del año 1738 (Juill., art. 83), se hallarán refutadas otras opiniones de la transmigración hecha en las partes orientales del Africa ó de la Europa, hasta hacer pasar á Griegos y Troyanos. El testimonio de los Mejicanos en orden á su origen, que decían traerle de un país situados al oriente, como refiere Solis, puede comprobar lo dicho, como autorizó al insigne Cortés para inducir á Montezuma á que reconociese al emperador Carlos V por

su príncipe. Constantini, autor docto del nuevo *Esame critico della veritá del diluvio universale,* ha juntado muchas razones para probar que el mundo antiguo antes de las navegaciones de Colón y Vespusio (1) no tuvo comercio alguno con el nuevo por vía del mar Atlántico.

CAPÍTULO III

IX. *Origen de los Mejicanos.* — Pudiérase recurrir á la semejanza de ritos y costumbres de los Mejicanos con una ú otra nación de la Europa. Más esta pretendida semejanza niega Teodoro de Bry, escritor de las cosas de América. Observa este autor que los indios de Méjico tenían sus modales propios y costumbres peculiares. Entre otras pone que dividían el año en 18 meses y cada mes en 20 días. Añade que conservaban una tabla histórica y cronológica de 104 años. En ésta tenían escrito en caracteres y figuras de su invención el viaje de sus progenitores primeros, según constaba por la tradición de los mismos mejicanos. Con el transcurso del tiempo, mudado ya el lenguaje, no se halló la significación de aquellas figuras y caracteres. Alguna oposición dice esta tradición con lo que también referían los mejicanos de que el dicho viaje se había hecho, no por agua, sino por tierra, viniendo de hacia el septentrión. Véase Torquemada en su Monarquía Indiana, en la cual casi vacía el imperio romano en ritos y ceremonias. No sé si á gusto de entendidos, y felizmente á veces puerilizan los ingenios adultos.

(1) Nota que Vespucio no fué argonauta de fama, sino un mero pasajero al cual llama *afortunado impostor* el erudito *Robertson.* Robó la gloria á Alfonso de Ojeda, que había navegado con Colón. (D. Xaverio Lampillas P. D. tom. I, Dissert. 3 §, Sagg 10, *Istorico Apologético,* etc.)

X. *Si los Americanos descienden de los Chinos, Japoneses y Etiopes.* — Entre las opiniones arbitrarias (como si no lo fuesen todas en este punto), colocan algunos la que afirma que la población de la América ó Indias Occidentales se hizo por Chinos y Japoneses. Fray Martín Sarmiento da bastante luz para componer este tránsito en su *Demostración Apologética*. El sabio Grocio dice que los indios ó habitadores de Yucatán, y los más meridionales tienen su origen de los Etiopes ó de los *Abisinios*. Estos, añade, por algún acontecimiento arribaron á los países australes poco apartados de la Isla y Tierra del Fuego y del estrecho de Magallanes, en donde está poco separada y distante la tierra firme de la América. Más ajustado á la razón parece que las tierras australes de la América recibieron habitadores y pobladores de los mismos americanos meridionales, que se fueron extendiendo hasta llenar la tierra. Es cierto que en los países y mares de hacia el polo Antártico, son grandes las corrientes de agua y los hielos, como lo experimentó la compañía francesa de la India oriental el año 1739, que no pudo vencer los contrastes del agua y del hielo, dicen que se vieron desde lejos aquellas tierras, y se sospecha que su extensión exceda á la de la Europa. Tendríamos una quinta parte del mundo, si se consiguiera su descubrimiento.

XI. *Si son de la Noruega.* — El mismo Grocio, en la segunda parte de su sistema, hace pasar del Norte de la Europa, esto es, de la Noruega, la más septentrional, á los hombres, primero desde la dicha Noruega ó desde la Groenlandia á la isla de Islanda ó Islandia al Norte de la Europa situada, y de casi 150 leguas de largo y 60 de ancho y muy poblada, sujeta hoy á los Dinamarqueses. Desde la Islandia pasaron los hombres, según Grocio, fácil y brevemente á la parte septentrional de la América y se extendieron hasta el istmo de Panamá. Juan Leet en las notas que hace al docto holandés, impugna robustamente todo su sistema. En cuanto á la segunda parte, hace mucho hincapié en las montañas de hielo que en

todo tiempo del año se hallan en el mar del Norte. Estas sin duda, dice, cierran el camino y las esperanzas de pasar adelante á los bajeles. No hace esto fuerza al capitán Perry, que no considera el embarazo del hielo como tal para los primeros pobladores en la primera edad del mundo. Su parecer es que en el más retirado septentrión no hubo al principio tanta cantidad de hielo, ni el frío fué tan intenso como se experimenta al presente. Cree que el hielo se ha ido aumentando proporcionalmente y como por grados, y que el vasto cuerpo de aquellas montañas es obra de millares de años. El hielo en tan desmedida grandeza, con su repercusión hace más rígido el frío y le extendió á los países meridionales con más fuerza que la que tuvo al principio. Corrobora cuanto puede esta su hipótesis para inferir que puesta ella, pudieron los hombres y los animales pasar por tierra del continente de Europa á la América; aunque se conceda no ser exequible este tránsito en los tiempos presentes y rígidos del septentrión helado.

XII. *Reflexiones sobre esta opinión.* — Puede pasar por mera conjetura geográfica la referida hipótesis. Bastaría responder que en espacio de 2000 años que á lo menos pasaron antes de poblarse la América después del universal diluvio, ó dos ó tres siglos después de la universal sumersión del género humano, y aun después de la dispersión de los que fabricaban la torre de Babel, era tiempo suficiente para que el hielo creciese de modo que el hielo impidiese el paso á los bajeles y á los viajantes. Más hoy día no tiene fuerza esa reflexión contra la opinión de Grocio. Sábese por declaraciones ciertas que aquel mar no es tan impracticable. Prueban esto los viajes de Hutton, Hudson, De Monck y de otros muchos de otras naciones de América septentrional; y también llegaron hacia la Nueva Zembla, tierra situada en el océano del Norte, separada por este rumbo de la provincia de Petrera en Moscovia, por el estrecho de Waigats. Por lo demás, el sabio Buffon, después de exquisitas diligencias escribe,

que en las partes más inmediatas al polo Ártico son pocos ó ningunos los hielos. Atestiguó ésto el capitán inglés Monson, que se acercó hasta la distancia de sólo dos grados del dicho polo. Hallóse este hielo, no en el mar anchuroso, sino hacia las costas de tierra, los pedazos disformes que se ven fluctuando en el agua son traídos de los ríos, que los reciben en sus orillas. De este modo son aquellos que se ven en la Nueva Zembla y los disformes del estrecho de Weigats, traídos del río Obi ó del Genisca y de otros grandes ríos de la Siberia y de la Tartaria. De aquí es que en las costas de la Laponia septentrional más cercana al polo que el estrecho de Waigats, hay menos hielo; porque todos los ríos de la Laponia caen en el golfo Botnico y ninguno en el mar del Norte. Si se caminara, pues, derechamente al polo, se encontraría mar desembarazado y sin hielo; pero esto no harían los antiguos, que en sus navegaciones se apartaban poco de la tierra.

XIII. *La América estuvo y está unida al Asia.* — Hasta aquí hemos concedido lugar á las conjeturas, unas más, otras menos verosímiles. Ahora propondremos la opinión que al presente tienen algunos por la más fundada, después de los últimos descubrimientos, y antes no pasaba, como las demás conjeturas, aunque más conforme á razón. Ya conocidos los lugares, y mejor el globo terráqueo, ha logrado la mayor certeza, dice el nuevo y erudito escritor que arriba citamos, que la propone de este modo. «Rolando y el Padre Lafiteau habían juzgado que el pretendido pasaje á la América se hizo por las tierras del Asia del continente de la Tartaria oriental, acaso unida con la América y separada por algún estrecho ó algunas isletas, desde las cuales era fácil la navegación al continente Americano. En las memorias de Trevoux se dice que en otros tiempos pudo la América haber estado unida á la Asia, y por ventura lo está hasta ahora ó á lo más separada por un pequeño mar; por esto el gran Czar Pedro el I envió hombres experimentados á hacer la tentativa del descubrimiento. El autor de las ceremonias y

usanzas religiosas de los pueblos idólatras conduce por tierra á la América colonias de hombres con los animales del norte del Asia por la gran Tartaria. ¿Y con qué fundamentos? Porque se descubre, dice, un continente de 1000 leguas, ó 1200 entre la extremidad de la Tartaria oriental y la extremidad de la California. También por que se notan varios usos comunes á los americanos y tártaros. Léese, prosigue, en la Historia de las embajadas holandesas al Japón, que aquí fué mostrado un mapa en el cual la tierra del *Yesso* estaba unida ó continua al Japón (que ciertamente es isla). Y por el norte se avanzaba hacia la América».

XIV. *América unida á la Tartaria ó poco distante.* — El docto Padre Castel hace mención de un mapamundo que vió Kemfero también en el Japón: en él se representaba tras de la islas del Yesso un continente más grande que la China, el cual se extendía mucho hacia el oriente; en frente estaba la América separada por el mar; entre el uno y la otra dos islas, norte y sud: la primera muy pequeña; y la segunda se extendía casi hasta tocar los dos continentes. El Padre Castel creyó demasiado en este nuevo mapamundo contrario á las nuevas observaciones, como se infiere de la respuesta del ingeniero Bellin, dada á la disertación de dicho padre. Fuera de la dicha pequeña separación promueve el padre Castel las sospechas del padre Gerbillón, como lo trae Du-Halde, creyendo que más al Norte la América está unida á la Tartaria y á las montañas de Norse. Algunos Moscovitas que corrieron las costas septentrionales y orientales de la Tartaria por todos lados alrededor de aquellos montes refirieron al padre Gerbillón que por todas partes encontraron mar, excepto en un lugar hacia el Nordeste, en donde se descubre una cadena de montañas que entran bien dentro del mar; mas que no habían podido caminar hasta la extremidad de las mismas por ser inaccesibles.

XV. *Confirmación de lo mismo.* — Misioneros de Pekin aseguran que cuando allí estuvo el padre Martínez, fué

traída una mujer esclava, la cual era cristiana natural de Méjico. Esta mujer habiendo mudado algunos dueños, había sido llevada por tierra á excepción de alguno que otro canal, que pasó á la Gran Tartaria y después á la China. No sé si este caso podrá garantirse. Juan de Gama, intentando el pasaje desde la China á Nueva España, descubrió para allá de la tierra del *Jesso* un gran continente que creyó podría continuarse hasta la California. El padre Castel le juzga indistinto de la misma tierra del *Jesso*. El geógrafo Guillermo de L'Isle en el fin de su septentrional hemisferio había demarcado hacia el levante de la Gran Tartaria una gran cantidad de montes y esto escrito. *No se sabe dónde va á terminarse esta península*, Satisfizo á esta duda el autor de la *Incertidumbre de las Ciencias*, que dichos montes se avanzan hasta la costa de la América y ésta se une por estos eslabones al continente del Asia.

XVI. *La América está separada de la Moscovia.* —En este estado de nuevas conjeturas se miraba el asunto de si la América se unía ó quedaba separada de otro continente. Más en estos últimos años los descubrimientos del mar de *Kamscatka* han hecho creer fuera de dudas que la Asia efectivamente está separada de la América. Después con ocasión de las nuevas expediciones hacia allá hechas por orden de la emperatriz Ana Ywanowa, quitó todos los escrupulos la carta geográfica del Cl. de l'Isle hermano de Guillermo. Presentóla él mismo el año 1752 al rey Luis XV. Fuera de este mapa se imprimió aparte una explicación de la carta de los nuevos descubrimientos al Norte del mar del Sud, hecha por el mismo de l'Isle. Por lo que el dicho real académico, habiendo hallado las noticias de los descubrimientos que hizo el almirante Fonte, según ellas ha corregido su carta y así enmendada la publicó en el mes de septiembre del mismo año. En este mapa claramente se representa á la América separada del Asia por todas partes. El mar septentrional ó glacial baña del mismo modo que lo hace en las costas

septentrionales de la Moscovia. Por lo cual, en todos los contornos del polo Ártico hasta donde se ha llegado, se halla mar libre y abierto.

XVII. *Dos caminos de primeros pobladores de la América.* — Ahora dos caminos se muestran por donde los primeros hombres pudieron hacer su viaje á la América. El primero partiendo de la punta oriental de la Siberia y caminando 92 leguas francesas, llegaría á la punta occidental de las tierras descubiertas de la América. Esta navegación habrá tenido el alivio de hacer escala en una isla que se ve situada en el medio del camino. El segundo, partiendo de las costas más boreales de la misma Siberia, se llegaría á las playas del continente americano descubierto el año 1723. El cual sólo dista 58 leguas. Facilitarían mucho esta navegación, aunque tan corta, las muchas islas intermedias, colocadas de tal manera, que lo más que dista una de otra, no llega á 25 leguas de las mismas.

XVIII. *Camino por tierra.* — Puede también decirse que hicieron todo su viaje por tierra ; pues antiguamente pudo ser todo un continente, que con el discurso del tiempo padeció sus alteraciones, y ganó el agua algunos puestos, como ha sucedido en otros estrechos. De modo que el mar glacial por una parte y por otra el océano, abrieron este paso ó estrecho. Con esto se podrá responder á la maravilla de cómo los nietos de Noé pasaron á la América. Sabemos que el globo terráqueo ha padecido muchas mutaciones : adonde antes se iba con facilidad, hoy ó difícilmente ó de ningún modo se llega. Sabemos que en países á donde con grandes fatigas han llegado nuestros viajeros, hallaron habitadores : de estos podrán hacer también las mismas cuestiones que de los americanos en orden al viaje de sus antepasados. Sobre este punto puede leerse el elegante y erudito discurso del padre maestro Fray Benito Feijóo, que compone de este modo el gran problema de la población de América en su *Teatro Crítico,* tomo 5.

XIX. Los autores de la nueva Historia Universal traen una difusa disertación en la cual ilustran el pasaje de los primeros pobladores de la América por el nordeste de la Tartaria Asiática y por el país de *Kamtscatka*. Confutan también las imaginaciones extravagantes de Whiston. Es dignísima de leerse la dicha disertación sobre la población de la América; y con no menor complacencia se verán *Hartis* y *Transacciones filosóficas* y el señor Buffon. Este último arguyendo de la semejanza que dicen los indios salvajes de la Amĕrica septentrional con los tártaros orientales, infiere que aquéllos descienden de éstos. Por otros argumentos juzga que los primeros hombres que pasaron á la América, aportaron primero á las tierras situadas al Nordeste de la California: mas, obligados del frío excesivo de aquel clima, buscaron las tierras más meridionales, fijándose en Méjico y en el Perú: llenando desde aquí aquel grande continente. Inclínase también á creer que los habitantes del Norte de la América pasaron de la Groenlandia al estrecho de Davis y partes septentrionales de la tierra de Labrador, porque la Groenlandia solamente está separada de la América por el dicho estrecho.

XX. Aquí por último noto dos cosas. La primera es que, si de la semejanza de las costumbres y modales pudiera formarse algún argumento para averiguar los progenitores de los Indios Americanos, no fuera difícil probar que los de la parte meridional de dicho continente tenían origen de *Contadinos* de Italia y principalmente de los de Ravena. Apenas hay diferencia de unos á otros en cuanto con curiosidad hemos notado. Por esto tenemos por débil conjetura lo que se funda meramente en la semejanza de usos. La segunda, que las noticias que se publicaron primero en Londres, y después en Francia, de las navegaciones y descubrimientos del Almirante español Fonte, son fantásticas. No hubo tal hombre ni tales viajes por agua, como difusamente lo convence en su pulida Historia de la California, tomo 2, el padre Burriel.

De aquí es que como la carta de l'Isle va fundada sobre los viajes y hallazgos de Fonte, y éstos no existieron sino en la idea de quien les dió el título en Inglaterra, puede el autor corregir otra vez su mapa, y el padre Nicolai no alabarla como cosa en que interesa tanto la geografía. (P. Nic., t. 1, *Dissert. e Lezion. sacra. ubi citat Auct.).* Concluímos pues que las dudas de la continuación de la América por el norte de la California con algún otro continente, no se echa por tierra con la carta de l'Isle. Estos últimos años avanzaron los misioneros jesuítas de la California hasta el río Colorado: querían adelantar sus espirituales conquistas por aquel lado del terreno y ver qué gentes encontraban. Este sí que era el medio más proporcionado para dar á Dios muchas almas, y sacar de perplejidades á los eruditos. Cuando se disponía á tan ardua empresa un fervoroso misionero, se cortó el hilo el año 1767 [1].

XXI. *Nombres que suenan como hebreos.* — Para los que se deleitan en estudio de nombres, los que sin duda forman algún modo de conjetura en la averiguación de su origen, pongo los siguientes, que parecen de la lengua hebrea. Una india de nación *Taoii,* se halló con el nombre de Noé, acaso de Noemi, vivió y murió cristiana en las misiones de los Chiquitos. Los indios Zamucos tienen un idioma muy alusivo, y entre ellos se hallan algunos vocablos, aun en la significación hebreos. Tales son los siguientes: Isaac, que significa *hermano:* Henoc, que dice *desapareciόse:* David, *osudo, robusto.* Un misionero del Sud que estuvo algunos años con los indios Pampas, aseguró que encontró entre ellos los nombres de mujeres *Judit* y *Ester.* Los indios Mocovís, Tobas y Abipones tienen

[1] Del diario que el señor Steller escribió de su viaje desde Kamscatka á la América, resulta que el día de hoy no está en algún sitio la América unida á la Asia: pero que según toda apariencia, lo estuvo en otro tiempo. De hecho el tránsito desde Captschuel hasta la América no es al presente más que de 21 ó de 24 millas italianas á lo más.

la terminación *In* en los nombres de dignidad ; y á modo que los hebreos decían *Tubalcain,* etc., ellos nombran á sus jefes y capitanes *Aleiq-in, Alet-in,* y así otros nombres. Los de la plebe y aun los mismos nobles no añaden el *in* hasta que lo merecen.

CAPÍTULO IV

ORIGEN DE LA FAUNA

XXII. *Animales: cómo se pobló de ellos la América. Por milagro.* — La mayor dificultad en cuanto á la población de la América después del diluvio creen algunos que consiste en concebir cómo volvieron los animales, sí de la América fueron al arca ; ó cómo pasaron caminos tan arduos, ya fuesen propios de la América, ya extranjeros ó de otros países. El erudito Vallisnieri dice que en la grande obra del universal diluvio se ha de admitir un montón de milagros. Entre estos, con razón pone el ir y congregarse los animales en el Arca, y su nueva mansedumbre. Admite también como milagros la vuelta de los mismos animales á sus respectivos países, acabado el diluvio. Según este sentir, con un nuevo milagro pudo la América verse poblada de los animales de las especies que antes del diluvio procreaban en sus tierras y se conservaron en el Arca ; y volver de esta á sus países con el mismo poder con que de estos pasaron á buscar su refugio en el Arca, y fueron conservados del común naufragio.

XXIII. *Sin milagro.* — Un erudito anónimo se opone á Vallisnieri, y dice, que no hay necesidad de creer que los animales inmediatamente después del diluvio se volvieron á sus sitios antiguos, de donde habían venido al Arca. Por algún tiempo pudieron mantenerse en clima extraño : aquí poco á poco multiplicarse, y del mismo modo paulatinamente poblar la tierra, así del mismo modo que sucedió en la especie humana. No se ve en esto

incompatibilidad, porque la misma experiencia nos enseña que varios animales también viven bajo la zona tórrida como bajo la zona fría ; y en la zona templada se mantienen igualmente las fieras salvajes de la Noruega, que las naturales de Africa ; y tanto se conservan las aves traídas de las Canarias como las de Méjico y del Perú. Previene la réplica Constantini en su obra sobre la verdad del diluvio y escribe que no se puede decir que no hay ó no se halla camino por donde ir á aquellos lugares y partes de la tierra, porque si no se han visto los tales lugares, ¿cómo se han visto los animales en ellos? Y si se vieron los terrenos, pudieron los hombres andar para verlos y ver ahí el camino para los animales.

XXIV. *Confírmase esto.* — Lo que parece cierto es que se habla de un mismo continente, con dificultad se defenderá que no haya camino por el cual andarle, pues aun á los más escarpados riscos hallan subida animales selváticos. Si se habla de las islas, preguntamos : ó éstas se hallan habitadas de los hombres : y en tal caso éstos pudieron en sus navegaciones llevar las bestias : ó están desiertas y ahora no será fácil hallar historia verídica por el cual nos persuadamos hallarse en ellos cuadrúpedos. Más, concedido que los hay y habrán podido pasar ó á nado del continente poco apartado ; y, si están distantes del continente, acaso aquellas islas estuvieron en otro tiempo habitadas de hombres que transportarían los animales, ó éstos llevados en algunos navíos, serían arrojados á tales tierras.

XXV. *Como pasaron las fieras.* — Bien ; y qué navegantes cargan sus bajeles de fieras y de animales feroces que arrojar en las islas. Por eso no sabemos, dice un erudito moderno, que las islas, aunque grandes y bien pobladas de hombres sustenten en sus selvas, leones, tigres, leopardos, y semejantes, de que no gusta el comercio humano. Concluye el mismo. Con esto se entiende que aunque los animales cuadrúpedos y terrestres probablemente fueron puestos por la mano de Dios en la primera crea-

ción en sus respectivos lugares, islas y continentes, no por esto después del diluvio no pasaron á ellos sino por obra de los hombres y por medio de la navegación. Este raciocinio demuestra que no es necesario recurrir á un nuevo milagro para explicar la vuelta de los animales terrestres á sus antiguos campos. Y dado esto en cuanto á la población de las islas, ¿ qué se ha de decir de la América ? En esta parte del mundo se hallan animales cuya especie no se ha visto en otra parte del mundo. ¿ Quién los condujo y por qué caminos de tierra ó de agua ? Mejor fuera confesar que lo ignoramos. Tanto más cuanto apenas alcanzamos lo que tenemos patente á los ojos, como dijo Lucrecio :

In manibus quae sunt nostris vix ea scire putandum est
Usque adeo procul a nobis praesentia veri.

XXVI. *Parecer de San Agustín.* — Por esto, puede decirse lo primero que la América se pobló de animales después del diluvio por alguno de los modos con que dice San Agustín que pasaron á las islas de los cuales unos son naturales, y otros milagrosos. Las palabras del Santo Doctor son estas : « *Possum quidem credi ad insulas natando transisse, sed proximas... Quodsi homines eas captas secum adduxerunt, et eo modo ubi habitabant, earum genera instituerint, venandi studio fieri potuisse incredibile non est.* » Estos son medios naturales y por los cuales logran los príncipes muchas fieras y animales de distantes países. Los milagros son estos : « *Quamvis iussu Dei, sive permissu, etiam opere Angelorum negandum non sit potuisse transferri.* »

XXVII. *Pruebas, la sentencia de San Agustín, creación de aves y animales.* — Puede decirse lo segundo que el señor que creó los animales y después los juntó para que Adán les pusiese nombre, y Noé los recogiese en el Arca, éste mismo señor los volvió á sus lugares respectivos. Con aclarar esto, quedaremos casi con prueba del asunto.

En el sexto día del mundo creó la mano omnipotente los animales terrestres que el Santo Moisés divide en tres clases: *Iumenta et reptilia et bestias terrae secundum species suas:* ésto es, animales domésticos, animales que se arrastran por la tierra, animales silvestres. Ya en el día precedente, cuando estaban producidas las aves, como consta del Sagrado texto; y también reptiles, ó distintos ó los mismos con los peces que, como no tienen pies, pueden entenderse allí bajo de aquel nombre. Esto así supuesto.

XXVIII. *Extendióse á todas las partes de la tierra.* — Es cosa probable que la creación y producción de los animales y aves, no menos que las de las plantas y árboles, se extendió en aquel principio á todas las partes de las tierras. De este modo, el Asia, la Europa, el Africa y la América tuvieron entonces y hasta el tiempo del diluvio producciones propias según sus climas y temperamentos. Nadie negará que las aves son uno de los principales adornos del aire; y los animales, de la tierra. Ahora el texto sagrado nos enseña que en los seis días primeros tuvieron su perfección el cielo, la tierra y sus adornos: *Igitur perfecti sunt coeli et terra et omnis ornatus eorum.* (Gen., cap. 2, v. 1). Aquí ciertamente no se entiende solamente el aire que caía sobre el paraíso ni sobre la tierra que lo circundaba ó sus inmediaciones; sino el cielo y la tierra de las regiones aún más remotas. Luego en el cielo y en la tierra de éstas fueron criados pájaros y animales en el quinto y sexto día. Razón que no se entiende de la especie humana, pues dos individuos de ella eran el sumo ornato de la tierra. Fuera de ésto, Dios produjo variedad de animales, según los diversos climas de varios países: por lo que unos fueron puestos en el africano clima; tanto volátiles como terrestres; otros en el asiático y americano, no menos que en el europeo. Á la infinita sabiduría del Criador de todas las cosas convenía más el criar los animales terrestres y aves en sus propios naturales sitios, que después de criados dejar que el tiempo poco á poco les sirviese para conducirse por sí mismos á países tan

remotos y climas tan varios, sin dejar raza en su naturaleza, especialmente los de América.

XXIX. *Milagrosamente se juntaron los animales para que Adán les pusiese nombres.* — Producidos los animales y las aves por todos los climas y países, no solamente en la vecindad del paraíso, el mismo omnipotente Autor de la naturaleza quiso que Adán les pusiese nombre. Para esto fueron conducidos los animales á la presencia del primer hombre. Sobre el modo de entender esta *conducción* hay varios pareceres. Cayetano niega que dicha conducción fuese material y dice que de entenderse solamente una suprema ilustración hecha al entendimiento de Adán con la cual él conoció la naturaleza de los animales, según la cual les impuso sus nombres adecuados. No se niega que Adán por la ciencia infusa que Dios le concedió, tuvo alguna mental ilustración; sin embargo el sagrado texto dice: *edduxit ea ad Adam ut videret quid vocaret ea.* Estas palabras literalmente expuestas de todos los padres teólogos, requieren en Adán la material visión y presencia de los animales que ante él pasaron revista. Esto no puede negarse sin violentar el sagrado texto. El erudito Bochart llama superflua á la cuestión sobre el modo con que los animales vinieron á la presencia de Adán, teniendo Dios infinitos con que poderlo hacer. San Agustín juzga que para ésto Dios se valió del ministerio de los ángeles. San Ambrosio dice que las aves y las fieras se congregaron por voluntad especial de Dios; y los animales mansos por el mismo hombre. *Itaque illud divinæ operationis fuerit hoc humanæ diligentiæ.* Con dificultad se entenderá que el hombre pudiese juntar todos los animales, y esto dentro del mismo sexto día de la creación. Omito la pueril y miserable interpretación de Clerc, cuyo sentimiento fué tomado casi á la letra de Lucrecio, impío, en estos versos:

Proinde putare aliquem tuli nomina distribuire
Rebus, et inde homines didicisse vocabula primo

Decipere est: nam cur hic posset cuncta notare
Vocibus et varios sonitus emittere linguæ
Tempore eoden alii facere id non quisse putentur.

Comprendiendo el sagrado texto, *cuncta animantia universa volatilia. Omnes bestias terræ;* es necesario reconocer un milagro en esta conducción desde tantas y tan remotas partes.

XXX. *Impúgnase lo contrario.* — Diráse con Calmet y van der Muellen que las dificultades que se representan en la tal adunación inducen á creer que en el quinto y sexto días no creó Dios animales en otra parte que en las inmediaciones del Paraíso, los cuales después con diversas transmigraciones y viajes de tierra en tierra, y aun de isla, penetraron hasta los más remotos países. Muchas veces el prurito de criticar hace discurrir á muchos sin penetrar el fondo de las materias. Pónganse las bestias á sola la distancia de diez ó doce millas del no pequeño país que se llama Paraíso. Para juntarlas se ha de recurrir siempre á virtud superior á la humana. Sin un milagro, ¿cómo podrían en espacio probablemente de cinco ó seis horas, ó en el breve tiempo determinado por el texto, haber llegado las más pesadas y lentas á Adán, puesto en medio del paraíso? En muchos años no hubiera concluído el viaje el que hoy en la América por su tardo movimiento se levantó con el nombre de *Pigrisia* ó *Pereza.* Ya dijimos arriba que Dios creó las aves y los animales en sus propios lugares y proporcionados climas; y sin un milagro no se podían traer en pocas horas á la presencia de Adán para que les impusiese los nombres.

XXXI. *Milagrosa fué la introducción de los animales en el arca de Noé.* — Acaeció en este día aquello mismo que después sucedió en la introducción de los animales terrestres y volátiles en el arca de Noé. ¿Quién negará que esta introducción se hizo sin un milagro? Así también no se hizo sino milagrosamente la presentación de los animales todos á Adán. Podría decirse que Noé, según el sa-

grado texto, tuvo tiempo de siete días para introducir los animales en el arca. Bien: por ventura obliga el texto á decir que Noé emplease todos los siete días en esto sólo? ¿Y dejaría por esto sólo de ser milagro evidente que los animales se juntasen en el corazón del Asia de regiones distantes en sólo siete días de término? Ni puede decirse con fundamento que en la Caldea ó en el Asia se hallasen todas las especies de animales terrestres y volátiles, como ya probamos. Con que vinieron al arca aun de los países remotos. Ni se ha de oir á Filón, que dice que los animales obedientes siguieron las huellas y voz de Noé. Era dilatado el mundo para que Noé emprendiese por todas las regiones el empleo de pastor. Tampoco puede decirse con Calmet que los animales concurrieron al arca por natural instinto; y por aquel mismo con que las golondrinas y cigüeñas, como otros muchos animales, se buscan refugio en otras tierras, y aún en las lagunas, según las estaciones del año. Bello instinto el que á todos los animales y aves instigó á buscar puntualmente aquella parte del Asia en que estaba el arca. ¿Por qué no los dirigió á otros sitios? ¿Por qué el mismo instinto no movió á todos inmundos, sino sólo á cuatro; y asimismo á sólo catorce de los mundos? Si no es que quiere Calmet que todos los animales repartidos por la tierra concurriesen á la presencia de Noé, y éste así escogiese el número determinado. No se admitirá tampoco el parecer del padre Bournel, de que los animales, sobrecogidos de las aguas viniesen nadando al arca. Ya era tarde y Dios la tenía cerrada. Mucho menos tiene lugar el desatino de Whiston, que los hombres y animales se salvaron del diluvio en el continente del Asia. Háganse cuantas hipótesis se quiera: el diluvio fué universal; y el vano filosofar por evitar un milagro hace caer en pobrísimos pensamientos y aun ridículos. Mejor nos enseña el grande Agustín diciéndonos: *Non fuit ista cura illius hominis vel illorum hominum sed divina. Non enim ea Noe capta intromittebat, sed venientia et intrantia admittebat. Ad hoc enim valet quod dictum*

est, intrabunt ad te: Non scilicet hominis actu, sed de nutu.

XXXII. *Recapitulación de todo.* — Ahora, Dios creó los animales y aves por todas las regiones y climas de la tierra. Su Majestad los puso en la presencia de Adán con mano milagrosa, traídos de partes tan distantes á la región del Edén, para que les impusiese los nombres. Llevólos después á sus respectivos climas de donde los trajo. No es menos Dios conservador de la naturaleza, que autor de ella; por ésto, previniendo la pérdida que causaran las aguas del universal diluvio, envió á Noé el número que su Majestad había determinado porque se salvasen en el Arca las especies en aquellos pocos individuos de cada una. Acabadas las aguas y habilitada la tierra y aire para ser pobladas, con un nuevo milagro puso las aves y animales en las regiones y temples que tenían antes del diluvio. Multiplicáronse sucesivamente y llenaron sus respectivos países. Este es un modo con que se concibe bien cómo pasaron los animales y aves á regiones distantes atravesando inmensos mares sin recibir detrimento. También así se compone admirablemente el que la América tenga aves y animales que no se hallan en otra parte del mundo conocido. La misma mano que plantó árboles en unos países de que carecen otros, hizo lo mismo en la América con las aves y animales. Ya pues, estamos libres de quebrarnos la cabeza buscando caminos por tierra y por agua para su pasaje. Ni los hombres tuvieron que embarazarse en conservar el *Picaflor*, avecita lisonjera de las flores, ni temer en su transporte la ferocidad del tigre y leopardo americanos. Dios quiso que supiésemos que el Nuevo Mundo estaba poblado de fieras y aves singulares; no nos ha revelado el modo: protestamos nuestra ignorancia, y entretanto recurrimos á la virtud milagrosa, que como dió el primer sér á los vivientes, así supo conservarlos. Es pues digno de todo desprecio el impío Lucrecio, que en la producción primera de los vivientes y en su conservación erró aún como filósofo cuando dice:

Nam neque de coelo cecidisse animalia possunt
Nec terrestria de salsis exisse lacunis:
Liquitur ut merito maternum nomen adepta
Terra sit, et terra quoniam sunt omnia creata.

En boca de este poema es error una verdad tan llana como se expresa en estos versos: porque él según el dogma de los epicureos, atribuye á la tierra y á la eficacia de las nuevas estrellas la virtud activa y eficiente de los animales; y aun en su conservación excluye la acción divina:

Multaque nunc etiam existunt animalia terris
Imbribus et calido solis concreta vapore
Quo minus est mirum. si tum sunt plura coorta
Et maiora, nova tellure, atque aethere adulta.

¿ Qué filósofo medianamente instruído concederá al sol, á la tierra y al agua, ni por sí, ni unida, la capacidad de dar á cualquier criatura, aun al insecto más despreciable, la facultad sensitiva? Es, pues, necesario reconocer un divino agente, que desde el principio dió sér á los animales y hasta ahora los conserva.

CAPÍTULO V

COLOR DE LOS INDIOS

XXXIII. *Los colores de los indios son varios: el más común, el trigueño.* — La variedad de los colores en los indios americanos es tanta casi como las naciones del vasto continente que habitan. Los indios que viven á las sombras de los árboles en espesos bosques, son por lo común casi blancos y muchos tan blancos como los españoles. Esto se ve en la nación de los *Guanás* ó *Chanás*, y en la de los Chiquitos, y en las de los monteses guaraníes

el *Tarumá*, especialmente en criaturas y mujeres. Los que vagan por los campos expuestos á las inclemencias y ardores del sol, tienen el color trigueño. De este color generalmente son los *Eyiguayegi*, entre los cuales hay muchísimos blancos, no solamentes chicos y mujeres, sino también varones. Los *Payaguá* que navegan el río Paraguay, y otros declinan en prietos y retostados. Es verdad que los niños y mujeres tienen color blanquecino porque andan menos, y comunmente habitan las riberas ó islas de los ríos pobladas de árboles. Sin embargo el color que prevalece en los Indios es trigueño y aceitunado. La causa de esto ha dado ocasión de grandes disputas á los hombres sabios. Tomaremos el agua muy arriba buscando la razón del color negro, haciendo un extracto de mucha erudición, que sobre este punto ha juntado el padre Alfonso Nicolás.

XXXIV. *Adán padre de todas las gentes.* — Adán tuvo la investidura y nobilísima calidad de ser padre del género humano; de él, por consiguiente, vino la transmisión del pecado original á todos los hombres como de cabeza moral de ellos y la general redención de Jesucristo, perteneciente á todos. Diga lo que se le antoje el sistema de los *Preadamitas* escandaloso y herético, producido de Isaac de la Peyrere, el cual con mayor acuerdo abjuró después en el pontificado de Alejandro VII todos sus errores. Parece que previno á los fieles contra el dicho sistema San Agustín cuando dijo: *In ipso exordio? Adam et Eva parentes omnium gentium erant? Non tantummodo Judæorum: et quiquid figurabatur in Adam de Christo, ad omnes utique gentes pertinebat, quibus salus est in Christo.* Mas si todos los hombres tienen un mismo origen y principio en Adán, ¿qué razón se dará de la blancura de unos y del color negro ó trigueño de otros?

XXXV. *Pareceres sobre la negrura de los hombres.* — Ciertamente, en este gran problema, después de prolijos discursos, podemos decir con Chambers en su Diccionario, que hasta ahora no se ha propuesto explicación que satisfaga en este punto. En las memorias de Trevoux se llama

Enigma; y se produce á Plinio, que dice: ¿Quién podría creer que hubiese en el mundo hombres como los etiopes, si no se viesen? Algunos escritores desesperando de hallar causas físicas, han recurrido á un efecto del castigo divino. En cuanto á la persona castigada con la negrura, son diversos los pareceres. No obstante, es digno de notarse que en este particular recurren á milagros aun los enemigos de los milagros y no reparan que ponen prodigios superfluos por sostener sistemas caprichosos. Whiston, cuya libertad en filosofía es desenfrenada, dice que el castigo y la señal cayó sobre Caín para que ninguno le tocase. Esta señal, dice, fué una instantánea transfiguración del rostro de blanco en negro. De este tronco trajeron la negrura las ramas de sus descendientes. ¿Y sobre qué fundamentos estriba esta voluntariosa opinión? No hay otros sino que así lo dice. Aun hay más: si los negros que actualmente habitan el Africa y los que se hallan en la América descienden del negro Caín, y no del blanco Noé, habrá de decirse que la una región ó la otra no fué inundada con las aguas del diluvio universal. Esto puntualmente sucedió, dice el autor. La América fué exenta de la inundación: el diluvio no se extendió á todas las partes del mundo; Lamech, descendiente de Caín, fué el progenitor y padre de los americanos. Compóngase Whiston á sí mismo, pues en su teoría de la tierra sostiene la universalidad del diluvio. Más esta es niñería, cuando ciertos espíritus libres saben hacerse superiores á la contradicción. No cantó mal Francisco Contarini:

Quello chie bello e bello
Ma assai piu bello è poi quello che piace.

El padre Tournemine impugnó á este astrónomo y poco religioso escritor en una respuesta á un secuaz de sus imaginaciones.

XXXVI. *Maldición de Canaán.*—Otros muchos ponen la maldición dada á Cam y á su posteridad en la negrura de

la cara. Es cierto que los hijos de Cam poblaron parte de la Etiopía. Esta es una opinión inocente mas no verdadera. También descendieron de Cam los Cananeos y los Jebuseos. La maldición cayó inmediatamente sobre Canaán. *Maledictus Chanaan;* y cierto que no eran negros aquellos dos pueblos. La maldición tuvo no obstante su cumplimiento en la servidumbre de los Cananeos: *Servus servorum erit fratribus eius.* En la contraria opinión y suposición el efecto de la maldición no se hubiera visto, ó muy poco, en aquellos sobre los cuales fué principalmente fulminada.

XXXVII. *Opinion ridícula.* — Las Memorias de Trevoux traen los pensamientos de otro escritor sobre este argumento. Al entrar, da muestras de religión, mas sus ideas paran en despreciar la revelación, por querer parecer muy físico. Introduce con su singular filosofía en la creación una particular especie de hombres negros, distinta de la especie de los blancos descendientes de Adán. En la substancia este sistema es uno con el de los Preadamitas, cuyo nombre basta para ser abominado. Pretende salvar la física, más contradice á la fe. Es cierto que si se halla un negro que sea el primero, ya está descubierto el origen de todos los negros; pero la dificultad consiste en hallarle en la descendencia de Adán, blanco; y á esto se han de dirigir los conatos de un ingenio arreglado. Ha de pasar también á buscar el primer negro en la descendencia de Noé; también blanco. La cuestión es sobre los negros que al presente todos saben que existen. Mas ¿de dónde pueden provenir unos cuerpos tiznados, salva la fe?

XXXVIII. *Fuerza de la imaginación materna.* — Algunos recurren á la fuerza de la *imaginación materna,* en el tiempo que el feto está en las entrañas de la madre. Blondel publicó en contra una disertación física, excelente si se limpia de algunas cosas menos conformes á la verdadera religión. Un anónimo recientemente ha dado á luz 23 cartas sobre el mismo asunto. Hízoseles una buena impugnación: mas no les falta apologista. No hay dificultad en

concebir cómo los pensamientos y la fantasía pueden, si son fuertes, ocasionar alguna alteración en el mismo sujeto, mas no en cuerpo extraño y en un individuo totalmente distinto como es el feto de la madre. Aun se defiende muy bien y prueba Maupertuis que un súbito pesar ú otra pasión vehemente de la madre puede ofender al tierno cuerpecillo del feto; más aquellos, efectos, por lo común de una tranquila imaginación que llaman *antojos*, no tienen lugar en tales impresiones, como razona el señor Buffon. Sin embargo, modernamente defiende la eficacia de la imaginación materna sobre el feto el padre José Gumilla, en su *Río Orinoco Ilustrado,* y responde bellamente á las razones contrarias. La misma abraza el padre maestro fray Benito Feijóo en una elocuentísima carta en donde retrata la contraria opinión que eruditamente había publicado en su *Teatro Crítico.*

XXXIX. *Opinión curiosa menos seria.* — Declarado Maupertuis contra la eficacia de una sosegada imaginación para obrar en cuerpos extraños, pasa á proponer sus conjeturas sobre el presente fenómeno. Establece primero que desde el trópico de Cáncer hasta el de Capricornio en el África por lo común el terreno tiene habitadores negros, y en sus facciones y cabellos ensortijados y suaves como la lana, diferentes del resto de los hombres. Así que la negrura se halla más ó menos en los pueblos sotopuestos á aquel grande giro ó faja que se llama zona tórrida y ciñe el globo terráqueo de oriente á occidente en el Asia, en el Africa y en la América, no menos en las islas que en el continente. Establecido esto, dice que supuesta la verdadera sentencia de los *desenvolvimientos* según muchos físicos; esto es que todos los animales y plantas existen desde el principio del mundo ya formados en un principio ó gérmen primitivo que los contiene de modo que su producción no es otra cosa que un desenvolvimiento ó manifestación de las partes, podría discurrirse de este modo. Desde la primera formación de los hombres hubo, según el sistema que defiende *omnia ex ovo,* huevos ó en el sis-

tema de los gusanos, espermáticos, hubo gusanillos de diferentes colores, y por consiguiente, negros. Mas éstos no debían ser fecundos sino por medio del desenvolvimiento, pasado un cierto número de generaciones, y en el tiempo prescripto de la *providencia* para que se viesen hombres de varios semblantes y colores. Así pudo suceder que, pasados centenares y aun millares de años, quedase fecundo el primer huevo ó gusanillo negro. Podría en este modo de discurrir llegar á suceder que faltando la sucesión de todos los huevos y gusanillos negros, la Africa comenzase en algún tiempo á tener habitadores blancos. Maupertuis parece que propuso estas conjeturas por modo de entretenimiento, cuando él no admite tales sistemas. Y ¿por qué solamente bajo la zona tórrida en las tres partes del mundo y no en otras regiones, se desenvuelven los huevos y gusanillos? ¿Cómo los negros si nacieron de una mujer africana, pasaron justamente á aquella parte de la América puesta en la zona tórrida? En otras regiones, ó faltarían ó los huevos y gusanillos negros, ó no habrá todavía llegado el tiempo de que sean fecundos.

XL. *Opinión seria.* — Después de burlarse un poco el dicho autor, pasa como buen físico á proponer su sentir en este argumento. Abraza la opinión más puesta en razón, como conviene á un filósofo que en seriedad mira las cosas. Dice, pues, que la negrura debe mirarse como una accidental variedad entre los hombres. Esta nace del clima, de los alimentos, de la desnudez. Por estos principios poco á poco se ennegrecieron los cuerpos, pasando del extremo blanco al negro, que quedó hereditario después de muchos siglos en algunas grandes familias, las cuales poblaron los países colocados en la zona tórrida. Ni por ésto en los tales habitadores se ha de considerar extinguido del todo el color blanco primitivo, ó á lo menos el color blanquecino; pues aun en la misma Etiopia nacen muchos los cuales por su color blanco llaman Albinos; y en la América se ve con frecuencia lo mismo en los negros esclavos.

CAPÍTULO VI

SIGUE LA MISMA MATERIA

XLI. *Etiopes, no son del color negro atezado.* — Esta opinión estaba ya largamente expuesta en las Memorias de Trevonx. Aquí se quiere establecer en primer lugar, que Cus, hijo de Cam, fué el padre de los Etiopes. Poco nos hace ésto al caso, porque siempre preguntaremos: si aquel primero que pasó á la Etiopía (fuese Cus ó fuesen otros) fué negro ó blanco. Si fué negro, nada adelantamos. Si blanco, ¿cómo sus descendientes son negros? Mucho más que los Etiopes propiamente tales no son negros atezados ó del todo, sino de color pardo de aceituna. Cuanto más nos acercaremos á las partes meridionales y á los países inmediatos al Ecuador, se obscurece más el color hasta llegar al negro fino.

XLII. *Principios físicos de la negrura.* — M. Buffon fija los términos de la fina y bastarda negrura desde el grado 18 de latitud septentrional hasta el grado 18 de meridional. Ahora, desde que el primer habitador de la Etiopia tuvo el color algo tostado ó un poco negro, no hay en ésto dificultad alguna, y más cuando los hombres caminaban expuestos á muchas inclemencias del tiempo á poblar las tierras. También enseña la experiencia en los países blancos, que de dos hermanos nacidos en un mismo clima, el uno es blanco y el otro es moreno. La negrura del primer negro etíope tuvo su aumento por grados por razón del clima nuevo caliente, del aire, acaso cargado de cualidades vitriólicas, de las aguas, de los alimentos, y de las inclemencias de los tiempos que obraron en los cuerpos, cuanto menos vestidos, tanto más expuestos á las fuertes impresiones de los rayos del sol ardiente. Con términos más filosóficos se dice esto mismo, porque siendo lo colorido ó el color en los cuerpos efecto de la luz refleja, depende la constitución diversa de las superficies

y por esto mudada en todo ó en parte una superficie, se muda también su colorido. En algunos países, como el Nivernese, aquellos que habitan cerca de las minas de hierro, tienen un color negro algo rojo. Los que viven en la América, vecinos á las cuevas de azufre, se ven teñidos de un color amarillo, y que la diferencia de los otros, aunque diste de las tales minas de azufre una legua. Tan cierto es que los corpúsculos mezclados con el aire pueden causar en nuestros cuerpos notables alteraciones.

XLIII. *Piel de los negros: su retícula y sangre.* — De aquí es que M. Barrere después de muchas experiencias hechas en Cayena, país de la América, en cadáveres de negros, concluyó que la epidermis de aquellos, esto es, la primera piel ó cutis, es de una textura diferente de la de los otros hombres, llena por dentro de un jugo análogo á la cólera. Por eso llama á su color este escritor *tiricia negra natural.* Por una de las principales causas señala el aire; éste ayuda mucho á comunicar á la epidermis un tal grado de rarefacción y de consistencia propia y acomodado para producir por dentro aquel color negro y á hacerlo manifestar hacia afuera. M. Littré, académico parisiense, había ya dado noticia del licor dicho. Siegfried Albini, anatómico de Leyden, escribe que la piel, cutis y epidermis de los negros, no son negras, más si la retícula que está debajo, la cual comunica un poco de negrura á las otras dos partes. El célebre Winslow asiente á lo que escribe Barrere. El doctor Towns en un escrito dirigido á la Real Sociedad de Londres, pretende que la sangre de los negros es mucho más negra que la de los blancos, como han comprobado las observaciones.

XLIV. *Cómo se llegó al color negro fino.* — Sobre este punto podemos decir que poner el asiento de la negrura en una parte ú otra del cuerpo no decide, más solamente transfiere la cuestión. Porque se preguntará de nuevo: ¿por qué los negros tienen de tal color ó la cólera, ó la sangre, ó la piel y retícula? Por lo que se habrá de recurrir por la solución ó á lo caliente del clima, y se ha de bus-

car la causa en el aire, agua, alimentos, etc. Sin embargo, vamos adelante. La dicha mutación de superficie fué sucesivamente mayor en los hijos del primer habitador de la Etiopía, como debía suceder naturalmente: hasta que llegó al negro color aceitunado de los etíopes propiamente tales; y este puede llamarse el color primitivo y original de todos los africanos. Éste con el adjunto de las circunstancias más conducentes al efecto, se fué aumentando y obscureciéndose más hasta llegar á un negro fino y neto, cual se mira en los que están más vecinos al Ecuador, y allí fijaron sus habitaciones. Aquí se le connaturalizaron en cierto modo los principios físicos de la negrura que mantienen.

XLV. *Mutación del color.* — No son necesarias pruebas en orden á la mutación del color que se sigue en quien está expuesto á los rayos del sol. y á su aumento en los que estan más expuestos. Basta para ver esto la experiencia en los labradores y hombres del campo; y también en los europeos trasladados á la Guinea y á las regiones de la América Meridional. Salta á los ojos la réplica, y se dirá: si las dichas causas hacen á los blancos pasar á negros, las opuestas deberán hacer á los negros blancos. Esto ciertamente es falso. ¿Qué negro transplantado á país de los blancos, ni aun á los más septentrionales se ha visto ó sabido que cambiase su color en blanco, ó haber perdido algún grado de su negrura? Pudiérais negar aquel algún grado, bien que la pérdida no se haga muy notable y sensible.

XLVI. *Para cambiar el color se requiere largo tiempo.* — Mas respóndese lo primero. Que para un tal cambio y mutación, además de los propicios, que consisten en la diversidad del clima, de los manjares y de toda la economía en vivir, se requiere el largo tiempo de muchas sucesivas generaciones, y acaso de centenares de años. Por ventura pasados cuatro ó cinco siglos se vería en el país de los blancos un notable rebaje en el color de las familias originalmente negras, y que poco á poco eran

menos negras y después pardos ; y al fin no desemejantes á los blancos en la tez sus semblantes y cuerpos. ¿ Habrá físico ó naturalista que dé por imposible, el dicho succesivo progreso en los colores ? Mas sea como imposible, añade el autor de este sistema. La razón será porque hay más distancia de lo negro á lo blanco que de lo blanco á lo negro. Parece paradoja, y sin embargo es una verdad clara. Una pared blanquísima se vuelve insensiblemente amarilla y después parda ; pero una negra, jamás de suyo se tornará blanca. La ropa fácilmente se tiñe de blanco en negro, más un negro en blanco, con cuanta dificultad. Pues no con menor trabajo se corregirá aquel humor que concurre á la negrura de la epidermis. Parece que la misma naturaleza nos enseña este progreso. Cuanto más va declinando, tanto más se nubla la luz de la blancura, y llega á confundirse en una palidez obscura, que es el color que en la anciana edad reina : más para subir del negro al blanco es necesario luchar contra la corriente. Por lo cual se requerirán seis veces más de tiempo para subir de lo negro á lo blanco, guardando en lo demás proporción, que para bajar de lo blanco á lo negro.

XLVII. Resta finalmente responder á aquella objeción que por su creída fuerza ha obligado á los autores á unos á recurrir al milagro en Cam : á otros como Oeyrere, á fingir una casta de hombres diversa de la de Adán y Noé. No es conforme á la verdad que todos los pueblos de un mismo clima é igualmente vecinos al Ecuador, ó Linea, sean de color negro. En Africa, Asia y América, debajo de la misma latitud son unos más, otros menos negros y tostados. Luego no es la causa del color negro el clima caliente del Africa. No obstante, replico así : todos los asiáticos y americanos, debajo de la misma zona tórrida son ya menos negros y trigueños : luego la constante cualidad de tal clima es una causa de tal color. Pero jamás se ha dicho que sea la única. Hánsele agregado de comprincipios el aire, el nutrimento, las aguas, la desnudez, el ejercicio y modo de vivir y añádese también el conti-

nuo ungirse, pintarse ó embijarse, como lo hacen los negros en sus tierras y los indios en la América, que contribuye grandemente á adquirir y conservar el color negro, y trigueño. Para que el argumento tuviera fuerza, debía mostrarse que el conjunto de los principios era el mismo en la Africa que en la América. Esto no podría mostrarse. El calor mismo es muy desigual, según la diversa situación de las tierras, las lluvias, los vientos, como se evidencia en el Perú, principalmente en Quito, pueblos de los Chiquitos, Chanás y otros. Por lo demás, ningún filósofo propondrá mejor causa, de la negrura de los etíopes y color más ó menos tostado de los Americanos que la que se señala en la combinación de los principios referidos, que defiende y promueve con su erudición y eficacia acostumbrada, el padre maestro Feijóo en su *Teatro Crítico,* formando un particular discurso sobre el *Color Etiópico.*

XLVIII. *Escala de colores, infiere un solo principio.*— El claro autor que extractamos, siguiendo el uso de los pintores y tintureros, que, descendiendo del claro al obscuro, ó al contrario, forman toda la escala de los colores, va de grado en grado desde el más blanco inglés hasta el más negro guinea, forjando su escala en los colores intermedios. Hecho ésto concluye, que si se reconoce descendiente de Noé la posteridad de los blancos, de los morenos, de los aceitunados, y trigueños, por necesaria consecuencia debe también reconocerse la de los negros, porque entre éstos el menos negro confina con el aceitunado; y hay menor distancia entre el más aceitunado y el menos negro, que la que se halla entre el más blanco inglés y el más aceitunado de cualquier nación. Luego si ésta no tiene diverso tronco ni tampoco aquélla. Como al contrario, si aquélla es racional fundamento de donde inferir distinto origen, lo será también la distancia interpuesta entre el más blanco y el más aceitunado. Si se asegura esta consecuencia, debería negarse de la mayor parte de las naciones que descienden de hijos de Noé, contra

el divino oráculo que dice: *Ab his disseminatum est omne genus humanum super universam terram* (Gen., 9, 19).

XLIX. *Razón física del color negro.* — El argumento parece perentorio si procede siempre parangonando cada grado de color con aquel que le precede; y con el que se le sigue; y hace ver que la dificultad acerca del color de los negros es común á otros colores. Determina por último el autor la estructura de la piel ó epidermis de los cuerpos de los negros, la cual pone por causas físicas: las cuales con el tiempo se introdujeron en la sangre, en los humores y en toda la masa animal de sus cuerpos. De aquí se forma en ellos una superficie poco pulida, desigual, y de más anchos poros y por eso menos á propósito para reflectar la luz que recibe, que en las partículas agudas, tortuosas, entretegidas, como en otros tantos laberintos, se ocultan los rayos de la luz, se pierden y se esparcen; reflectando solamente un corto número. Esto en buena física constituye la negrura mayor ó menor de cualquier cuerpo natural ó artificial. Véase la nueva y erudita Historia Natural de monsieur Buffon, Académico Real de París, en el tomo 3°, título último, en que trata de las variedades de la especie humana, que admite los mismos referidos principios, y desata todas las dificultades que se ponen por los contrarios.

L. *Observaciones sobre el color de los Indios.* — Quiero concluir con las curiosas observaciones del padre José Gumilla que por muchos años de misionero hizo en orden al color de los Indios. Al nacer éstos son blancos: unos por más otros por menos tiempo. Los Chanás conservan la blancura por algunos años; y los Guaraníes, especialmente los que habitan la serranía del Tape, lo mismo. Entre los Guaycurúes y Payaguás, ví chicos de tres á seis años bien blancos. Lo mismo con proporción acontece á los hijos de los negros, sólo que les dura el color blanco pocos días. En los hijos de los negros recién nacidos, se nota una pinta negra en las extremidades de las uñas, la cual, difundiéndose en pocos días, les tiñe todo el cuerpo

(Academia Real de las Ciencias, año 1702, pág. 32). La dicha pinta indica lo que serán con el tiempo. Á este modo los Indios al nacer salen con una mancha hacia la parte posterior de la cintura: su color es obscuro, con visos de entre morado y pardo: vase extendiendo y como desvaneciendo al paso que la criatura crece y va perdiendo el color blanco, y adquiriendo el suyo natural, que es el trigueño.

LI. No son necesarios siglos, ni muchas generaciones para que blanquee el color de los indios. Ya dije en parte los grados por los cuales se llega á este efecto. Aquí repitiré lo bastante para tenerlo presente. La India que contrajo matrimonio (ó de otro modo) con Europeo, da á luz los hijos menos trigueños; y si la hija, nieta y biznieta que se casan también con blancos Europeos, la cuarta nieta sale puramente blanca. En caso de dichos casamientos con Europeos, las cuatro generaciones dichas son las siguientes:

I. De europeo é india sale *mestiza*. Dos cuartos de cada parte.

II. De europeo y mestiza sale *cuarterona*. Cuarta parte de india.

III. De europeo y cuarterona sale *ochavona*. Octava parte de india.

IV. De europeo y ochavona sale *puchüela*. Enteramente blanca.

Para las demás generaciones é interrupciones de ellas, puede verse el lugar citado de donde concluyo que la principal causa del color negro, trigueño y blanco, consiste en la sangre de los padres mezclada en la generación y comunicada al feto. Punto digno de examinarse.

Añádase á todo lo dicho que el color aceitunado ó colorado obscuro de los Indios les proviene de la naturaleza que descolora y abronza, á todos los hombres expuestos continuamente al aire abierto, como lo están los Indios. Auméntase de la manía que siempre han tenido de embijarse y pintarse, ya por parecer hermosos, ya por mostrarse fieros

y terribles. Agregan á estas pinturas las unciones con grasa de pescado ó con su aceite. Algunos preparaban, y hasta ahora preparan, este aceite con ciertos jugos coloridos y materias colorantes, que acaso son el veneno más eficaz contra los mosquitos. Juntándose á dichos enjalbegamientos, que penetran y cambian el color de la piel, los perfumes y humos de sus cabañas, que respiran los pueblos salvajes americanos, en las cuales casi todo el año, de día y de noche, mantienen el fuego, secan sus carnes; y todo ésto era suficiente para comunicarles el color desagradable á los europeos, pero que no afea á los Indios.

INDIOS EYIGUAYEGUIS

CAPÍTULO I

NOTICIA GEOGRÁFICA

I. *Breve idea de esta obra.* — La belicosa nación de los Eyiguayeguis ha más de un siglo que posee y vaguea por las deliciosas tierras comprendidas en dilatados espacios á las orillas oriental y occidental del coronado río Paraguay. No es á la verdad, la única gente que los puebla; pero es la más numerosa y dominante. Aquellas parcialidades ó cortas naciones que resisten á su altivez, sirven de víctima á su ferocidad; y los infieles Chanás, ó como ellos los llaman Niyololas, á su presunción de tributarios, que rendidos toleran sus tiranías. El país, naturaleza y costumbres de esta nación soberbia ocupará en una breve descripción la pluma, que en bosquejo pondrá á la vista un teatro hermoso escondido entre barbaridad. Los españoles llaman á estos indios Mbayás, del cual nombre se hablará en otra parte. Los antiguos los conocieron con el temible de Guaycurús, sobre el cual se aventurarán después algunas conjeturas. Uno y otro ignoran estos indios, apellidándose así mismos Eyiguayeguis. Por ser más suave y más antiguo el de Guaycurús, nos serviremos á veces de él en adelante.

II. *País y su extensión.* — Ahora será bien dar una sucinta noticia del país y de sus calidades estimables. Bien conocida es en su principio la cadena de cerros que cortando la tierra, divide los dos famosos ríos Paraná y Pa-

raguay, dando á cada uno jurisdicción muy dilatada. Extiéndese la serranía del Este hacia el Norte, formando hermosos valles, y una bella perspectiva de cerros y colinas vestidas de boscaje á veces interrumpidas de grandes campañas á sus dos lados, hasta tocar las orillas de los mencionados ríos. La tierra que ahora describimos es la que corre de Sud á Norte por más de ciento cincuenta leguas y de Poniente á Oriente poco más de unas treinta, términos los más precisos del país de los Guaycurús orientales respecto al río Paraguay. Los occidentales ocupan menores espacios, y sus tierras no ofrecen conveniencias especiales. Al país de los primeros corta en varias partes la serranía, formando ramos, de los cuales unos llegan hasta el río Paraguay, y otros se dilatan entre Norte y Oriente. Está ceñido por el Poniente del caudaloso río Paraguay, cuyo curso de Norte á Sud varía poco hasta incorporarse en el del Paraná acreditando los dos con sus copiosas aguas al celebrado río de La Plata. De Oriente á Norte le sirve de natural muralla la dicha serranía, llamada en idioma Guaycurú Guetiadiyadi, esto es, sitio de peñas. De un país tan dilatado, la más amena y desembarazada tierra poseen los Guaycurú, sin que otra nación bárbara se haya atrevido á establecerse en ella. Los indios monteses solamente escondidos en la espesura de los bosques, les dan algún cuidado; y los pérfidos Payaguás, que surcando el río en sus veloces canoas, débiles embarcaciones, á tiempos fijan sus esteras á la orilla del agua, para evadir con presteza las asechanzas de los Guaycurús sus rivales. Así, dueños éstos del campo, llenan la tierra por más de ciento cincuenta leguas á lo largo, siguiendo la dirección del río Paraguay, y por más de treinta á lo ancho, entre dicho río y la sierra Guetiadiyadi. Puede llamarse suyo el país, haciendo el cómputo desde los 24 grados de latitud austral hasta más allá de los 18 grados de la misma. Este término de los 18 grados al sud tienen como demarcado por límite de sus tierras los Eyiguayeguis cuyo valor no ha dejado

de inquietar por este lado muchas veces á los Españoles de la ciudad de la Asunción, y del Curuguatí, villa de su gobernación, llevando aún más al sud sus bárbaras conquistas.

III. *Minas no las hay en este país.* — Ni en lo antiguo, ni en el tiempo presente, se han descubierto en este país algunos minerales. Los primeros conquistadores del Paraguay y los fundadores de la ciudad de Jerez, hoy destruída, hicieron las más vivas diligencias en busca de los preciosos metales plata y oro. El fruto de sus fatigas fué sobre su desengaño, la ruina de algunas poblaciones de Indios, y exponer toda la provincia á su última desolación. La conjuración contra los Españoles de los Indios de Arecayá, originada de las violencias de los que anhelaban por minas, lo hubo de poner todo en confusión. Los Itatines, doctrinados de los Misioneros jesuitas, reprimieron á los amotinados, y libraron á los Españoles del mayor conflicto, restituyendo el sosiego á la tierra. Los lavaderos de oro, las minas de diamantes que disfrutan los portugueses de la villa del Jesús de Cuyabá, están sin duda en los dominios de Castilla, pero más al Norte y Nordeste de las tierras de los Guaycurús. En la iglesia parroquial de la Encarnación de la Asunción, se ve una mediana custodia de plata, y según una nota escrita en un libro de la Tesorería Real, se labró de la que se sacó en las tierras pertenecientes á la antigua ciudad de Jerez. Al presente, ni de aquellas tierras, ni aun de la dicha nota tienen los españoles noticias.

IV. *Piedras, cristales, amogue, cocos de mina, bermellón, tobatí.* — Lo que abunda en algunos parajes de la tierra es la piedra de cal, especialmente en las faldas de los cerros, que forman espaciosas cañadas á las dos orillas del río Etagadiyadi ó cañaveral. En otras partes de la serranía se hallan cristales de roca bien grandes y de figura exágona ; regularidad de esquinas que ha dado en qué entender á los naturalistas. En unos cerros bastantemente altos se crían unas piedras negras y muy duras, de que an-

tes se hacían destrales ó cuñas-hachas los infieles. Llámanlos estos Amogue, y al sitio en que se hallan, Amoguiyadi. En otros cerros y en sus caídas hay bastantes Cocos de mina, ó globos de piedras, que encierran dentro como granos de granada, los amatistas. En la orilla occidental del río Paraguay, junto á una laguna llamada Loyagadigo, hay muchas piedras que parecen *bermellón* natural. Amolando una piedra de estas sobre otra ordinaria con un poco de agua, se tintura ésta de colorado, y sirve á las mujeres guaycurús para pintar las ollas y platos de barro antes de quemarlos. En mayor abundancia se encuentra esta especie de piedra en un arroyo que desagua en la laguna Manioré y le llaman los Guaycurús Ayagcuiyaga. Todo el fondo de ese arroyo está empedrado de las dichas piedras coloradas. En las barrancas del río Paraguay, á la orilla oriental entre los dos ríos Xejuí é Ipané-guazú, hay mucho *yeso-espejuelo*, y en otros sitios de la misma orilla, minas de una piedra blanca, que, desleída en agua, sirve para enjalbegar y blanquear como el mismo yeso. Para que no se despegue se mezcla con agua en que hayan estado algún tiempo unas pencas de tuna: la viscosidad que dejan en el agua da permanencia al blanqueo. Algunos inteligentes tienen á esta especie de tierra por una de las de Trípoli, y en la medicina sirve para los mismos usos que la amarilla. Es buena para rebocar hornos de fundición y formar crisoles, porque resiste á la acción del fuego.

CAPÍTULO II

HIDROGRAFÍA

V. *Ríos. Matilipi.* — Riegan el país por la orilla del río Paraguay muchos ríos de bastante caudal. El primero empezando desde los 24 grados de latitud austral en el Xejuí llámanle en su lengua Matilipi. Divide las tierras de los Guaycurús de los españoles, término que en la

merced real señaló José Martínez Fontes, gobernador del Paraguay, y antes había determinado el mismo lindero su autecesor don Jaime de San Just. Así de este río como de otros que corren por las tierras de los Guaycurús se dijo mucho tratando de la provincia del Itatín; por ésto, bastará añadir lo que se omitió en aquel tratado.

Desde cerca de su origen en la serranía de Igatimí, al oriente del río Paraguay, recibe el Xejuí algunos ríos menores, con los cuales queda navegable de medianas embarcaciones. Es verdad que si no está bien lleno, cuesta mucho trabajo el subir por él, á causa de algunos arrecifes y puntas de piedra que retardan el curso á las embarcaciones. Por la orilla del Norte entran en el Xejuí los ríos Xejuí Miri ó Xejuí chico, al cual también llaman los españoles Piracay. Siguiendo el curso del Xejuí hacia el Poniente, ocurre el río Itanará y el Tacuaremboy. Más nombrados son los dos ríos Aguarey grande y pequeño, de los cuales hablaremos más abajo.

Por la orilla del Sud desembocan en el Xejuí los ríos de Guruguatí, llamado así por la villa de ese nombre que le cae cerca de la jurisdicción del Paraguay; y el río Capibary, que corta las tierras de los Indios monteses de la reducción de San Estanislao de Kostka, las que habitaron en su infidelidad. No muy distante de la desembocadura del Capibary en Xejuí se ofrecen tres puntas grandes de piedras las cuales hacen que parte del agua se dirija hacia el Sud, y, formando después una inflexión al Norte, y Poniente, busquen su madre, y esto es lo que llaman Riacho los que allí navegan. Cerca del paso de los Guaycurús se ve otro Riacho bien profundo y que divide casi por igual las aguas del río. El primer arrecife está unas leguas más arriba de la desembocadura del río Capibary. Ese arrecife se llama de Yatayba, por los árboles de este nombre que tiene cerca. El segundo arrecife dista como unas siete leguas del ya nombrado, y cosa de unas dos de la desembocadura del río Curuguatí.

VI. Todo se confirma con la relación que del río Mati-

lipi hizo don Francisco Centurión, vecino digno de toda estimación de la ciudad de Asunción. Este caballero, habiendo subido por el río Paraguay con sus embarcaciones, canoas grandes, como Garandumbas, el año 1752, entró con ellas en el río Matilipi ó Xejuí. Navegó río arriba hasta más allá de la villa de Curuguatí algunas leguas. Hizo este viaje en cosa de unos diez días y medio del mes de diciembre, que son largos ó de verano en la América meridional. En su derrota notó lo siguiente: 1° el riacho que sale al Paso de los Indios Mbayás, que son los Guaycurús. El Paso dista del río Grande del Paraguay de seis á ocho leguas; 2° otro riacho, distante del primero de tres á cuatro leguas; 3° el río (Capibary) que dista del dicho Paso un día de camino aguas abajo. Las embarcaciones cargadas de *Yerba del Paraguay* se levaron de la boca del Capibary á eso de las seis de la mañana, y llegaron al paso de Mbayás poco antes de ponerse el sol, con ser que se detuvieron en dos veces más de hora y media para componer una de las embarcaciones.

VII. *Río Aguaray mirí* — 4° El río Aguaray mirí, desemboca en el Xejuí enfrente del segundo Riacho por la orilla del Norte de Xejuí. Viene de hacia el Oriente de las sierras inmediatas á la serranía de Igatimí ó Guetiadiyadi. Su cauce es angosto y no admite embarcaciones de transporte. En su orilla del Norte entre las selvas se hallan plantíos naturales de la famosa *Yerba del Paraguay*.

VII. *Río Aguaray Guazú*. — 5° Otro río llamado también Aguaray, y para contradistinguirlo del antecedente le añaden el epíteto *Guazú* ó grande. Nace en la dicha serranía oriental, y desemboca en el Matilipi por la orilla del Norte, casi enfrente del río Capibary. Es río de bastante caudal porque en su dilatado curso recibe otros muchos menores. En unos campos que le caen cerca, y registré con cuidado el año de 1766 á 17 de julio, noté que corría majestuoso por una bella cañada, muy larga y

ancha. Por esta, de diversos rumbos, y de las colinas que hermosean el terreno, nacían y corrían trece arroyos, medianos, que unidos con el Aguaray, le engrandecen. Sus aguas son de las mejores, y aunque abundantes, no pueden subir mucho por ellas, ni canoas, ni mucho menos otros barcos mayores. El impedimento es su mismo cauce, por partes estrecho y caracoleado, en que no pueden volverse las embarcaciones. Á las dos orillas de este río hay muchos árboles de la mencionada *Yerba*. Hacia la serranía viven algunas naciones bárbaras, mansas, y que no dan molestia á los Españoles, como se dirá á su tiempo. El Aguaray no es el río Corrientes. Aquí será bien notar el enorme error de los señores demarcadores portugueses y españoles en orden á la demarcacióu de este río. Cuando estos señores, el año 1756, fueron por tierra á buscar las cabezadas del río Corrientes, variando demasiado. Primero tomando por Ypalés los del río Ypaneguazú, que, aunque corre como todo río, no es el río Corrientes, que buscaban, y dista muchas leguas del Ypané. Después en una carta portuguesa, corrígese el error de los demarcadores, señalaba su dibujador las cabezadas del río Aguaray Guazú por las del Corrientes. Esto era acercarse mucho más á la ciudad de la Asunción, y coger á España centenares de leguas de tierras, que no les pertenecían según el tratado de Línea divisoria, antes bien se otorgaba contra dicho tratado. Eu éste se declara que el río Corrientes desemboca inmediatamente en el río Paraguay, no sucede esto al Aguaray, que descarga sus aguas en el Xejuí, y éste en el Paraguay. Fuera de que los mismos demarcadores, cuaudo subierou por el río Paraguay á colocar el marco, señalaron otro río por el Corrientes. Es verdad qui ni éste lo es ; y por ésto damos á enteuder su incertidumbre pusieron estas palabras : *Río que parece ser ó Corrientes*. La nota portuguesa denota que los lusitanos tiraban las líneas á su favor. Mas este es asunto para otro tiempo. Conste, pues, que el Aguaray no es el río Corrientes. No lo es el Ypané, ni el que señalaron por

tal en su desembocadura, pues es el conocido por los Guaranís bajo el nombre de Tepotiy, y de los Guaycurús con el de Aába. El río Aguaray Guazú dista del Paso de los Mbayás casi un día de camino aguas abajo.

VIII. *Naranjales. Pueblos antiguos.* — 6º Notó también los dos naranjales, ó arboledas de naranjos vestigios de pueblos antiguos de pueblos cristianos, de los cuales se habló en otra parte. El primer naranjal cae cerca del paso de los Mbayás más abajo hacia el río Paraguay, por la orilla del Norte del río Matilipi. El segundo naranjal dista del río Aguaray como unas seis leguas más abajo de la desembocadura. Finalmente advirtió las puntas de piedra, y arrecifes que le dieron bien en qué entender.

IX. *Río Curuguatí.* — Río Curuguatí es el que corre de la serranía Oriental, y se acerca á la villa de San Isidro, llamada también Curuguatí, desemboca en el Matilipi por la orilla del Sud. No es de mucho caudal; mas en el tiempo de lluvias y crecientes, admite barcos cargados de yerba del Paraguay, y otras embarcaciones menores. Este río admite otros menores que le entren en su curso.

X. *Otros ríos menores.* — Hasta que el Matilipi llega á fuentes, recibe por su orilla del Norte otros de menor caudal: tales son el Tacuarembó, el Itanapará y el Yayuí Miri. Á este último llaman también los Españoles Piracay: así como al Yayuí grande en sus cabezadas el nombre de Carupera. Aquí tienen uno de los más famosos beneficios de la yerba del Paraguay, bien que los Indios salvajes sirven de arredro á los beneficiadores con sus irrupciones inesperadas; y alguna vez han incendiado los campos, y reducido á ceniza el sudor y afán de los Españoles, abrasándose la yerba que tenían recogida: Llámanle Caaguazú dista como leguas de la villa de Curuguatí.

XI. *Yerba del Paraguay.* — Esta planta que compone un ramo de comercio de los principales del Paraguay en el Perú y Chile, no es yerba como suena, sino la hoja de unos hermosos árboles, la cual se tuesta y muele con pro-

lijidad y con muchos atrasos y fatigas se conduce á la ciudad de Asunción. Si el beneficiador se vale de solas las hojas, y desecha las granzas y tronquitos, se llama en este caso la yerba con el nombre Guaraní Caámiri, aunque en realidad esta voz significa un árbol del género de las de la yerba, pero de distinta especie, y el más apreciable. La yerba, así beneficiada, tiene mayor estimación por su limpieza y vigor. Cuando se le dejan mezcladas las granzas y pedazos de los tronquitos de las ramas, la llaman, yerba de palos, y decrece su aprecio. Con esto se conocerá la equivocación con que escribió de esta bebida don Antonio de León en su Questión única del chocolate (pág. 2, fundam. 3, cap. 10, nº 6).

XII. *Ypané Miri.* — Viniendo del Matilipi, hacia el Norte, á distancia de unas diez leguas, se halla el desagüe llamado de los Españoles Ypané Miri, al cual nombran los Guaycurús Nignigigi Eliodi; el que está cortado grande. Conócenle también bajo otra denominación y es esta, Ocagataga Nigolitedigi: Juncal es alto; porque aquí se crían muy lozanos los juncos, de los cuales tejen las esteras que les sirven de casa, como se dirá á su tiempo. Por las cabezadas, ó en las fuentes de este arroyo, se forma un grande bañado, y en él se crían muy espesos los juncos. De estos hay muchos del grosor de media muñeca, y el altor de cuatro y más varas. Los Guaycurús, ingeniosos para su retirada de las tierras de los españoles, abrieron paso cortando los juncos, y dejando una canal ancha cosa de dos varas, y larga casi un cuarto de legua. Con la continuación en pasar los caballos y ellos á nado está bastante limpio de raíces de juncos, pero no de otras yerbas anchas, que llaman Napagate, orejas de vaca, que molestan á los animales y personas. Son estas plantas una especie de Nifea, cuyos vástagos sarmentosos forman unos tejidos fuertes á la flor del agua, en que se enredan los que nadan si no se apartan á tiempo á una orilla. El agua busca su nivel por entre los juncos, y cerca del río Paraguay se ve ya un mediano arroyo, que se ha de nadar, ó

pasar alguna puente hecha prontamente de palmas ó palos. Coge en las inmediaciones del río su dirección al Sud, y desagua en un brazo ancho del dicho río grande. En tiempo de calores y falta de lluvias, decrece el agua; y, aunque con trabajo, se hace camino de á pie para las personas, hechando y pisando los juncos de la orilla de la canal. Los animales no tienen otro arbitrio que nadar y fatigarse. Los españoles llaman á este bañado Pirí Pucú, juncal largo. Persuádome que los antiguos traginaron por él, y era uno de los grandes embarazos de sus marchas á los pueblos de la provincia de Itatín. Los modernos apenas le conocían, ni por el nombre, hasta que se fundó la reducción de nuestra señora de Belén de Indios Mbayás, ó Guaycurús. Á la verdad, más atemoriza como bañado pantanoso, que como río, pues apenas merece este título.

XIII. *Río Ypané Guazú.* — Al que no se le disputa es al Bidioni Taloconagadi ó Nadadero del Oso hormiguero. Éste es aquel nombrado al presente de los Españoles Ypané Guazú, del cual se habla en otro lugar. Parece que escasea en su cauce el agua de donde tomó el nombre, el cual bellamente expresa lo que es un río todo lleno de arrecifes. Los antiguos lo conocieron bajo la denominación de Guarambaré, y con ésta se nota en los mapas de aquellos tiempos. No es asunto fácil el adivinar el motivo por el cual los modernos, que apenas le han visto sino en su entrada al río Paraguay le despojan de dicho nombre, recomendable por su antigüedad, obscureciendo las cosas antiguas con un antojo sin fundamento. Es río de bastante caudal y de aguas que compiten con las más celebradas de saludables por otros países. Nace en la serranía oriental Guetiadiyadi, muy cerca de las fuentes del río Matilipi. En su camino recibe muchos arroyuelos, que forman bellos manantiales. Estos llenan poco su grandeza, que casi desde su origen hasta su choque con el río Paraguay es la misma. El fondo de este río en partes es de piedra, y en partes de arena. Á sus orillas se cría mu-

cha zarzaparrilla, á cuya virtud en gran parte se atribuye la bondad del agua. No obstante como que nace dándose la mano con el Matilipi, á corto trecho mutuamente se apartan, corriendo aquel más hacia el Sud, y este más hacia el Norte; yendo así después á buscar el Ocaso, que también lo es de sus aguas en el grande Paraguay. Las vueltas y giros del Guarambaré son continuas y grandes á las cuales le obliga la situación de la tierra alta. De aquí también tienen fundamento los arrecifes, que en parte atraviesan toda la madre del río de orilla á orilla. Por sobre estas piedras se desliza con velocidad, que turba la vista el agua levantando mucha espuma con los golpes en las piedras. De arrecife á arrecife corre más lentamente, y está en partes tan profunda su agua, que da habitación á Hidros disformes y temibles. Pudieran por este río subir en todo tiempo barcos medianos, si las piedras no les impidieran el paso. Aun las ligerísimas canoas de los infieles Payaguás á fuerza de tiempo é industria podían pasar los arrecifes. En tiempo de creciente del río Paraguay, y de las lluvias en la serranía, se rebalsa el agua, y llena la Hoz hasta el puerto de Belén, el cual en tales circunstancias, aunque no sin grande esfuerzo, podrían arribar las embarcaciones. Desagua en el Paraguay el río Guarambaré hacia los 23 grados y medio ó 30 minutos de latitud austral. Los Mbayás le llaman tambien Guetiga An-iitete Logo, el que corre sobre piedras, como se dice en la noticia de la entrada de los misioneros jesuítas á esta tierra. Á la orilla del Nordeste del Guarambaré está situada la nueva Reducción, institulada Nuestran Señora de Belén, la primera que conste haya habido á la banda oriental del río Paraguay para doctrinar la belicosa gente Mbayá ó Guaycurú.

XIV. *Río Quarepotiy.* — Otros muchos ríos riegan las tierras de los Mbayás de la orilla oriental del río Paraguay. Hase hablado de ellos en la primera parte; y por eso por no molestar se omiten. Véase la provincia de Itatin, los diarios allí escritos. Más, para complemento de

esta materia, pondré los ríos que caminando al Sud desde el Matilipi se hallan hasta la ciudad de la Asunción. El primero según los Españoles, es el Quarepotiy. No merece el nombre de río porque gran parte del año no corren sus aguas, quedando solamente algunas lagunas en su madre. Nace de un manantial que está en la cañada que se atraviesa para ir al pueblo de San Estanislao, Reducción de Indios monteses de lengua Guaraní. Su fuente viene á caer casi en frente del pueblo antiguo de Arecayá, y distará del Paso cosa de unas cuatro leguas al Oriente. Los Guaycurús le llaman Namogoligiyadi, sitio de palmas harinosas. En efecto en sus inmediaciones recrea la vista un hermoso palmar en donde los infieles hallan *cogollos* ó *Palmitos, dátiles* ó *Cocos,* y harinas que hacen del meollo alimento apetecido y abundante.

XV. *Río Aquidaguanigi.* — El segundo es un brazo a n gosto del río Paraguay, por cuya orilla se caminan pocas leguas sin atravesarle. Danle el nombre de Aquidaguanigi, esto es río chico del Paraguay. No tiene cosa de particular sino muchos árboles de frutillas silvestres, que suministran comidas á innumerables *Pavas* del monte, cuyos cantos y vocinglería aturden al amanecer y al quererse entrar el sol.

XVI. *Río Ypitá.* — El tercero es el Ypitá, río de agua roja. Su fondo y orillas se componen de una greda de este color, y muy pegajosa, que comunica el color al agua. Es de mediano caudal. Su origen ponen algunos prácticos de aquellos campos en un grande bañado, que le cae al Oriente y llaman Aguará Cati, hedor de la vulpeja. Otros le hacen uno con el Ytapiraquay, que significa también agua colorada, y nace en los cerros del Oriente inmediato al pueblo de San Joaquín, compuesto de indios Guaranís, sacados del bosque por los Misioneros jesuítas. Lo cierto es que el nombre y el rumbo del último da algún fundamento para confundirle con el primero. Pero yo advertí en varias ocasiones que pasé el Ytapiraquay que no es permanente el agua en toda su carrera. Desde

su fuente hasta unas cuatro ó cinco leguas más al Poniente, del pueblo de San Estanislao, que bebe sus aguas, estas corren sin interrupción, mas á la distancia dicha de este pueblo, en tiempo de los calores se cortan, y quedan solamente rebalsadas, lo que no sucede al Ypitá. Las orillas de este río se ven pobladas de medianos árboles, cuya fruta se llama Guayaba, de un agridulce gustoso, y de sabor de membrillo.

XVII. *Río Tobatiry y los que le entran.* — El cuarto es el Tobatiry. Viene del Oriente. Su origen está en un terreno llamado el potrero de Curupicay, por los muchos árboles de ese nombre que allí se crían. Tobatiry significa, agua de aspecto blanco, á causa de la tierra blanca, llamada Tobatí, que tiene en sus orillas. Esta tierra es una especie de trípoli, y con ella suplen el defecto del yeso y cal para enjalbegar y blanquear sus casas é iglesias los Españoles é Indios. Á vista de este río, sobre su margen del Norte, estuvo situado el pueblo antiguo llamado el Tobatí, que fué trasladado á la cordillera de la Asunción. Al presente en dicho pueblo hay haciendas de Españoles. Regístrase todavía el hastil de la cruz que levantaron los Indios del mencionado pueblo ; pero ya está en medio del agua porque esta fué ganando terreno. Los Guaycurús llaman á este río Beguo, esto es, la guardia : porque cerca de su desembocadura en el río Paraguay, hay un presidio de milicia Española para defender la tierra. Llámanle el presidio de Mandubirá, por unos árboles medianos, que dan por fruto unas manzanas llenas de granos como los del maní, pero muy amargos. Los infieles Payaguás los cuecen en varias aguas, y así quedan comestibles. En el Tobatiry por la orilla del mar entra el Igá-gui : nace de la cordillera que tiene al Oriente. Desemboca en frente del paso del pueblo antiguo de Tobatí; en crecientes admite embarcaciones medianas. Hace este río la Hacienda ó Estancia llamada de Cabañas. Cosa de dos leguas más arriba del Igá-gui, descarga sus aguas en el principal el río Tacuary, ó de las Cañas. En su orilla

del Norte está la hacienda del pueblo del Yaguarón. Nace el Tacuary en unos bañados y malezas llamadas de Carayao. Por la orilla del Norte, entra en el Tobatí el río Tacuatí, cañaveral de cañas finas. Dista su boca de la del Tacuatí como dos leguas. Al lado del Tacuatí está la Estancia de Ricalde, por otro nombre llamada el potrero de Catiguá. Al lado del Poniente está la del pueblo de los altos. Tiene su origen este río en los malezales de Aguará cati. Los dos ríos Igá-gui y Tobatiry tienen buenas salinas.

XVIII. *Río Piribebuy.*— El quinto se llama Piribebuy, junco ó estera liviana. Su principio está en un valle dicho Itaybú, piedra que brota agua. Dan este nombre á un manantial que sale por unas piedras. Corre después cerca de la capilla, que es el curato del campo, y por el Barrero grande, baja á los campos de Tacuatí: desde aquí busca las tierras de Mainumbi, sitio en que antes se mantenía la guardia de soldados que al presente se halla en Ipequa. Al fin, bañando las tierras de Azevedo y Pindarti, lugar en que hubo guardia y hoy es el paso que está en frente de la emboscada, pueblo de mulatos y mestizos libres, sale al río Paraguay como un cuarto de legua más al Norte del presidio de Arecutacua.

XIX. *Ríos que se omiten.* — Hanse omitido de propósito otros ríos de menor caudal, aunque bien sabidos. Tales son el Salado, que nace de la famosa laguna llamada Ipacaray. En las crecientes corre furioso. El Zurubiy, arroyo de poco caudal, que está en el valle de Tapuá. El Capii Pomog que se seca en tiempo de calores, nace en los malezales de Aguaracati. El Peguaho, arroyo que tiene su origen en el mismo estero, y á veces se seca. El nombrado pantano llamado Yetiti que está inmediato á la orilla del Sud del río Yeyuí. Fórmase de las crecientes del rio Xejuí, y de otros arroyos, que tienen su origen en las tierras de Arecayá, y en tiempo de lluvias corren hacia el Poniente, formando dicho pantano y anegadizo. Llega éste á secarse casi del todo con admiración de los

que le atravesaron, con grande trabajo cuando estaba lleno. Al río Piribebuy llaman los Mbayás, encuentro con los Españoles, Ecalaynacapegadi, porque en una reyerta con los soldados de la Asunción, perdieron mucha gente.

XX. *Laguna de Ulemigo.* — Toda la tierra que ocupan los Guaycurús en la orilla oriental del Paraguay, además de los ríos y frecuentes pantanos está esmaltada de muchas lagunas de agua perenne. Los nombres de éstos y sus propiedades quedan ya escritos en los Diarios de la primera parte. Es cierto que le sirven de mucho alivio á los Indios las tales lagunas ; que sobre la bondad de sus aguas, les ofrecen peces de buen gusto y de varias especies. La más hermosa de todas es la llamada Ulem-igo. Toma este nombre de un ave dicha Ulema, de vistosos colores, cuyo ejercicio es pescar pececitos en ella. No se para en el agua, sino que revoletea encima, y, divisando la presa, se arroja con impetu á cogerla con el pico, y se la engulle en el aire. El sitio de esta laguna es lo más alto de una anchurosa colina, y remeda muy bien un estanque de figura circular. Está en el camino de los infieles Guanás, en la tierra llamada Nagatadiyadi, por hallarse aquí mucha yerba vidriera, de la cual quemada, hacen los indios infieles sal, que llaman Nagatagadi, y con que sazonan sus rústicos guisados.

CAPÍTULO III

PROVINCIA DE LOS GUAYCURÚS DEL OESTE

XXI. *Tierra occidental de los Guaycurús.* — La tierra que en la orilla occidental del río Paraguay poseen los Guaycurús, y en que ordinariamente habitan algunos cacicatos, está comprendida entre los 18 grados de latitud austral y los 21 de la misma. Lo restante del terreno no ofrece conveniencias por la vida humana : es verdad que todo lo andan en busca de otras naciones enemigas. De este país se dice mucho en los diarios referidos ; y abun-

da más de lagunas que de ríos. En sus viajes y correrías cuentan los siguientes sitios en que beben, ó aguas estancadas. Desde el grado 21, caminando al Norte, está la primera laguna llamada Laguedadi. La segunda, la nombrada Ecalay-libotanigi, cercado hecho por los Españoles. Estos cuando antiguamente viajaban por la orilla occidental del río desde la ciudad de la Asunción á la de Santa Cruz de la Sierra, harían dicho corral de fuertes palos para su seguridad y descanso. La tercera, Nigitoye. La cuarta, Litidenigadi. La quinta, Noyocanagalaté. La sexta, Eboda-taga. La séptima, Igadi, la octava el río del Pájaro, llamado Ota, y por esto le han puesto el nombre de Otayadi. Corre por entre bosques, y en caudal es mediano.

9, Eguagagi, una de las mayores lagunas. 10, Oco-gocodiyadi. 11, Atigidodi, es de las más chicas. 12, Adatabi. 13, El río Ladigi, es poco menor que el Xejuí; corre escondido por las selvas hasta desembocar en el del Paraguay. 14, Echonaga, laguna en el bosque. 15, Neguaquecadi. 16, Neogo. 17, Nitigogo. 18, Aé. Estas son aguas frías que buscan los infieles Guaycurús en sus jornadas. Conviene que el Misionero esté enterado de tales sitios, porque á mediodía, ó por la tarde hacen en ellos sus paradas. Todas estas lagunas se forman de las inundaciones del río Paraguay, y hacen el camino un laberinto que sin prácticos, tuviera visos de temeridad emprender viaje, en el cual á excepción de muchas fatigas, y riesgos de perecer, nada se obtendría. Abundan en ellas los peces y Caimanes, horribles en sus aspectos y formidables por sus colmillos. En tiempo de las crecientes del río Paraguay, y de las lluvias no puede este camino traginarse á causa de cerrar la senda las aguas y lodazales.

XXII. *Temperamento del país.* — Es cierto que tantos ríos y lagunas templan muy escasamente el aire, y sin nota puede asegurarse que el país que riegan inclina más á caliente que á templado. El calor se deja sentir á plomo la mayor parte del año, ó en aquellos meses que el sol se

acerca ó retira del trópico de Capricornio. Desde el mes de agosto hasta todo abril, obra el sol con bastante actividad, y se conoce que el terreno está debajo de la zona tórrida. En las inmediaciones de Belén no hay serranías tan encumbradas, que su temperamento fresco, comunicado con los vientos á las colinas y valles, impida demasiadamente la eficacia de los rayos solares. Principalmente en la aproximación del planeta. Como el terreno está comprendido entre el Ecuador y el mencionado trópico, poco tiempo bajan á él tan oblicuos los rayos, que no le calienten lo que basta para no andar muy arropados. En los sitios en que descuellan los cerros, como no nieva en ellos, y están cubiertos de boscaje, recibe pocos refrigerantes el viento, principalmente si sopla del Norte.

XXIII. *Lluvias y vientos sur.* — El único lenitivo del calor en estos climas son las frecuentes lluvias y vientos del Sur y Oriente y el de Poniente cuanto más se inclina al Sur y aparta del Norte. Las lluvias son regulares y copiosas en los meses de verano. Raras veces por falta de agua se pierde el sembrado. Si en el estío sopla el Sur, refresca con exceso el tiempo, y se hace preciso abrigarse más de ordinario. Es viento de malas calidades y muy nocivo á la salud, causando obstrucciones, constipaciones y catarros. Los Guaycurú en su idioma le llaman con el mismo nombre con que significan el frío, esto es, Nuéetega. Sienten mucho los efectos de este viento; y así cuando sopla se envuelven en unas mantas largas y anchas, cocidas de pieles de animales, unas de las de ciervas, otras de los tigres y otras de las de una especie de zorra nombrada cachoque. Tápanse con ellas de cabeza á pies. No hay figura más expresiva de un hércules pintado.

XXIV. *Viento guayenaga ó Norte.* — Al contrario acontece cuando el viento viene de lado opuesto, ó Norte. Los rayos del sol hacen tal impresión que no puede tolerarse sin la pensión de un continuo sudar, especialmente en el estío. En esta estación del año, desde las ocho de la mañana hasta cerca de las cinco de la tarde, es cosa moles-

tísima andar por el sol. Á la sombra se siente bastante templado el ardor. Si dura algunos días este viento y faltan las lluvias, las plantas se ponen mustias y el suelo tan caliente que casi quema las plantas de los pies de los infieles y otros que no acostumbran calzarse. Para evitar esta molestia, tienen los indios Mbayás unas ojotas, ó especie de sandalias de una suela de piel dura, las que también los defienden de las espinas, de que hay abundancia en los bosques y campos. Al viento Norte llaman los Guaycurús en su lengua, Guayenaga, el que causa ayes y molestias, esto á causa de su calor que los hace prorrumpir en esta exclamación: guaye. Es verdad que, aunque aflige, no acarrea daño á la salud: toda su incomodidad se reduce á sudar de día y con frecuencia también de noche. En esta sazón del año, los hombres Guaycurús echan toda ropa fuera, y parecen unos entre faunos y sátiros. Las mujeres y niñas jamás andan desnudas con indecencia. Unas y otras se van dos ó tres veces al día á bañarse. No se arrojan al agua á nadar, sino que se sientan ó ponen en cuclillas á la orilla y con las manos se echan agua por la cabeza dejándola correr por todo el cuerpo; las mujeres usan para este fin un vaso de calabaza que llaman Epagi, y ni en este lavatorio se desnudan sino de la cintura arriba.

XXV. *Viento poniente y oriente.* — Al viento que viene del punto del Poniente nombran Niguocodi. Es nombre con que en general le explican el aire y viento sin respecto al punto de donde viene. Si es necesario dar á entender dicho punto, ó bien sea del Oeste ó del Este, añaden palabras que significan lugar en que el sol se pone, ó en que nace, porque el mismo nombre dan al viento oriental. Para dar á entender la región del aire, dicen: Niguocod-iyadí, lugar del aire. Para decir que sopla el viento tienen estas palabras: Niguocodi-dabobuete. Cuando el viento corre de alguno de los dos puntos referidos, se siente más remiso el calor del sol y las noches son muy parecidas á las de primavera. La tierra se ve exenta de las lla-

mas con que la fatigaba el Norte abrasado ó el Sur frío la oprimía. Así, los vientos Este y Oeste pueden tenerse en este país como principios de un temperamento medio que ni molesta con el calor del Norte, ni enfría con los vientos del Sur. Algo contribuirá á que tengan dichas calidades la positura de las tierras que atraviesan y de las aguas sobre que vuelan antes de llegar á templar en este país la fuerza del calor.

XXVI. *Tempestades.* — Estas prerrogativas de los vientos Este y Oeste no parecerán sobresalientes, contrapesadas con la pensión de sufrir las tempestades que de ordinario levantan. Pocas veces empiezan á soplar pacíficamente, especialmente en tiempo de verano, en que es mayor su furia. Cuando se han de cambiar los vientos, se advierten sus respectivos horizontes cubiertos de nubes densas que despiden incesantes fuegos de asombrosos relámpagos. Á proporcionada distancia, se perciben horribles truenos; y al fin, con sus rayos, las formidables tormentas, que llenan de espanto y terror aun á los infieles. No guardan regularidad de tiempos en estas fuerzas los vientos. Á cualquiera hora del día ó de la noche se fraguan sus tormentas, si en ella se extiende el nublado con el viento que la acarrea. Acontece en bastantes ocasiones arder los horizontes, y no tomar posesión la nube fulminante, sino otras más benignas. Estas, desatándose en lluvia copiosa, refrigeran la tierra y la fecundizan. Si las aguas duran ó inmediatamente al aguacero el sol no se descubre, queda el aire templado por algunos días y se goza un tiempo apacible. En la circunstancia de empezar pocas veces sin excitar tempestades, no ceden á los vientos dichos el Sur y el Norte.

XXVII. *Truenos horribles.* — Lo que más sobresalta en tales tiempos es el estampido terrible que causa la exhalación al inflamarse la nube y en duración. Parece que unidos unos truenos con otros, componen un solo trueno, que sin intermisión resuena. No percibe el oído sino un ruído incesante, más ó menos alto, conforme se disparan

desde el nublado. Puede conducir para este fenómeno la situación de la tierra. En la que está la Reducción de Belén es una colina de moderada altura y extensión. Por su frente, entre Oriente y Sur, la baña el río Guarambaré, que corre al Poniente. Á todos rumbos y principalmente hacia el último dicho y al del Norte, á los cuales miran sus espaldas y costados, hay bosques altos espesos, levantándose otras lomas menores á la vista; y en mayor distancia, la serranía por casi todo el país de los Guaycurús. El fondo de las lomas se conoce ser de piedras, de que están buenos indicios en los valles y cañadas angostas, que se ven despobladas de arboledas. Los sitios son á propósito para que se formen los ecos, como se experimenta cuando se grita. Por ésto varios truenos forman los ecos, y estos responden como á un trueno. Confundidos los truenos ó trueno con los ecos, resulta el aumento de estampido: se propaga y continúa como si fuera un trueno individuo y solo, siendo en realidad el conjunto del eco y del trueno.

XXVIII. *Exhalación particular.* — Otros fuegos más inocentes aunque de la misma especie, escaramuzan por el aire cuando está serena la atmósfera. Los que se encienden en varias noches, principalmente del verano, arrojan más hermoso ramo de luz y de mayor duración que los que se notan en climas más fríos. Merece particular atención el que se dejó ver la noche del día 3 de noviembre, año 1750. Entre nueve y diez se iluminó el aire por espacio de medio Ave-María por lo menos. El resplandor se asemejaba al que esparce la luna el tercero ó cuarto día de su menguante, cuando sale por el horizonte. Lo particular es que esta exhalación ó se encendió en la tierra, ó el principio de su exhalación fué muy cerca de ella, porque apenas se elevó la llama y todo el cuerpo orbicular que la mantenía, diez ó doce varas del suelo. De estos fuegos tiene muchos en este país la naturaleza, recreando en noches claras la vista.

XXIX. *Otra más singular, en la Asunción.* — Es ver-

dad que esto mismo hace entrar en algún miedo de si acaso los rayos, si no todos, á lo menos muchos, se forman en el suelo junto al cuerpo, en que hacen el estrago. El mismo año por agosto ó el mes antecedente, como á las tres de la mañana, sucedió en la ciudad de Asunción encenderse en el aire una exhalación que la puso en bastante cuidado. Al abrirse, dió un estampido tan parecido al de una pieza de artillería, que la milicia de los presidios se persuadió que era la seña que tiene y le daba la ciudad, convocándola contra los infieles enemigos. En esta persuasión, cada presidio disparó un cañonazo despertando la atención y las armas de los retirados. Acudieron soldados á la ciudad á su socorro, creyéndola sorprendida de los bárbaros. Estos no habían parecido, ni acaso dejado sus tierras. Todo fué efecto de una exhalación del grandor de un sombrero, como se explicaban los que la vieron, que por el Oriente se levantó del suelo, despidiendo luz intensa. Puesta ó conducida del viento y acción del fuego sobre la ciudad y á corta distancia de la altura de las torres, se dividió en muchas centellas, y al dividirse, causó el ruído como un cañón de guerra, ó como una granada.

XXX. *Estampidos cuya causa se ignora.* — Resuenan también en el aire de este país truenos que no aterran, pero que dan que discurrir en la averiguación de su causa. En poco más tiempo que el de un mes se oyeron unos grandes estampidos como de pieza de artillería. Los días y las horas fueron distintos, pero siempre vino el sonido de hacia un rumbo entre Sur y Poniente. Tres veces en el referido tiempo se percibió el sonido. La primera vez llegó á Belén á eso de las tres de la tarde; la segunda un poco antes de ponerse el sol y la tercera entre nueve y diez de la mañana. En todas tres ocasiones estaba el tiempo claro y sereno. El sonido, aunque venía de hacia el rumbo dicho, acaso no tuvo allí su principio, sino que en su propagación llegó por él al oído. En todas estas tres ocasiones creímos los dos Misioneros y los infieles que en realidad fuese el estruendo de algún tiro, al cual hubiesen dado fuego pa-

ra avisarnos en una embarcación que esperábamos socorros de boca. Fijos en esta creencia, una vez fué mi compañero al puerto, que dista de tres á cuatro leguas y no vió ni gente ni bote. La segunda hice yo la misma diligencia, y registré muchos sitios, deseoso de hallar la embarción. Mas al fin me volví sin consuelo. Estas nuestras diligencias, y después el tiempo, convenció que el sonido no fué de pieza disparada en alguna embarcación, pues entonces, ni meses después arribó alguna. Sería acaso ruído que hizo al abrirse, reventar y despedir su parto precioso algún coco de mina. Véase lo que sobre este particular se dijo en la provincia de Itatín. Aquí añado que los infieles nos decían que en sus tierras, mas metidos hacia el Norte, oían muchas veces estos estampidos y que les causaban mucho temor, persuadidos á que gente española andaba por ellas; mas nunca llegaron allá en sus expediciones los Españoles; ni éstos cargan piezas ni aun chicas, de campaña.

XXXI. *Remolinos de vientos.* — Para concluir esta materia, añadiré dos cosas. La primera, que bastantes veces se forman remolinos de viento, que ponen espanto. Alguna otra vez arrancaron de raíz árboles de los más corpulentos y antiguos. Nos admirábamos ver sobre la tierra raigones que en muchos días no hubieran cavado algunos hombres. Con esta ocasión notamos que en uno que arrancó y echó en tierra, dejándole solamente una raíz enterrada, por esta recibía bastante jugo con que se mantenía la lozanía del árbol y la vida de las otras raíces, que quedaron expuestas al sol y aire, será prueba del círculo que hace el jugo en las plantas.

XXXII. *Invierno.* — La otra es que en el tiempo de invierno, cuyo rigor se experimenta por los meses de junio y julio y parte de agosto, hace bastante frío. Lo largo de las noches, las frecuentes lluvias y los vientos del Sur, justamente con herir los rayos solares más oblicuamente, refrescan el temperamento de modo que se ven bastantes días de escarcha, neblinas espesas hasta las siete ú ocho

de la mañana, y tal cual vez, principio de helada. En este tiempo se hace sentir más el viento Sureste, acaso porque viene más cargado de sales que arranca de las cordilleras nevadas de Magallanes. Si faltan los vientos dichos, soplan los Norte y Poniente principalmente, queda el viento templado, y si duran, caluroso.

XXXIII. *Recelos de los Misioneros.* — Lo que más afligió al principió á los Misioneros, no fué ni el calor ni el clima. Teníalos en continuo cuidado la veleidad innata de los infieles. Estos amenazaban con irse siempre que se formaba alguna tempestad de truenos y rayos. Cuando más nos persuadimos que nos dejarían, fué el 28 de diciembre del año 1760. Como á las cuatro de la tarde empezó una tormenta deshecha de agua y truenos. Obscurecían el aire con horror, que aumentaba el continuo fuego de los relámpagos. Los infieles estaban á la sazón medio bebidos, celebrando una de sus fiestas, que se reducen á una solemne borrachera. No se daban por entendidos á las iras del nublado. Este despidió un rayo en los toldos que quitó la vida á un mozo y á una mujer, y culebreando por las esteras, derribó desmayados á otros dos, y á los demás llenó de asombro. Aquí fué cuando gritaban que en sus tierras de hacia el Norte no sucedían estas desgracias, que su seguridad estaba en dejar aquel lugar, buscado de los rayos. Quiso Dios que se hiciese ningún caso de estas voces, y así salimos por esta vez de cuidados. Lo que casi movía la cólera en circunstancias de tanta consternación, era la ridícula ceremonia de cinco de sus médicos. Los cuatro estaban embriagados. Llegáronse, cayendo y levantando á curar á los muertos. Ya les apretaban con el puño violentamente el estómago, ya les soplaban reciamente en los oídos y coronilla de la cabeza. Mas los muertos no se daban por entendidos. Formé juicio que este modo de medicar bastaba para quitarles la vida, si la tuvieran. Ahora conocimos los embustes de esta casta de gente, como diremos en su lugar.

CAPÍTULO IV

DE LOS CAMPOS Y SUS ARBOLEDAS

XXXIV. *Amenidad de los campos.* — Todo el país de los Guaycurús goza de una amenidad permanente. Contribuyen á la fertilidad del terreno los muchos ríos, manantiales y lagunas de que se habló antes, que le riegan y dan vapores, que se forman en rocíos abundantes. En cualquiera estación del año se ven las campañas vestidas de verdes pastos, matizadas de plantas menores y gran parte recamadas de flores. La yerba crece tan vigorosa, que hace molestos los viajes, si no se tiene la precaución de poner fuego á los campos. Los bosques no se despojan de la frondosidad de innumerables árboles, cuya variedad y lozanía pregona la bondad de la tierra que los alimenta. Las plantas de vástago sarmentoso y enredaderas llamadas, Nucapále, abrazándose con los troncos y plantas vecinas, componen entretejidos impenetrables, que son como otras tantas nubes de hojas que opuestas al sol, embarazan á sus rayos el paso. Las palmas empinadas, que se levantan, ya entre copados árboles de las selvas, ya en espaciosos campos, presentan á los ojos y á la fantasía una sencilla cuanto más natural perspectiva.

XXXV. *Palmas de varias especies.* — Con particular complacencia se registra el sabio esmero de la naturaleza, con que en sus clases y puestos distribuyó las plantas. Las orillas de los ríos producen árboles silvestres de varia contextura y cañas bravas de desmedida altura. En los bosques, que casi ocupan todo el terreno, hay árboles para fabricar y otros usos, de corpulencia peregrina. En campañas abiertas, en las cejas de las selvas y en su centro, al abrigo de otras plantas, descuellan las palmas de muchas especies. Las primeras ocupan por muchas leguas la tierra. Desde muy cerca de la ciudad de la Asunción hasta los 18 grados de latitud meridional, corren estos palmares en

tierras bajas inmediatas al río Paraguay; y tierra adentro ocupan cañadas enteras de algunas leguas. Desde la orilla del Norte del río Xejuí, que tiene un palmar de éstos por señal de su desembocadura, se extienden estas palmas por las dos bandas del mencionado río Paraguay. Lo admirable es que cada especie de palma tiene su jurisdicción independiente sin que las unas usurpen confusamente el derecho de las otras. La llamada Eabuigo, de la que acabamos de hablar, abraza tan dilatado terreno, en el cual por maravilla se establece alguna otra. La especie de las Namogoligi afecta la misma independencia: armada toda de agudas espinas defiende su tierra. Abunda excesivamente en campos abiertos y abrigados, la Noyoliguaga; y es muy rara la palma de distinta naturaleza que vive á su sombra. Sobresale en los bosques la nombrada Gatigegué, asomando sus compuestos copetes por sobre las copas de los más empinados árboles. Al abrigo de éstos en las orillas de las selvas y de las aguas crecen pomposas las dichas Eyatigiguaga, que compiten con las precedentes en altura y soberanía. La Nologiga, de pequeña estatura, se hacer espetable por sus muchas sutiles espinas, por su consistencia y color de su madera que sirve para lengüetas de saetas y pulidos bastones y otras cosas semejantes.

XXXVI. *Utilidades de las palmas eabuigo.* — A una gente totalmente entregada al ocio en cuanto al cultivo de los campos, próvida la naturaleza, dispuso regalados manjares en las referidas palmas. Á excepción de la Nologiga, de todas hacen cosecha en abundancia. La llamada Eabuigo les suministra cogollos de más exquisito gusto que los palmitos. Cómenlos crudos, asados y cocidos. Los racimos de sus dátiles hervidos en agua, sueltan una materia melosa contenida entre la corteza del dátil y su hueso, que dándola punto, se espesa, y con su dulzura brinda á los infieles. La planta es muy hermosa y alta. Algunas pasan de 16 y aun de 20 varas de largo. El tronco en lo exterior es muy duro y de color pardo, que negrea. Está como escamado desde la tierra hasta cierta distancia; á propor-



ción que sus hojas y palmas se secan y caen, en los arranques de éstas queda formado el escamado. Con los años, queda todo el tronco liso hasta la copa. Produce sus ramos ó palmas en figura orbicular y se asemejan á un abanico abierto. Cada ramo, en las dos orlas de su tronquillo, está armado de unas espinas duras y encorvadas como uñas de gavilán, que sirven de molestia y mortificación al caminar sobre ellas. De entre los ramos brotan los racimos en tanta abundancia que en algunas llegué á contar hasta veinte, y la madre se ve con tantos hijos, no abatida, si coronada. Al principio salen formados en una caja compuesta de una materia fuerte y fibrosa de bastante solidez y figura de espada envainada. Al abrirse esta matriz aparece el fruto ó racimo, vestido de innumerables florecitas de color de oro, pero sin fragancia. Á estas se siguen los dátiles, en figura y magnitud, no muy desemejantes á una avellana. Cuando maduros, toma la cortecita de cada uno un color negro lustroso. La pulpa está pegada á esta cortecita y al hueso, poca, de sabor de miel poco defecada. Puestos en la boca ó en cocimiento de agua, sale fácilmente y gustan de ella los infieles. El hueso es duro, correoso, tanto, que sufre sin lesión alguna golpes de martillo. Labrados en el torno salen unas cuentas hermosas para rosarios, jaspeadas de vetitas pardas y blancas. Del tronco de estas palmas excavadas, se labran tejas, que duran muchos años y la palma entera sirve de vigas y costaneras en fábricas de casas.

XXXVII. *Palma eyatigiguaga.*— De la palma Eyatigiguaga, aprovechan los cogollos y los dátiles. Crece moderadamente, segun lo fértil del terreno. El tronco es durísimo y de corteza desigual. Su corazón es fofo y seco, no hay yesca más pronta á concebir y á mantener el fuego. Tiran hermosamente hacia lo alto sus ramos y desde el nacimiento de éstos cuelgan grandes y vistosos racimos de dátiles ó coquitos. La substancia de estos es algo dorada y tan melosa que empalaga. La figura es como la de una bellota, tira á óval; su color exterior como el de la

substancia amarillo claro; y la magnitud poco menor que la de una nuez; rematan en una puntita y por el pezón los cubre un sombrerito en que está metida la cabeza del dátil. La dulzura de esta fruta es el atractivo de esta gente por extremo apasionada por lo dulce. Unas veces los machacan en morteros de palo duro y así sueltan su substancia jugosa: ésta la comen ó beben primero y después se entretienen en chupar lo que quedó pegado á algunas fibras más atacadas al hueso. Los cogollos son como los de la palma antecedente. Otras veces mondan con los dientes el fruto, tragando el jugo dulce, que se despega en la boca. Los monos y papagallos gustan mucho del fruto de esta casta de palmas. Su tronco es inútil, mas cortado, destila el jugo dulce, que si se pone al fuego á dar un hervor, toma punto de miel. También secan las fibras, de que consta casi todo su interior de alto á bajo, las muelen y sacan una harina parda de buen gusto.

XXXVIII. *Noyoliguaga.* — También les da grandes y los más sabrosos cogollos las palmas Noyoliguaya. Es planta gruesa, su altura más que mediana y en su tronco casi toda escamada. Sus hojas son largas, suaves y correosas. Atan con ellas lo que quieren, y á sus caballos de éstas les hacen trabas. Si se chamuscan levemente pasándolos por las llamas, quedan más flexibles y fuertes. De estas hojas se cubren techos y suplen mejor el defecto de tejas, que la paja. Los racimos que producen estas palmas son grandes, y los dátiles á la vista en los colores parecen camuesas medianas, bien que son más puntiagudas. En unas son dulces estos frutos y los comen Indios y Españoles. En otras son muy agrios, sabor que ellos en su idioma explican con esta palabra: Paiodi. Mascar un dátil de estos, viene á ser lo mismo que partir con los dientes un limón á medio madurar. Puestos en infusión en agua caliente, fermentan, y se hace un vinagre fortísimo y de buen gusto.

XXXIX. *Palma namogoligi.* — Sobre todas las palmas, se arrebata las ganas y esmeros de los Guaycurús, la que llaman Namogoligi, esto es, la que da harina. En sola esta

Palma Nemogoligi



planta hallan el maná, y una colección de cuanto apetecen. Comen sus cocos los cuales buscan y recogen con cuidado; sus cogollos y la médula del tronco. Cavan las de tres ó cuatro años, y cuanto estaba oculto en tierra del tronco es una comida muy suave. Levántase á buena altura el tronco grueso como palmo y más de diámetro, vestido de largas y sutiles espinas de color pardo; parecen otras tantas agujas. Los ramos y hojas están también armados de ellas. Algunas heridas ó punzadas cuestan á los menos prácticos derribar una de estas palmas y sacarle el cogollo. Los racimos son muy grandes y vistosos. Nacen en su pezón correoso, poblados de muchas florecillas amarillas precursoras de cocos del grandor de una nuez, y tantos en número, que hay racimos cargados de más de cuatrocientos. La corteza de estos cocos antes de madurar, es de un verde claro; cuando maduros, amarillea, es dura y del grosor de un pergamino. Puestos en el rescoldo se tuesta y salta fácilmente. La substancia que cubre es de color blanquecino, adherente por medio de muchas hebritas al hueso, y dulce al paladar. El hueso es durísimo y de un color que tira á negro lustroso. Contiene un núcleo como una avellana, de buen sabor, aunque algo fibroso y de mucho jugo aceitoso. Son muchos los manjares que consiguen los infieles, de estas palmas, sin que tengan que enviar á Filipinas sus cocos, ni el Murechi al Orinoco.

XL. *Cocos: sus utilidades.* — De los cocos hacen las cosas siguientes: primero los comen crudos, si quieren, mas lo ordinario es echarlos en el rescoldo, y desecada la cortecita con el calor se raja y salta á poca diligencia. De este modo se pierde también mucho de la substancia acuosa y sobresale la dulce. Tostados, cortan con notable destreza la carne que está pegada al hueso y se la comen. Después entre dos piedras quebrantan el hueso, sacan la avellana que es otro alimento y les sirve aún en sus viajes de matalotaje. Queda siempre bastante pulpa pegada á los pedazos del hueso, y fuera falta de economía no aprovecharla. Para lograr, pues, estas reliquias, amontonan los huesos

quebrados, pónenlos en agua al fuego, hierve ésta y toma la materia un punto de caldo meloso no muy espeso. Lo singular es que cuando con cuchillo ó alfanje cortan la carne de los cocos, no ponen estos sobre algún palo, ó entre solos los dedos de la mano, sino que el pie les sirve de tajo : pónenlos entre el tobillo y talón en el sitio más levantado, cortan contra el talón sin que jamás pase el cuchillo á ensangrentarlos (así está). Los cogollos son bastantemente dulces y por lo común los comen crudos, con que ahorran tiempo en comerlos ó asarlos, porque las más de las veces el calor ó el hambre no permite mayores dilaciones. Lo que siempre comen cocido, y es cosa deliciosa, es el pedazo de la palma que está es lo más alto del tronco y es el arranque del cogollo y otras hojas.

XLI. *Harina y otros alimentos que les da esta palma.* — Puede decirse que toda la palma les es muy útil, para sacarle el corazón, ó médula, la derriban á golpes de hacha, ábrenla como en canal y con un palo duro, afilado por una punta como cuña, cortan la fibración pegada á la corteza, y sacan el corazón. Este se compone de muchas cuerdas ó venas, que suben desde abajo á lo más alto del tronco. Entre estas venas hay una substancia blanca, jugosa, llena de harina y suave al gusto: de esta guisan muchas viandas. No es difícil la maniobra. Secan al sol ó al fuego sobre zarcitos que sirven de trévedes, á pedazos de dicha médula. Los pocos curiosos no hacen más que echarlos entre brasas, y su pereza queda defraudada de gran parte que se quema. Tostada la muelen, ciernen por un paño, y sacan cantidad de harina de que hacen bollos y tortas, que es una especie de pan. También fresca la substancia, la muelen ; así molida, la ponen en platos hondos, ó calabazos, y se sirve á la mesa, que es el puro suelo. El que come, chupa las hebras, que con el jugo dejan en la boca bastante substancia harinosa, y muy fresca y dulce. Las fibras chupadas se ponen aparte en el mismo plato. Satisfecho el que come, retiran el plato, y quedan concluídos los cubiertos.

XLII. *Otros usos.* — Con lo restante del corazón, que está machacado y no cocido, obran de esta manera. Sobre una cestera de juncos ó pielecitas de ciervo lo ponen al sol al paso que se seca la humedad, va emblanqueciendo la harina tanto como la de trigo. Ya seca la vuelven á moler, la ciernen, y apartan las granzas de la harina. Es verdad que siempre le quedan muchas, que en el mortero se quebrantaron demasiado, y se pasan por el paño que les sirve de cedazo. De esta harina se hacen puches, bollos y tortas, como se dijo arriba. La desgracia suele ser que á veces en poco tiempo, y aun en instantes, pierden el trabajo de muchos días. Si la harina queda expuesta al rocío, ó sobreviene agua que la moja cuando la tienen tendida para que se seque, se aceda, se avinagra, y queda incomestible, bien que á la vista no parece dañada.

XLIII. *Aceite, hilo y gusanos.* — Más aun son las utilidades de la palma Namogoligi. De las avellanas de los cocos se saca por decocción, y también por expresión, un aceite muy claro y suave. Sirve para alumbrarse y para la mesa, pues suple bellamente al de olivas. Mezclado el de éstas con el de los cocos en un vaso de vidrio, se forma una formal pelea, procurando cada uno dejar debajo á su enemigo: más al fin canta la victoria el de la palma, y sobrenada al de oliva.

Del coco con su carne puesto en infusión de agua, se hace en pocas horas por fermentación una aloja gustosa y saludable. Cortado un tronco fresco, y puesto con alguna inclinación hacia abajo, de lo más grueso en que se hizo el corte, destila un licor vinoso suave, y que sirve para los felicitantes. Si se le da punto, parece una miel. De las hojas se saca cáñamo, ó hilo que se le parece. Sirve para torcer cordeles y liñas de pescadores. Algún curioso se hizo tejer de este hilo un cojinillo para andar á caballo; y algún otro una chupa; pero una casualidad les advirtió el riesgo. Cayó una chispa de fuego encima y prendió fuego como en yesca. En realidad es materia

muy inflamable. En los troncos antiguos de esta palma se crían unos gusanos blancos, gruesos y largos como el dedo índice. No hay mantequilla de Flandes más gustosa. Cógenlos y fritos en su misma grosura, se los comen. Las espinas hacen oficio de alfileres.

XLIV. *Zarcillos de cocos y concha.* — De los huesos de los cocos sacan también adorno. Á costa de paciencia y tiempo, hacen unos anillos muy curiosos. Casi del mismo arte que los de metales, se usan por gala en los dedos, bien que los de los Guaycurús se destinan á otro uso. No entienden de torno; pero los pulen de modo que salen como torneados. Cierto que no los labrará más iguales, en circunferencia y grosor, la mano más diestra. Amuelan los dichos huesos sobre piedras, y en estando en proporción de una sortija ordinaria, le dan al círculo en una parte un corte tan sútil, que á penas se distingue la cortadura, al cerrarse con su natural elasticidad el anillo. Por dicha cortadura eslabonan unos con otros; y con los de coco entreveran otros trabajados de concha, que es ó parece del todo á la madre perla. Al fin queda concluída una vistosa malla de cuatro y aun seis dedos de ancho, y á veces de más de cuarta y media de largo. Por un anillo que queda arriba y es el principio de la obra, se cuelgan á las orejas estos zarcillos ó perendengues, que les caen sobre los hombros. Esta es una de las más apreciadas joyas, que los capitanes hacen lucir en aquellos días en que su total desnudez se viste de fiesta. Las mujeres no estiman este arreo que grava más que hermosea. De las palmas Eyate y Eyatiguaga, se dió noticia en otra parte bajo el nombre de palma real.

XLV. *Destrozo que hacen de palmas. Hachas de piedra.* — Lo que puede causar admiración es que haya tantas palmas después de tantos años que las disfrutan los infieles, no solamente Guaycurús, sino también otros. Es cierto que á medida que gastan de todas las palmas dichas, corre el destrozo que hacen de ellas. Á fuerza de hacha las derriban; y otras veces sin apearse del caballo,

con notable destreza, valiéndose del palo afilado de que se habló arriba, sacan los cogollos de algunas más bajas. Pudieran, quien lo duda, con facilidad lograr el racimo, y no acabar con tan benéfica planta, más como les sirve el cogollo y toda su médula, se les hace preciso dar con todo en tierra. Algunos después de la comunicación con los Misioneros y gente española, han adquirido hachas ó cuñas ó destrales de hierro, las que antes muy escasamente lograban por medio del trato con los infieles Payaguás, que se las vendían á subido precio. Cuando les faltaban herramientas de hierro, aun al presente algunos, principalmente Guanás ó como ellos los llaman, Niyololas, cuyos señores Guaycurús no tienen hachas de las dichas, usan unas fabricadas de piedra. Estas no son largas; y á lo más se prolongan de 6 á 8 dedos: el grosor es proporcionado y su anchor es de dos hasta tres dedos por el corte. Este es bastantemente obtuso, porque si estuviera muy afilado se mellara con pocos golpes en cosa dura. Dúrales mucho tiempo una de estas hachas, sin necesitar de afilarla, porque la forma embotada del corte conduce á que no salte tan pronto. La piedra material de estas herramientas es muy dura, de color negro lustroso, como el de algunas piedras de toque, lo que ya se dijo en otro lugar. Los que manejan tales hachas ó cuñas emplean mucho tiempo en derribar con ellas árboles ó palmas: y al fin del día vuelven á sus toldos poco menos que con las manos vacías. No obstante tan gran destrozo, parecen intactos los palmares. Los cocos que son la simiente, caen á su tiempo á millares: el terreno es á propósito: brotan, y reemplazan con aumento las arruinadas. Por partes están tan espesos los palmares, que forman como un bosque, y se viaja por ellos con molestia, caracoleando en busca de los claros, y no sin riesgo de dar con las piernas contra algunos troncos. Es providencia que queman los campos y corten tantas: con ésto el fuego derriba algunas, otras las hachas, y no se cierran los pasos. En una ocasión concurrí en un palmar con casi cuatrocientos Guaycurús en-

tre grandes y chicos, de todos sexos. El tiempo estaba lluvioso y no les permitió salir á sus monterías de ciervos. Remediaron la necesidad derribando palmas. Tantas que apareció un espacio limpio, capaz de una grande población. La primera vez que llegamos los Misioneros á la tierra de los Guaycurús hallamos el sitio que escogimos para la reducción lleno de gruesas y altas palmas, que cogían más de dos leguas de terreno, fueron concurriendo poco á poco los infieles : y, á unas tres ó cuatro semanas, apenas se veía en pie una de tantas palmas. Si tienen á mano los cogollos no saben saciar su apetito y solos sus estómagos pueden sufrir la frialdad y crudeza de tales cogollos. Comer un poco no daña, más refresca la sangre, rescaldada en un clima tan ardiente. Á veces, aun esto no arma bien á los desacostumbrados. Una tarde de las más calurosas de diciembre preparé una ensalada cruda de un cogollo : aderezóse como cualquiera otra de lechuga, etc., comíla con gusto, pero á pocas horas se me clavó un dolor tan intenso en la región inferior, que creí ser cólico maligno. Cocidos no tienen malos efectos.

XLVI. *Sementeras. Cómo se entablaron.* — Con ocasión del trabajo que les costaba proveerse de harina y cogollos de palma, les traté de entablar la labranza, y principalmente el plantío de mandioca ó yuca. Al feliz éxito ayudó una contingencia no malograda. Entre los infieles no deben dejarse pasar, porque de una cosa pequeña resultan las más de las veces buenos sucesos. Venía un capitán Mbayá con su gente á despedirse de mí para ir á cosechar palma. Traía unas cuantas tortas hechas de harina de las mismas. ¿ Yesto es todo el avío ? le pregunté. Yo y los cristianos sin el afán de caminar leguas, pasar malas noches y peores días, logramos alimentos más suaves. Si nos aflige el sol, nos retiramos á la sombra ; y si amenaza lluvia nos quedamos en casa, alegres de que beban nuestras sementeras. Á pocos meses tenemos recogido el fruto, que nos sirve de provisión para los malos tiempos. Voy al plantío de mandioca, como has visto,

arranco una mata; y sin punzarme espinas, ni fatiga en cortar palo duro, vuelvo á mi casa con veinte ó más raíces, más harinosas y de mejor sustento que las palmas. ¿No es esta vida más racional? Al decir esto, añadí: Regálame esas tortas de palma, que yo recompensaré su falta con otras más de tu agrado. Diómelas, y yo le cargué á él y á los suyos de otras de harina de mandioca. Este sí que, decían, es pan! Hemos de plantar Eneguigi (mandioca) y hacer lo que para nuestro bien nos aconseja nuestro padre. Híceles al punto escoger tierras. Aráronselas algunos Indios Guaraníes cristianos, y al primer aguacero les repartí rama de mandioca y se la enseñamos á plantar, con gran júbilo de los pobres infieles que lograron abundantísima cosecha.

CAPÍTULO V

XLVII. *Fertilidad del terreno en árboles y frutos.* — Además de las referidas palmas, enriqueció la naturaleza de este país con todas las plantas, y muchas más que aprecian los Españoles, así para las fábricas, como para el entretenimiento del gusto con sus silvestres frutas. Los Guaycurús, gente del todo abstraída de la agricultura y economía, satisfecha con sus esteras, caballos y cazas, no aprovechan las maderas, ni la mayor parte de los frutos. Después que habitamos entre ellos, han conocido que hay muchas cosas en sus tierras, que antes no les merecieron ni una ligera ojeada. Comen ya muchas frutas, porque vieron que los cristianos las comíamos sin recibir en la salud menoscabo. Tampoco ignoraban que los infieles Payaguás y particularmente los Niyololas, se valen de lo que les ofrecen los bosques en corpulentos árboles para la fábrica de sus embarcaciones ó canoas, regalándose con las abundantes producciones y frutos de no pocos. Es cosa cierta que el país está poblado de muchos árbo-

les distintos de los de Europa en corpulencia y en especies. Unos refunden todo su vigor en formarse tan grandes y consistentes, que pueden servir para capaces edificios. Otros añaden á su grandeza la excelencia de las resinas y gomas que resudan sus fragantes maderas. Raro de estos árboles brinda al paladar con frutos deliciosos, contentándose con servir al olfato y otros menesteres con sus jugos oleosos y firmes troncos.

XLVIII. *Árbol Notiquigó.* — Más será bien demos la antelación á los que se llevan las primeras atenciones de los Guaycurús. El que nombran Notiquigó es uno de los más altos y frondosos árboles que hermosean las selvas. Tiene el tronco poco consistente algo fofo á causa de la abundante médula esponjosa. La corteza es liza y de color verde cargado : las hojas largas más de un palmo, en su color verde como el tronco, y en su figura parecidas á la lengua de un toro. Nacen en las extremidades de los ramos, cada una de su pezón largo, pero siete ú ocho inmediatas en forma de corona. Por la parte superior su color es verde claro y lustroso ; por la inferior el ya dicho, que tira á obscuro. Las flores son pequeñas y parecidas á las del naranjo ; su color blanco, y por dentro sobresalen unas pintas doradas, y también un estambrillo amarillo. De entre dos hojitas pequeñas sale un cuerpecillo pálido, cuyo centro es el cáliz de la flor misma.

XLIX. *Su fruta Notique.*— Produce este árbol una fruta que en su perfecta madurez es del grandor de un limón sin que de este notablemente desdiga su figura. La corteza es sutil, cenicienta, y que se despega con facilidad. La carne es jugosa, amarilla con descaecimiento, de sabor ácido y refrigerante. Es verdad que el olor al principio es algo ingrato. En medio de la carne están las semillas, casi como sucede en los membrillos : tienen figura orbicular y aplanada, bien semejante á la de las lentejas : su color inclina á blanco. Estas frutas llamadas Notique de los Guaycurús antes de madurar son de un color verdoso, y están muy duras. Después cambian de color en pálido, y si

se dejan casi podrir, de maduras son sabrosas y de un agrio apacible. Cuando se comen crudas dejan un saborcillo que quiere remedar al del membrillo.

L. *Su zumo negro les sirve para pintarse.* — No atienden los Guaycurús á lo gustoso y las dan destino más de su agrado y estilos bárbaros. Cogen la fruta á medio madurar : así la guardan algún tiempo hasta que pierden lo vigoroso y está ya algo manida. Cuando les parece que está sazonada, y perfeccionada su tinta ó jugo, le cortan un poco por la parte del pezón, abriéndole una boquilla: queda como un tintero y de tal les sirve á sus tiempos. En lugar de pluma toman un palito largo, con el cual baten por dentro la fruta. Deshacen así ó machacan la carne, que sirve de algodones, y suelta un zumo negro claro, mas con el ambiente, á poco rato, negro de todo. Con esta tinta se pintan el rostro y todo el cuerpo, formando varios dibujos y ondeaduras, con no despreciable simetría. Unos se llenan de listas negras, entreverando otras de encarnado de la tinta de que luego hablaremos. Aparecen feísimos, pero á su juicio no hay telas de más valor en los obrajes de la Europa. No dan otros destinos á esta tinta : y en realidad que de suyo no creo que puedan dárselos. Es bien negra, y se pega grandemente al cuerpo, papel ó paño blanco : no se quita por más que se laven hasta un cierto término de días, que pasado, se desvanece y desaparece el color. En cuerpos esponjosos, como son las calabazas, dura mucho tiempo el negro de esta tinta con que los pintan. El arte hallará en ella más utilidades para los tintes. Lo que más importa es que la fruta en conserva ó sola, administrada á los que padecen lubricidad del vientre, les es un buen remedio. Apaga los ardores del estómago y paladar. La aloja que se exprime de su jugo y fermenta, sirve para los mismos usos cuando es reciente : porque si es antigua, se hace caliente y menos astringente.

LI. *Árbol Nibadenigo.* — Más apreciable es la tinta que sacan los infieles del árbol llamado Nibadenigo, de su

naturaleza es silvestre, y se halla en varios bosques de esta tierra. Mas los Guanás y otros Indios, los han trasladado á sus rozados y sementeras. En la reducción teníamos algunos en la huerta por su hermosura. Es muy fácil lograrle: ya sembrado en otoño ó en primavera los granos de su herizo; ó bien de la rama, ó de un pedazo de raíz, como hice la prueba y surtió bien. Levántase á proporcionada altura, como los melocotones. El tronco es frágil, y su corteza de un verde que clarea, hebrosa, y que recibe fácilmente el fuego no menos que la madera. El jugo es de color de azarcón en unos; en otros de un amarillo azafranado. Las hojas penden de un pezoncito, cada una de casi cinco dedos de largo; son grandes y de figura de corazón, su color es un verde que alegra la vista. Produce las flores amontonadas, cada una en su pezoncito: cada flor parece una pequeña rosa sencilla de cinco hojas: unas son blancas con puntas encarnadas: en otras sobresale lo encarnado y en otras lo blanco. Cada una tiene en su centro muchas hebritas amarillas, con los ápices encarnados. Despiden casi ninguna fragancia, mas todo el árbol parece un ramillete.

LII. *Tinta de sus granos.* — El fruto es un herizo muy parecido al de una castaña, bien que es más piramidal su figura. Antes de sazonar su color exterior es encarnado y las puntitas del herizo al tacto parecen una felpa: cuando los granos que encierra cada herizo, que son como 30 ó 40 llegan á su perfecta sazón, el color se muda en canelado. Dichos granos están cubiertos de unas túnicas blancas que los cubren todos, y pegados á la corteza del herizo por medio de un pezoncito. Son de figura cónica, algo aplanados por los lados. El color de estos granos es, en una especie de árboles, de azarcón fino: en otros de un azafranado bellísimo.

LIII. *Son árboles de dos especies.* — En el diario de mi vuelta de los pueblos de Chiquitos, y en otras partes de esta obra se hallarán las diferencias de estos árboles y el modo con que por decocción extraen la tinta ó encarnada

ó azafranada. Según todas las señas que escriben los autores de la *Cúrcuma* oriental, ésta no se distingue del Nibadenigo: por consiguiente, no es error (aunque de tal le califiquen los enciclopedistas, verb. *cúrcuma)* que hay dos especies, una que tira á roja y otra á azafranada. En las dos especies el color de las raíces no es azafranada, y no se obscurece con el tiempo, aunque parece más claro cuando están frescas. Por ésto sin mérito dijeron los autores citados: *Quelques-uns ont cru faussement qu'il y avait un curcuma naturellement rouge: cette erreur est venue de ce que le curcuma devient brun à mesure qu'il est vieux; et qu'étant pulvérisé il est rougeâtre.* En una especie, el color de cuyos granos es casi encarnado, lo es también el jugo de sus raíces y del tronco, aunque no tanto como el de los granos en que está más sutil y limpio. Las raíces delgadas son las que manifiestan mejor el color, y cuando secas sobresale más libre de la humedad.

LIV. *Como se pintan.* — Los granos frescos restregados entre los dedos, sueltan el jugo miniado ó rojo, y los tiñe. Están blandos y jaspeados de unas pintas blancas. Cuando se secan los rojos mudan el color en encarnado y los otros en azafranado. Píntanse en este color como con la tinta antecedente. Cuando salen todo de pies á cabeza de encarnado, es un retrato que al vivo representa una figura de algún condenado envestido de las llamas. Y porque al cuadro no le falten sombras, las forman de la tinta del Notique; y de este modo sale á luz la pintura con los primores que pudiera darle el pincel más bien templado.

LV. *Virtud de esta pintura.* — La tintura extraída de los granos, bebida en agua natural, sirve contra varios venenos: es de buen gusto, algo amarga, y con una punta de aromática. Teñidos los calabazos con esta tinta, permanece el color por mucho tiempo.

La raíz cocida ó hecha polvos, y mezclada en los manjares, sirve de buen azafrán, y les da un sabor agradable. De la corteza del árbol se hacen cuerdas de mayor fuerza

que las de cáñamo. Otras particularidades pueden verse en Francisco Giménez y Pisón.

LVI. *Árbol Elegigo.* — Críanse en los bosques otros árboles especiales. Hay muchos Guayacane ó *Palos santos.* Los Guaycurús los llaman Elegigo. Hablamos ya de ellos en la descripción del Chaco y en los diarios. Las virtudes de estos árboles están publicadas de muchos naturalistas. Dan fruto bastantemente semejantes á las cirnelas, aún en el color amarillo. El palo santo no es especie de ébano, como creyó el ilustrador de Dioscórides, Andrés Laguna (lib. I, cap. 109) aunque convenga en tal cual cosa con dicho árbol. Los Guaycurús labran de este palo las Pipas con que fuman el tabaco. Su resina es fortísima y comunica al tabaco mucha fortaleza. Las mujeres recogen cantidad de goma ó resina, que es negra; y con ella dan listas de barniz á las bocas de los cántaros. Es cosa muy lustrosa, y que no comunica mal sabor al agua.

LVII. *Árbol Ecaoaigo.* — Por todas partes húmedas al abrigo de los bosques, se cría un árbol al cual dan el nombre de Ecaoaigo. Se levanta á una altura hermosa: su tronco, derecho por lo común, no echa ramas sino las que forman su copa. Es muy parecido á la higuera, menos en las hojas. Estas son muchas y casi redondas, cortadas en nueve ó diez divisiones, en cuyo centro remata el pezoncillo de que cada una está pendiente. Nacen en la extremidad de las ramas. Su color por arriba es plateado y por abajo de un verde claro. Son muy espesas y sirven casi como la lija para alisar obras de palo. En el cogollo ó en lo más alto del árbol, nace un cuerpo duro como un grueso pergamino, el cual es largo y de figura redonda. De este cuerpo van saliendo las nuevas hojas que visten el árbol. Da las flores en racimos cinco ó seis juntos, de figura cilíndrica y pequeñas. Al principio están envueltas en una cajita larga que las encierra á todas: abierta ésta, salen las flores: á las cuales marchitas, se sigue el fruto del largo de casi un dedo anular, y á poco menos grueso en su perfecta madurez: es de color amarillo, y lleno de

granitos incorporados en la carne, como los de los higos. En su sabor y dureza es muy semejante á los higos y por ésto muy apetecido de las hormigas, que apenas dejan lograr alguno.

LVIII. *Otros árboles estimables.* — Hay otros muchos árboles cuya noticia extensa omitimos porque para hablar de todos, fuera necesario una historia natural de solo ellos. Del llamado Nacaligigo, de cuya goma hacen pelotas de un resorte admirable, puede verse el segundo Diario. Palos que dan tintes *amarillos muy finos,* tiene por lo menos de tres especies. La una y de más corpulencia, produce un fruto en su figura y sabor muy parecido á las moras, aunque su color es pálido amarillo. Se hallan lo preciosos árboles de Bálsamo como el del Brasil; y otros de resinas y aceites olorosos muy eficaces para curar heridas y otros accidentes que afligen á la naturaleza. Aquel de cuyo corazón forman sus macanas, ó Nebo, compite con el hierro, y sus hojas parecen á las de la retama. Tienen también en sus tierras los árboles *Salsafrás* y *Campeche,* aunque ignoran sus utilidades. Del último suelen labrar postecillos, que clavan en tierra para colgar sus trastitos y pobres ajuares.

LIX. *Tinte que dan al hilo y lana las mujeres Mbayás.* — No es de omitir la industria de las mujeres Mbayás en valerse de algunos de los referidos palos para teñir lana y algodón. Dan un tinte negro muy bueno con una tierra azulada que llaman Limentege, á la cual mezclan las astillas de un palo que se llama Cumatago, y se cría por muchas partes, especialmente hacia las orillas del río Paraguay, en un lugar que en su idioma dicen, por unos árboles, Odeadigo. También tienen amarillo con el cocimiento de las astillas de los palos dichos, especialmente del que por excelencia nombran Logoguigago, el que hace amarillo. Acanelado tiñen con la corteza de otro árbol: y encarnado con astillas de un árbol, y también con algunas raíces. No tienen más maniobra que en la infusión de las astillas ó raíces poner lo que han de teñir.

Entre otras cosas suelen hacer ésta. Después de haber dado cocimiento en la dicha infusión á la lana ó hilo de algodón, le sacan y sobre una estera ponen una capa de ceniza, hecha de un árbol muy fuerte, y con cuya corteza tiñen también colorado. Sobre esta ceniza extienden la madeja recién sacada del cocimiento; y después le cubren bien con bastante ceniza de la misma, tapándolo todo con otra estera. La madeja, al sacarla de la infusión, apenas da señas del color; más, dejada una noche del modo dicho entre la ceniza, se pone de un encarnado bellísimo.

LX. *Árbol Ipequenigigo.* — Para remate del asunto de árboles, pondré dos cuyas frutas son muy estimadas de los Guaycurús. Antes de estar en ellos los misioneros, no las comían; más después que las tomaron el gusto, las buscaban con ansia. Al uno llamaron Ipequenigigo. Es árbol alto, corpulento á proporción y bien dispuesto: su corteza de color blanquecino, y no muy gruesa. La madera de color veteado de encarnado apagado y blanquizco, dura, correosa, y buena para varias labores. Las hojas son pequeñas, y que rematan en punta, y olorosas casi como las del *arrayán*: su color un verde claro lustroso. La flor es pequeña, blanca y en pezoncito común están muchas arracimadas, casi al modo de las guindas. Carga muchísimo de fruta del grandor de una cereza y cuando madura del color casi negro, con una pelucita casi imperceptible. Cada frutita ó cereza está coronada de cinco hojitas, como la granada. El ollejito es duro, y encima una carne blanquecina, jugosa y adherente á dos huesecillos del grandor de una haba pequeña cada uno. Son blandos y pueden masticarse; mas su sabor tira á amargo, con algo de astringente. Esta fruta se come cruda y tiene el sabor de cerezas. Puesta en infusión con un poco de agua, fermenta, y se hace una aloja vinosa, que dura bastante tiempo, y es muy gustosa. Pasándose de punto, se vuelve en vinagre breno y usual.

LXI. *Árbol Notiquiguagigo.* — No es inferior en lo útil

de su fruto el Notiquiguagigo. Crece muy derecho su tronco, y con hermosa proporción de mayor á menor en lo grueso desde que sale de tierra hasta la copa. La corteza es blanquecina: el leño es blanco, algo esponjoso, y lleno de un zumo blanco como el de las higueras. El corazón es del todo fofo, y cuando se seca, se quita con facilidad, y queda hueco el tronco. Este sirve entonces para caja de tamborilillos; y algunos españoles industriosos hacen bellas colmenas para las abejas que crían en sus heredades. Por todo el tronco y ramas se forman unas espinas de bastante dureza, cortas y delgadas. Las ramas están alrededor colocados con poco orden á la vista, solamente que las superiores son más cortas de modo que en la misma que parece descomposición queda formada una pirámide. Nacen las hojas amontonadas en las ramas, siete ó nueve, en conformación de una estrella. El color por la parte que mira al suelo es plateado, y por la superior verde resplandeciente.

LXII. La flor es un tubo larguito que remata en unas hojitas pequeñas y blancas. El fruto es bastante parecido á un pequeño pepino. Está pendiente de un pezoncito largo y tiene sus rayas ó divisiones superficiales de alto á bajo. Pueden considerarse como líneas que le hermosean. Cuando está maduro toma un color anaranjado en lo exterior y en lo interior, de la carne, blanco pálido. En esta pulpa ó carne, están entreverados muchísimos granos como los de trigo, pero muy blandos y de ningún sabor. Madura del todo la fruta, se cae por sí misma y se come cruda, cocida, y de mucho mejor gusto es soasada. No daña aunque se coma en abundancia y es de muy fácil digestión. Antes de madurar está llena de un humor lácteo, que punza algo la lengua si la toca, aunque sin especial sensación ó resulta cáustica.

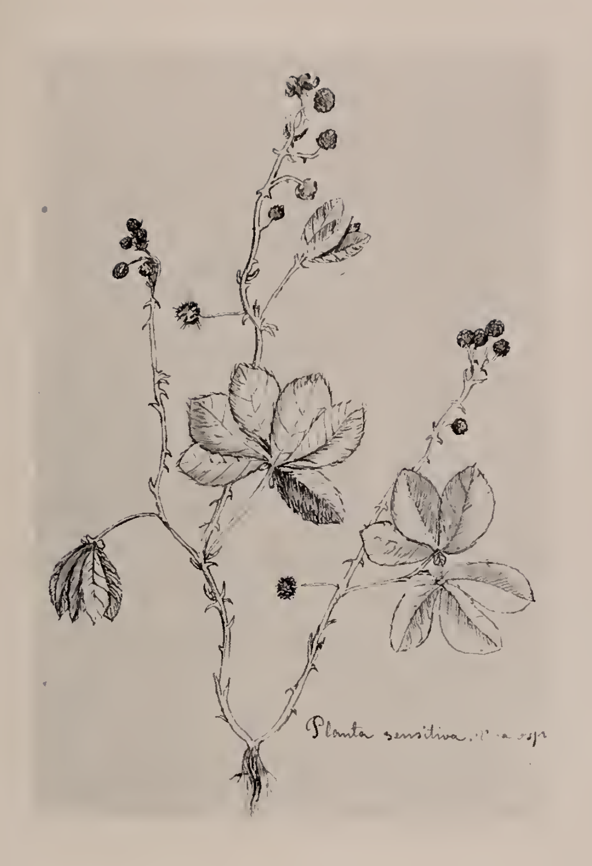
CAPÍTULO VI

DE LA FLORA MENOR

LXIII. *Yerbas y plantas menores.* — Arrebata el entendimiento hacia el benéfico creador la hermosura de tantos árboles en que se esmera su sabia providencia. Sin embargo, la contemplación de la variedad de plantas menores sobre un sér de menor atractivo, hace al parecer, que brille más la mano omnipotente que los cuida : los cerros, prados y campañas, los bosques y riberas de las aguas están llenas de utilísimas yerbas y plantas menores de propiedades singulares.

LXIV. *Planta sensitiva de varias especies.* — Merece la primacia entre todas las que por su natural encogimiento ó recato se alzó con los nombres de *vergonzosa, púdica* y *sensitiva*. No es una sola la especie de sensitivas de esta tierra. Hasta cuatro crecen por todas partes, y en algunos sitios la quinta y sexta. Parece que naturaleza, tan próvida en la producción de estas plantas, enseña circunspección á una gente que hace gala de la desenvoltura.

LXV. *Primera especie.* — La primera especie es de una planta pequeña que á lo más se levanta del suelo una vara. Su tronco es delgado y estriado, ó que forma como canalitos. Las ramitas que de él salen son muy delicadas. Las hojas son pequeñas, algo larguitas, y por todo el pezoncito común colocados una enfrente de otra, como testigo de su hermana y compañera. Son muy parecidas á las de los algarrobos americanos. Todo el vástago y ramitos están armados de espinas pequeñitas, las cuales contienen á la mano atrevida, aunque no la lastima. En los encuentros de los ramitos nace un cuerpecito á modo de tallo, cuya cabeza es espinosa, y á su tiempo aparece coronada de flores, ya encarnadas ya azules con pintas purpúreas. Á las flores se siguen unas vainitas sutiles, acanaladas, y


Planta sensitiva


Primera especie de sensitiva


11 Vergonzosa arbolillo



también espinosas: éstas depositan la simiente, larga y de color negro lustroso.

LXVI. *Segunda especie.* — La segunda especie se levanta á la altura de un arbolillo; tiene el tronco duro, apretado, de color que tira á morado y guarnecido de espinas. Las hojas están opuestas de dos en dos en las ramas, son largas y de un color verde gracioso. La flor es muy semejante á la de la primera especie. La semilla está encerrada en unas vainas medianas, anchas y en lo exterior ásperas: su color es pardo claro. En sazonando la semilla, se abre la vaina en tantas partes cuantos son los granos, cuya magnitud es la de la cebada. Lo singular de esta planta, sobre la contracción al contacto, es que cada tarde al ponerse el sol se amustia y todas sus hojas se cierran, juntándose unas con otras; á la vista parecen marchitas, pero renueva su lozanía y revive su vigor al dejarse ver el sol por el horizonte. Á proporción que se levanta el astro, muestra más hermoso su verdor la planta; siguen sus hojas como otros tantos girasoles al planeta que las vivifica.

LXVII. *Tercera especie.* — Otra tercera especie de vergonzoza crece de dos á tres palmos. De sus tallos, unos se extienden por el suelo y otros suben á la dicha altura. Son delgaditos y están llenos de espinas. Las hojas tienen una figura algo curva ó cortadas en forma de media luna: nacen de seis en seis en el remate de los ramitos y opuestas entre sí forman un ramillete; son anchas y proporcionalmente largas. Da las flores en unas bolitas, cuya figura es de erizo, el cual al principio es verde, después pardo; los ericitos están como arracimados. El sabor de las hojas se da un aire á las del tabaco.

LXVIII. *Cuarta especie.* — La cuarta especie es más hermosa que las antecedentes, y une con el recato la suavidad, pues no cría espinas. Crece á la altura de una vara y á veces mucho más. Tiene el tronco derecho y no del todo redondo. Desde cerca de la raíz salen las ramas, que anhelando á subir derechas, forman vistosa y como un ci-

prés, la planta. Las flores nacen en las puntas de estas ramas y están contiguas unas á otras orbicularmente. Vénse las hojas colocadas de dos en dos y son parecidas á las de los garbanzos, bien que algo más largas. Toda la planta es de un verde claro bermejo que casi declina en blanquecino. Omito otras sensitivas porque difieren en poco de las referidas.

LXIX. *Propiedad de las sensitivas.* — No sé que hasta hoy deje de causar alguna novedad la singular propiedad de estas plantas *vergonzosas.* Si se les toca con la mano, bastón ú otra cosa, en poco tiempo se cierran sus hojas, y toda la belleza que ostentaba queda como confusa y marchita, uniéndose ó abrazándose entre sí unas con otras: parece que huyen la vista y la inconsideración de quien pretende ajar su hermosura. Una sola hojita que se toque ó el tronco ó el tallo de la planta, al punto de uno y otro lado del pezoncito se levantan todas, y toman positura perpendicular, perdiendo la horizontal que antes tenían. Estréchanse tanto entre sí, que cada dos parece una sola; el contacto de mano extraña las obliga á un movimiento tan apresurado y sensible. No duran mucho tiempo en tal postura; al cabo de pocas horas recobra toda la planta su primer vigor y alegría.

LXX. *No tienen vida sensitiva.* — Ha pretendido más de uno que esta propiedad de las sensitivas sea por sí bastante prueba de su vida, no solamente vegetativa, sino también sensitiva. Sin tomar partido, se explica muy bien el dicho movimiento con otras razones sólidas filosóficas. El contacto externo, alterando el curso de los fluídos, que desde las raíces hasta el remate de los cogollos y de éstos hasta las raíces de continuo circulan, como la sangre en las venas de los animales, impide su dirección. De este modo no pasando la suficiente copia de los tales fluídos ó jugos, y retrocediendo hasta la raíz, pierden su alimento las hojas y quedan á la vista marchitas. Es necesario que se siga este efecto á la falta del debido jugo que alimentaba á la planta, hojas y capullos en su lozanía. Esto es

suficiente para convencer que no hay necesidad de multiplicar almas en los vivientes vegetativos. Si no es que lo que pasó por fábula gentílica, se quiera probar también con los movimientos de las sensitivas y hallar en ellas alguna ninfa oculta.

Cur tactum refugis, cur nervos contrahis? anne
Hic Daphne latitas, quæ lauro forte relicta
Phebaeos radios fugias, veteresque colores?
Pone metum: nullos Phebi verearis amores
Arcta pudicitiæ satis hic custodia posita est:
Cynthius hic vacua nec solus regnet in aula.

LXXI. *Opinión ridícula del vulgo.* — Lo más ridículo que hay en este asunto es la credulidad de muchos vulgares de que la sensitiva lo es en todo. Persuádense que estas yerbas perciben y entienden las palabras que se profieren al tocarlas. Este error puede tener su origen en algún embuste de gente perdida y supersticiosa. Plinio, (lib. 24, *Histor.*, cap. 7), hace mención de una planta sensitiva, y la coloca entre las yerbas celebradas de los nigrománticos ó hechiceros : *Adiecit his Apollodorus asectator eius, herbam Aeschynomenen, quoniam appropinquante manu, folia contraheret.* Teofrasto describe la misma ú otra sensitiva (lib. 4, *Historia plantar,* cap. 3), y dice que se criaba en Menfis.

LXXII. *Efectos notables de algunas plantas.* — Lo cierto es que no debe causar admiración el movimiento contractivo de las plantas sensitivas. En otras muchas se advierten efectos tan notables y por comunes poco admirables. La semilla del *trifolio acetoso,* si se aprieta en la mano, salta y se escapa á modo de quien huye el apremio. El *cucumer asinino,* cuando maduro se ha de coger con un lienzo para arrancarle; sin esta precaución, salta con estrépito retirándose. Cosa sabida es lo de unas vainas llamadas *Noli me tangere,* que cuando están maduras, huyen el contacto de la mano. También es muy vulgar lo del *Bejuco de Guayaquil,* al cual *Bien te veo,* porque dicen que

arroja las espinas á quien le mira. No es, pues, tan singular el movimiento de las plantas sensitivas, que deba pasar por prodigio de la Naturaleza. Ni en su investigación debe emplearse una curiosidad nimia, porque la filosofía no se cambie en delirio. Así le sucedió á un filósofo malabar, como refiere Cristóbal de Acosta, que por su demasiada aplicación en el examen del que le parecía arcano en las sensitivas, perdió el juicio y quedó insensato. Mejor será vivir en la reserva insinuada del poeta lírico en estas pocas palabras :

Solaque quæ possit facere, et servare beatum.

LXXIII. — Fuera de los documentos que dan para el recato las plantas sensitivas, sirven también para la restauración de la vida. El olor y sabor de la segunda especie es muy parecido al del orozuz. Sus ojas mascadas aprovechan contra la tos, limpian el pecho y aclaran la voz. Es útil en los dolores de los riñones; y une las heridas frescas. La tercera especie consta de naturaleza fría y seca con virtud astringente y glutinosa. El zumo de su raíz cura las calenturas tercianas, la inflamación de los ojos y concilia el sueño. La corteza de la misma raíz estanca y cura los flujos del vientre. Así el célebre Francisco Hernández.

LXXIV. *Yerba plateada.* — Más utilidades á la salud tiene encerradas en sus virtudes una yerba llamada por el color que sobresale en sus hojas, *la plateada*. Crece en sitios bajos y húmedos. Su raíz no es sola sino un manojo de raíces, que en algunas pasan de treinta, unas tienen como un geme de largo, otras son más cortas; el grosor de cada una regularmente no excede al de una pluma de escribir. No guardan igualdad en toda su longitud, sino que cada una nace de la cabeza principal como un hilo mediano, á proporción va engrosando por el medio y después se adelgaza, como sucede con otras raíces. Son tiernas, de modo que con facilidad se quiebran; lisas y sin las

barbillas que se ven en otras raíces. Por medio de la corteza corre un corazón ó nervio blanco tan frágil como la corteza. El color exterior de la raíz tira á azafranado obscuro con alguna mezcla de blanco; el interior es más obscuro. Masticada la raíz deja un saborcito amargo con algo de aromático y astringente. En secándose es muy vidriosa.

LXXV. Las hojas son doce, el largo de las mayores de ocho á diez dedos. En su nacimiento empiezan angostas, hacia el medio se ensanchan y rematan en punta pequeña. Alrededor están ondeadas ó como escaroladas. Por medio de cada una corre una vena gruesa de color casi morado, si se mira por la parte de arriba la hoja, vista por la parte de abajo, tiene el color blanco y está bien sobresaliente. Las venitas transversales colocadas con igualdad, sobresalen al modo de la principal. El color de las hojas por arriba es verde claro, y por la parte que mira al suelo emula la blancura de la plata, por lo que se le da el nombre de *plateada*. Este color blanco consiste en unas hebritas, las cuales entretejidas con toda la hoja salen como unos copitos de algodón por el reverso de las hojas. Del centro de la planta nacen unos tallitos, dos ó tres, los cuales se levantan como palmo y medio. Están vestidos de una pelucita blanca que, caída, hace que se vea el color de los tallitos morado lustroso. En el remate de éstos sale la flor como la de la cerraja; sus hojas son muchas hebritas blancas, las cuales en sazonando, se abren en fluecos, que lleva el viento con la semilla muy menuda.

LXXVI. *Virtud de la plateada.* — La virtud de esta bella yerba se manifiesta en la prontísima curación de las heridas frescas y de las llagas, aunque sean inveteradas. Cuécese toda la yerba, lávanse las llagas ó heridas con el cocimiento, y sobre ellas se aplica la yerba en forma de emplasto. Las limpia, impide la putrefacción y á pocas repeticiones las sana del todo. También haciendo un cocimiento, con un poco de azúcar es remedio eficaz en los afectos de los pulmones y pecho originados de las in-

ternas. La primera vez que en la Reducción hice prueba de virtud de esta yerba, causó admiración á los mismos infieles su pronta eficacia. Una pobre india tenía los pechos algo encancerados, causaba compasión el mirarla. Aplicósele del modo referido la plateada, y á pocas veces que se repitió el remedio quedó del todo libre de su molesto y peligroso achaque, y los Misioneros acreditados de insignes médicos.

LXXVII. Andrés Mathiolo hace mención de esta yerba *Plateada* ó *Argentina*, la cual en sus facultades conviene con la *Plateada paraquaria*, pero en lo demás es muy diversa. Pongo el método que prescribe este autor para administrar su argentina, porque acaso podrá servir para administrar la plateada. He aquí las palabras: *Praestat haec máxime ad recentia vulnera glutinanada. Quo fit ut eam quidam mirifici extollant ad enterocelas. Maceratur in oleo quo utuntur chirurgici ad praedicta, felici, ut aiunt, successu. Datur potanda ex aqua equiseti a intestinorum et thoracis vulnera, et ceterarum intrinsecarum corporis partium idcoque auxiliatur sanguinem ejicientibus.*

LXXVIII. *Yerba Logoguigo.* — Otra planta es más común en sitios bajos y húmedos ó cañadas cenagosas de este país, que suple muy bien la falta del azafrán. Llámanla los Guaycurús *Logoguigo.* Es planta garbosa y crece á la altura de vara y media. Sus hojas están pegadas al tallo sin pezoncito y salen por todo alrededor, cubriendo la una la mitad de la otra hacia la parte de arriba, de modo que parecen metidas unas en otras. Tienen figura de lanza, aunque son un poco cóncavas. Su aspereza es tanta que con ellas se alisan cuentas de rosario y otras obras pequeñas de torno. Las flores son del todo blancas y de cuatro hojas, las cuales en su nacimiento forman un cáliz largo y en su remate están ondeadas. Son tan grandes como una rosa. Cada planta florida parece un ramillete por la multitud de las flores que la rodean. La semilla está encerrada en unas cajitas estriadas y algo ásperas, como las hojas. Lo más singular es la raíz, la

cual se compone de muchas: del pie principal nacen ocho, diez y más, todas largas casi media vara y á veces mayores. El grosor excede al de una pluma de ganso; su color es azafranado y efectivamente sirve para dar color y sazón á los guisados, en lugar del azafrán. Seca, se guarda por mucho tiempo y conserva su color y virtud. Para condimentar los manjares, ó se machaca ó se muele, y así se pone en ellos en cantidad moderada. Con el cocimiento de estas raíces dan á la lana y algodón un tinte muy bello. En las enfermedades se administra como caliente y diurética. Los Guaycurús, cuando conocieron el aprecio que hacían los españoles de estas raíces, las llevaban á la ciudad de la Asunción y las vendían á trueque de rescates y otras quinquillerías que son de su agrado.

LXXIX. *Yerba balsámica.* — La planta que ya explico da un bálsamo muy eficaz para curar llagas ó heridas. Tiene el tallo triangular y se levanta hasta una vara. En él están colocadas las hojas de dos en dos, cuyos pezoncitos son largos y nacen cada dos opuestos en forma de cruz. No nacen muy espesas las hojas sino en tal distancia que dejan algún espacio del tallo limpio de unas á otras. Son plateadas alrededor y su figura es acuminada como una lanza. Las raíces son largas algunas más de una vara: en su principio delgadas, en el medio gruesas, cosa de un dedo, y rematan con proporción. Cada planta da muchas raíces más ó menos gruesas y largas, según el terreno y el tiempo. Toda la planta exhala un olor agradable, intenso y durable: origínase éste de la mucha goma cristalina y viscosa que se encierra entre la corteza y vena ó corazoncito de las raíces.

LXXX. *Virtudes de su bálsamo.* — El bálsamo se extrae por cocimiento. Quebrántanse las raíces y así se ponen en agua clara: á ésta se la da un buen hervor, y sueltan las raíces el licor balsámico que nada sobre el agua. Recógese con una cuchara y se guarda para los usos. Cura toda especie de heridas y llagas; es muy anodina y á propósito para escozores, grietas, quemaduras y excoriacio-

nes de cualquier parte del cuerpo. Á las heridas se aplica habiéndolas primero limpiado bien y apuntádolas si son grandes. Derrítese en una cuchara y se unta con él toda la herida y lo inmediato á ella, después con un trapito se extiende un poco y se cubre con él la herida. De dos en dos días se renueva la cura del modo dicho. Á las quemaduras y excoriaciones se aplica suavemente untándolas con una pluma mojada en el bálsamo caliente. Repítese esto algunas veces al día hasta que se mitigue el escozor ó ardimiento. En los males de los ojos, se pone en éstos una bolita del tamaño de un garbanzo ó con una pluma se destilan en ellos dos ó tres gotitas tibias y juntamente se untan por lo exterior. Repítese esta operación una ó dos veces al día. Es también resolutivo de algunos tumores y apostemas, y administrado en lavativas en dosis de media onza, aprovecha en la disenterías.

LXXXI. *Planta Eiyedi.* — En los troncos grandes de los árboles crece otra bella yerba, de cuya raíz se hace un engrudo mejor que el de la harina de trigo. El tallo se parece mucho al de las cañas nuevas, á excepción de que no tiene los nudos; también se asemejan á las de las cañas sus hojas. Las raíces están pegadas á las cortezas de los árboles y muy entretejidas. De entre las hojas delgadas brotan otras hacia arriba de figura de un huevo: estan con unos círculos sobresalientes, de los cuales brotan después las hojas. De estas raíces ovadas, que son, á modo de decir, las cebollas de la planta, nacen otras delgadas y larguitas como sus cabellos, por las cuales sube el jugo á las mayores y á toda la planta. De las raíces principales nacen muchos tallos. La corteza de las raíces ovadas es delgada y de color verde que tira á amarillo. Lo interior es un tejido de muchas cuerdas que abrazan una materia blanca y muy viscosa cuando fresca, pero después se seca conservando la blancura; queda harinosa. Es insípida. Para sacar la harina la cortan en pedazos, los secan bien al sol, los muelen y pasan por cedazo. El engrudo se hace con agua, y tiene la excelencia que suple

muy bien al de trigo y aun la cola, y de preservar de la polilla á lo que con el se engruda. Comida esta harina desleída en caldo ó por sí sola, ó la raíz cocida embota la acrimonia precedida de los ácidos estomacales.

LXXXII. *Batatilla.* — La que llaman los españoles *batatilla*, crece en abundancia. Sus tallitos son redondos y de bastante consistencia, con nudo junto á las hojas. Estas son larguitas y angostas, de color verde claro. Nacen las flores en la punta de un tallito, que sin hojas se levanta como media cuarta. La flor es un botón de florecitas blancas y parecen unos canutitos. La raíz es larga y delgada: en ésta á trechos se forman unos botones que parecen batatas chicas: su color es apagado y el sabor un poco amargo. Cocidas estas batatillas, machacadas y puestas sobre las heridas ó llagas, es medicina feliz y experimentada. Aprovechan también en las cámaras de sangre. Para esto se machacan y puestas en agua tibia, se beben. También se toman con un poco de azúcar, así sirven para arrojar la sangre extravasada por causa de alguna herida penetrante. Pero se ha de tener la cautela de tomar en pie dicho cocimiento, porque hace expeler con mucha violencia la sangre por la boca. Estando el paciente sentado, se precave también este inconveniente. Se administra con feliz suceso en calenturas y dolores del cuerpo: resuelve y hace expeler por las vías naturales los apostemas y sus materias. Es un singular contraveneno continuándolo hasta que no salga sangre por la boca. Cura con eficacia el mal del Brasil.

LXXXIII. *Otras plantas.* — Sin duda es prodigiosa la fecundidad de la tierra, tanto en las plantas que de suyo produce, cuanto en la que con muy poco cultivo da en abundancia para el sustento y vestido. Las plantas llamadas *Flores de la Pasión* se hallan de muchas especies. Unas extienden sus vástagos por el suelo, porque no encuentran arrimo, emulando aún en este abatimiento y desamparo á llenar el nombre. Las otras especies, que suben á los árboles, como á su cruz, se hallan en los

bosques y se plantan en los jardines. Las coles naturales nacen espontáneamente en tierra á que se da algún cultivo. Cómese la raíz y también las hojas que son de buen gusto.

LXXXIV. *Planta Egualogo.* — En las horquetas y huecos de los más altos árboles nace y fructifica una llamada *Egualogo.* Causa asombro contemplar el arte de la Naturaleza. Cuando el nabo ó parte principal de esta planta pasa ya los términos en que se fijó cuando pequeña, del mismo brotan otras raíces correosas, que, tomando dirección circular, dan muchas vueltas ordenadas, y de este modo atan fuertemente contra el tronco del árbol á su madre para que su peso no la precipite: otras raíces como cuerdas bajan hasta la tierra á buscar alimento y la vida de todas, no menos que la fecundidad de la madre. Es cosa rara que mientras no arraigan en el suelo no da fruto esta planta: la suavidad de éste es debido al jugo que las raícen chupan de la tierra, y al árbol que le sirve de apoyo. Esta es aquella planta famosa á la cual los indios Guaranís llaman *Guembé* y de la cual hablo en otra parte. Aquí añado que las cortezas del *Guembé*, puestas sobre las brasas, y recibiendo su exhaumerio las personas que padecen flujo de sangre, quedan sanas, porque ataja el flujo sanguíneo.

LXXXV. *Cardo Naayogo.* — Hay muchas especies de cardos silvestres. Á una llaman los Guaycurús *Naayogo.* Es planta muy parecida á la que produce la *Piña americana* conocida también con el nombre de *Ananá.* Por fruto da un racimo que parece al de los dátiles, mas no está pendiente sino derecho hacia arriba en un tallo que nace desde la raíz de la planta. El color es blanquecino que tira á amarillo. Su cualidad es fría y lúbrica. Si se comen en cantidad lastiman las fauces, los labios y lengua, de la cual sacan sangre por la aspereza de la cortecita. Cocidos ó limpios de la cortecilla, no causan este mal efecto. El gusto es agridulce muy suave. Tiene admirables virtudes. El jugo de la fruta en medida de una cucharada,

mezclándole un poco de azúcar, se da á beber á los niños y los libra de las lombrices y del escorbuto de la boca. Aprovecha también á los que padecen calenturas causadas de la flema salada. Provoca los menstruos y las aguas con exceso, si no se tiene cuidado con la dosis. Del mismo fruto se compone una especie de vino tan fuerte, que fácilmente embriaga; mas si se usa con moderación es bueno; si con exceso, enciende la sangre. También poniendo el fruto en agua y dándole un hervor, sale un caldo muy suave al gusto, y si se le da punto parece miel. Entre los dátiles y cerca de la raíz, resuda una goma cristalina muy singular para barnices.

LXXXVI. *Planta Ecolugua.* — En las tierras que en la orilla occidental del río Paraguay cultivan los Chanás ó Guanás, se crían unas calabazas largas y muy olorosas. Llámanlas los Guaycurús *Ecolugua.* Su vástago es sarmiento y se enreda en los árboles más altos. La hoja se da un aire á la de la vid. La calabaza tiene de palmo y medio á dos de largo, á cuya proporción es su grosor. La corteza es dura y de canto bastante grueso. En unas es negra y lustrosa y en otras algo dorada; su carne que es mucha y muy jugosa, despide un olor muy suave é intenso. Puesta una calabaza de estas en una iglesia, la llena de fragancia. Las semillas están entre la carne y son parecidas á las de las calabazas. Asadas ó cocidas estas calabazas, se comen, tienen virtud refrigerante y que humedece, por esto aprovechan grandemente á los calenturientos. De su corteza se sacan vasos y jícaras muy vistosos por curiosidad, porque de ordinario se arrojan.

LXXXVII. *Gotamogo.* — El algodón al cual llaman *Gotamogo*, se da bellísimamente. Lo fértil del término hace que se levante más que en la Asunción. Tienen una especie de algodón propio. Este se hace un árbol como una higuera de dos años. Las hojas son como las del algodón de las tierras españolas, hendidas en tres cortes; pero estas tienen más profundas las hendiduras. En flor y perilla convienen, solamente que ésta es algo mayor. La lana ó pe-

lusa que encierran las perillas es algodón bueno y poco menos blanco que el común. Hilan y tejen con primor este algodón y se hacen las mujeres mantas muy bellas. Lo particular de este algodón es que en el centro del copo tiene la semilla siete granos tan unidos y apretados entre sí, que cuesta mucho trabajo desunirlos con la mano. El algodón ordinario tiene las semillas separadas y se apartan fácilmente del copo. Por prueba lo sembré en la Reducción: crióse como en tierra propia y nos sirvió como el de la tierra de cristianos, bien que de este se componía lo más del plantío, porque rinde en mayor abundancia y más presto, como también por ocupar menos tierra la planta, ser más fácil el recoger el copo por la proporcionada altura y salir el algodón más suave y fino.

LXXXVIII. *Nalodagadí.*—No menos propio es el terreno para la planta del tabaco, llamada de los Guaycurús *Nalodagadí.* Los infieles Guanás y otros que cultivan la tierra, tienen varias especies y todas excelentes. Crece y se coge todo el año si los vientos Sures no son tan frecuentes que causen extraordinario frío. Levántase más de dos varas la planta y sus hojas tienen casi un codo de largo. Segun la especie, unas tienen figura de lanza, otras de lengua de vaca y son más largas y angostas, y otras son acorazonadas y gruesas. Estas dan un tabaco fortísimo y aromático á causa de la mucha goma que encierran. Es grande el consumo que hacen de tabaco, porque los hombres y chicos fuman. Las mujeres le mascan como se dirá á su tiempo. Ví á las infieles hacer una maniobra con el tabaco, con la que en poco tiempo lo guardan y muy fuerte. Cojían las hojas ya maduras, lo que se conoce cuando empiezan á pintarse de unas manchitas amarillas. Con el fresco de la mañana las recogían. Después las machacaban en un mortero y hacían en un plato panes de tres á cuatro dedos de alto. Poníanlos en los mismos platos al sol ó al calor del fuego. Luego se ennegrecía por todos lados la costra, menos por abajo. Volvían el pan y cuando estaba la superficie negra, lo dividían en varios

pedazos. Estos, conforme se iban secando y perdiendo la humedad, tomaban el color negro, y bien secos un olor aromático como el del tabaco torcido. Para que no se enmohecciera, desmenuzaban los pedazos: así los ponían al sol y aseguradas de que ya no tenían más humedad que la melosa de la goma ó resina, lo ponían bien atacado en unos calabazos largos que luego tapaban. Aquí fermentaba el tabaco, desenvolvíanse más sus sales y quedaba de un olor suave, mas de mucha fortaleza.

LXXXIX. *Virga aurea.* — En campañas abiertas se descubre en grande abundancia lo que llaman *Virga aurea.* Su flor, reducida á polvos, y en cantidad de peso de un real de plata, puestos en huevo pasado por agua y tomados por los que padecen retención de orina, es eficaz remedio. Toda la planta cocida da un tinte hermoso amarillo al algodón ó lana.

XC. *Suelda consuelda.* — Mantenida y abrazada en las escabrosidades de las cortezas antiguas de los árboles, desde el suelo se eleva la *Suelda consuelda;* su virtud en reunir quebraduras de los huesos y de los niños es tan cierta, como continuamente experimentada.

XCI. *Nacacodi.* — Á las orillas del río Paraguay, y en los anegadizos que dejan sus crecientes, nacen de suyo extendidísimos arrozales. El grano de este arroz silvestre al cual llaman los Guaycurús *Nacacodi,* no es tan abultado y blanco como el de España y también rinde mucho menos. Sin embargo es verdadero arroz y sabroso al gusto. Los infieles Payaguas y los Guachicos, que también son indios que usan canoas, disfrutan en más abundancia este apreciable grano. Entran en la sementera ó plantío con sus canoas, sobre las cuales sacuden las espigas, recogen en pocas horas lo que quieren y se retiran temerosos de ser sorprendidos de sus rivales los Guachicos. Los Mbayás de hacia el Norte hacen alguna providencia, pero corta, ya yendo á los arrozales, ya comprándole á los Payaguas. No saben limpiarlo, y así cocido, parece algo colorado, porque le queda la cortecita interior tan sutil como un

polvito. Llegué en una ocasión á un toldo de infieles acompañado del cacique de mi Reducción. Enviáronnos, según su política, unas cazuelas de arroz cocido con solo agua. Cierto que el color no picaba el gusto, pero el hambre era grande. Perplejo el cacique al ver tal manjar, me preguntó: Mi padre, ésto es comida? Espera y verás si lo es ó no. Tomé yo un poco con una conchita que me servía de cuchara. Deteníase aún el cacique: animéle, porque parece que se recelaba. Empezó y lo hizo con tanto desempeño luego que le tomó el gusto, que fué necesario ingenio para que á todos no nos dejara poco menos que en ayunas. En la Reducción sembramos, no este silvestre, sino el blanco de España; y probó tan bien, que de tres, á lo más cinco granos por hoyo, que se sembraban, macolló soberbiamente; y había pie que tenía sobre cien espigas. Sembróse á surcos, que es mejor que esparcido como el trigo. Hícele segar dos veces y brotaba como la primera vez que se sembró. No se transplantaba ni estaba en tierra aguanosa, sino en buena tierra como lo requiere el trigo. Al principio, si los calores son grandes, requiere algún riego; pero si acuden las lluvias, se logra sin la pensión del riego. Puse también en tierra aguanosa, y sucedió que á pocos días se ponía amarilla la mata, y se secaba. Creí que el calor calentaba la tierra y agua y estas cocían las raíces de la tierna planta.

XCII. *Caña agria.* — En las mismas orillas de los ríos y de bañados, se cría una planta parecida á la caña, pero no tan sólida. Su grosor excede poco al de un dedo; es redonda y de un color verde claro. Dentro está llena de una médula jugosa, cuyo sabor tira más á agrio que á dulce. Las hojas rodean el tronco, como en la caña, pero son pocas, ya seis, ya ocho ó diez en una mata, como un palmo de largas y de tres á cuatro dedos de ancho por el medio, á veces más, según en la tierra en que se crían. Su figura es acuminada, no tiene sino una vena que corre por medio desde el nacimiento de la hoja hasta la punta. Las venas colaterales parecen unas delicadísimas líneas:

por la parte de arriba están lisas, mas por la que mira á la tierra son blanquecinas á causa de una como pelucilla áspera de que están cubiertas. En el remate de la caña ó tallo nace un cuerpo parecido á una piña, largo de diez á doce dedos, y remata como una piña en alguna punta. Está vestido de escamas como la piña, doradas en las puntas y casi encarnadas en su principio y lados. Ábrense en su tiempo y debajo de cada una aparece la flor blanca con algo de encarnado. Debajo de cada flor está la semilla, que son unos granitos negros de muchos ángulos, como los de la cebolla. Las virtudes de esta caña son singulares. Mascándola y tragando el zumo agrio, desembaraza la cabeza cargada de humores. Contra las cámaras es un grande específico, mascando la caña y tragando el zumo, en pocos días queda libre el paciente. Es también muy eficaz contra dolores precedidos de algún asiento del manjar en el estómago. Á mí me curó en un viaje que por el despoblado hacía con los indios. Sentóseme en el estómago un poco de queso fresco que me dió uno. Sentí una calentura y dolor intenso de cabeza. Corté unas dos cañas y chupé de una bastante zumo. Á pocas horas obró como una purga suave, arrancó aquel alimento crudo, sacándolo y quitando juntamente la calentura y dolor de cabeza. En grandes calores interiores es de mucho alivio.

XCIII. *Ignorancia de los médicos Guaycurús.* — De semejantes plantas y yerbas utilísimas llenó el Creador todo el país que ocupan los Guaycurús. Sin embargo, reina en todos una universal ignorancia de sus apreciables usos. Sus médicos no conocen virtud alguna en las plantas relativas á las enfermedades. Todo su método consiste en cantar, dar gritos desaforados, con que atienden á los enfermos y quiebran la cabeza á los sanos, y chupar como se dirá adelante. Con tan poco arte en sus curaciones, no adelantan en alivio de sus pacientes. Muchos de éstos que á poca costa recobrarían la salud, medicados con los específicos que ofrece la tierra, mueren atormentados de la vocinglería y chupaduras de sus *Nigienigis* ó médicos inex-

pertos. Mejor fuera á voces hacer que estos curanderos entendieran los siguientes versos de un ingenio tudesco :

Herbis, non Verbis, medicorum est pellere morbos :
Verbis, non Herbis, stolidorum est credere corpus
Curandum. Ergo abeant procul atque facessant
Et vetulæ, et Lamiæ, et varium genus impostorum.

Vanidicum, indoctum, quos pro medicamine verba
Protrudisse iuvat: credo cacodæmone fretos,
Aut Erebi Furiis comitatos pellere morbos
Carminibus Circes tentantem, murmure cantus
Thessalici, orantes Erebonque, Hecatenque, Chaontaque.

Herbis, non Verbis, redeunt in corpora vires.
Ergo suis cessent verbis medicaster Apella :
Clamosus Stentor, cesset furiosus Agyrtes
Herbis, non Verbis, fiunt medicamina vitæ.

No puede con más bellas expresiones pintarse la ignorante clamorosidad y furia estrepitosa que agita el pecho de los médicos Mbayás. Infelices son los dolientes que se ponen á tiro de sus infernales bocas, pues todo el alivio se reduce á quedar despojados de sus pobres alhajuelas.

CAPÍTULO VII

DE LA FAUNA MAYOR

XCIV. *Diversidad de animales.* — No menos que en plantas es fecundo el país de los Guaycurús en la producción de muchas especies de animales silvestres, muchos de los cuales sirven de regalado plato á los que los acosan y cazan. No se escapan de su cuidado ni los más bravos, cuya ferocidad ocultan los bosques, ni los más veloces, que vuelan ó corren por campañas abiertas.

XCV. *Tigres.* — Los tigres á los cuales llaman *Nigetiogo* se hallan en mucha abundancia. Las crías de yeguas y caballos que tienen los Mbayás, son el cebo y atractivo de tan feroces animales. Con frecuencia hacen estragos

en las yeguadas. No se descuidan de hacer presa en los racionales á las sombras de las tinieblas. Por este motivo, si los precisa salir de sus toldos de noche á alguna urgencia, cargan ó la lanza, la cual llaman *Apoquenigi*, ó un garrote de una pulgada de diámetro y de casi vara y media de largo cuyo nombre es *Nebó*, ó un sable pequeño al cual le han puesto el nombre de *Enanitiquagigi*. Otros toman su arco y flechas. Armado ó apercibido con estas armas el Guaycurú parece en su intrepidez terror del animal que hace temblar las selvas y sobresaltar los ánimos. Entra y sale y el Guaycurú armado, por todas partes, compitiendo entre sí la barbaridad osada del hombre y la ferocidad arrojada del bruto.

XCVI. *Sus pieles.* — Son muy corpulentos en este clima los tigres. Si logran quitar la vida á uno de estos, es un día de boda, porque los comen con más gusto que la gente blanca las terneras. En realidad que de ordinario están muy gordos, lo que también contribuye á la grandeza de sus pieles. Algunas de éstas, que curtidas se visten los infieles, son poco menores que las de un jumento mediano. Sírvense de ellas en tiempo de frío ó cuando sopla el sur, arrollándoselas de pies á cabeza. Hacen también unas zamarras ó jaquetillas que se ponen principalmente cuando van á la guerra, porque creen que el coraje del animal muerto en la piel se le comunica al que la lleva. Para que dicha zamarra no les impida montar á caballo y el manejo de éste, las hacen cortas como hasta medio muslo, y además las levantan hasta la cintura á la cual las ciñen. Este cinto es un cordel tejido ó de cerdas de caballo ó de estopa que sacan de un cardo llamado *Nagacole* que es una especie de piña silvestre americana, esto es, de Ananá; puede concebirse como una planta pequeña de Pita.

XCVII. *Caza de tigres.* — La caza de tigres tiene poco de diversión y les cuesta algunos desvelos. De día rarísima vez sucede que salga el tigre: está retirado en las selvas ó escondido en las cuevas de quebradas ó barrancas, y muchas veces en los huecos de árboles grandes carcomi-

dos. De noche hace esta bestia sus surtidas. En la Reducción nos hicieron mucho daño y tenían consternados á los indios Guaranís cristianos que nos ayudaban. Destruyeron muchos perros, que como centinelas vigilantes los descubrían con sus ladridos. Gallinas, patos y caballos les servían de pasto. Llegó á tanto la osadía, que arañaban las puertas de las casas de los indios, como que buscaban entrada. Algunos cayeron en la trampa que se les armaba, otros fueron muertos á balazos y otros á garrotazos. La trampa es una cimbria con su lazo: éste al entrar el tigre á comer lo que ya dejó el día antes por la noche muerto, se dispara hacia arriba y levanta al tigre que queda colgado por la parte que le cogió el lazo. Acuden los indios que estaban ocultos, y con el garrote le quitan la vida. Tienen mucho cuidado los infieles de no agujerear la piel para que les sirva de capa y zamarra. Por eso rara vez usan la lanza ó flecha para matar al tigre, si no es en un caso fortuito ó impensado. Cuando no arman la cimbria, le cazan de este modo: Á lo lejos del animal muerto por el tigre, se ocultan varias partidas de indios. Antes dejan formados unos montones de leña dispuesta con paja para que levante llama al aplicarle el fuego. Sienten los centinelas el tigre y al punto procuran encender todas las hogueras, que forman como un círculo. Á la vista del fuego queda sorprendido el tigre, se sienta y mira á todos lados. Ya los indios han cojido sus puestos y como en rueda se van acercando con los *Nebos* en las manos. No acierta el animal á buscar salida, viéndose rodeado de armados. Cuando le advierten como pronto para romper por un lado, los del opuesto y de los costados le disparan el *nebo* con tanto acierto, que si no queda muerto, por lo menos se ve perniquebrado. Ahora á su salvo llegan los indios y concluyen con algazara su caza, repartiendo la presa. Dos tigres que cazaron de este modo raro, les habían destruído en la Reducción en pocas noches casi doscientas ovejas.

XCVIII. *Simplezas de los médicos Guayeurús.* — No es

para omitido tal cual caso, que pone á la vista la simplicidad ó mentecatez de los *Nigienigis*, ó médicos Guaycurús. Entre esta casta de embusteros había uno que decía que su *Latenigi*, ó fantasma que invocan y se les aparece, era un tigre disforme. En una ocasión viajamos juntos é hicimos noche á la orilla del río Aabaneyona. Éramos como unos once de comitiva. El médico, al ponerse el sol, se fué por la orilla de un bosque, que al Oriente nos caía inmediato. Estuvo cosa de una hora sin saber nosotros porque dilataba tanto en un sitio realmente madriguera de tigres. Al fin volvió, y en modo misterioso dijo que había hablado con su *Latenigi*, tigre feroz para otros, pero para él manso. Encargó que nadie se apartase de las esteras que nos servían de choza, so pena de ser despedazado de algún tigre y que esto se lo había amenazado su oráculo. Á mí en particular me encargó el cuidado. No necesitábamos muchas recomendaciones, estando en paraje infestado de voraces tigres. Sin embargo, porque no saliese con la suya tomé mi rosario en la mano y me salí de las esteras á rezarle. Con disimulo iba ganando tierra y alargando hacia la ceja del bosque cada vez más el paseo. Ya era bien de noche; concluí en paz y me volví serenamente á las esteras. Metí la conversación de mi paseo y al oirme quedó como admirado el *Nigienigi* de la falsedad de su *Latenigi* ; y todo paró en decirme con gracia (y es modo muy expresivo en su idioma) : *am agupelguagi*, tú no tienes entendimiento : no te haces cargo de los riesgos predichos por mi diablo. Mejor fué en otra ocasión con el mismo médidico. Estábamos ya de vuelta en la Reducción y esperábamos á un nuevo misionero que nos venía de la ciudad de la Asunción. No sabíamos nosotros si estaba en camino, ni aun si había salido de la ciudad. El médico nos dijo que llegaría sin falta aquel día el misionero, que saliésemos de cuidado, porque así se lo había dicho su *Latenigi* el tigre. Este aviso fué por la mañana y el médico se fué con su familia á buscar Palma, en que gastan algunos días. Decíale yo que su *Latenigi* era un embustero :

fijábase él en que hablaba verdad. Al fin llegó aquella tarde el Misionero, y nuestra dicha estuvo en que ya el médico estaba ausente, que sino nos hubiera dado en rostro con nuestra incredulidad y su alta ciencia de lo futuro. Una casualidad como fué esta de llegar el Misionero segun su anuncio, basta para confirmarle en sus desatinos y fantasías.

IC. *Otro caso gracioso.* —No obstante, alguna otra vez hice ridículos á los médicos y á sus oráculos. Mas en esto era necesario proceder con mucho arte. Mi compañero había hecho un viaje á la ciudad á diligencias importantes á la Reducción. Concluídas, se volvía á ella, y desde un sitio distante como unas veinte leguas, me adelantó un aviso en que me prevenía que dentro de dos días llegaría. No supieron los infieles que el Padre me escribía, ni hicieron misterio de ver al que trajo el billete, porque éste les dijo que el Padre tardaría y que á él le había enviado para que cuidase de su familia y de hacer sementeras. Viéronse fuegos en el campo hacia el sitio en que ya podía hacer noche mi compañero. ¿Quién será? ¿quién no será? se disputaba entre los infieles. Yo callaba esperando la mía. En estas perplejidades alguno de sus adivinos canta al són de su calabazo y después profetiza. Así lo hizo uno cuyo *Latenigi* era también el tigre. Pronunció como desde sus trébedes que aquel fuego no era puesto por el Padre mi compañero, sino por los Nogogolodis, nación que es su enemiga. No contento con esto se fué hacia el río á consultar más lejos y á ocultas á su *Latenigi*. Ya los fuegos estaban á lo más dos leguas, última seña que yo tenía para enviar gente al paso del río á que pasasen al Padre y á los que le acompañaban. Los infieles con el dicho del tigre de su adivino estaban algo temerosos, no fuese que anduviesen tan cerca los dichos enemigos. Preguntábanme qué sentía yo en caso tan apretado? Esperad les dije, que yo os desengañaré presto y tomaremos resolución en esta duda. Saqué un anteojo de larga vista y puse la mira hacia el fuego. Estuve así un rato y aunque era

imposible de divisar al Misionero por los muchos árboles que atajan la vista,ví ya cerca de la Reducción un jinete y conocí que era uno de los de la comitiva del Padre. Aquí bajé el instrumento y les dije que no temieran, porque ya estaba en la orilla del río ó más cerca nuestro Padre, y que mis vidrios veían de más lejos que el *Latenigi* de su médico, que sin duda sería algún tigre de vista gastada por los años. Cogieron ellos como monos el anteojo, y como no sabían ponerle fijo, todo era sombras. Á este tiempo llegó el enviado de mi compañero, que les habló y dijo que ya el Padre estaba esperando á la orilla del río. Aquí fué Troya: yo victorioso me retiré á mi cuarto ó choza y los infieles les preferían la habilidad del anteojo á toda la ciencia de su médico, que se apartó bien corrido, y lo mejor fué que duró la especie muchos días y la contaban á cuantos de los toldos de arriba venían á la Reducción. Algún fruto consiguió esta maniobra: porque cuando cantaba el dicho *Nigienigi* ya no le creían, y luego salía á plaza el alcance del anteojo de larga vista.

C. *Ciervos y venados.* — Mucho nos ha entretenido el tigre; más breves seremos con otros animales aunque también fatigan en largas carreras á los infieles. Pero son muy de su gusto y los buscan con ansia. Dos son los más apreciados: al uno llaman *Totiganigo*, que es el ciervo; y al segundo *Napicagaligi*, que es venado. Pocas veces se escapan del *Nebo* si los divisa el infiel á caballo. Tanto los venados como los ciervos tienen el pelo lustroso, no largo, y de color pardo claro, y hay unos que están ya jaspeados de pintas blancas que son como unas corzuelas.

CI. *Particularidad de estos animales.* — Conforme al dictamen de un diligente escritor, á estos animales en América no se les halla la hiel. Pero creo que en esto padeció engaño. Porque los indios tienen cuidado de cortarla del hígado y arrojarla. Lo cierto es que su carne es buena, aunque al que no está acostumbrado le olisquea un poco. Los más de los Mbayás la anteponen á la carne de vaca y todos se lamen los dedos al comerla. En muchos

venados y ciervos se forma piedra bezoar, aunque los cazadores rara vez la encuentren. La razón que da el mencionado escritor es porque estos animales, en sintiéndose acosados huyen con velocidad; pero si llega á herirlos el que los corre, vomitan, arrojando por la boca el *bezoar* ó *bezar* que guardaban en sus buches. Por esto, si no se tiene mucho cuidado (como no le tienen los infieles), no logra el cazador la piedra medicinal.

CII. *Como los cazan.* — En otra parte diremos el modo como los cazan en la carrera á caballo: ahora pondremos otro más quieto y curioso. Buscan los infieles una cañada ó campo acomodado y que tenga bosque á los dos lados. Ponen unas ramas de árboles en las orillas de los bosques, como un cercado pero muy ralo. Después por la entrada y salida del campo, colocan otras ramas del mismo modo. Dejan dos pequeñas puertas. Antes de esto tienen ya quemado aquel pedazo de campo. Brota el pasto tierno que luego buscan los ciervos y venados. Entran estos por las puertas en que no hallan embarazo. Los infieles están ocultos y cuando ven dentro algunos, cierran con unos cordelillos las puertas, atravesándolas de una rama á otra. Entran, ojean los ciervos ó venados: huyen éstos á buscar salida y como todo lo encuentran atajado, los mata el indio á su salvo. Lo que admira es que no salten aquellas pocas ramas ó que no se pasen por algunos claros, que apenas tienen más defensa que una varita. Nada menos porque el ciervo y venado no sabe bajar la cabeza: siempre la lleva erguida y temen tanto, que una rama ó varita les sirve de espantajo. Aprovechan las pieles para sus mantas de invierno para dormir sobre ellas y formar Pelotas en que pasar los ríos los que no saben ó no pueden nadar, y también cargan en tales ocasiones dentro sus trastillos para que no se mojen. Á los españoles se las venden á buen precio por cuchillos, espejitos, cuentas de vidrio y otras cositas de su agrado.

CIII. *Puerco Niguitagi.* — Hállase una especie de jabalí ó puerco montés, mucho menor que la de Europa; pero

gustan mucho de su carne los infieles. Llámanlos *Niguitagi*. Las orejas y piernas son más cortas que las de los cerdos domésticos. Apenas se les divisa la cola por corta. Lo singular de este animal consistente en un cuerpo esponjoso que le hace en el espinazo. No faltan algunos que creen ser el ombligo, pero en realidad es parte del cuerpo muy diversa. El dicho cuerpo es una prominencia en parte carnosa y en parte membranosa, por la cual se transpira un humor tan fuerte olor de almizcle, que su vehemencia casi encalabrina. La carne de estos puercos es buena y de famoso gusto para los Guaycurús. Mas es necesaria la cautela de cortar dicha carne esponjosa luego que muere, porque de no hacerlo, el humor lácteo que contiene corrompe la carne.

CIV. *Otra especie de puercos.* — Más frecuente y más numerosa es otra especie *Niguidagis*. No se diferencia de la antecedente sino en que le falta el cuerpo glanduloso y fétido en el espinazo. Andan en manadas de ciento y de muchos más á veces. En tiempo de frutas silvestres se entretienen en las selvas, mas cuando aquellas faltan salen á buscar su alimento por los sembrados de los indios. En estas ocasiones, luego corre la voz por el toldo, y salen todos armados de lanzas, flechas y garrotes á darles caza. Unos van á caballo, otros á pie, y todo es bulla. Si tienen fortuna de que no se les metan en el bosque, vuelven en media hora cargados de puercos muertos á sus esteras. Todos los *Niguidagis* son bravos y feroces cuando se ven acosados. Arrojan espumarajos por la boca, castañetean horriblemente dando diente con diente, sus ojos parece que centellean. Arremeten al caballo y á los indios y más de una vez esgarretan á aquéllos y éstos huyen ligeros. Cuando se ven muy perseguidos si hay río cerca se arrojan al agua, y entonces logran mejor su industria los cazadores. Éstos se echan también al agua y como son tan diestros nadadores, á garrotazos matan muchos antes que se les escapen á la otra banda. Otro modo de cazarlos es el siguiente: En la senda que dejan al ca-

minar los puercos, la cual no mudan tan fácilmente, se cava un hoyo de dos varas de hondo y dos ó tres de diámetro. Cúbrese con varillas, yerba ó paja, superficialmente. Vienen los puercos por su camino acostumbrado, y al llegar al hoyo, cae el primero, y trás él muchos otros que le seguían, según su modo de caminar, que es ir unos en pos de otros. Lleno el hoyo, algunos por sobre los otros saltan fuera, más siempre quedan muchos en lo hondo. Después desde arriba se matan con conveniencia y sin susto.

CV. *Caso ridículo.* — Un chiste me sucedió en la Reducción, que hasta que se averiguó me tuvo en cuidado. Un día como á las cuatro de la tarde sentí mucho ruído de los Indios y como que hablaban alborotados. Salí de mi choza y uno me dijo que la gente estaba sobresaltada. ¿Por qué? le repliqué, deseoso de saber la causa. Ha dicho una vieja que vino del bosque, á donde fué á buscar leña, que vienen muchos Españoles del Matilipi (de la villa de Curuguatí) á cautivarnos. Como al principio de todo se recelan los infieles y son muy voltarios, cualquiera especie sin fundamento los pone á riesgo de huirse. Iremos á verlos, dije yo. No lo permitieron los infieles, encargándome el cuidado de sus familias, las cuales casi todas se vinieron á mi rancho. Los varones cogieron sin tardanza caballos, y bien pertrechados de sus armas fueron á registrar el sitio. Á cosa de media hora volvió uno, y dando una gran carcajada, dijo : no hay Españoles, los dientes de los *Niguidagis* que están comiendo cocos de palma, le han parecido á la vieja escopetazos. Pasó todo en risa y salieron de sustos esperando la caza que trajeron los indios.

CVI. *Animal Apolicaganag-iguaga.* — Á otro animal que comen con gusto llaman *Apolicaganag-iguaga*. Este nombre descifra bastante lo que es el animal, quiere decir, semejante al caballo, porque en su corpulencia llega á igualar á un potro mediano. Tiene algo encorvado el espinazo, y en lo demás del cuerpo dice alguna semejanza con el puerco. De ceja á ceja le corre un hueso sólido y

algo sobresaliente. Con este hace tanta fuerza contra lo que se le pone por delante, que rompe las maderas de los campos y palos de buen grosor. Casi siempre sale á buscar su comida de noche y hace gran destrozo en los sembrados. Su cuero es grueso, duro y de pelo corto y cuyo color es pardo algo sombreado. Este animal se halla mucho en el agua, en ella se defiende del tigre y nada con notable ligereza; sin embargo, no entra en la clase de los anfibios. Sus pies son cortos, respectivamente á la mole del cuerpo y están dividos en tres divisiones ó uñas. Dicen que estas uñas, y con especialidad las del lado izquierdo, poseen virtud admirable para curar la gota coral. Son fortísimas armas de este animal sus dientes agudos, con los cuales en corto tiempo despelleja á los perros que de cerca le embisten, y despellejados arroja á una buena distancia. La cola es pequeña, delgada y ensortijada, muy desproporcionada á su cuerpo. En el cuello le nace una clin corta que le sirve de algún adorno. La carne es sabrosa, porque se alimenta de sólo pasto suave, que pace en los prados y en las orillas de las aguas. La piel curtida no es inferior al más fino ante.

CVII. *Etaguimagadi, especie de conejo.* — En sus monterías logran también los Mbayás otros animales, unos mayores otros menores, pero que con sus carnes les dan sustento y providencia. Uno es el que llaman Etaguimagadi. Éste en su magnitud iguala á los conejos de España. Su pelo es lustroso, acanelado y algo duro, como el de los cerdos pequeños, y gruñe también casi como éstos. Para comer lo que se le echa, se sienta, y con las manos lo coge como el mono, y come en brevísimo tiempo. Fácilmente se amansa. Su carne es de buen nutrimento y gustosa.

CVIII. *Lanagiye y Namotigi.* — No es esta sola la especie de conejos que se hallan en esta tierra. Á otras del color azafranado y del grandor de una liebre, llaman Lanagiye. Es comida muy buena. Al contrario, es muy chico el que dicen Namotigi. Parece una rata en el tamaño;

pero compensa con la suavidad de su carne la pequeñez de su estatura. No tiene cola. Su pelo es de liebre, como también la cabeza y modo de caminar: vive como los conejos de cuya naturaleza participa, menos en hacer los vivares en tierra cavada: el Namotigi los tiene entre piedras ó en pajonales: en éstos no es difícil el cazarlos.

CIX. *Armadillos.* — Otra casta de animales pequeños, á los cuales los españoles nombran Armadillos y Quirquinchos, comprenden debajo de cuatro nombres, que no escribo por evitar la molestia. Á todas es común estar cubiertas de una loriga de conchas duras, veteadas de color entre amarillo y pardo. Todos tienen el hocico como lechoncillos, menos la arremangadura del labio. Son animales que andan mucho de noche, aunque también buscan su alimento de día: si hallan sembrados, hacen mucho daño en ellos. Con su hocico y garras cavan en tiempo la tierra, y hacen cuevas en que esconderse. La carne de todas las especies por lo tierno, gordo y blanco, es suave asada ó cocida: su gusto es de lechoncito. Nútrense de frutillas y raíces sabrosas. De aquí es que se equivocó Monardes en decir, porque vivían en cuevas, que se alimentaban de tierra. Una de estas especies se cierra y sacando las conchas de su malla ó armadura en que estaban recogidas como una media parte, se encoge y hace una bola. Así deja burlados á los perros: una vez cerrada no hay fuerzas en la más robusta mano para abrirla. Es necesario recurrir á las trazas. Si se hecha en agua al punto se abre. En varios autores se leen muchas virtudes, de unos huesecitos de la cola ó anillos de estos animales. Los infieles Mbayás no se paran á hacer experiencias, sino á asarlos y comerlos. Una de estas especies es del grandor de un perro mediano, y si se caza, hay para muchos convidados.

CX. *Caichoque.* — El que llaman Caichoque es un animal astuto, y con todas las propiedades de la zorra. La cabeza es parecida á la del zorro, algo más abultada por las sienes. Tiene cortas y anchas las orejas. En los ojos

se reconoce mucha viveza y astucia. En el hocico se le crían unas cerditas, que forman unas barbillas como la de los gatos. La cola es larga y gruesa. En los pies y manos tiene uñas fuertes aunque cortas: más con ellas los dientes afilados y cortantes, se defiende y hace presa en las gallinas y otras aves. El color del pelo, es pardo entreverado con blanquecino. Los Guaycurús comen su carne y dicen que es gustosa. El grandor de este enemigo nocturno de las aves es como de perro mediano. Hay otra especie mayor noctámbula. El pelo de ésta es más largo y su cuerpo iguala al de un venado. De noche da unos aullidos que remedan bastante los gritos humanos. Al que no sabe de donde salen, le ponen miedo en los desiertos y despoblados.

CXI. *Gochilo.* — No tiene menor ansia de la sangre de las aves otro animal nocturno, cuyo nombre es Gochilo. Poco hay que detenernos en su pintura: todo está hecho con decir que en todo es un tigre chico. En las pintas de su piel, en las garras, zarpazos y figura no desdice. Lo único en que se distingue es en el tamaño, y en no acometer á las personas. Los Españoles le llaman Gato Montés, y mejor fuera apellidarle tigre de los pájaros.

En una noche destroza un gallinero, y harto de sangre de las aves muertas, se lleva algunas al bosque para su diario alimento. Los despojos de las plumas sirven de indicio de sus hurtos.

CXII. *Bidioni.* — No les faltan á las hormigas, que todo lo talan en estos países, sus enemigos. El que más estrago hace en su república es el Bidioni, cuya carne apetecen sobre todo otro manjar los infieles. Yo la he comido con gusto, y es muy semejante á la de puerco bien cebado. Irritado, da fuertes resoplidos por las narices, y sentado sobre sus pies, presenta el cuerpo al cazador. Su empeño es coger el palo ó lanza con las dos manos: si lo logra, le aprieta fuertemente, que no hay fuerza para arrancársele. Al hombre ó animal que abraza, le hace pedazos. Es muy tardo en moverse, y es providen-

cia de la naturaleza. Con ésto, antes que él haga presa, queda á golpes muerto. Á veces alguno de los perros que le atacan, ó por descuido ó por intrepidez cae en sus garras, que es lo mismo que en las de la muerte : porque le abraza tan estrechamente que exhala el alma entre sus brazos. Es bruto tan estolido y vengativo, que, no satisfecho con ver muerto á su enemigo, le mantiene tan apretado, que al fin él también pierde la vida. Así ciega la pasión de la venganza, vicio propio de locos ó de necios, que no miran que traman su propia ruina en la que maquinan contra otros. Ni el tigre vive exento de las necias fuerzas del Bidioni. Sucede que le acomete el tigre : mas si el Bidioni tiene tiempo de desenrredarse, ó el tigre no da el salto ligero, aquél le recibe entre sus brazos, y tanta y tanta estrechura cuesta á los dos la vida. De este modo la presunción y arrogancia se llora muchas veces víctima de necios abrazos.

CXIII. *Su descripción.* — La corpulencia del Bidioni es como la de un mastín. Tiene la piel gruesa y cerduda : su cola singularmente en una especie de la cual aquí hablamos está poblada de cerdas jaspeada de blanco y negro. Son tan largas, espesas y extendidas, que le bastan á cubrir con ellas todo el cuerpo hasta la cabeza : de este modo se defiende de las inclemencias del tiempo. Sus manos parecen á las del tigre : y sus pies tienen la figura de un pie de niño de tres ó cuatro años. En aquéllos y en éstos se ven en cada cual cuatro uñas corvas, sólidas, grandes y negras, de las cuales no se escapa lo que cae en ellas. Su cabeza es pequeña, y forma un hocico ó trompa, de más de dos cuartas de largo, y remata en el grosor de poco más de una pulgada. No tiene boca como los otros animales, sino una abertura cuyo diámetro apenas llega á media pulgada : parece una rasgadura de la punta de la trompa. Su lengua es larga, y de figura de un espadín metido en su vaina. Su común alimento son las hormigas y los huevos de ellas. Para cogerlas, cava con sus garras los hormigueros altos por el cimiento, y en la brecha po-

ne su lengua, que saca de la trompa más de un palmo: cuando la siente llena, la retira hacia dentro, y se traga las hormigas. Los huevos de éstas, que recoge con la misma lengua pegados á la viscosidad de ella se los engulle. Están gordísimos los Bidionis; cosa que parecerá increíble á quien no conciba las tierras inmensas llenas de hormigueros de hormigas dichas Cupiis, que son las que comen. Bien que yo creo que no es este su único alimento. No tiene dientes, y en las mandíbulas ó mejillas inferiores por la parte interior se le observa una canal en la cual acomoda su lengua circularmente cuando la recoge. Desde el pecho le corre por los costados hasta más de la mitad del cuerpo una faja de cerdas blancas, que sobresalen bellamente, siendo todas las demás negras. Dije que las hormigas no son el único alimento de estos animales. Fúndome en la experiencia. En varias disecciones anatómicas de Bidionis se han hallado en su buche é intestinos pequeños muchas lombrices, si no es que las lombrices se engendran de la putrefacción de los intestinos. Hay una especie de abejas que labra sus panales en matas bajas, á que alcanza el Bidioni y otras debajo de tierra. Observé varias veces deshechas las colmenas de aquéllas en sitios no frecuentados de persona humana, y habitados de los Bidionis; también había hoyos en los parajes de las colmenas que están debajo de la tierra. Acaso sirven también de manjar á estos animales la miel y sus fabricadoras. Amánsanse tanto, que dan molestia, y entonces es cierto que no siempre comen hormigas, sino gusanillos y otros insectos.

CXIV. *De las monterías de los Guaycurús.* — Por último diremos algo del modo con que hacen sus monterías los Guaycurús. En algunas ocasiones salen á batir el campo en cuadrillas de veinte ó treinta, como son muchos se abren y apartan lo suficiente para hacer un buen ojeo de venados, ciervos, Nigidagis, Bidionis y otros animales hacia el centro del campo que han escogido. Poco á poco van estrechando el cordón, hasta que todos pueden dar

la carrera á los caballos. El que descubre la caza grita y todos entienden la seña. No disparan flecha ni hieren con lanza á la bestia; por esto las más de las veces no las cargan. Todo su apresto es el garrote ó *Nebo*. Empuñan esta arma, y en la carrera se acercan al venado. Cuando le tienen á tiro, le dan tan fuerte palo en la cabeza ó lomo, que cae poco menos que muerto en tierra. Si no se les proporciona dar el golpe sin soltar el *Nebo*, á buena distancia le disparan con acierto, que perniquiebran la bestia. De este modo sin maltratar la piel, logran la caza. Ésta es toda de quien fué el último que le dió el golpe. Nadie se la disputa, y la lleva á sus esteras, y la reparte á su arbitrio. Tienen caballos escogidos para estas funciones; y como no hay más jaeces que un cabestro ó riendas de hilo de pita, y los ginetes no cargan ropa, libres de embarazos, parece se cambian los oficios. Corre el ciervo y vuela el caballo, en cuyo manejo los Guaycurús son diestrísimos.

CXV. *Cuidado que tienen de las pieles.* — Lo más singular en esta materia es que no echan á perder ni maltratan ni una piel de cuantos animales matan. Tienen grande utilidad en el aseo de las pieles, que les sirven ó para su comodidad en mantas y camas; ó para el logro de las ventas. Luego que desuellan un animal, mientras unos hacen tasajos la carne, otros con los sablecillos que son sus ordinarios cuchillos, hacen unos pequeños agujeros todo alrededor de la piel, distante uno del otro como dos dedos. Después levantan un bastidor ú horca de tres palos, en ancho y altor proporcionado á la piel. Esta la cosen y estiran tan primorosamente á los palos del bastidor, que no le queda la más pequeña arruga. Si no llevan cuerdas para esta maniobra, la suplen con las hojas de palma Noyoliguaga, ó con una especie de paja correosa. Por lo común no le faltan cuerdas de prevención, tejidas ó de cerdas de caballo, ó de los hilos del cardo Nagacole. Suelen llevarlas envueltas á la muñeca de la mano izquierda. En este uso consiguen dos alivios: uno que si

disparan alguna flecha, la cuerda del arco no les lastime la muñeca, en que suele rozarse; y otro, que apretadas fuertemente, sujetan los nervios del brazo, que así se fatiga menos en el juego del pesado garrote ó *Nebo.*

CXVI. *Modo con que cazan animales chicos y pájaros.* — Para cazar los conejos y otros animales pequeños, cuyas pieles no estiman, usan unas flechas con lengüetas labradas de un árbol muy duro llamado Apenigo; ó de otro mucho más fuerte cuyo nombre es Nitagigo. Estas lengüetas ó puntas de las saetas no tienen aletas, sino el palo seguido y casi redondo hasta la punta. Algunas puntas están con una maderita ó rodaja hecha de la corteza de una especie de calabazas amargas. Esta rodaja impide que la flecha traspase al animal, pero deja lugar bastante en la punta para que ésta hiera y quite la vida. Cuando han de cazar pájaros chicos, ponen la rodaja igual á la punta de la flecha, muy ajustada: sírveles como un botón en la espada, que da el golpe y no abre herida. Cazan también dichos animalillos y aves con lazos y trampas en que quedan presos.

CXVII. *En sus viajes, ¿qué hacen?*— Cuando van de camino, no se pierde jornada por la caza. Saben los cazadores el sitio en que será la dormida ó parada, y ésto basta. Apártanse de la comitiva que camina al dicho sitio. Á éste traen la caza, y es universal el júbilo. Á la persona que hace cabeza en la caravana, y si está el cacique, á éste le dan la porción más estimada, que por lo común es el corazón. Esta es parte que entra de sobreabundancia. Si están muchos en caza, y uno sólo tiene fortuna, este es el señor de la caza, que reparte como quiere, y siempre la piel es cosa que le toca, y estira como arriba queda dicho.

CAPÍTULO VIII

DE LAS AVES

CXVIII. *Variedad de aves.* — No son tan aficionados los Guaycurús á cazar aves, como lo son al cazar bestias cuadrúpedas. Creo que es la razón, que muy pocos pájaros son de su aprecio para la mesa. Á excepción de las perdices á las cuales llaman Etidichodi, y de alguna otra moradora del aire, ninguna otra les paladea el gusto, por más sabrosa que sea su carne. Lo que puede fundarse en la vana creencia de que son descendientes de las aves. Solamente les arrebatan las atenciones las vistosas plumas, por el uso que hacen de estas, vistiendo con ellas de vanidad su desnudez, y volando sus débiles cabezas con penachos y plumas ajenas. Son muchas las aves que pueblan el aire de este caliente clima. En unas campea la hermosa variedad de sus plumajes: éstos como si fueran otros tantos iris animados, con sus brillantes colores causan mucha diversión á la vista. Otros con sus graznidos descompasados confunden la suavidad de los gorjeos con que una ú otra lisonjea el oído. Generalmente se hallan pocas de canto apacible, refundiéndose toda su belleza en los matices de sus plumas.

CXIX. *Multitud de papagayos.* — La multitud de Papagallos, Loros-catitas es, sobre todo encarecimiento grande. Si los Guaycurús como apetecen sus plumas, gustaran de comerlos, remediaran más de una vez con su caza la carestía de otros alimentos. Á todos les tienen puestos sus nombres; y tal cual gusta de criar alguno en su toldo. Á los de pluma verde, encarnada y amarilla llaman Naichoconi, nombre general para significar Papagayos de los comunes. Á otros pequeños, que tienen la cabeza cubierta de pluma negra muy suave, llaman Etilogo. Los Guacamayos son de dos especies, y cada una tiene su peculiar nombre. Á los que tienen la pluma verde

y encarnada, dicen Naquiligena. Otros cuyas plumas son azules, verdes y amarillas en todo el pecho, se llaman Eoquage. Los colores que ostentan en sus plumas estas aves, participan de tanta viveza y brillantez, que sólo el autor de la Naturaleza pudo vestirlos de una hermosura tal, que obscurece todos los rasgos de la más primorosa pintura. Todas estas especies de aves vocingleras convienen en tener el pico grueso y corvo á proporción. En algunos es blanco, en otros negro, y en otros en su arranque, amarillo, con el remate blanco ; ó blanco, negro y encarnado. La lengua en todos es dura, seca y gruesa, acomodada á que puedan con ella expresar las palabras que se les enseñan. Las voces de los Guacamayos, son broncas, altas y penetrantes. Vuelan de ordinario pareados macho y hembra : cuando tienen cría que ya puede buscar el alimento, sigue á sus padres, que se lo enseñan. Hacen sus nidos en los más altos árboles, entre los huecos de las ramas. Los Papagayos varían : unos los hacen en los huecos de árboles carcomidos ; otros en las barrancas de tierra alta, en que excavan hoyos muy profundos á lo largo ; y otros en las palmas viejas, cuyo corazón ya está podrido. Las catitas los cuelgan de la rama de algún árbol á las orillas del agua ; téjenlos primorosamente de palitos puestos con tanto artificio, que ni las lluvias ni los vientos los deshagan. Ponen la puerta hacia abajo, para así defenderse de los temporales y de los monos y otros enemigos de sus huevos. Todos se amansan mucho, y los Guacamayos salen muy juguetones, aunque siempre se mira con respeto su terrible pico.

CXX. *Instinto de las aves.* — Cuando llegamos al sitio en que se fundó la Reducción, no se veía Papagayos, ni casi otro pájaro. Duró este sosiego como unos cinco meses. Al cabo de este tiempo, que ya teníamos sementeras, se dejaron ver tantos, que nos daban bien en qué entender para defenderlas de su voracidad. Lo mismo nos pasó con los tordos y palomas torcaces. ¿ Quién les avisaría que ya había en Belén grano para su alimento ? Lo cierto

es que por un natural instinto, si ya no es algo más, buscan los sitios, en que hallarán alivio y despensas proveídas.

CXXI. *Aves Chibela y Nadeabonaga.* — Mas porque la generalidad dicha no será del gusto de algunos, que todo lo quieren en retrato, se dirá de tal cual en particular lo que baste á satisfacer el genio curioso. Á toda ave en común llaman los Mbayás Ilagagi, y también Uagaicho. Pero en particular tienen apropiados nombres á las especies que conocen. Si no son de las conocidas, ponen el nombre común, y le juntan el adjetivo grande, chico, blanco, negro, etc. Entre las que tienen nombre propio, una es la Chibela. Es algo menor que un gorrión. Tiene el pico proporcionado y derecho. El color de toda la pluma es blanco, que tira á ceniciento. Su cola es especial, larga y de plumas más blancas que las del cuerpo. Cuando quiere, y casi siempre cuando vuela, la abre y cierra, como unas tijeras. Compónese de dos plumas largas y hermosas. Amánsase fácilmente, tanto que, aun dejándola á su libertad, no se huye, y vive con grande sosiego en la cuadra de su dueño. Su canto se reduce á un chirrido muy suave y bastante alto. Hállase otra ave de la corpulencia de un palomo, que tiene también la cola larga, la cual abre al tiempo de volar, y cierra cuando se sienta. Tiene las plumas cenicientas con algo de blanco. Llámanla los Mbayás Nadeabonaga. Noté en estas aves la particularidad de no aparecer en bandadas sino cuando la oruga ó gusano hacía destrozos en los plantíos de las matas de algodón. Abatían su vuelo á cazarlos y comérselos.

CXXII. *Ave Tele-Tele.* — Tele-Tele nombran á otra ave por el sonsonete de su voz, que parece que expresa esta palabra. Su grandor no excede al de una paloma: y su pico es parecido al de ésta: desde su arranque hasta la mitad morado y lo restante negro.

La cabeza, espalda y lo superior de las alas están vestidos de pluma azulada cenicienta. Sobre el pico tiene

una vistosa pinta de plumas lustrosas. Por bajo del pico hasta la pechuga le corre una lista de pluma también negra, la cual, ensanchándose sobre el pecho, le deja todo negro, á excepción de los remates de las plumas, en los cuales se registra un jaspeado hermoso de blanco. Del pecho abajo la mitad superior de las alas y parte de la cola tienen las plumas blancas; y se remata en pintas negras, entreveradas con blancas. Las plumas más largas de las alas son de un color negro finísimo. Las piernas hasta la mitad tienen color encarnado, y la otra mitad hasta las uñas color morado. En la cabeza se levanta un hermoso copete, compuesto de algunas plumas altas muy sutiles y cenicientas con algo de negras. En los encuentros de las alas tiene dos uñitas ó espolones, como cuernecillos muy agudos, de color encarnado. Con éstos se defiende, y procura herir á sus enemigos. Es ave intrépida, y sigue revoloteando para vengarse á quien le inquieta. Grita mucho y no calla hasta que ya le parece que queda segura. No comen los indios su carne ni aprecian su pluma. Habita de ordinario entre las matas cerca de los caminos.

CXXIII. *Ave Dotiguelo.* — Á otra moradora de las orillas de los ríos y lagunas, llaman Dotiguelo. Crece más que los patos domésticos. Su pico es fuerte y largo más de un palmo: en su nacimiento se ensancha casi tres pulgadas: va angostándose á proporción que se alarga hasta rematar en dos agudas puntas. La parte inferior del pico está hendida hasta la mitad, y se une con una tela carnosa bastantemente fuerte, de color encarnado, parecida á la papada de los pavos. Alrededor de los ojos hay una carnocidad encarnada, compuesta de glándulas redondeadas pequeñas. No corresponde la lengua á la longitud del pico, porque es tan corta, que apenas tiene un pulgada escasa. El cuello se alarga como dos palmos. La pluma de esta ave se divide proporcionadamente en blanca y negra sin mezcla de otros colores. Sus piernas son muy largas, limpias de pluma y tiene en los dedos uñas muy

fuertes, iguales y gruesas. Cuando quieren levantan las plumas de la cabeza, y forma un vistoso penacho. Los cañones de las plumas de las alas son del grosor de casi un dedo meñique. Escríbese con ellas aunque se reconoce su mucha dureza. Cómese su carne, y bien dispuesta, no es inferior á la de un pavo.

CXXIV. *Garza Itió.* — Hállanse muchas especies de garzas, sin más diferencia entre sí, que en la pluma y el pico: en la bondad de la carne convienen todas. Es de singular belleza la nombrada Itió. Tiene el pico agudo, en cuyo nacimiento sobresale el color amarillo con mezcla de verde. En la coronilla de la cabeza tiene unas plumas vistosas y á proporción largas, que caen ó las deja caer hacia lo superior del cuello: son de color azulado con algo de negro claro. Á su arbitrio encrespa y levanta estas plumas, cuyo penacho la hermosea mucho. Todo el cuello que es largo está vestido de plumas de color naranjado muy vivo. Su casi continua morada la tiene cerca de lugares aguanosos. Su carne es poca pero lo recompensa su bondad.

CXXV. *Ave Nayinigiguaga.* — Del género de los que por acá llaman Faisanes, se reconocen tres principales especies. El más hermoso entre todos los pájaros de esta casta es uno al cual dan nombre de Nayinigiguaga.

Todo él está vestido de plumas negras muy brillantes, las cuales á uno y otro lado tienen algo de verde vistoso, y en los remates algunas pintas blancas. En lo más alto de la cabeza ostenta un penacho de plumas negras, enrizadas hacia adelante, y suaves como una felpa. Tiene el pico duro y corvo: la mitad es de color amarillo y su extremidad participa de negro y encarnado. Las piernas son semejantes á las del gallo, mas de color morado. La cola se compone de doce plumas largas y la extiende y recoge como el pavo. Levanta y abate el penacho cuando gusta, y camina erguida con notable garbo. Habita en los más altos árboles de las selvas; y de las frutas que en ellos se crían, se alimenta. Su graznido es ronco y muy

alto. Creímos al principio, cuando le oímos en la Reducción, é ignorábamos su origen, que era alguna cosa espantosa, ó del río ó de la tierra. Hasta los Indios estaban algo asustados, y con recelo se acercaban al agua. Esto me obligó á pasar el río, y descubrir si podía este espantajo. Logré el viaje, y de un tiro de escopeta cayó en tierra el Nayinigiguaga, cuya muerte dió también fin á nuestros cuidados. Amánsase mucho, y pasa á molesta su mansedumbre, porque con gran satisfacción entra y sale en todas partes, y con un silbo bajito sabe pedir de comer si tiene hambre. La delicadeza de su carne de cualquier modo preparada á ninguna cede de las aves europeas y americanas, según los inteligentes.

CXXVI. *Pato Negueeaga.* — Las orillas de las aguas corrientes y estancadas están llenas de innumerables especies de ánades y patos. Es muy singular el pato Neguecaga. La mole de su cuerpo excede á la de los caseros. Tiene toda la pluma negra resplandeciente, á excepción de dos manchas grandes blancas una sobre cada ala; y también por bajo de ellas bastantes plumas del mismo color. En la cabeza, que es grande y aplanada, le nacen unas plumas enrizadas, las cuales componen un vistoso copete. El color de éstas es azulado obscuro y su largo tendrá como pulgada y media. El pico es ancho y de color negro hasta la mitad desde su arranque, lo restante está variado de blanco, azulado y encarnado. En medio tiene una lista negra, que cruza de uno al otro lado. Remata el pico en una paletilla algo corva, con que asegura los pececillos de que hace presa. Para este fin se sirve también de unos dientecillos como de sierra, que tiene en lo interior. Su carne es mucha, gorda y delicada. Esto también se ha de entender con proporción de las otras aves acuáticas, de las cuales unas gustan de los ríos, y otras de los bañados y lagunas.

CXXVII. *Pato que se sumerge.* — El pájaro nombrado Laichacanigo se halla siempre en aguas corrientes. Tiene el pico algo corvo, y la cabeza grande y casi redonda. Todo

el color de su pluma tira á negro, así como la parte anterior de su cuello, que amarillea. Nada con tanta velocidad como vuela. Se alimenta de pececillos, que pesca con destreza. Para ésto se zabulle en el agua, y por debajo sigue la presa y con ella sale á gran distancia. No es apetecible su carne, que olisquea.

CXXVIII. *Pato Eboda.* — En las orillas de las aguas vive también el ave llamada Eboda. Iguala el grandor de un pato mediano. Tiene las zancas muy largas, y los pies palmeados con sus aletas : con ésto tan fácil le es caminar por tierra, como nadar en el agua. La pluma del cuello declina en blanca : la restante de su cuerpo es rosada muy hermosa, sobresaliendo mucho encarnado. El pico tiene algo de particular. En su figura remeda una pala de jugar á la pelota. La parte ó pico superior es toda sólida ; y en éstas se ven las ventanas por las cuales respira, bastantemente rasgadas. El pico inferior, desde su arranque hasta la mitad, tiene una tela ó membrana pegada á los dos lados, los cuales forman como una orqueta : hacia adelante es duro y remata en una paleta menor que la de arriba : esta cierra la de abajo con una curvatura, que es como el muelle del pico. Mantiénese de pesca : y no es mala su carne. Hace también presa en las anguilas, cuya abundancia por estas partes es imponderable.

CXXIX. *Pavas silvestres y Gallinetas.* — En los bosques abundan las gallinetas y pavas de muchas especies. Entre éstas hay una cuyo macho ó gallo canta casi á las mismas horas que el doméstico ; pero no se le asemeja en los tonos ni en la voz. Las hembras son vocingleras poco después de salir el sol, y como una hora antes de ponerse. Se domestican mucho, son buen alimento. Las gallinetas no levantan mucho el vuelo, y de ordinario andan por tierra. Son también muy sabrosas, pero cuesta cazarlas, por lo intrincado de las selvas.

CXXX. *Avestruces.* — Hay campos en que se crían en abundancia los avestruces, á los cuales llaman Apacanigo y también Apacachodi. Gustan mucho de ellos los infieles :

y de verdad que no escogen mal. Las hembras, si no están calentando los huevos por lo común tienen tanta gordura, que hacen provisión de ella para sazonar otros guisados. Lo mismo sucede con los machos en buen tiempo. Á mi ver, su carne puede competir con la de los mejores pavos. Cázanlos con la misma traza que á los ciervos y venados. Estiman mucho sus plumas, como después diremos. De los huesos de sus canillas, hacen lengüetas de flechas, y también flautas ó silbatos. En otra parte trataremos extensamente de estas aves, las mayores de las que por acá se conocen.

CXXXI. *Picaflores.* — De las más pequeñas ó absolutamente la menor de todas, se ve en este clima en casi todo el tiempo del año. Llámanlas Eegote, y son avecitas lisongeras de las flores: y ellas mismas en su modo parecen un ramillete alado. La gente española las da el nombre de picaflores. Son de varias especies en los colores sin poderse distinguir cuál se lleva la primacia.

CXXXII. *Pájaro Atodi.* —La ave llamada de los Mbayás Atodi, une en su pico, tona la hermosura de los picaflores y el vulgo de las aves en sus plumas. Es el Atodi del grandor de un palomo: tiene las piernas largas y algo feas. El color que sobresale en toda la pluma es el negro lustroso, menos en lo inferior del cuello, que está hermoseado con plumas blanquísimas. En la cola que es corta, tiene algunas plumas pequeñas encarnadas y blancas: las demás, negras. La cabeza no es notablemente desproporcionada, si se mide con el resto del cuerpo; ni su magnitud es necesaria para mantener el pico, cuya longitud excede á la del cuerpo. Casi un geme se alarga el pico, que hacia la punta hace una buena curvatura. En el arranque tiene casi dos pulgadas de ancho, y sigue lo demás como de pulgada y media. Hermoséanle á las orillas unos dientecillos como de la sierra, los cuales encajan unos en otros cuando lo tiene cerrado. Sírvenle para cortar las frutas y otras cosas de que se alimenta. Todo el pico está teñido de una mezcla de los más vivos colo-

res. En su raíz y lomo superior es amarillo : lo demás está entreverado de purpúreo y color de rosa ; y en partes sobresalen las pintas de un carmín fino. La lengua es larga, cartilaginosa, y parece una pluma, porque á los lados tiene unos ramalitos, que corren por toda. El pico es muy esponjoso, y por tanto muy liviano. Domestícase fácilmente ; más no es ave para personas aseadas, porque excreta por todos los parajes con mucha frecuencia, y todo lo ensucia. Su voz es desapacible, y parece una carraca pequeña. Tiene muy poca carne, y de color negruzca. Basta para que caiga muerto que un perdigón le lastime el pico, aunque en lo demás quede indemne.

CXXXIII. *Otras aves.* — Fuera nunca acabar querer describir en particular las demás aves que pueblan el aire y se diferencian de las de Europa. Aun las que aquí llaman Calandrias, Jilgueros, Ruiseñores, y Gorriones ; cuyo canto es agradable, no dicen más conveniencia que en los nombres. También las perdices á que llaman Etidicho, son de tantas especies, que no es fácil determinar cuál sea la más parecida á las de Europa. A ninguna se asemeja ciertamente una muy chica, llamada Acagaé : ni las que son dos veces mayores que las de España, y tienen un copete muy hermoso de pluma, y por esto dichas de los españoles Martinetas. Vénse muchas bandurrias, ó Etaigana, urracas de dos especies, una de pluma azul, á la cual llaman Dodiquelo ; y otra de pluma negra y blanca, la cual tiene el nombre de Eichó. Estas últimas tejen sus nidos de hebritas de las barbas negras que se crían en los troncos de los árboles. Cuélganlas en las ramas del árbol y parecen unas bolsas de tres cuartas tejidas de cerdas ó de clines de caballo.

CXXXIV. *Uso que hacen de las plumas.* — De las más vistosas aves de las referidas, sacan los Guaycurús una de sus más preciadas galas. No hacen caudal casi de la carne de las más, con tal que logren las plumas. Forman de éstas plumajes de varias hechuras y tamaños. Cortan enteras las alas ; pónenlas estiradas entre unos palitos :

así las secan al sol, y guardan para adornar con ellas sus cabezas. Por la frente se las atan de modo que queden fijas como si salieran de las sienes, y en ademán de quien quiere volar con la cabeza, ó remedar un caduceo de Mercurio. Este adorno tiene su variedad, porque unas veces las alas son de aves pequeñas. Otras de pájaros grandes: ya blancas, ya de otros colores. Pónenselas en sus fiestas y cuando hacen viaje. En aquéllas son parte de la solemnidad; y en éstos de conveniencia porque los defienden algo de los rayos del sol, y les refrescan con el abaniqueo las cabezas.

CXXXV. Las plumas más delicadas de los pájaros, como son Papagayos, ú otros de finos colores, tejen y enlazan en forma de penachos. Estos se reducen á un montoncito de plumas, de modo que quede como hueco y esponjado. Con un cordoncito delgado se atan este penacho, que queda como un moño ó copete en la coronilla de la cabeza. Llámanla Numi ó corona. Otras plumas más largas, y especialmente la blanca de los avestruces, tejen unidas al cordón del Numi, y las dejan colgar hacia la espalda. No pasan de tres ó cuatro estas plumas largas, arte con que logran la hermosura que por sí las dan ellas, y las de las pinturas de las tintas, de Notique y Nibadena, que quedan descubiertas, y son las telas de días grandes. Es cierto que cuando sacan las alas atadas á la cabeza, están feísimos, y sin embargo, para ellos es una gracia. El modo con que las aseguran es éste: átanlas á dos cordelitos tan largos, que pueda el de arriba ponerse ó encajarse sobre la frente, ó un poco más arriba, y el de abajo por la parte opuesta. Así quedan las alas á los lados, sin riesgo de que se caigan, ni el viento las desuna. Si las alas son negras y grandes, se realza su fealdad. Algunos Guaycurús se sirven de las alas negras del gallinazo ó cuervo, al que llaman Gaopoá. Más especialmente se valen de estas alas como de fuelles ó abanicos para avivar el fuego, y aun para ojear las moscas y abanicarse.

Otros Guaycurús, ó más vanos, ó de más alcance, hacen en las plumas de las alas varias labores, con las cuales quedan más vistosas. Con unas tijeras, ó con dos conchitas, que hacen el mismo oficio, dan por los lados unos cortes artificiosos y de varias formas, ya triangulares, cuadrados ó redondos, según el genio, el gusto y aún la moda. Cuelgan también de las orejas plumas cortas, y á veces toda una avecilla entera, desecada la piel sacada con tiento sin que pierda la pluma para este efecto. Otros se adornan con brazaletes tejidos de plumas suaves, y también atan otras cintas de pluma á las piernas por bajo las corvas. Estas cintas tienen de cuatro á cinco dedos de ancho y las estiman sobremanera.

CXXXVI. *Destinos de las plumas de los avestruces.* — Las plumas negras ó pardas de los avestruces tienen dos destinos: uno, servir de plumeros para sus médicos, y otro de quitasoles á las mujeres en sus continuos viajes. La insignia principal de los Nigienigis ó médicos es el plumero, como después diremos. Si las mujeres están de camino á caballo, con todas las alhajuelas cargan también un plumero, con que se defienden de los ardientes rayos del sol. La habilidad está en que no teniendo hastil de palo, le cogen con mucha destreza entre el cuello y el hombro, sin que se les caiga. Aun tienen otro destino las dichas plumas, y es para formar guirnaldas despeluzadas. Mueve la risa ver aquellas cabezas coronadas de plumas pardas. Parecen un pájaro aterido del frío, ó una gallina llueca sin especie ni figura. Estas bellas coronas usan algunos indios Niyololas, criados de los Guaycurús, de cuya grandeza fuera desdoro ceñir á sus sienes semejantes coronas. Dedígnanse de semejante descompostura. El arte con que las tejen no les cuesta muchos desvelos. No hay más obra que atar las dos extremidades de cada pluma; y así enroscada, arrimarla á la cabeza; cuelgue ó levántese el peso de las plumas, no es del caso contar que el peluquín quede bien encasquetado. Guardan las plumas blancas de los avestruces, ó para guirnaldas más

bien calzadas, ó para venderlas á los españoles ó á los Niyololas y payaguás pérfidos.

CXXXVII. *Las mujeres no gustan mucho del adorno de plumas.* — Todo lo dicho en orden al uso de las plumas se entiende de los hombres. Las mujeres rara vez se engalanan con ellas; y cuando lo hacen, se las cuelgan al cuello. Para ésto forman unos ataditos, como copetes de plumitas por lo común amarillas y suaves; y un atadito cae hacia la espalda, y otro hacia el pecho, como un escapulario. Más apasionadas son las Guaycurús por cuentas de vidrio y planchitas de plata, que se cargan á las mil maravillas. Cuanto más grueso los abalorios, tanto más los estiman; y si la sarta es larga, manifiesta mejor las riquezas de la señora: ésta se la cuelga como un rosario dándose con ella tres ó cuatro vueltas al cuello, y dejándola por igual pendiente sobre el pecho. Á este collar llaman *Migilaga*: y mejor le estuviera el nombre de cadena pesada. Al fin la presunción obra fuertemente, aun en ánimos sin cultura, para lo que basta la naturaleza racional que se conoce á sí misma.

CXXXVIII. *Arte con que tiñen de amarillo los papagayos.* — Uno de los colores que más roba las atenciones de los Mbayás, hombres y mujeres, en las plumas, es el amarillo. No se hallan muchos pájaros cuya pluma de este color pudiera dar abasto á sus deseos. Mas el arte entre la rusticidad de sus ingenios, halló modo de que las aves cambien el color verde de sus plumas en el amarillo. Así, desplumándolas á sus tiempos, logran el color que les arrebata los afectos. El modo con que consiguen que salgan plumas amarillas en donde nacían verdes, es este: Cogen un Papagayo, y en la parte ó sitios del cuerpo de esta ave, que quieren pluma amarilla le arrancan todas las verdes; y el plumón, pelusa ó cañones que apuntaban debajo de las plumas. Así pelados los tales sitios, aplican á ellos el color hecho de las raíces de la planta Logoguigo, de que se habló en otra parte; ó la tinta hecha del árbol Nibadenigo. Uno y otro dan color azafra-

nado. Refriegan fuertemente con los dedos estas tintas contra la parte peluda del pájaro, hasta que casi les quiere saltar la sangre. Dejan así teñido todo el lugar pelado, sueltan y dejan libre á la ave de este martirio. Á su tiempo sale la pluma nueva, y notan si es verde ó amarilla. Por lo común es del último color; pero si ven que entre las amarillas nace alguna verde, la arrancan y repiten la maniobra en aquel sitio. Con ésto consiguen que todas sean amarillas. No vimos que hiciesen la maniobra con otras aves que con los papagayos; ni con otros colores que con los referidos. La experiencia, que acredita el acierto en la mutación del color verde en amarillo, si se probara en otras aves con los mismos ó con otros colores de los naturales del país, encarnados, morados, etc., puede ser que consiguiera la transmutación en tales colores. Lo que advertí es que el tiempo á propósito para pelar los papagayos y aplicarles el color, es el de primavera, estío y otoño al principio. También noté que una vez que le salgan las plumas amarillas, por más que se le arranquen como lo hacen en estando en sazón, vuelven á salir amarillas y no verdes. Todas particularidades dignas de una juiciosa física, que indagase la causa de efecto tan constante y opuesto á la propiedad natural del jugo que tenía fundamentalmente verdes las plumas del papagayo.

CAPÍTULO IX

DE LOS PECES

CXXXIX. *Peces varios.* — Nunca más alegres los Guaycurús, ni más engalanados de plumas y pinturas, que cuando el alimento está abundante, aunque no sobrado. Como diremos después, tienen varios manjares que les hacen la provisión durante el año. El que puede decirse anual, es el pescado, por la variedad de peces que tienen bien á mano. El grande río del Paraguay, los ríos menores que en él desaguan y las lagunas grandes, son un

criadero de pescados. Péscanse de varias especies y de buen gusto. Los más comunes y más regalados son los que llaman Atepaga y Achuanaga.

CXL. *Pez Atepaga y Achuanaga.* — Las dos especies son de bastante cuerpo: aún mayor la segunda. Su carne es mucha, y muy pocas espinas. Asados y cocidos dan un alimento substancial y apetecido. Gustan de nadar y cortar el agua cerca de los saltos y arrecifes, en que son más violentas las corrientes, por deslizarse el agua con más ímpetu. Saltan y azotan el agua tan fuertemente, que desde buena distancia se percibe el golpe. En el sonido de éste conocen los infieles qué pescado es el que escaramuza en el agua. La especie de los Achuanaga, se halla en tal cual escrito y bajo el nombre de Delfines, y entre los españoles está conocida con el de Dorados, por el color áureo predominante en sus escamas. Tiene sus enemigos acuáticos, que, cuando más divertido se solaza, salta y juega, le acechan, cogen y despedazan. Así rematan sus júbilos en los afilados colmillos del cocodrilo y de otros peces. Por lo que discretamente cantó un genio holandés:

Hic videas celeres Delphinias semper in undis
Ludere lascivas, et ducere rite choreas
Quas tamen infames Lamiae, Larique cruenti,
Tardigravo quamvis, natatu, saepe sequuntur,
Dum gyros celeresque meant, remeantque proterve
Improvido morsu sub tristía tartara mittunt.

El más desmedido pez, que bastantes veces pescan en el río Paraguay y desembocaduras en el de los otros ríos, es el llamado Apopaga. Crecen mucho, y llegan á exceder en lo largo y grueso á un muchacho de doce á catorce años de edad. No tienen escamas, sino piel dura entre amarilla y colorada. Tiene la cabeza aplanada y seis barbas largas y gruesas. Los ojos son pequeños y sobresalientes de las cuencas. También son seis sus aletas ó pínulas con que nada velozmente. Su carne es algo dura,

y no tan gustosa como la de las especies antecedentes.

CXLI. *Zurubí pez.* — Hay otro pez grande, llamado de los españoles de la Asunción Zurubí, y de los Guaycurús Codoladegabo. El menor no baja de una buena vara de largo. Su grosor es proporcionado. Tampoco tiene escama, sino pellejo duro. El color de éste por el lomo es pardo claro y por los costados y vientre blanquecino, jaspeado por todo de pintas negras. La cabeza es huesosa, grande y chata con seis barbas largas, seis pínulas grandes en el cuerpo, que remata en cola ancha. La carne es floja y muy flemosa. Resiste mucho á la muerte y da unos ronquidos bien altos. La boca es anchísima, y los ojos chicos y prominentes. Mantiénese de conchas pequeñas, hojas de árboles, frutillas y pececillos.

CXLII. *Pez Pájaro.* — Á otro pez llaman Pez Pájaro, por parecerse sus dos aletas á las de las aves, y todo el pez á los voladores del mar, á excepción que las alas son más cortas. Crece como una cuarta á lo largo, y de ancho cosa de cuatro dedos. La boca es chica, pero guarnecida de dientes muy agudos. Su escama es plateada, menos en parte del lomo y costados, que tira á azulada. La cola es ancha, y remata en unas como plumas largas que forman unas líneas negras. Sus dos aletas están en forma de alas, pero son cortas. Los ojos están resaltados, son grandes, y adornados de un iris dorado, como también toda la escama de sobre ellos : la que les cae debajo es azulada, como la del lomo. Es pescado muy espinoso aunque de buen gusto.

CXLIII. *Pez Apigoïe.* — El que llaman Apigoïe es pez que crece casi tres cuartas. No tiene escama, y el color de su piel tira á azul claro, menos el de la cola ahorquetada que es encarnado. Tiene la cabeza mediana y blanquecina, como también las aletas de los costados y espinazo : la última que está sobre éste, corre desde la mitad del lomo hasta el arranque de la cola en diminución, y por el medio es arqueada como en corte de alfan-

ge. Sus ojos son pequeños: no así sus cuatro barbas largas. Es buena carne.

CXLIV. *Pez Armado.* — El pez Armado es horrible. Su largor llega á vara, y su grosor al de un muslo. En las pínulas del espinazo y costado tiene una espina de cuatro á seis dedos de largo, y con dientecillos como los de una sierra: por los costados desde el cuello hasta la cola una hilera de anzuelos ó espinas corvas. Aquellos y éstos son ponzoñosas, y con ellas se defienden. Su boca es grande y sin dientes: tiene seis barbas bien largas. Es pez roncador, y da gruñidos con que muestra su enojo. Cuando pica el anzuelo, es tan suavemente, que muchas veces se recoge la cuerda, creyendo que no ha caído pescado alguno, y viene preso el armado. Es barrigón y gordo. Su carne se tiene por una de las mejores de los pescados del río Paraguay.

CXLV. *Pez Echiguanaga.* — Otro pez muy parecido en la figura y escamas al Dorado, se llama Echiguanaga, bien que es algo menor, y no tan dorado como el propiamente tal. Sus dientes son muy agudos. La cabeza es pequeña. Su cola horquetada, y por las orillas colorada, como también las seis aletas: por medio de la cola tiene una faja negra. Crece más de media vara á lo largo y á proporción en lo grueso. Es buen alimento, pero molesto por las muchas espinas.

CXLVI. *Pez Ayinaga y Guoponaga.* — Bastante parecidos á éstos son otros casi del mismo tamaño que llaman Ayinaga. Sobresale en sus escamas el color encarnado y plateado. En las espinas excede á todos el que tiene por nombre Guoponaga. Es también algo desabrido. Llega á tener palmo y medio de largo, y á proporción engruesa. Su boca es pequeña pero armada de afilados dientes. La piel es dura, de color algo obscuro, cuando está escamado. Parece este pez compuesto de solas espinas, y causa grande molestia el comerle por esta causa: y más, no recompensando la poca substancia de su carne al paladar el trabajo de apartarlas. Sin embargo agrada á

los Guaycurús, que en sus pesquerías le asan, y traen en cantidad á sus esteras ó toldos.

CXLVII. *Omageladi.* — No es menos espinoso el pez Omageladi, pero de una carne muy sabrosa. Suele tener cuarta y media de largo ; y en lo más ancho seis ú ocho dedos. Sus dientes son muy fuertes, afilados y unidos á las quijadas, dispuestos en forma de sierra. Cortan con grande presteza el anzuelo y dejan al pescador con la cuerda en la mano y burlado. Los Guaycurús se aprovechan de estos dientes y los usan en lugar de tijeras. Parecería esto increíble, si innumerables veces no lo hubiéramos visto. Con ellos trasquilan las ovejas con tanta igualdad como los más diestros esquiladores, y no con menor presteza. Con una mano levantan el vellón, y con la otra hacen la quijada del Omageladi. También del mismo modo y con el dicho instrumento tusan el pelo, que queda tan cortado, como si se hubiese rapado á navaja. Es verdad que conocen la mayor comodidad de las tijeras ; y por esto las buscan y piden con instancia á los misioneros, cierto que van socorridos si el padre las tiene. Muchísimas veces llevan prestadas las que usan los misioneros, y las piden con tanta naturalidad y confianza como hijos á su padre. En no pocas ocasiones se sientan á parlar con el Padre, y al mismo tiempo se trasquilan con las tijeras que le pidieron prestadas.

Al acabar se las vuelven, dándole las gracias con estas palabras : *Eiodite igataga time :* Mi padre, te agradezco el beneficio.

CXLVIII. *Otros peces.* — Otras muchas especies de peces pescan, como son Bogas, á las que les llaman Benetega, cuya carne es muy sabrosa : Sábalos, Bagres y Tortugas. Estas últimas no solamente se crían en los ríos : hállanse también en los bosques, y de concha muy hermosa : á todas llaman Nogoyenigo. En los ríos que tienen fondo de arena se crían muchas rayas, que dicen Nela. Témenlas mucho, con razón porque las puyas que tienen sobre el arranque de la cola, aunque no quitan la

vida, si punzan cauzan inflamación é intensos dolores, que duran por algunos días.

CXLIX. *Anfibios Eguagaicho.* — Entre los anfibios que también pescan y comen con gusto, se cuentan algunos. Uno es el que dicen Eguagaicho. Parece más especie de gato acuático que de puerco. Su habitación es igualmente en las riberas de los ríos que en las lagunas. Tiene las piernas cortas, y no hendidas las uñas, sino con dedos, y ni aun en esto dice semejanza exterior á los puercos. Su cabeza es gruesa, y casi redonda ; las orejas pequeñas, y el pelo corto. En el hocico le nacen unas barbillas como las del gato. No tiene cola. Su boca es pequeña en su abertura ó labios : fuera de éstos les salen los dientes corvos, como los de los conejos. Lo particular es que, además de los dichos dientes tiene veinticuatro en cada quijada, los cuales no se ven por afuera por la pequeñez de la boca. Es animal que gusta de las tinieblas de la noche, aunque también de día sale á pacer yerba á las orillas del agua. Nada con grande velocidad y atraviesa los ríos en busca de su alimento, ó huyendo de quien le persigue. De ordinario andan en manaditas : y de noche causan un ruido ronco que espanta á quien no sabe de donde se origina. En lo exterior no se conoce ni puede distinguirse el macho de la hembra ; y no falta quien los tiene por promiscuos. Para evadir las asechanzas de los pescadores, se arroja al agua y zabulle en ella, y por debajo nada un largo trecho. Más esto no le libra de los Payaguás, que con sus veloces canoas le siguen, y al sacar la cabeza, logran la presa. Su carne se parece á la del puerco, y es sabrosa, pero olisquea un poco. Para quitarle este efecto, los infieles, luego que la sacan á tierra, la chamuscan antes de abrirla : y de este modo se evita el mal olor. La piel es gruesa, y curtida sirve como la del ante.

CL. *Lagarto Niogoiyegi.* — El Niogoiyegi es otro animal que tanto se halla en agua, como en tierra. Gustan mucho los Guaycurús de su carne y de sus huevos. Hácese

temer de todos por su ferocidad y horribles colmillos. En otra parte se trató largamente de este anfibio. Aquí añado que sobre su feísima figura echan un punto más sus ojos grandes, orbiculares, y resaltados del casco: la pupila ó niñeta es negra, y, el modo de mirar traidor y encarnizado. En los días más calurosos sale del agua á la ribera y abre su feroz boca, en la cual se posan las moscas y mosquitos, de que hay sobra: ciérrala prontamente dejando caer su quijada superior como una tapa, y se los traga. No se sabe que cuando duermen los cocodrilos americanos, se les entre por la boca algún animalito á limpiarle los dientes, como escribe Plinio de los del Nilo. Lo que parece cierto es que los gallinazos y otras aves semejantes observan las ovadas, y se comen muchos huevos, y de los caimancillos que salen, empollados los huevos, arrebatan no pocos. No consta tampoco que algún ratón como el *Ichneumon* se le entre por la boca y le roa las entrañas. Escríbese sí, que el caimán macho hace risa en sus hijuelos al salir del cascarón: y la hembra hace lo mismo con los que se le despegan en el agua.

CLI. *Piedrecitas que engulle.* — Es cosa sin duda que el Niogoiyegi engulle muchas piedrecitas. Francisco Giménez hace también mención de estas piedras y dice que las traga cuando no encuentra otra cosa con que saciar su natural voracidad: con su excesivo calor las cuece y gasta. No puede negarse que en los estómagos de algunos animales hay un ácido estomacal de tal actividad disolvente, que consume el marfil, hierro y otros metales. Acaso esto mismo acontece á los Niogoiyegis. Tengo ésta por mejor razón que pretender que engullen las piedrecitas para equilibrarse en el agua é impedir con este equilibrio la sumersión y poder zabullirse y salir con presteza á respirar el aire. En muchos no se hallan tales piedras, principalmente de los nuevos. ¿Qué conserva el equilibrio de éstos? Cuando las piedras están algo gastadas falta contrapeso. ¿Y, no se zabullen y surgen ligeramente los Niogoiyegis?



CLII. *Virtudes medicinales de este pez.* — En algo sirve á la restauración de la salud humana un bruto cuya braveza, si pudiera, la acabara. Su manteca aplicada como emplasto sobre las llagas, tiene virtud de curarlas. El omaso seco y reducido á polvos sirven estos bebidos contra el mal de piedra. Las piedrecitas que se hallan en su estómago hechas polvos y administradas en bebida son singular remedio contra las piedras que causan el dolor de los riñones. De la virtud antidotal de sus colmillos hay mucho escrito. Acaso tanto para negarla del todo, como para establecerla universal, ó contra todo género de venenos, se necesita de mayor y más exacto numero de experiencias : bien que hay muchas en favor.

CLIII. *Modos con que pescan.* — Rara vez se deja ver el Niogoiyegi en buen sitio á los Guaycurús sino para su ruína y muerte. Fácilmente le pescan sin temor de los azotes que sacude con la cola, ni de sus afilados colmillos. Si le cogen en tierra, le clavan con la lanza hasta que exhala los últimos alientos. Si está en el agua le tiran hachas con tanto acierto, que pocas yerran. Herido el Niogoiyegi nada, y al mismo tiempo, faltándole con la sangre que pierde las fuerzas, arrima á la orilla, y aquí le cogen con seguridad. Otras veces se valen de un arpón fabricado de un palo muy duro, ó de hueso, en forma de saeta. Viene á ser una lengüeta con dientes como sierra á los dos lados, al modo de las aletas de las ordinarias flechas. Tendrá cosa de una cuarta de largo esta lengüeta ó punta de la fisga. Métenla en una caña de saeta, y como tal la disparan al lagarto, éste en sintiéndose herido procura la fuga : mas en vano porque el harpón lleva consigo atada la punta de una cuerda : la otra queda en la mano del pescador, que va recogiéndola y llamando la presa á la orilla. Aquí con el garrote nebo ó con la lanza, le acaba de quitar la vida.

CLIV. *Pesca con flecha.* — Con el mismo método pescan el Eguagaicho y también con flechas ordinarias, porque en desangrándose, sobrenada y le recogen. Es cosa

gustosa verlos pescar con la flecha. Los peces cuyo nombre en común es Negoyegi, unas veces en cardumen otras solos, pasean su elemento. El indio arma su arco, y con una vista de lince descubre el pez que corretea. Dispárale la flecha de modo que queda traspasado por medio. También sabe tomar las medidas, y prevee en el disparo la natural velocidad del pescado. Flechado éste, entra el pescador en el agua, y por su flecha sigue y coge su presa. Si el agua no está honda el pez queda clavado en tierra.

CLV. *Pesca con frutillas.* — El ordinario modo en sus pescas se hace con anzuelos. Éstos, ó los adquieren de los españoles, ó ellos se los labran tan buenos como aquéllos, si logran algunos pedazos de hierro ó clavos viejos. Después hablaremos de sus fraguas. El cebo del anzuelo ó es de carne de sus cazas, ó de lombrices de tierra, y también de pescado ó de frutillas. Los peces llamados Atepagas son aficionadísimos á ciertas frutillas que producen algunos árboles en las orillas de los ríos. Los he visto en tiempo de estas frutas en continuas idas y venidas hacia los ramos de estos árboles avanzados al agua, en busca de las frutas, que se caen, ó de maduras, ó sacudidas de los vientos. Conociendo el gusto de estos peces, ceban los indios sus anzuelos con dichas frutillas : y en breve hacen fortuna. El nombrado Atepaga es muy atrevido ; y, en viendo algo de color encarnado en el agua, da con resolución un salto á cogerlo. Basta un trapo colorado para pescarle, porque no suelta lo que una vez muerde.

CLVI. *Pesca general.* — La desgracia es que la gente Eyiguayegi generalmente no es muy dada á la pesca. Algunos se hallan aficionados á este ejercicio. No obstante, tal cual vez, estimulados del hambre, lo remedian con este arte. En otras ocasiones, cogen unas esteras pequeñas con que hacer una chocita abierta á todo viento. Vanse á la orilla del río Paraguay, y se extienden por ella, cogiendo sus sitios determinados las familias. Así



ocupan dos ó más leguas de tierra no cerca de la ribera. Aquí permanecen á veces un mes, comiendo y asando para cuando se vuelvan. El fin de ponerse del modo dicho por la orilla del río, no se endereza solamente á que cada cual pesque con desahogo, sino para socorrerse prontamente en caso que los infieles Payaguás sorprendan á algunos descuidados. En este aprieto ó si divisan las canoas de sus enemigos al punto queman el campo, y levantan humareda, por medio de las cuales unos á otros comunican el aviso, y los varones se ponen en armas para la defensa. Advertidas estas contraseñas por los Payaguás, no es menester más aparato para que se pongan en huída, y así quedan sin recelos los Mbayás en su pesca.

CAPÍTULO X

DE LOS ANIMALES ACUÁTICOS Y OTROS COMO TAMBIÉN DE LOS OFIDIOS É INSECTOS

CLVII. *Lobos ó perros del agua.* — La multitud de vivientes, tanto acuáticos como terrestres, reptiles y volantes, nos detuviera mucho, si de cada uno se hubiera de hablar por extenso. Tocaremos con brevedad cuanto baste para hacer concepto del país de los Eyiguayegis. En el río del Paraguay y en otros que en él entran, se dejan ver con frecuencia muchos Lobos, que mejor se dirían Perros del agua. Los indios los llaman *Egueleiche.* Son poco mayores que un cuzquillo; tienen palmeados los pies como los patos, la cabeza grande y la cola larga de la figura de un remo. Su pelo es suave y tira á pardo blanquecino; en la cabeza, á los dos lados de la boca se descubren unas manchas amarillas. Hay dos especies distintas solamente en lo mayor ó menor de sus cuerpos. Unos y otros comen los infieles. Son animales anfibios, y aunque viven mucho en el agua, salen á dormir y solazarse en tierra. Comen también en la orilla del agua; con sus uñas bien agudas

y algo corvas, cavan cuevas en las barrancas en que duermen y crían sus hijuelos. Andan muchos de cuadrilla y en el agua retozan y juegan, zabulléndose y sacando á breves ratos las cabezas. De noche meten un ruído desapacible que ponen miedo á los navegantes que no saben de dónde proviene aquella confusa vocinglería. Amánsanse en breve y viven comodamente en tierra. Cuando comen no permiten que nadie se acerque á traerles la comida y arremeten como el gato ó el tigre.

CLVIII. *Apaguilogoba*. — Es recomendable otro animalillo, no por su carne, que es algo hedionda, aunque no falta quien la coma, sino por una particularidad que en él se observa. En su figura se da un aire á las ratas, pero las excede en el grandor del cuerpo. Algunos son mayores que un gato. Tienen la cabeza como la de la zorra, aunque su hocico es más prolongado. La barba es como la del gato. El pelo de todo el cuerpo es de color pardo, y en partes más obscuro. Su cola es bien larga, más que la de las ratas y casi la mitad limpia de pelo, es redonda y de color casi negro, por lo común la tiene encorvada. Los dientes son agudos y los emplea en caza de gallinas y otras aves caseras y de las selvas. Lo singular de esta bestezuela es que en lo inferior del vientre tiene una bolsa larga, formada de dos pellejos. En medio de ella hay una abertura que es como la puerta, la cual abre y cierra cuando le da la gana. En esta bolsa, después de parirlos, encierra los hijuelos, hasta que ya grandes, los echa fuera. Mientras los hijos vivos encerrados en aquel seno, están asidos á los pezones de las tetas de la madre chupándoles la leche; y se asen tan firmemente que aun después de muerta y corrompida aquella, se han hallado aferrados á ellos como si mamaran. La naturaleza de la referida bolsa se podrá conocer por lo que de ella dice un famoso físico por estas palabras: « No hemos hallado en las repetidas insecciones de estos animales otro vientre en ellos, sino esta bolsa, en la cual concibe y los cachorros se forman. Después en estos los lleva cinco ó seis, movibles, pero sin

pelo, y tan fuertemente asidos á las tetas que apenas las dejan de la boca hasta que la madre los echa fuera á buscar alimento. Pero de afuera vuelven otra y otras veces y á su arbitrio se meten en el útero materno: así con grande admiración lo hemos observado muchos.» Los españoles llaman comadreja á este animalillo.

CLIX. *Nigoteyo, animalillo hediondo, zorrino.* — Entre las especies de zorras, de que ya se habló en otra parte, cuentan algunos al *nigoteyo*, cuya hediondez le descubre de lejos. Tiene la boca y dientes de liebre, como también el pelo y la barba. Las niñetas de los ojos inclinan á azules; sus orejas son cortas y casi redondas. Cada mano está adornada de cuatro dedos y cada pie de cinco, y todos rematan en uñas agudas. Su grandor es como el de un mediano gato. El pelo en lo suave es como de liebre, pero está jaspeado de pintas y manchas blancas y negras. Á los lados de la espalda corre una lista blanca en algunos, que casi forma una cruz. La cola es larga y con ella puede muy bien cubrir todo el cuerpo. Es animalillo osado: si le persiguen no huye, porque va fiado en unas armas invencibles. Espera á su enemigo y volviéndole la cola, hace la puntería y despide una materia flemosa blanquecina, que sofoca si le alcanza; y cuando no le llega, sola la corrupción con que inficiona el aire es tan vehemente y penetrante, que hace huir al contrario y se deja sentir por algunas cuadras y dentro de las salas y aposentos. La ropa que mancha queda casi inservible y es necesario lavarla muchas veces y tenerla al aire. Si es de noche cuando suelta la dicha materia fétida, ésta forma como un ramo de luz inflamada en el viento: dura el resplandor tanto cuanto tarda en disiparse la materia enrarecida. Algunos hay de tan extravagante olfato, que dicen que es olor suave en su sentido. Bien puede ser que su demasiada intensión hiera ordinariamente el órgano con más fuerza que lo que se requiere para percibir suaves los hálitos.

CLX. *Niyaluyegi.* — *Niyaluyegi* es animal muy parecido al lagarto. Son dos las especies, no muy diferentes.

Vive en tierra, más no extraña el agua; por esto le cuentan entre los anfibios. El color de la piel escamada es verdoso con alguna mezcla de amarillo. En los anillos de la cola se ven pintas encarnadas. Tiene cuatro pies como los lagartos, cuyos dedos son largos y palmeados ó con entretelas, que le sirven para nadar. Desde la cabeza hasta la extremidad de la cola, por el espinazo corre una hilera de escamas sobresalientes que forman como una sierra. Tiene los dientes agudos y larga la lengua partida, y la vibra velozmente cuando está irritado. El vientre en las dos especies, pero singularmente en una, es desproporcionalmente ancho respecto del cuerpo. Su alimento es la miel de las colmenas, los huevos de las aves y las frutillas, que busca aun subiéndose á los más altos árboles. Es de una vida tenacísima, y con dificultad muere aunque le hieran algunas veces en la cabeza, si no se les atraviesa el cuello. Si meten la mitad del cuerpo en algún agujero, se aferran con tanta fuerza, que se dejan hacer en pedazos antes que soltarse de grado; la cola va quedando despedazada en las manos que la tiran y el *Niyaluyegi* no cede á la violenta carnicería. Su carne es muy blanca, y un buen alimento aunque algo seco. Es animal ovíparo. Se escribe que en estos animales se halla una piedra (la mayor de una onza) de color blanco, y que reducida á polvo es remedio provechoso en el mal de retención de orina. Los polvos deben tomarse en agua tibia y en poca cantidad. El autor de la *Monarquía Indiana*, mal informado de la naturaleza y propiedades de estos animales hace de ellos una descripción que solamente viene ajustada al hircoservo ó á las harpías. Léase en la segunda parte, libro 14, capítulo 40, el pasaje del cuerpo de la obra, podrá inferirse por lo que pone en el índice, en donde escribe: *iguanas, aves como lagartos*, etc. En otros puntos semejantemente padece sus descuidos.

CLXI. *Monos varios. Egeadi.* — En los bosques de este país siempre verdes, se mantienen de frutas, de miel y de los huevos de los pájaros varias especies de monos, tan

distintos en los colores como en la corpulencia. Á los menores llaman *Egeadi*. El color de su pelo tira á pardo blanquecino. Otros hay mayores de color pardo que tira á negro, y en algunos á blanco. Son vivísimos y saltan con mucha presteza de un árbol á otro, y cuando han de dar salto hacia abajo, se cuelgan primero de la cola, toman sus medidas y se bambalean para arrojarse. La hembra, si tiene hijuelos, los lleva sobre la espalda, á la cual se abrazan cruzando las manos por el cuello de la madre. Salte y brinque ésta, los cachorros no la sueltan.

CLXII. *Mono Aychega.* — Particularísanse entre todos, los llamados *Aychega* y *Nadaguilicho*. El primero es grande, barbudo con barba larga y feísimo. Su color ordinariamente es negruzco, aunque se hallan otros de un pelo blanquecino. Mete un ruído desapacible con voces desentonadas, especialmente al amanecer y cuando quiere haber revolución de tiempo. Salta de rama en rama como una saeta. No tiene monerías como los pequeños: antes bien es lerdo en el suelo y está casi de continuo ahullando algo bajo con molestia del que le oye.

CLXIII. *Mono pereza. Otros no lo hacen mono.* — El *Nadaguilicho* es la misma pereza. Camina muy lentamente y en andar pocos pasos gasta algunas horas. Grita de noche haciendo un sonido triste que empieza en alto y pau latinamente baja. Á modo que sucediera si alguno ento nara según el orden siguiente las notas musicales: *la, sol, fa, mi, re, ut*. La voz de este mono no tiene más sílabas que las que ya escribo: *há, há, há, há, há, há*. Naturaleza concedió esta propiedad al *Nadaguilicho*, sin que sea necesario violentar las esencias. Digo esto, porque para explicar la lentitud en los movimientos progresivos, y las voces de este mojo, no falta quien recurra á la crispatura de sus nervios, cuyo dolor le obliga á caminar despacio y á prorrumpir en tristes gemidos. No adelanta mucho la física si por asirse al mecanismo en la alteración de los nervios, quiere introducir en la república ordenadísima de los vivientes, ideas exóticas. Tan enfermizas sacó á luz

sus obras el Autor supremo que condenó á dolores de por vida ó desde el nacer al morir á la especie referida? No se mueve lentamente la tortuga y la disforme culebra llamada ampalaba? El *há, há, há*, más es interjección de alegría que de quebranto.

CLXIV. *Tortuga Logoyeuigo.* — Mas vamos adelante. En las mismas selvas nace y procrea muchísimo una especie de tortugas muy diversas de las que habitan las aguas. Llámanla con nombre común *Logoyeuigo*. Jamás entra en el agua, aunque gusta de lugares sombríos y húmedos. De largo, algunas tienen dos cuartas, otras menos, y las hay también del largo de cuatro dedos, si éstas no son los hijuelos de aquellas grandes. De ancho tienen poco más de una cuarta. Su figura es arqueada. La concha es gruesa con hueso y todo. Está cuadreada de pintas de varios colores, pardo obscuro, blanco pálido, amarillo fino y encarnado algo apagado. Camina como lo que es, lentamente. Su ovario es grande. En una conté veinte y tantos huevos ya grandes como los de gallina, sin cáscara, y una multitud de otros menores. Los Mbayás gustan mucho de este manjar: ábrenlas con destreza, asan ó cuecen la carne; los huevos meten en una tripa de la misma tortuga y así los asan y guisan, saboreándose al comerlos. El hígado no es inferior al de un lechoncito en lo grande y sabroso. La sangre de este animal recibida en la mano al salir de las venas se siente fría al tacto, como con otros lo tengo experimentado. Las conchas, que son las que tienen los colores, saltan fácilmente del casco del hueso; y pudieran aprovecharse para algunas obras curiosas.

CLXV. *Víboras: la de cascabel.* — Entre los reptiles que alimentan los campos y las aguas, son temibles algunos, ó por la actividad de su veneno ó por la fiereza de sus colmillos. Á las víboras en común llaman *Laquedi*, y en particular les tienen apropiados expresivos nombres. Á una dicen *Latidiquenaga*, la sonadora, por el sonido que mete al caminar. Éste le causan unos huecesillos que tienen en las últimas vértebras de la cola. El largor regular



Vívora Latíciguenaga, de cascabel

de esta víbora es de cuatro pies, y su grosor es vario pues se hallan de cuatro pulgadas de diámetro. El común es de una y media. Tiene el espinazo algo levantado respecto de los costados. Su cabeza es chata ó aplanada. Los costados están cubiertos de escamas relucientes, mezcladas de unas listas pardas. Las escamas de la espalda son pardas pero vistosas, por cortarlas unas líneas algo pajizas que se cruzan en el espinazo. Los colmillos son muy agudos, pero sobresalen dos en la quijada superior, encorvados, con los cuales hace el estrago. La mordedura es mortal; y hostigada, se enrosca y se defiende de quien procura su daño. Cuando quiere embestir, además del ruído que hace con sus sonajas, levanta la mitad anterior de su cuerpo, pero no se abalanza ni muerde sino irritada. Duerme profundamente.

CLXVI. *Sus cascabeles.* — Los cascabeles forman la extremidad de la cola. Cada año, según dicen, le crece uno, y así por ellos se ajusta la cuenta de la edad de esta víbora. Estos cascabeles ó sonajas se unen á las últimas vértebras del espinazo por medio de un músculo y de unas telas ó membranas que están unidas á la piel. No son otra cosa las sonajas que unos huesecitos cóncavos, tenues, duros y secos, y por esto frágiles y bien sonoros. En su magnitud y figura se parecen al hueso humano que los anatómicos llaman sacro. No son redondos, sino de articulación poco pulida, porque la extremidad del huesecito superior encaja en dos inferiores. Esto mismo le sirve para causar un sonido multiplicado. Así avisados los otros vivientes pueden precaverse de tan pernicioso enemigo. De aquí es que cierto autor que escribió su *Viaje á la América*, no acertó cuando dice que los cascabeles de esta víbora son huesecillos redondos, que se engendran en la extremidad de la cola como los garbanzos en su vaina. No haría la experiencia en el examen como le faltó en otras cosas [1].

[1] En una memoria impresa en Milán año de 1779 del señor aba-

CLXVII. *Virtudes medicinales y antídotos contra su veneno.* — Dicen que los colmillos de esta víbora sirven para aplacar los dolores de cabeza. Para eso, pican con ellos la cerviz y el cuello, y así el dolor se mitiga. Á los cascabeles también atribuyen sus virtudes medicinales. Y son exactas las pruebas y experiencias. En las mordeduras de esta víbora es muy eficaz antídoto la cabeza de ella misma, machacada y aplicada en la parte lesa, poniendo en las partes inmediatas hojas verdes de tabaco. Causa intensos dolores su veneno, y para mitigarlos suelen algunos meter los miembros heridos en tierra, que cavan á propósito; así los tienen enterrados hasta que el dolor cese. Es feliz el suceso, si el veneno no está muy apoderado. También la saliva en ayunas sirve en toda picadura venenosa, untando varias veces con ella la parte afecta. Esta práctica no es mera invención de curandero. Plinio, Galleno y Escalígero, reconocen virtud antidotal en la saliva. Pero uno de los más presentáneos remedios comprobado por una continua experiencia, es el estiércol humano. Dos onzas de esta triaca desleída en agua y bebida, libran felizmente al paciente. También la piedra llamada de la víbora.

CLXVIII. *Víbora de varios colores.* — Á otra víbora muy ponzoñosa llaman *Guáyicalo liguilagi,* gargantilla de viuda, aludiendo á los colores de esta víbora, los cuales las viudas Eyiguayegis remedan en sus collares. Tiene toda su piel veteada de pintas negras, amarillas y encarnadas. Su mordedura causa síntomas horribles. No crece mucho: á lo más dos cuartas de largo y como un dedo de grueso. Los efectos de su activo veneno parece que tuvo presente Nicandro, cuando de otra víbora escribió estos versos:

Pessima, quas fecit plagas, hæc signa sequuntur
Avida tota cutis circumputret, horribilemque

te Telmeyer, discurre muy mal este abate sobre los cascabeles de que se habla. Dice lo que imaginó, no lo que hay en realidad. Véase nuestro *Paraguay natural ilustrado.*


Vivora Guayicalo
liguilagi, de va-
rios colores

Elevat aspectum, magni ignitique dolores
Tandem hominem interimunt, mox plurima pustula surgit
Ac aliæ ex alia bullæ se parte rependunt
Et miserum diris turbant affectibus ægrum.

No obstante la eficacia de su ponzoña, si se acude á tiempo sirven los remedios arriba escritos, y los que se pusieron en otra parte, hechos de las raíces del nardo y de las hojas de higuera.

CLXIX. *Neguega.* — Otras víboras hay de color todo verde por el espinazo y costados; por el vientre es blanco apagado. Llámanlas *Neguega.* Una especie no es venenosa ni tiene dientes ni colmillos. La otra es muy ponzoñosa y causa su mordedura terribles dolores y la muerte, si se dilata en aplicar alguno de los remedios.

CLXX. *Iguogo laquedi.* — Hay otras que en el color de todo su cuerpo se parecen al que ordinariamente tienen las cortezas de los árboles. Por esto las llaman *Iguogo laquedi*, víbora palo; llega á tener como tres cuartas de largo y de grueso cosa de un dedo. Sube con mucha ligereza á los árboles á cazar avecillas, comer sus huevos y lo que encuentra. Causa miedo verla enroscarse de rama en rama, y más con la aprehensión de que puede arrojarse contra los que la miran, dirigiéndose como una saeta, como suele hacerlo. En esta propiedad la siguen otras dos especies de víboras, ó tres, llamadas de los indios Guaraníes *mboy yarara, mboy quatiá* y *yacanina.* De todos estos dardos animados y ponzoñosos hemos muerto algunos en la Reducción de Belén. Con acomodación puede decirse de todas estas víboras lo que Nicandro del áspid :

Tam procera extensa queunt quam brachia duci,
Tantaque crassitus est, quantum missile telum
Quod faciens, hastas docta faber expolit arte,
Pro trucium horrisona taurorum et caede leonum.
Squallidus interdum color albet, sæpe virenti
Cum maculis sæpe est cineres imitante figura
Nonnum quam ardenti veluti succenditur igne,
Idque nigra Aethiopum sub terra...

... Intra maxillæ concava dentes
Radices fixere suas, quas iuncta quibusdam
Pelliculis tunica abducit, triste unde venenum
Effundit, si forte suo hæc approximet hosti.

CLXXI. *Víbora Coui pouaga.* — La más horrible y temible víbora es la que llaman *Coui pouaga.* Su color es pardo obscuro, la figura feísima. En su magnitud no guarda regularidad, como tampoco en su grosor. Tiene sobre la cabeza unas listas de color claro, que forman el bosquejo de una cruz; su veneno es mortífero y hace brotar la sangre por todos los poros y ventanas del cuerpo con inflamación, ardores y vómitos y otros síntomas lastimosos.

... Surguntque nigri. qua plaga tumores
Moestaque tristitia, et lacrimabilis opprimit angor
Cromprehensam morsi quadam caligine mentem,
Et periens nimio flarescit forma dolore:
Usque adeo pascens absumit membra venenum
Quinetiam offuscans obducit lumina nubes
Et misere affectum perdit totaliter ægrum
... Et crebris quasi singultibus ægri
Nunc similem felli vomitum, nunc sanguine lentum
Ejiciunt, ipsumque malum facit arida labra,
Postremoque gravem fundit per membra tremorem.

Acudiendo con los remedios arriba dichos, especialmente con el bálsamo hecho con las hojas de higuera, suele escapar de la muerte el herido de este veneno, pero tiene que padecer para muchos días las resultas de la ponzoña.

CLXXII. *Insecto Anadegigi.* — Á otro insecto reptil llaman *Anadegigi,* y apenas puede discernirse en donde tiene la cabeza ó la cola. Tendrá como cuarta y media de largo y de grueso un dedo. Es casi igual por todos los lados. Su color es blanquecino con algunas pintas pardas. Llámanle víbora, pero en realidad no le conviene este nombre porque no muerde ni tiene ponzoña. Á lo más si se pega parece que chupa. Algunos la llaman *Amphisbena*



[illegible], culebra, o [illegible]

[illegible]

ó víbora de dos cabezas, pero es viviente muy distinto, y entre las dos hay grande diferencia, como luego veremos, y del *Scytale* y *Amphisbena* cantó Nicandro:

Bifronti similem reperis Scytalem Amphisbenæ
Pinguior est tamen, et cauda, quæ nulla fere erit
Crassior, ut quanto solita est comprehendere lignum,
Curva manus strictum, quoties tenet ipsa ligonem,
Tam prolixa, vagans, pluvio quam reptile cœlo,
Quod fœcunda genus sua gignit viscera tellus.

La naturaleza de éste, más gusano que víbora, está á la vista de todos. Déjase ver con frecuencia en tiempos húmedos y lluviosos, y también por las noches del estío. Su habitación ordinaria suele ser en los vivares de las hormigas.

CLXXIII. *Amphisbena.* — La *amphisbena* ó víbora de dos cabezas, se cría en este país, más no se ve con tanta frecuencia como las otras. No crece mucho: á lo más cuarta y media; es delgada y el color de su cuerpo blanquecino con algunas pintas algo obscuras. Vénse bien distinguidas sus dos cabezas, con los lados ó mejillas algo prominentes. Tienen por mortal su mordedura. Ya se ve que hay mucha diferencia de esta víbora ó la *Anadegigi*, ó antecedente respecto de la cual puede decirse:

Post hanc exiguam tibi subdimus Amphisbenam
Duplice conspicuam (monstrum mirabile) vultu:
. . . .
Terreus est illi color et densissima pelles
Plurima quam varie distinctam signa figurant.

Esta víbora camina hacia todos lados como le da la gana. Hállase también en la jurisdicción de la provincia de Tucumán. Tiene los ojos proporcionados, aunque casi cubiertos con las prominencias de las quijadas. Al contrario, la *Anadegigi* los tiene tan pequeños que apenas se divisan. El nombre Mbayá las diferencia de las víboras y la coloca

entre las lombrices de tierra; *Nadegigi* significa lombriz, y *Ane*, la que: esto es, la que es lombriz.

CLXXIV. *Culebrón disforme.* — No faltan en este género de reptiles culebras disformes en su grandeza. Á una, habitadora de las selvas, cañaverales y sitios sombríos y húmedos, llaman *Etagadi Laquedi*, culebrón caña. Las cañas por acá se crían en las orillas de las aguas y llaman Bravas; en su grosor exceden el de un brazo y en su largor llegan á tener diez y quince varas. Aunque no sea tan larga esta culebra, es cierto que las hay de cinco y seis varas, y más gruesas que el brazo. El color de su piel es amarillo claro, con algo de verdoso, como el de las cañas maduras pero frescas. Son muy veloces en la carrera. Así se arrojan á la presa y la arrastran á sus cuevas. Caza cervatillos y avestruces medianos. Si los Indios las matan, comen sus carnes, que no son de mal gusto. De la especie de estos culebrones parece que son los que Lucano dice que se parecen al mármol serpentino. Nicandro escribe de semejantes reptiles que en su tiempo se hallaban en Samo, donde está el monte Mosychlo:

Atqui cum rapidis fervescens solibus æstus
Ardet, in horrida se sylvarum devia confert
Imbellesque rapax venatus prædo bidentes:
Perceisique Sai iuga, frondosique Mosychli,
Sub viridis quando frigentibus abietis umbris,
Securi recubant, grege circum errante Magistri.

Tuve un colmillo que de un culebrón de éstos que mataron los Indios sacaron y me presentaron. Era el grosor del dedo meñique, y aunque corvo, igualaba su longitud la del dedo índice. Advirtiéronme que era hijuelo ó culebra nueva. Al herirla da unos silvos altos y asombrosos.

CLXXV. *Culebra nadadora Oyaga.* — En las orillas aguanosas y sucias de yerbas de los ríos y también en las lagunas, especialmente en las tierras que ocupan los Eyiguayeguis en la banda occidental del río Paraguay, se crían disformes *Hydros* ó culebrones nadadores. Llá-



manlos *Oyaga*. Crecen á lo largo de cinco á seis varas. El color que domina en sus pieles es amarillo con manchas pardas. Hay algunos cuyo grosor iguala al del cuerpo humano. Su diente no es venenoso, pero si hacen presa la devoran. No hay plato más regalado para los infieles que un trozo de esta culebra asado ó cocido. Es carne buena pero algo dura, como lo experimenté algunas veces que les ayudé á comerlas. Es animal ligerísimo en el agua y mientras le dura la humedad del cuerpo. Sale á las orillas á hacer la presa. En el Diario del viaje de vuelta de los pueblos de los Chiquitos se trató por extenso de este reptil, horror de las aguas. Parece que Virgilio (*Georg.*, libr. 3) habló de esta culebra acuática cuando dijo :

Est etiam ille malus calabus in saltibus anguis
Squames convolvens sublato pectore terga,
Atque notis longam maculosus grandibus alvum,
Qui, dum amnes ulli rumpuntur fontibus, et dum
Vere madent udo terræ ac pluvialibus Austris,
Stagna colit, ripisque habitans hic piscibus atram
Improbus ingluviem, ranisque loquacibus explet.
Postquam exhausta palus, terræque ardore dehiscunt,
Exilit in siccum et flammantia lumina torquet,
Sævit agris asperque siti atque exterritus æstu.

Acaso algunos dificultarán asentir á lo dicho de que los Guaycurús comen los culebros mencionados. Á incrédulos semejantes muchos años ha que respondio Vossio, en pocas pero doctas palabras : « *Quod illi* (dice) *non viderunt, cernere subinde vulgares animas, quibuscum si sermonen severe non grabarentur, plura sciremus Naturæ arcana. Nunc aliis rebus publicis aut umbraticis stadiis occupati, multa non conspicimus quæ illi quos contemnere solemus vident et observant.* »

CLXXVI. *Dibichodi: hormigas.* — Qué dirán los que nada creen sino sus ideas, ó lo que no sale fuera de la esfera de sus especies sensuales, al oir que hay hormigas lucientes, cuya luz de noche parece á la de la luciérna-

ga? Otras que se fabrican sus casas altas más de vara y media, con sus troneras, respiraderos ó cañones á modo de chimeneas? Otras que forman unas canales ó entradas secretas, ó por bajo de tierra y roen las raíces de las plantas, ó por las paredes y postes de las casas, maltratando las maderas y exponiéndolas á ruina? Otras, omitiendo muchas especies, que de noche y también de día salen en los cuartos, salas y dormitorios, se apoderan de ellos y si embisten á los que duermen, los martirizan y hacen saltar del lecho? Lo más singular es que un ejército que hace negrear todo el pavimento y paredes, con un poco de humo de papel ó rociándolas con agua, toca á retirada en pocos instantes sin perder el tino del agujero por donde salió á campaña, tan pequeño, que de día apenas una cuidadosa diligencia lo halla. Pues es cierto que hay ésta y muchas más especies de hormigas, las cuales, aunque tienen nombres propios, el común á todas es *Dibichodi*. Unas tienen el color pardo claro y sus tenazas son las guadañas de los árboles y sembrados. Son mayores que un grano de trigo cuando no tienen alas, más, después que le han nacido, igualan al tamaño de un mediano escarabajo. La extremidad de la cintura hacia abajo es como un grande garbanzo. No encierra otra cosa que una manteca blanquísima la cual no es del gusto de los Guaycurús, pero sí de gente blanca, pobladora de la ciudad de Santa Fe, perteneciente al Río de la Plata.

CLXXVII. *Hormigas bravas.* — Por una casualidad descubrimos mi compañero el padre Juan García y yo, otras hormigas cuya mordedura causaba alguna inflamación con ardor y escozor intenso. En las cañas bravas, cuyo canutos tienen casi una cuarta de diámetro, descubrimos ó por mejor decir, hizo sus asechanzas este enemigo. Rajando una de estas cañas, á las cuales llaman los indios *Etagadí*, salieron innumerables hormigas negras, unas pequeñas y otras muy grandes, casi de media pulgada. Hiciéronse sentir cuando estábamos divertidos. El asalto fué tal, que nos obligaron á cederle el campo, porque nos

pusieron en fuga. Muerden con rabia y sueltan con dificultad. Anidan en las mismas cañas, de cuya humedad y jugo recibirán alguna sustentación.

CLXXVIII. *Abejas.* — En muchas de las cañas bravas y en troncos de los árboles huecos, fabrican sus panales algunas especies de abejas; otras debajo de tierra, en profundidad como de una vara, y otras cuelgan sus colmenas en las ramas de matorrales. Los Guaycurús se aprovechan con bastante frecuencia de la miel, más para hacer el brevaje con que se embriagan que para comerla. Recogen la cera y la venden ahora á los españoles, y antes á los Payaguás infieles, que la llevaban á la ciudad de la Asunción. Á cada especie de abejas tienen puesto su propio nombre.

CLXXIX. *Avispas.* — No abundan menos las avispas; unas casi coloradas, otras negras; unas grandes y otras pequeñas. Todas convienen en estar armadas de fuertes aguijones, y que causan, si pican, un dolor bien grande. Pierden el aguijón que queda clavado en la carne; pero no por eso mueren, ni quedan desarmadas, pues tienen otros dos de reserva. En una ocasión, con las tijeras corté por medio una: quedaron los pedazos sobre una tabla, que hacía como paso á una ventana. De allí á un buen rato entraron dos chicos á mi cuarto, uno de ellos se arrimó á la ventana, y con el dedo se puso á jugar con un pedazo de la avispa cortada. Era éste en el que tenía el aguijón. Ya parecía sin alma, cuando de improviso sacó su aguijón aquel medio cadáver y se lo clavó en el dedo al niño, que lloró de dolor sus inocentes travesuras.

CLXXX. *Avispa Guayenaga.* — Entre todas las avispas se particulariza una, cuyo empleo es cazar arañas. La llaman Guayenaga. Su grandor es como el de las avispas ordinarias. La extremidad inferior de su cuerpo está unida á la anterior por medio de un canutito negro y duro, del grosor de un alambrito. Todo el color de su cuerpo está jaspeado de negro y amarillo. Las alas son

cortas y angostas. Camina casi con tanta ligereza como vuela. El ejercicio que la tiene entre día en continuo afán, se reduce á buscar arañas por todos los escondrijos. Las saca y vuela con ellas á su albergue para su sustento y el de sus hijos, ví alguna que cargaba una araña cuatro veces mayor que ella. Propiedad rara por la cual merece el nombre de *Mitridates* de las avispas.

CLXXXI. *Mosquitos molestos.* — En tierras bajas y mucho más en las anegadizas, se crían, no avispas, sino innumerables mosquitos y tábanos. Unos de aquéllos tienen las zancas largas y jaspeadas de blanco. Causan grande molestia, sin dar treguas de día ni de noche. Los llaman Conodo. Otros hay pequeñitos de dos especies, una casi imperceptible. Su estructura es de una mosca chiquita. Pican unos de día hasta sacar sangre y levantar ampollas, dejando, en la picadura un humorcito acúleo que causa una comezón intolerable. Los átomos mosquitos también molestan de noche; entranse por entre el pelo en la cabeza, cejas y también al abrigo de las orejas, y causan un ardor como de fuego vivo. Á estos llaman Conipenigo. Hay otras muchas especies, que con sus zumbidos tocan alarma, y tienen á los viajantes en continuo desvelo, más de una vez me sucedió haber parado al anochecer, fatigado de todo un día de camino, más los enjambres de los mosquitos me obligaron á volver á caminar á medianoche por pantanos y lodazales malísimos. El riesgo de una caída y el peligro de los tigres se hacía más soportable que la presente furia de los mosquitos.

CLXXXII. *Tábanos.* — La multitud de tábanos, que dicen Guococodi, de día y en lo más ardiente del sol, molesta mucho. Haylos de varias especies. Unos como los de Europa; otros como unos moscardones; y otros como unas moscas. Estos últimos acometen con la presteza de una exhalación, y dejan escozor é inflamación en la parte para algún tiempo. Con dificultad se puede lograr coger alguno, por su grande ligereza.

CLXXXIII. *Multitud de insectos.* — Fuera nunca aca-

bar recorrer una por una las especies de insectos molestísimos, y muchas veces venenosos. Hay Alacranes y Ciento pies de varios tamaños. Algunos tienen un geme de largo y poco menos de media pulgada de grueso. Aturden por la noche con sus molestos chillidos los grillos, que con sus dientes destruyen y roen la ropa y papeles. Es verdad que en este particular de ejercitar sus destrozadores dientecillos, les hacen ventaja unos escarabajos aplanados y largos como cucarachas, á los cuales llaman Nagueladi. Aun en los platos y escudillas de estaño elavan el diente, y los roen como si fueran de alcorza. En los bosques se crían muchos murciélagos, y los llaman Eyaquidi. La especie de los grandes es temible, porque en el sosiego del sueño rompen alguna vena y chupan la sangre con una suavidad imperceptible. Hállanse también los lagartos, á que dan este nombre Guayagaidi, según toda la configuración de los camaleones. Otro lagarto se ve raro, dicho Guoladi : tiene la cola muy larga ; y pasa durmiendo casi todo el día. La misma constitución de la tierra, tan proveída de aguadas, es á propósito para la procreación de los sapos, á que llaman Liguedemade. Vense algunos escuerzos, que significan con estas diciones, Ebogo bogo. No son muy continuos aquellos animales como pulgas, que los españoles llaman Piques y los mbayás Nigetoguedi. Más en alguna otra temporada seca, nos dieron bien que ofrecer á Dios. Hubo día que era necesario sacar ocho ó nueve entrañados ya en los dedos de los pies y otras partes. Los indios desaseados tuvieron muchos y hubo mujer que estuvo á la muerte de solo *piques*.

CLXXXIV. *Mosca gusanera.* — En la república de las moscas hay una grande de ojos muy resaltados llamada Egenay libotagi, esclava de la luna, no sé por qué. Lo cierto es que si en el sosiego del reposo meridiano ó nocturno, se siente en los oídos ó ventanas de las narices, se sigue gusanera por las querezas que depone.

CLXXXV. *Escarabajos y garrapatas.* — Entre los escarabajos hay uno la mitad mayor que los ordinarios ;

por su ejercicio de hacer bolas de estiércol, le llaman Nibnitaga numilenogodi. Causa extrañeza ver su hermosura entre bascosidades. Casi todo está salpicado de manchas de un color finísimo oro. Yo hice secar tal cual, y muerto no pierde los brillos de su jaspeado. Otros hay que en sus ojos tienen dos globos de luz cuya claridad es tanta, que acercándolos á un libro ó carta, se lee sin estorbo. Vense de noche, y parecen alados carbunclos: su nombre es Limacate. Las garrapatas chicas y grandes, y de varios colores, abundan en las selvas y en los pajonales de los valles. Según su especie tienen los nombres y el común es Guedele.

CLXXXVI. *Arañas.* — Á las arañas llaman Egnala-litenigi, las hilanderas. Hállanse de muchas especies. Entre todas es temible la mayor de ellas. Es del grandor de un huevo, y en circunferencia la hemos muerto como la palma de la mano. Su descripción y efectos de su veneno se dijo en otra parte.

CLXXXVII. *Gusano luciente.* — En noches obscuras se ve con frecuencia un gusano del grosor de una pluma de ganso, y como dos dedos de largo. Todo él parece un áscua bien candente. Su cabeza es colorada: el cuerpo pálido ígneo, ó como apagado: mas, en tocándole, pone todo su cuerpo como un vivo fuego, difundiéndose por todo el de la cabeza. Está en opiniones si es ponzoñoso; pero nadie se atreve á cogerle inmediatamente con la mano. Yo cogí tal cual con un palito en un cartucho de papel blanco. Conservóse algunos días vivo, y con la misma propiedad de difundir aquel humor fogoso cuando se le tocaba. Muere también lo encendido, y queda en su color apagado, aun el de la cabeza.

CLXXXVIII. *Langostas.* — Una de las plagas que más afligen la jurisdicción de la ciudad de la Asunción, es la de la langosta. Los infieles Mbayás conocen esta desoladora de las plantas, y la tienen puesta el nombre de Aioque, mas no hemos experimentado en los años que aquí estamos, que son siete, su fatal diente. Han pasado algunas

mangas por el aire hacia las tierras de los españoles; pero en la de los Mbayás no quedó sino tal cual que se abatió fatigada. En lugar de las langostas suele algunos años criarse una oruga ó gusano, que acaba las hojas de los algodonales y mandiocales. También otras langostillas de varios colores, poco menos nocivas que las grandes. Pintólas elegantemente Claudiano:

Horret apex capitis, modo fera lumina surgunt
Vertice cognatus dorso dure scit amictus,
Armavit natura cutim, dumique rubentes
Cuspidibus parvis, multis acuere rubores.

CLXXXIX. *Mariposas.* — Las mariposas componen repúblicas numerosas, y muy bellas. No hay color que no matice las alas de unas ú otras. En algunas se ven compendizados los de todas. Forman festivos tornos al contorno de pocitos de agua y orillas de los arroyos. Á los chicos Guaycurús sirven de grande entretenimiento. Llámanlas en general Tibeico, y las persiguen con inocente algazara. Llevan en las manos unas ramas con las cuales las abaten al suelo. Cuando ya son en buen número las muertas ó abatidas, las ensartan, entretejiéndolas en unas pajas ó varitas largas, formando el volante flores, vistosos ramilletes y guirnaldas.

CLXXXX. *Ave Nayinigo. Su utilidad y pelea con las víboras.* — Por fin de este asunto, será bien insinuar un medio fácil de verse libre de muchos reptiles y otros insectos malignos en las huertas y en las casas. Con poner en ellas el ave llamada Nayinigo, está todo hecho. De este pájaro tratamos en otra parte bajo el nombre guaraní Haria. Es tan benéfico como las cigüeñas, y limpia el terreno que corre á su cuenta de culebras, víboras, alacranes, grillos y de otros semejantes insectos, que busca y le sirven de alimento. Pelea con las víboras, y es cosa de grande complacencia ver como la deja burlada. Enróscase el enemigo para dar el salto y emponzoñar al Nayi-

nigo: éste hace escudo de sus alas, esconde el pico, y salta como de un vuelo sobre el contrario á quien hiere con su arma oculta, y, ó le vence, ó deja sus astucias y contorsiones burladas. Con acomodación puede considerarse esta pelea como la que describe Nicandro entre el Dragón y el Águila:

Hunc petit inrisum, magni Jovis armiger hostem
Cumque genis parta aere suis ex aethere bellum,
Pacentem in silvis quamprimum viderit illum
Quod totos ferusis nidos cum nitibus oris
Et simul ipsa terens, et vastans pignora, perdit:
Non timet hoc serpens, imo quodam impete durus
Prosiliens, ipsamque Aquilam, leporemque tenellum
Extrahit ex rapidis, vi fraudeque fortior unus,
Cauta malum declinat avis: fit ibi aspera pugna,
Ut queat extortum victor sibi tollere praedam
Sed frustra elapsam, et volitantem hinc vide volucrem
Insequitor, longos sinuum contractus in orbes,
Obliquoque levans sursum sua lumina visu.

CAPÍTULO XI

DE LOS INDÍGENAS

CXCI. *Habitadores del país. Su ocio.* — Cuanto hemos dicho de los animales nocivos no contrarresta á la belleza de un país tan extenso, y que ofrece cuantas conveniencias puede apetecerse para pasar la vida con quietud y abundancia. Mas está poblado de un gentío que apenas aprecia sus calidades sobresalientes. Viven los Eyiguayegis muy contentos en su innata pereza. Parece que han trasplantado á sus genios lo inculto de la tierra que habitan. Es nación que no entiende de trabajar en sementeras, ni aun conoce las más de las frutas silvestres que espontáneamente la naturaleza le ofrece en los árboles de las selvas. Causa admiración verlos esclavos de la inacción á considerar lo personal de sus cuerpos, y los modales no en todo bárbaros que muestran.

CXCII. *Sus propiedades naturales.* — Su estatura por

lo común excede á la de la gente blanca. Son bien hechos y de talle que participa más de español que de indio. Rarísimo entre ellos tiene el cuerpo desproporcionado, ó en lo grueso ó en lo bajo. En la *fisonomía y facciones del rostro, así los varones como las mujeres desdicen muy poco de la gente española.* Ni en el color se diferencian notablemente, si los Mbayás no anduviesen lo más de su vida desnudos del todo, expuestos á los ardores del sol y otras destemplanzas del tiempo. Las mujeres, que son honestas en el vestir, son también de mejor color que los hombres. Es verdad que sus embijamientos y pinturas, unas pasajeras como afeites, otras permanentes y grabadas, las roban la natural tez de sus rostros.

CXCIII. *Su agilidad.* — La misma contextura y proporcionada simetría de sus cuerpos comunica á los varones una agilidad y soltura admirables. En sus caballos no gastan sillas ni estribos. Montan en pelos, y para ésto de un salto están sobre ellos. Aun cuando caminan á pie ó en sus juegos, se conoce la soltura de sus miembros. Corren tras los caballos para atajarlos ó cogerlos casi con la misma ligereza que los brutos. No usan *lazo* ni *bolas* para cogerlos, ni corral para sujetarlos. Los corren y amontonan, y á la sombra de otros caballos, echan mano del que quieren. En estas ocasiones, si rompen y disparan los animales, ejercitan su ligereza volviéndolos como antes, corriendo á repuntarlos. Los cogen inmediatamente por las clines, á veces en la punta de una vara ponen un cordelillo con lazada corrediza, quedando ellos con la otra punta, y así se le echan al cuello, como si enlazaran perdices. Después que llegamos á la Reducción, con la comunicación de los índios *Guaranis* que nos ayudaban, aprendieron muy bien algunos infieles á manejar el lazo, y se valían de él para coger en el corral sus caballos. De aquí se verá el ningún fundamento que tuvieron los Demarcadores que navegaron el río Paraguay arriba, para decir en sus Diarios que los infieles Mbayás tenían lazos y bolas por armas.

CXCIV. *Pélanse las pestañas, cejas y otras partes del cuerpo.* — El modo de mirar en todos casi sin excepción, es alegre y airoso. Si no tiñeran con Notique y Nibadena los párpados y circunferencia de los ojos parecieran más agraciados. Sus ojos son vivos y proporcionados, de una perspicacia aguileña. Toda la belleza de los ojos se pierde en la deformidad de las cejas y pestañas. Pélanlas del todo, y no permiten en ellas el más mínimo pelo. Es uno de sus afanes frecuentes, no cortarlos, sino arrancarlos de raíz para que se extirpe la casta. Miran con desprecio, como adorno deforme, las pestañas y cejas de la gente blanca : éste es uso general á los dos sexos. En una ocasión me cogió una buena vieja descuidado : dióme tal repelón en una ceja, que se llevó algunos pelos. Oh! vieja, le dije, qué intentas? Quitarte ese pelo que te afea, me respondió naturalísimamente la buena anciana. Con el mismo empeño persiguen cualquier pelo que nazca en su cuerpo : la barba y el bello de cualquier otra parte nace sentenciado á un total destierro. Es cosa graciosa verlos con el espejo en una mano (antes se miraban en el agua) y con la otra ayudada de una conchita ó del cuchillo, desbarbechar y arrancar los pelos : en ésto emplean mañanas y tardes enteras Á este afán continuo se ha de atribuir el que queden imberbes, y á las pinturas que ponen en sus rostros, que cierran los poros y queman la tez, dejándola como tierra dura, incapaz de producir yerbas, no á la Naturaleza, la cual en darles barba se ha mostrado liberal con ellos.

CXCV. *Adorno de sus cabezas.* — No sé qué aprensión tienen estos índios con el pelo. Desde niños van ya cercenando el de la cabeza. Los hombres le traen cortado ó tusado con tijera. Las mujeres cuanto más á raíz del casco, á excepción del copete, tanto mayor belleza se añade en su imaginación á sus cabezas. El copete y una lista de pelos, dos dedos ancha, y poco más de otros dos alta, que les corre desde sobre la frente, en que hace como una media luna, hasta la coronilla de la cabeza. Gastan tiempo en

igualarle; y todo su esmero consiste en traerle igual levantado hacia arriba y bien liso. Píntanle de colorado con la tinta de Nibadenae. Los hombres también del mismo tínte en sus cabezas. Algunas veces se ponen una redecilla, tejida con bello arte. Esta les sirve, no de recoger el pelo, que no le tienen largo, sino de adorno. Y cierto que no les asienta mal, especialmente á los chicos. Los hilos son colorados, y suelen poner sobre ellos, como esmaltes, cuentas de vidrío pequeñas, blancas, amarillas y negras, formando sus flores y lazos. Por la parte que mira á la frente, en correspondencia á la nariz, y subiendo hasta la coronilla de la cabeza, le cosen una planchita de latón bien bruñido, angosta, delgada, y bastante flexible. Lo mismo hacen todo alrededor de dicha escofia, con que queda brillante, y en su estimación preciosa.

CXCVI. *Uso en el corte del cabello de los chicos.* — En los chicos admite alguna moderación la ojeriza contra los cabellos. Les consienten traerlo largo como una cuarta hasta cierto tiempo y término de edad, de cuatro á cinco años. Mas en este tiempo no traen así igual toda la cabellera, sino unos aladares ó mechones por los lados y por encima, de modo que les caíga un mechón hacia el cogote. En lo demás del casco les pelan, abriéndoles unas sendas que bastan para dividir los cabellos que les dejen. Esto observan con niños y niñas, de modo que no se distinguen por el corte del pelo. En cumpliéndose el término que tienen prefijo, los primeros entran en el modo ó moda de los hombres, y las segundas en la del copete ó cresta de las mujeres. Esto da á entender que ya salen de la clase de niños, y entran en la categoría de gente de juicio y policía.

CXCVII. *Política de los Mbayás.* — Estas dos prendas afectan los Eyiguayeguis como bases de su ceremonial culto. Cuando llegan á hablar á alguna persona, no empiezan sin su Benedécite ó ceremonia. Parece de esta palabra Yano, que no quiere decir más que un seco Vengo. Con esta misma, quitando la Y que es nota de prime-

ra persona de singular y sustituyendo la G, que es letra interrogativa, sirve para saludar al que habló primero diciendo Gano? Has venido? Él que luego responde : con el Yano enjuto Vengo, sin más arenga. Modo llano de los primitivos siglos. Después se sienta, pero con circunstancia, porque no ha de ser inmediatamente en la tierra. Si no hallan otra cosa que les sirva de asiento ó de alfombra, ponen lo primero que encuentran á mano, sea palo, piel ó manta, y sobre eso se sientan cruzadas las piernas ó se ponen recostados. Es uso común á grandes y chicos de ambos sexos. Las mujeres tienen sus mantos, que les sirven de sayas y hallan más presto en ellas asiento. Pasa los términos del aseo la nimiedad con que buscan en qué sentarse por no tocar el suelo. No tienen en sus toldos asientos altos. Sobre una estera de juncos ó sobre una piel de ciervo, venado ó de toro, está todo su estrado. Esto es lo que hace presumir que tienen algún abuso en tocar inmediatamente al sentarse el suelo : porque si lo hicieran llevados del miedo de sabandijas, poca altura es la de sus asientos para estorbar á éstas la subida. Al fin es punto de su política. Siempre que los Misioneros íbamos á verlos en sus toldos, era cortesía indispensable la salutación referida, y luego nos acomodaban asientos á su modo. Admitíamos el agasajo, y así sentados conversabamos con ellos, cosa que estimaban sobremanera, y con que les ganamos las voluntades, viéndonos los pobrecitos tan abatidos como ellos por amor de sus almas, sosiego y enseñanza.

CXCVIII. *Su modo en el hablar, en particular y sus juntas* — Vamos adelante. Sentado ó en pie, el Eyiguayeguis habla en tono muy moderado. No se precipita ni atropella, aunque habla con velocidad expedita. Después oye lo que se le dice, y si tiene que añadir, ó quiere interrumpir, empieza con este verbo, Ayipaá, oye; ó con esta palabra, Natini, atiéndeme. Esto sucede en conversaciones de particulares; que cuando por alguna circunstancia concurre á alguna junta ó cabildo pleno, se reduce

todo á behetría. Hablan los que quieren á un tiempo, sin entenderse, ni respetar al cacique, aunque se halle presente. En estas juntas se sientan en círculo sobre esteras, y la pipa de tabaco corre por todos varias veces. Como sus acuerdos son tumultuarios, salen sin precisión sus resoluciones, ó nada se concluye. No obstante cuando se les pone en juicio, y se les hace hablar con orden, y conociendo la fuerza de la razón, discurren con bastante acierto. De este modo determinaron mi ida á los pueblos de las misiones de los indios chiquitos, juntos en mi presencia, en que hablaron los congregados sin interrumpirse, y proponiendo con claridad los motivos. En semejantes asambleas, los que se sientan son los solos hombres, á modo de concurso de comedia. Las mujeres se quedan por detrás en pie, hablan más que aquéllos, y producen mil bachillerías, hablando como unas cotorras. Al fin se disuelve la junta sin saberse en lo que han quedado. Cuando en particular se despiden de alguno, guardan una especie de buena crianza ó cortesía. Con la mano derecha hacen una acción que quiso parecer besamanos, y con la misma señalan el camino que han de coger, y luego dice cada uno: Yege Eyigo: esto es, quiero irme. Hásele de corresponder con esta palabra: Emidemi: vete, te irás: ó así: Emi Emi? te vás? Esta es ceremonia de gran molestia si concurren muchos; porque todos uno por uno la han de practicar, so pena de pasar por un descortés. También los chicos se crían con esta doctrina, y es una gracia ver á las madres cuando se despiden, imponer en el ceremonial, á sus hijos, aunque los tengan en brazos. Más de una vez sucedió estar los chicos embebidos en sus diversiones al tiempo que sus padres se habían ya despedido de nosotros y tomado su camino, luego venían los monitos á cumplir con su cortesía, y ésta en su inocencia nunca nos dió fastidio, porque era un principio bastantemente bueno para lo que nosotros pretendemos en orden á su crianza racional.

CXCIX. *Su grande curiosidad. Su modo de admiraciones.*

— La curiosidad de estos Indios es extremada. Todo lo miran y de todo preguntan, como gente que pretende averiguar las causas y circunstancias de cuanto de nuevo se les pone á la vista. Si les da golpe y causa admiración lo que se les muestra ó dice, prorrumpen los hombres en esta expresión Auú, y al mismo tiempo que se ponen la mano extendida en la boca, dánse golpecitos como los niños cuando se alegran. De este modo dan á entender la armonía que interiormente perciben y se les excita. Las mujeres tienen otra palabra con que manifiestan su admiración en las mismas circunstancias y es ésta: Guayema, que equivale á Oh! Hay cosa tal? El Prisma les sacaba de tino, cuando veían teñidos de variedad de colores los árboles y otros objetos. La piedra imán fué para ellos un misterio tan extraño, que corrieron por todos los toldos los prodigios de su atracción y otros efectos. No venía infiel de los de río arriba, que luego no nos viniese á pedir que le enseñásemos la piedra que *vivía y comía hierro*. Era preciso darles gusto. Un relojito de ruedas con campanilla de horas los traía desde muy lejos á examinar la causa de sus movimientos. Unos decían que estaba escondido un negrillo que le hacía dar vueltas; otros adelantaron más en la materia, diciendo que era una cosa viva que se aparece á sus médicos, y llaman Latenigi, y que el reloj era el Latenigi, que nos descubría muchas cosas. Los de la Reducción, informados ya del fin del reloj, hacían los astrónomos, y señalando la manecilla, les decían: cuando ésta apunta aquí, sale el sol, aquí es mediodía, y aquí poniente y medianoche. Aunque no haga sol, saben por este instrumento nuestros padres las horas del día y de la noche, porque este es *la medida del sol en su carrera*. Oíanles los huéspedes como á oráculos de ciencias sublimes.

CC. *Interjección de dolor.* — Para manifestar el dolor en la muerte de alguno de los suyos, usan las mujeres de la misma interjección añadiendo una de éstas: Piguidi, Piguidio ó Talo; de este modo: Guayema Piguidi!

equivale al Ay! más tierno con que pueden hacer sensible su interior pena. Los varones lo hacen con otra distinta, con la cual también se admiran, ó quedan como pasmados con los tristes recuerdos de la muerte. Están sentados en ademán de unos hombres absortos, y repiten esta lastimosa lamentación: Hatanaganiya; el tono es bajo y lloroso. Más al mismo tiempo no dejan de hacer lo que tienen entre manos.

CCI. *Vicios de los Mbayás.* — Estas y otras muchas dotes, que ciertamente son de criaturas racionales, capaces de cultivo y enseñanza, sirven como de frontispicio á unas fábricas muy irregulares por dentro de la obra. Parecen máquinas autómatas, en cuya composición se unen los elementos de soberbia, *ingratitud, ignorancia* é *instabilidad.* De estas fuentes principales surten los arroyuelos ó propiedades de *holgazanería, embriaguez, desenvoltura* y *desconfianza*, con otros muchos desórdenes, que en lo moral los embrutecen.

En un continuo entonamiento blasonan de tener muchos cautivos, españoles y de otras naciones. Estos esclavos lo son en todo: á su cuenta corre abastecer el toldo de sus señores de agua, leña y cosas semejantes. Componen y guisan sus tales cuales manjares. Mientras sus amos duermen, se embriagan ó hacen otras cosas. En otra parte se tratará de este asunto más por extenso. La clase de nobles, contradistinta de la de plebeyos, es una de sus más adoradas memorias. Cuando nos hablaban, todos eran capitanes, descendientes de tales, y de una alcurnia la más sobresaliente. Si alguno hacía acción ratera, sin cespitar profieren, no es capitán, es indio de baja extracción y sin obligaciones; siendo á la verdad todos unos con poca diferencia.

CCII. *Su ingratitud.* — Con este gentío no tienen valor ni beneficios pasados, ni dádivas presentes. Creen que todo favor les es debido, y ninguno iguala á su mérito. Niégaseles una bagatela en ocasión de haberles dado ya tres ó cuatro cosas de alguna estimación que tienen en

las manos: basta, todo va perdido. Despedirles sin satisfacer á sus antojos pueriles, es motivo para que todo se eche en olvido, y para que su ingrata condición se desfogue en este mote: Acami Aquilegi; tú eres un menguado, miserable, mezquino y nada liberal. Cada día se nos ofrecen casos en este asunto. El tiempo los iba morigerando, y dándoles á conocer la diferencia entre literales y desperdiciadores. Ya, decían, en otra ocasión nos darán nuestros Padres: ahora ya nos han socorrido. Para nosotros lo guardan, y para que no se nos pierda, no quieren darle todo junto.

CCIII. *Su ignorancia.* — Este ningún reconocimiento á los beneficios trae su origen de la ceguedad y lamentable ignorancia en que los tiene sepultados su mucha altivez y otros bárbaros desórdenes de su gentilismo.

Un dicho sin fundamento de una vieja del Nigienigi ó médico les hace más fuerza que la razón más evidente. Criados y alimentados en las sombras del libertinaje y vanas observancias, no se extiende la luz de su conocimiento á divisar las tinieblas. Así viven desasosegados y mueren infelices. Pobres almas! atadas á las cadenas de la ignorancia por tantos siglos!

CCIV. *Su instabilidad.* — La corta esfera á que se extienden las luces de estos indios hace que el miedo y la desconfianza los atormenten en un potro de continuos sustos, poseídos de la instabilidad sus corazones. Al menor viento se mueven sin más impulso que el de su volubilidad. De una hora para otra se ve deshecho lo que parecía más bien fundamento contra los vaivenes de sus genios inconstantes. Esto nos tenía en un sumo desvelo á los principios. Hoy los veíamos dar mil aseguraciones de la sinceridad con que deseaban el bautismo; y al otro día, y aun el mismo levantaban sus esteras y nos dejaban solos. Empezaban á hacer sementeras, y al mejor tiempo levantaban mano de la obra, perdiendo los tiempos oportunos. Una mañana fuí á ver unos plantíos de mandioca y maíz, que unos guaranís cristianos habían trabajado

para nuestro alimento y tener qué repartir á los chicos de la Reducción. Advertí que de un bosque vecino salían muchos de los infieles, hombres, mujeres y criaturas. No supe hasta que volví á mi choza el misterio. Éste me lo descifraron unos indios infieles menos espantadizos. Mi Padre, dijeron, la gente se asustó anoche, porque un Nigienigi cantó que venían los españoles á prendernos. Por ésto se fueron á esconder al bosque recelosos del anuncio. Nosotros, como vimos vuestro sociego, no le creíamos, y acertamos en no irnos En otra ocasión por la tarde casi hicieron lo mismo, porque una vieja les dijo que habían aportado unas embarcaciones con soldados españoles que venían á sorprenderlos. Juntáronse en gran tropel junto á mi casa; salí: supe lo que los inquietaba: y con frescura los sosegué y quité el susto. Venga aquí la vieja, dije, que quiero oirla. Pasaba la pobre al mismo tiempo con un cántaro de agua. Dime, le pregunté, ¿cómo conociste que venían españoles con ánimo de sorprendernos? ¿Has visto los barcos? No, dijo ella: pero oí el ruído de un cañón. Bien estamos, hijos, no hay nada. ¿Dime, llevabas tus calabazos en el caballo cuando oiste el estampido? Si, respondió ella. Pues todo el ruido fué que sin verlo se te cayó uno, y le pisó el caballo; y al cascarle metió ruído, para tí medio sorda por tus años, tan horrendo como el de un tiro de cañón. Soltaron todos la risa y asintieron á mi dicho, con que todo quedó pacífico.

CCV. *Blasonan de constantes.* — Lo mejor del caso en la inconstancia de los Eyiguayeguis está en que todos son hombres de su palabra, y nada voltarios. En su idioma lo explican con gracia diciendo: « È uninitegi yotaga. » Mi palabra es una, firme: Yo soy hombre que hablo poco y lo cumplo. Soy constante en mi dicho y obro con verdad. Á todo esto se extiende el énfasis de las expresiones dichas. Por el contrario, para dar á entender que un hombre es inconstante, de palabra dudosa, falsa y que no la cumple, dicen: « Oguidi lotaga. » Son muchas sus palabras.

CCVI. *Los otros vicios.* — En una cosa son los Eyiguayeguis firmes, que es en no trabajar y en embriagarse, ó procurarlo. No entienden de más trabajo que de cuidar de sus caballos, de hacer flechas y algunas cositas para sus adornos. Esto no se entiende en las mujeres, que realmente son hacendosas. Los hombres no se meten más que en lo dicho, y en beber bien cuando el nudagi ó hidromel ha fermentado tanto, que pueda alegrarlos. De aquí nace una desenvoltura cuyo retrato no puede ponerse á la vista de personas cristianas. Tampoco este vicio es transcendental á las mujeres, que por la mayor parte son bien honestas en su vestir y modales, y más de lo que pudiera esperarse en una nación tan bárbara. Ni faltan algunos hombres, á los cuales aquella luz que David dice que puso Dios en nosotros, *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine,* descubre la deformidad de los desórdenes que ven en sus compatriotas y parientes. Los detestan y se guardan de concurrir con ellos. En éstos obra con mayor presteza la divina gracia; y la tosquedad de los otros quedará devastada con más fuertes toques, como el sabio lapidario, que labra las piedras de menor dureza con facilidad y en poco tiempo, empleando mayores plazos y más golpes de la rueda en domar la pertinacia del diamante, hasta gastar toda la opacidad de su costra que ocultaba sus brillos.

La dicha es en general la idea de la inculta nación Eyiguayegui ó Guaycurú; la cual, esparcida en estas dilatadas tierras, no reconoce toda ella una sola cabeza á la cual viva toda su altivez sujeta. Son muchas las parcialidades ó *cacicatos* que al presente componen su bárbara república, como se irá viendo.

CAPÍTULO XII

CACICATOS, NACIONES Y PARCIALIDADES DE INDIOS HISTORIA DE LAS MISMAS, SUS USOS Y COSTUMBRES

CCVII. *Cacicatos de la orilla occidental del río Paraguay. La primera parcialidad.* — En el tiempo presente están divididos los Eyiguayeguis en las dos bandas del río Paraguay, hechos señores de mucho terreno, y el terror de las otras naciones. Los cacicatos que hoy día cuentan son bastantes, y cada uno tiene su régulo independiente de los otros. En la orilla occidental del mencionado rio, viven los siguientes: Los Cadiguegodis. Están divididos en dos parcialidades numerosas que tienen el mismo nombre, tomado de un zanjón, que recibe el agua del río Paraguay, llamado en su idioma Cadigugi. Los caciques principales de estas parcialidades son Napidigi y Apagamegi. Los hijos de éstos y algún pariente disfrutan ya honores de caciques, reconocidos entre los suyos por legítimos señores. Al uno de estos inaugurados régulos llaman Natalenigi, y al otro Nilequadi. Todos son de los Cadiguegodis, y viven entre los pueblos de los Guanás en sitios acomodados para sus caballerías, y abundantes de caza y pesca para su sustento. Son indios feroces, y reputados por bravos aún entre los Eyiguayeguis. El cacique Apagamegi vino á verme á la Reducción de Belén, y deseaba mucho llevar Misioneros jesuítas, que instruyesen á sus vasallos. Dile á entender que no irían, si su gente no deponía algo de su fiereza; y por oirle añadí: ¿Quién se fiará de unos hombres que por antojo quitan las vidas? ¿Qué seguridad tendré yo, si quiero ir á visitarlo pues ya os miro como á mis amados hijos? Aquí fué donde, levantándose en pie el buen viejo, que estaba sentado en el suelo á su usanza, lleno de furor, dijo: Yo soy Apagamegi: mi Padre, tú y cualquiera de tus hermanos y criados puede ir á mi tierra sin recelo. ¿Quién

se atreverá á incomodaros? Tú, mi Padre, así como caminas seguro con estos mis hermanos, del mismo modo caminarás y serás recibido en mi jurisdicción. Otra vez en un viaje, sabiendo que yo estaba cerca del río Paraguay en la orilla oriental, acertaron ellos á estar en la opuesta. Pasaron luego el río, y vinieron á verme: estaba Natalenige con su gente y mucha de la de Napidigi. Convidáronme á ir á sus toldos; pero excuséme con que Natalenigi y Napidigi no habían ido á visitarme á Belén. Es verdad, dijeron, pero te damos palabra que no se pasará el verano sin que nos veas en tu casa. Añadieron, nos llevarás á la ciudad á ver al *Capitán grande* (el Gobernador) porque también nosotros queremos maestros de tus hermanos. El buen trato poco á poco los va domesticando.

CCVIII. *Segunda parcialidad.* — La segunda parcialidad de la misma orilla occidental y la que está más al Norte, se llama Guetiadegodis, los serranos. De su tierra y cerros se habló extensamente en los Diarios. El cacique principal de esta gente tiene el nombre de Golanigi, famoso por las irrupciones que hizo contra los indios Chiquitos y haber quedado con casi toda su toldería prisionero de aquéllos. Este joven cacique vino á verme, y le tuve en la Reducción algunos días. Hizo un viaje á la ciudad de la Asunción á pedir Misioneros jesuítas. Frustráronsele sus buenos deseos por maldad de la intérprete, que corrió gran riesgo de su vida cuando se descubrió su engaño. Entre los Guetiadegodis se levantaba un nuevo cacicato, cuya cabeza se hacía un hermano de dicho cacique y se llama Oyomadigi. De éste, de su barbaridad y fuga, se dice mucho en los Diarios. El padre de estos dos jóvenes, que era el unico cacique, y se llamaba Unego-Atenogodi, fué muerto por el de los Chiquitos en la emboscada, que les hicieron en el bosque, camino del pueblo del Santo Corazón de Jesús.

CCIX. *Cacicatos de la orilla oriental. Primera parcialidad.* — Las parcialidades que están establecidas en la orilla oriental del río Paraguay son más en número, y

también más extendidas. La primera y más inmediata á los españoles de la ciudad de la Asunción es la de los Apacachodegodegis, esto es, los de los campos de los avestruces; porque en realidad hay muchos en las tierras de su jurisdicción. Su cacique se llama Epaquini, el principal más anciano, y como tronco de la sangre real de los Eyiguayegis. Esta parcialidad y la que luego pondremos fueron las primeras que pidieron Misioneros jesuítas. Con ellas se fundó la Reducción de Nuestra Señora de Belén, en que Epaquini tomó el nombre de Jaime, quedándole el suyo por apodo á él y á su hijo, que se llamó Lorenzo.

CCX. *Segunda parcialidad.* — La segunda parcialidad, cercana á la referida, pero más inclinada al Norte, es la de los Lichagotegodis que significa los de la tierra colorada. Su cacique fué un indio anciano, por nombre Conelicogodi. Á éste le quitaron la vida unos caimanes en el río Paraguay, y por falta de hijos varones, quedó con el cargo un hermano suyo, llamado Napidigi, el moreno, por lo tostado de su color. Este, con la mayor parte de su gente vivió dos años al principio en la Reducción de Belén. Después fué necesario que se apartara, porque los Eyiguayeguis no gustan de tener lugar en donde ya hay un cacique. Es indio de bellísimo genio, y muy amante de los Misioneros, por cuyo dictamen se separó de la Reducción con ánimo de que en sus tierras se fundase otra intitulada San Ignacio de Loyola. Hubiérase efectuado, si no lo hubieran estorbado los tiempos adversos.

CCXI. *Tercera parcialidad.* — La tercera parcialidad se llama de los Eyibegodegis por el sitio más al Norte, en que están establecidos. Es muchísima gente. Llámanlos también Enacagas como si dijeramos, los escondidos, porque viven como tales, entre cerros, ciénagas y rios. Oblígales á esto el miedo que tienen á los españoles cuya villa de San Isidro de Curuguatí y partidos de la ciudad de la Asunción redujeron á los últimos extremos. Es gente muy guerrera; y entre los Eyiguayeguis están repu-

tados y tenidos en el concepto que los samaritanos respecto de los judíos. En realidad se hacen respetar de todos, y salen con cuanto quieren, porque es la parcialidad de más número de combatientes. Compónese de tres cacicatos, cada uno de los cuales vive separado de los otros en su respectivo sitio. En su hablar tienen algunos términos de que hacen burla los otros Eyiguayeguis, y en su pronunciación tienen algo de tosquedad los viejos, no las mujeres y niños. El cacique de más fama se llama Caminigo, esto es, Gallinazo. Le cuadra el nombre como de ave de rapiña, pues su vida no es otra cosa con los suyos, que buscar que hurtar y á quien quitar la vida. Un día, habiéndome venido á ver en la Reducción, le dije que por qué no tenía buenas esteras para su casa, como lo hacían los otros. Respondió con arrogancia: Yo no necesito de esteras, porque paro poco en mi toldo, y ando como los tigres. Me costó mucho reducirle á que fuese á la ciudad á ver al señor Gobernador. Remordíale la conciencia gravada de sus insultos contra los españoles, y se recelaba de algún castigo. Al fin lo consegui por medio de una hija suya, que le lloró tanto, que se resolvió al viaje; y volvió muy agradecido, porque fué muy regalado. El otro cacique se llamaba Cacoda, fué prisionero de los Chiquitos, y murió en el pueblo de San Javier, habiendo recibido el bautismo. El último tiene por nombre Inionig-Iguaga. Este y el antecedente vinieron á visitarnos á la Reducción con muchos de sus soldados. Mostraron muchos deseos de ser cristianos, y de llevar Misioneros á sus tierras. Díle buenas esperanzas, y porque querian ver las imágenes de los santos, y otras alhajas de la Iglesia, hice armar un altar en el campo para satisfacerles. Estaban como absortos, y el último y su mujer como enajenados de gozo por lo que ya digo. Traían consigo á un niño como de diez años, hijo suyo. Sin decir á sus padres cosa alguna, y sin que lo vieran, le vestí una sotanilla encarnada, encima un lindo roquete: lo mismo hice con otro chico de la Reducción: saqué

á los dos niños de improviso y los puse á los lados del altar como ayudantes de misa. Aquí fué donde los Indios no cabían en sí de júbilo. Viendo que no me salió mal la jornada de esta representación, tomé ánimo para la segunda, que metió más ruido. Envié al toldo á los dos niños vestidos como estaban y con las manos puestas ante el pecho. Díjeles que fuesen primero á ver al cacique, después uno por uno, que recorriesen todos los apartamientos. Hiciéronlo así, arrastrando en su comitiva la gente. Las viejas cantaban á su modo, y una decía : Ya se conoce que tenemos Padre que nos ama : fuera, fuera temor á los españoles pues todos somos ahora de una familia. Ya los Eyiguayeguis son como los cristianos. Con toda la alegrísima algazara me volvieron los niños, bien fatigados de sus visitas. Corrió esta ceremonia por todos los toldos, mirándonos desde este hecho con mayor respeto y reverencia. Regalé entre otras cosas al chico una monterita y unos calzones de persiana. El padre y la madre rebosaban de contento. Después de tiempo fuí yo á su tierra y no sabían cómo agasajarme : y el chico ni de día ni de noche quería apartarse de mi lado. Su padre fué prisionero de los indios Chiquitos.

CCXII. *Cuarta parcialidad.* — La cuarta parcialidad tiene este nombre algo revesado, Gotocogegodegi, ésto es los que pertenecen al cañaveral de las cañas de flechas. Hay muchas de estas cañas muy hermosas en las tierras de estos cacicatos. Algunas en lo grueso, liso y lustroso parecen cañas de bastones de la India. Viven más al Oriente que los demás. Son dos cacicatos de mucha gente. El principal cacique se llama Guayicota, y el segundo Niyimanaga. Se precian de soldados, y de verdad que lo han demostrado bien en las presas que llevaron de las tierras de los españoles. De estos tenían bastantes cautivos y cautivas, que se consolaron grandemente cuando en sus toldos pudieron hablarme. Encontré tal cual que se acordaba de la lengua guaraní que es tan común en el Paraguay, propio como la española.

CCXIII. *Subdivisión en otras parcialidades.* — Las dichas parcialidades principales ocupan mucho terreno, porque se subdividen en otras muchas, tantas cuantos son los capitanes inferiores, y aun familias. Los legítimos Eyiguayeguis no han admitido la precisión de vivir en comunidad cerca de los toldos de sus caciques. Á esta sujeción no obligan sino á sus cautivos y criados. Por lo común viven separados, y á alguna distancia unos de otros. Este arbitrio se hace necesario en unas gentes que no trabajan y han de buscar comodidad, á lo menos para pasar la vida. De este modo todos encuentran caza, palmas y otras cosas de que se alimentan. Visítanse algunas veces, y se comunican las nuevas que pueden conducir á su seguridad y mantener firme la unión, sin la cual no se conservaran. En estas y otras visitas, su modo de introducirse los que llegan, dice el que hace cabeza : Yanó Ad-anacalo : vengo á consolaros ; y los que le reciben responden : Iga dagatime, por esto quedo agradecido. Cuando premeditan expedición contra sus enemigos, corre el aviso por todos los toldos, y se levantan humos, que conocen al punto. Así se alista el número de soldados voluntarios, á más de los del capitán que ha de gobernar el campo.

CCXIV. *División de tierras de cada cacicato.* — Para mayor conveniencia y quietud en sus alojamientos, tienen los Eyiguayeguis una distribución del terreno tan arreglada, que puede pasar por una máxima de gente de alguna policía. Cada cacicato tiene límites de tierras en la orilla del río en que habita. Fuera de éstas, tiene otras en la orilla opuesta. Ninguno pasa á jurisdicción ajena sin licencia del señor de aquel terreno. De este modo, como son lugares de mucha extensión, tienen todos sin estorbarse en donde hacer sus monterías y pescas. Cuando les da gana, pasan el río y plantan sus esteras donde les da la gana dentro de sus términos, que son como partidos de cada parcialidad. Esta política y buen gobierno les acarrea una utilidad á más de hallar con qué pasar la

vida, y es que saben quién anda por aquellas tierras por los humos que se levantan. Con ésto, si los buscan para sus avisos ó visitas, con facilidad los hallan, y á veces con ahorro de muchas leguas. Así me sucedió muchas veces caminando en su compañía y no erraban ni la parcialidad, ni aun las capitanías inferiores. Al modo que en España, sabido un lugar, se acierta por los de otros á las alquerías que tiene su distrito, y aun muchos saben los dueños á quienes tocan y las habitan : así se entienden en estas divisiones de tierras los Eyiguayeguis.

CCXV. *Tierras y parcialidades antiguas de los guaycurús.* — Hácese aquí precisa una breve digresión que no interrumpa á la narración, sobre la Historia del Chaco. Esta coloca los Guaycurús entre el río Pilcomayo y el Yabebiry. Lo cierto es que no son tierras para habitadas, por las muchas aguas en tiempo de inundaciones y por la grande sequia en tiempo de los calores. Mucho más arriba hacia el Norte del rio Yabebiry vivieron siempre los Guaycurús, aunque todo lo andaban y llegaban á hostilizar la ciudad de la Asunción por la orilla occidental del rio Paraguay ; hasta que consiguieron señorearse de la oriental, destruídas las poblaciones de Indios y la de la ciudad de Santiago de Jerez en cuanto hacían impracticables los caminos. De ésta ya se habló en la provincia del Itatin. Después divide toda la nación en tres parcialidades ó cacicatos, todas de una misma lengua y costumbre. Dice que guardaban poca unión entre sí ; por ser de naturaleza altivos, prefiriéndose los de una parcialidad á los de otra. Hasta hoy día conservan este resabio ; y por eso, cada cacicato vive del otro separado : sin embargo, cesa toda etiqueta, si se ha de acometer á los españoles ó á otras naciones de enemigos.

CCXVI. *Los Codalodis.* — Á la primera parcialidad llama Codollate ó Taquiyiqui, que quiere decir los de hacia el Sur : hácelos más ordinarios de la provincia del Paraguay ; y señala el número de familias como unas doscientas. Aquí hay mucho que deslindar. Llámase la

dicha parcialidad de los Codal-odis, nuestros bailadores, porque serían de esa condición. La palabra, como la escribe la Historia, nada significa; mas puesta de este modo Codolatedi, quiere decir los de nuestra apariencia, tez y piel; que es lo mismo que nuestros semejantes en fisonomía y color. Existe hoy día mucha gente descendiente de los Codalodis: es entreverada y enlazada con las parcialidades de una y otra orilla del río. Perdióse el nombre, no la generación. El cacique de la Reducción de Belén Epaquini me dijo muchas veces que el cacique de los Codalodis fué su bisabuelo, y que el nombre de su infidelidad era Guayicota, y el que le pusieron los Misioneros, de santo, cuando le bantizaron fué *Matín*, que es Martín: no pronuncian la R sencilla, que no la tiene su idioma. Díjome también que la cacica mujer de don Matín, se llamó Falarica, esto es, Francisca. Así consta de la historia, que ellos conservan muy bien en los archivos de sus memorias. Preguntéle por qué no conservaban el nombre de Codalodís? Respondió que porque fueron vencidos y sacados de sus tierrras por otros Eyiguayeguis de la orilla oriental del río. El caso fué éste. Un célebre cacique había ido á visitar á sus parientes los Codalodis. Recibiéronle éstos á su modo con tamborilillo y gran fiesta. La substancia de esta fué la borrachera en que rematan todas. Calientes los Codalodis quitaron la vida á algunos vasallos del de la banda oriental, los cuales le acompañaban. Intentaron lo mismo con el cacique; más éste, con aviso que le dieron sus amigos, se substrajo del riesgo. Repasó el rio, juntó todos sus soldados, que enardecidos buscaron á los Codalodis, pelearon con ellos y los vencieron, habiendo muerto muchos, y apresado los restantes con todas las mujeres y niños. Pareció á los Eyiguayeguis asegurarles, y no se les ofreció por arbitrio, que repartirlos por los otros toldos, dejándoles con los honores de Guaycurú, pero sin el nombre que antes los distinguía de las otras parcialidades. Con gracia me respondió un día un sobrino del cacique Epaquini. Pregunté-

le si tenía sangre Codalodi. Él con una viveza muy expresiva se puso la mano abierta de canto como un cuchillo sobre la frente, y bajándola por la nariz y mitad del pecho hasta el suelo, en ademán de quien se partía por medio en dos mitades, hizo una acción airosa con la misma mano: agarróse por la mitad del pecho de la mano derecha y me dijo: Mi padre, en esta parte soy Eyiguayegui por parte de padre; y después haciendo lo mismo con la izquierda añadió: y por esta soy Codalodi porque lo fué mi madre. Conocimos á un viejo de edad de más de setenta años; díjonos éste que á él le trajeron jovencito, acabada la refriega, de la cual ya hablamos. Al fin, viven los descendientes de los Codalodis, y son verdaderos Eyiguayeguis. El nombre Taquiyiqui, sobre estar muy alterado, no significa el Sur, ni los que están á este rumbo. Ya dijimos en otra parte que al Sur llaman Nignetega. El dicho nombre debe escribirse de este modo: Tagi-ligi-yegi; y dice los de hacia el camino; porque los Indios de esta parcialidad, respecto de los otros que vivían más apartados de la ciudad de la Asunción, estaban en el camino ó hacia el camino para dicha ciudad. Á esta molestaron mucho después que se desamparó la Reducción de los Santos Reyes Magos que componían los Codalodis: y años también después fueron vencidos y dispersos por los toldos de los Eyiguayegüis.

CCXVII. *Guaycurutís.* — Á la segunda parcialidad nombra la referida Historia Guaycurutís y Napipin Yiquis: y advierte que este último nombre significa los de hacia el Poniente, y que serían otras doscientas familias. En otra parte nota la misma Historia que el cacique de esta parcialidad se llamó Don Juan, y que era hermano de Don Martín, de quien se habló arriba. De todo ésto se concluye que los Guaycurutís eran legítimos Eyiguayeguis, no menos que los Codalodis. Descifremos un poco los nombres que les pega. El primero de Guaycurutís no es de lengua Eyiguayegui, sino de la Guaraní, facilidad muy repetida de dicha Historia. Este es un

principio de confusión, porque no sabemos, ni los mismos Eyiguayeguis entienden el significado de dichas palabras de otro idioma. Guaycurutí significa Guaycurú Blanco, y con la letra *s* que es de los plurales de la lengua española, y no de la Guaraní ó Mbayá dice: Guaycurús Blancos. Ya notamos en otra parte que el color y fisonomía de los Mbayás se acerca mucho á los de la gente española. El sol y sus continuos viajes los tienen algo tostados. Sin embargo el mujeriego, por lo común los más de los chicos y chicas, y no pocos hombres, tienen la tez del rostro bastante blanca. Los españoles del Paraguay los vieron, y les pareció bien llamarlos Blancos, para contradistinguirlos: el nombre Napinyiquis está mal adjetivado. Débese escribir: Napigiyegi, esto es, los que pertenecen al sitio de las abejas llamadas Napigi, de las cuales hay muchas en las tierras que entonces y ahora ocupan los Mbayás de la orilla occidental del río Paraguay. Si se escribe dejando la *n* así: Napin-igi, quiere decir, el que chupa y lame, lo que acaso quisieron dar á entender, porque cuando tienen miel, la comen mojando en ella los dedos, y chupando lo que se les pega á ellos como á una esponja animada. Por último dice que las tierras de esos indios eran más al poniente del río Bermejo. En esto creo que hay alguna equivocación: porque el río Bermejo cae muy abajo y distante del Pilcomayo, en donde pone á los Codalodis. Queda al Sur y no al poniente, tómese el curso de los dos ríos como se gustare. Esto poco importa. Lo que es cierto, que fueron envueltos en la dispersión de los Codalodis, con los cuales vivían casi siempre. Viven, pues, sus descendientes en los toldos de los Mbayás como hermanos.

CCXVIII. *Guaycurús Guazús.* — Finalmente la tercera parcialidad, según la Historia, que aclaramos se llamaron Guaycurús Guazús y en su idioma Eyiguayiqui, como si dijeramos los de hacia el Norte. Dice que eran cosa de unas trescientas familias, y que han sido capitales enemigos de los Españoles, y mantenido guerra

continua con ellos. Distaban de la ciudad de la Asunción casi cien leguas. Vivían en las tierras de los indios Mbayás y Guanás, que confinan con los Chiriguanos del Perú: éstos eran labradores, y por armas los sujetaron los Guaycurús guazús, y emparentaron con ellos. Entre las tres naciones completaban el número de ochocientas familias. Añade más, que la tierra propia de las tres parcialidades dicha de Guaycurús fué antiguamente la que llaman Caaguazú que distaba como doscientas leguas de la Asunción, río Paraguay arriba. Las desampararon por lo común y á causa de las guerras que entre sí trajeron, ya porque llevados de su natural ferocidad, y ánimo belicoso, se prepararon para conquistar otras naciones y sujetarlas á su modo de vivir, como lo consiguieron con los Naparús, Guanás y Mbayás. Por esta razón se acercaron al Pilcomayo al cual en su idioma llaman Guazutingua. Aquí también sujetaron á los Guatatás, Mongolas, Tapayaes y otros, que hoy día son todos de esta nación, y ocupan por el Oriente hasta el río Bermejo, por donde también asolaron á los indios Calchines y otros pueblos de los Frentones ó Abipones. Hasta aquí la mencionada Historia.

CCXIX. *Confusión de la Historia.*—Esta ha formado en pocas palabras un laberinto de cosas que para acertar á salir de él es necesario mejor hilo que el de Ariadna para no perderse en el de Creta. Punto por punto, en breve le registraremos todas sus vueltas. El nombre de Guaycurú Guazú trae su origen en el idioma guaraní, y significa, Guaycurús numerosos, ó grandes en número de almas. En realidad que son muchos, porque en toda la Nación como se colige del segundo nombre, cuya escritura está tan viciada como la de los otros de arriba. No debe escribirse sino de este modo: Eyigua-yegi; éste es el nombre que tiene toda la nación, y tanto los de la Banda Oriental como los de la occidental del río Paraguay son conocidas por este nombre general, y añaden los particulares de los sitios en que más de asiento viven. El

dicho nombre significa Perteneciente al Palmar de una especie de palmas llamada Eyiguá. De estas hay muchas en la orilla occidental del río, en donde en sus principios vivió toda la nación. Hoy día á toda la banda del Poniente del río Paraguay dan el nombre de Eyiguáa mientras que los españoles la nombran costa de Calchaquí.

CCXX. *Guaycurús bravos : son los Enacagas.* — Han mantenido guerra con los españoles después que éstos con una traición en que les mataron algunos é intentaron acabar de un golpe la nación, ésta ha vengado bien á costa de la ciudad de la Asunción y villa de Curuguatí la sangre de los suyos. Después se tocará de propósito este punto. Los Guaycurús-guazús, y Bravos, como también los llama la Historia que anotamos son los que al presente se llaman Enacagas de los cuales se habló en su lugar. Lo cierto es que contra el español, toda la milicia de los Eyiguayeguis ha sido brava, y de un odio tan ardiente, que solamente la cruz de Jesucristo con que entraron armados á sus toldos los Misioneros jesuítas pudo apagarle. Así lo confiesan los mismos españoles leales á Dios y á su católico monarca. Y aunque éstos callaran la misma experiencia fundada en hechos incontrastables lo está voceando. Con esto se ve claramente que el número de familias de los Eyiguayeguis era el de toda la nación entera.

CCXXI. *Enseñoréanse de las orillas del río.* — Es cierto que las primitivas tierras de los Eyiguayeguis fueron los que hoy están inmediatos á los salvajes Guanás, y que ocupan al presente los Cadiguegodis. Como se multiplicaron mucho les fué preciso buscar ensanche, y se pasaron muchos cacicatos á la orilla oriental, en donde tuvieron continuas reyertas con los indios cristianos que vivían reducidos. Al fin lograron desalojarlos : también se retiraron los españoles de la ciudad de Santiago de Jerez, y así los Eyiguayeguis quedaron señores de los campos de una y otra orilla del río.

CCXXII. *Emparentaron con los Guanás. Tierras de*

éstos. — En la orilla occidental emparentaron con los infieles Guanás, á los cuales ellos llaman Niyololas, y al presente les sirven como feudatarios. No hemos podido averiguar que los conquistaron por armas, sino por la unión de sus casamientos. Algunos caciques ó capitanes Eyiguayeguis se casaron á su modo con cacicas ó capitanas Guanás. Los vasallos de éstas, muertas ellas, quedaron en un perpetuo feudo á los descendientes de los maridos de sus señoras. Así se conservaron hasta este tiempo, como se dirá en su lugar. El día de hoy conozco dos capitanes Eyiguayeguis, uno que estuvo casado con capitana Guaná, y viendo yo la repudió ; otro que actualmente lo está, y es el famoso Caminigo. La mujer tiene muchos vasallos Echoaladis, que es parcialidad muy numerosa de los Guanás y todos son criados de su marido. En aquellos tiempos serían pocos los Guanas ; más al presente componen siete poblaciones, de las cuales una, que no es la mayor, cuenta sobre novecientas familias. Los Guanás tienen sus tierras en la orilla occidental del río Paraguay, de una hasta cuatro leguas de distancia de sus aguas. La graduación se comprende entre los 20 y 19 grados y medio de latitud austral. La serranía de los Chiriguanos dista mucho, y tiene otras tierras desde ella hasta los Guanás, pobladas de otras naciones y así no son tierras tan confinantes como las pone la Historia.

CCXXIII. *Sitio del Caaguazú.* — El Caaguazú, ó bosque. grande, como se explican los Guaranís, apenas dista por elevación cien leguas de la Asunción. Está en la orilla oriental del río Paraguay y no en la occidental. Cerca de esta grande selva estuvo el pueblo de Santiago Apóstol de Indios Guaranís, reducidos de los Misioneros jesuítas. Huyeron de los Eyiguayeguis, como consta de la vida del Padre Lucas Quesa ; hasta hoy se mantienen en las tierras inmediatas al Caaguazú los Eyiguayeguis y para viajar donde quieren, atraviesan por sendas hechas á mano en dicha selva.

CCXXIV. *Naparús y Mbayás. Quiénes eran.* — No

sabemos qué nación era la de los indios Naparús. Nos inclinamos á creer que no eran distintos de los Guanás sino una parcialidad de éstos; porque los Eyiguayeguis no blasonan de otros feudatarios, sino de los Guanás. También porque éstos aunque entre sí tienen divisiones y terrenos que habitan, tienen otros particulares. Los Eyiguayeguis los llaman en general Niyolola y en particular á cada población le tienen puesto su nombre. Ni más ni menos que los Españoles, que convienen en este nombre, se diferencia entre sí por los de sus provincias y tierras. La historia del Chaco multiplica naciones como nombres cuando una individua nación tiene muchos.

Así lo hace con los que llama Mbayás, que en la realidad no son distintos de los Eyiguayeguis. La palabra Mbayá es de la lengua guaraní, y significa Estera. Los españoles vieron las esteras que sirven de cabañas á los Guaycurús, y el nombre de aquéllas aplicaron á los indios. Hasta hoy día llaman los vecinos de la Asunción con el nombre de Mbayás á los Eyiguayeguis; prueba clara de que son indistintos. El nombre Guaycurú es corrompido de la lengua guaraní, como se dirá en otra parte. El nombre de Guazutinguá que da la Historia al río Pilcomayo, es del idioma guaraní, y significa agujero de la nariz del ciervo: no es palabra de la lengua eyiguayegui. Los Guaycurús es cierto que hacían sus excursiones por aquellos campos, pero no se establecieron en ellos. Tampoco conquistaron á los Calchines, como tocamos en otra parte; ni á los Abipones, que confunde con los Frentones, que son los Tobas. Tuvieron con éstos sus encuentros, peleas, y los llaman Comidí.

CCXXV. *Casas ó toldos de los Mbayás.* — Como los Guaycurús necesitan de buscar el alimento, y ésto, á poco tiempo que estén en un sitio, escasea, se ven obligados á mudar con frecuencia la toldería. Por esta causa no tienen casas de fundamento, ni cabañas de paja. Sus habitaciones son portátiles, y las arman ó desarman en el paraje ó que han de dejar ó eligen para su parada. Los

caen á un lado y otras á otro: y las atan por las puntas materiales de que fabrican estos toldos se reducen á una especie de juncos que ellos llaman Nigolitedi. Crecen en orillas de las lagunas y sitios húmedos en que se recoge alguna agua. Hay algunos de cuatro varas de largo, y gruesos cuando ya están enjutos como el dedo índice. Con la humedad continua de las tierras anegadas adquieren una lozanía que admira. Luego que florecen y tienen la perfección propia de su especie están en buen estado para las esteras, que de ellos tejen las mujeres Guaycurús y sus criadas. Córtanlos, y con curiosidad los ponen en tierra algo enjuta cercana: aquí se secan, perdiendo la humedad, de que abundaban y embebía su corazón esponjoso. El color verde se cambia en pajizo. Hecha esta preparación tan natural y llana, se sigue el tejido. No tienen más arte que poner los juncos tendidos con igualdad, según el anchor que ha de tener la estera, y atravesarlos por seis ú ocho partes en proporcionada distancia y apretar unos con otro con el hilo. Atan las dos extremidades por las puntas de los juncos, haciendo un modo de trencilla, que corre lo ancho, y así queda concluída la estera. Esta tiene el nombre de los juncos de que se compone.

CCXXVI. *Su fábrica y divisiones.* — Ya con estas esteras hay material, ó por mejor decir, están fabricadas las paredes, techos y puertas de los toldos. Levantan unos postecitos horquetados de palos delgados, que clavan en el suelo, cuya altura para le cumbrera principal es de tres á cuatro varas. Ya se ve que sobre ellos ha de descansar la cumbrera ó caballete de la casa, el cual se forma de una caña brava. Á este modo por uno y otro lado clavan otras dos hileras de pilares, que bajan con proporción, y sobre ellos atraviesan cañas muy delgadas, y á veces varas largas. Armada de este modo la trabazón del maderamen de las principales salas, que son las de en medio, atan unas esteras con otras por las cabezas ó por lo más grueso de los juncos, y con palos las levantan y tienden sobre la armazón extemporánea. Unas esteras

delgadas á las vigas bajas; y con esto queda formado el techo principal de las casas. Á estas les hacen con otras hileras de postecitos más bajos y esteras proporcionadas, otras dos viviendas, como corredores á lo largo. Otras esteras están de prevención, que en tiempos de vientos y tempestades sirven de puertas con que se cierra el toldo. Para esto bajan un poco, y á veces hasta cerca de la tierra las puntas de las esteras de los alares y asegúranlas bien, y á ellas por la parte de afuera se arriman las que estaban prevenidas. De este modo, y con este arte hacen paredes, no levantando sino bajando los materiales. Cada toldo así fabricado tiene por el interior la capacidad á lo ancho de una diez varas, y á veces doce, y poco menos á lo largo. Son fábricas muy débiles, y juegan con ellas los vientos fuertes. Lo que tienen de bueno es que resisten suficientemente al agua después, que se empiezan á hinchar con la humedad los juncos. Cuando empieza á llover, si los coge secos, hay muchas goteras, pero las cogen fácilmente. Á los lados en que tienen sus camas, ponen por todo el ancho del toldo unas esteras chicas como techos primeros ó alares interiores. Sobre éstos, que son de juncos más finos caen las goteras, y para que no lleguen á caer sobre ellos, la limpian con unos plumeros de plumas de avestruz, corriéndolos de arriba abajo por las esteras. Con esto se aprietan los juncos y no pasa el agua, que cae como de las tejas á los pies de las camas. La misma diligencia hacen si es grande el aguacero con las esteras altas, atando los plumeros en unas varas altas.

CCXXVII. *Sus adornos interiores.* — Vistas las casas de los Guaycurús, queda poco que registrar de ajuares y adornos. Están formados sus toldos en medio círculo algo más abierto hacia las puntas. No hacen calles, porque cada toldo ó división de la toldería, abierto por los dos alares es calle espaciosa. La forma, casi de medio arco en que los colocan, deja naturalmente como una media plaza, capaz cuando concurren todos los del cacicato.

Esta sirve para sus diversiones y juegos y duermen también, si los muchachos las dejan. Por este lado, que puede llamarse el interior de la toldería, no entran caballos, sin duda para precaver las desgracias que podría suceder á las criaturas, y también para que no ensucien la plaza. Por el lado exterior ó espalda manejan las caballerías y en el corredor hacen sus hogares y cocinas. Por él también van á lo que la naturaleza les precisa, á sitios apartados. Á lo largo no hay comunicación de un toldo á otro. Divídenlos con unos pilarcitos de palo, de los cuales el más alto tendrá dos varas fuera de tierra. Estos son el primero y más substancial ajuar del toldo. Tienen todos sus horquetillas, de las cuales cuelgan sus tales cuales alhajuelas. Éstas se reducen á unas ollas de barro, algo aplanadas. Su magnitud es varia, y sus labores según la idea de la alfarera que las deja llenas de pequeños agujeritos. Éstos sirven para pasar el hilo y matizarlas de conchitas, y aun de cuentas de vidrio. Otras hay sin agujeros, y pintadas de varios dibujos, no muy desagradables. En estas ollas guardan la harina de palma, maíz, cocos y otras cosas, pues les sirven de cajas y escritorios. Del mismo modo, y para los mismos usos labran una especie de calabazos grandes, sacándoles con delicadeza un pedazo por el pezón, que después ajusta como tapa. Vense también algunas alforjitas, unas tejidas á pala, y sobrebordadas de hilo de varios colores, y otras en forma de red, las cuales sirven para lo mismo. La llevan cuando van á buscar cocos, palmas y otras cosas de alimento, y les sirven de alforjas ó bolsas acomodadas. Hay unas de anillos ú ojos grandes, y otras de pequeños, y algunas del todo cerradas: las primeras admiten cualquiera cosa grande, como raíces de mandioca, batatas, etc., y las otras sirven para cargar grano, como los costales en España. De los postecitos cuelgan sus alfanjes, plumas y flechas, que tienen reservadas, y no hay más alhajas en las paredes, que brinden á la curiosidad de los ojos, ó hagan ostentación vana.

CCXXVIII. *Sus camas.*—Mas si ponemos la vista en el suelo, hallará no menor recreo. Crece por medio de ellos la yerba poco menos que en los prados, aunque el continuo pisarla no la deja levantar cabeza. En las dos cabeceras de cada toldo ó división igualan la tierra, y ponen encima alguna yerba, ú hojas de palma, que sirven de colchón, cuya tela tienen barata. Sobre éstas ponen unos cueros de venados, ciervos, y ahora de toro ó vaca, y éste es estrado y cama, arropándose, si hace fresco, con sus mantas. Entre día suelen arrollar las pieles, ó poner encima unas esteras que sirven para el aseo y de sentarse. No se busque ni más sillas ni más mesa en estas casas, ni mejor sala para recibir las visitas. No han dado los Guaycurús en el bello y cómodo uso de las redes ó hamacas, ni de otra especie de cama levantada lo que sin duda condujera mucho para su aseo y conveniencia.

CCXXIX. *Cómo las limpian.*— Es cosa natural que las pieles que inmediatamente tocan al suelo, ó cosa húmeda, se ermohezcan, y á veces si no tienen cuidado, se pudren, y así suelen exhalar un olor fastidioso. Agréguense otras inmundicias de los chicos y aves caseras que ensucian la casa. Es preciso limpiarla, y para ésto las barren de cuando en cuando. Si ya la escoba no basta, practican apartar todos los toldos y retirarlos como media cuadra del sitio en que antes estaban. Así logran suelo limpio, y ambiente más puro. En estas ocasiones suelen retejar los techos y renovar las esteras, que con los soles, humedad y vientos fácilmente se deterioran. Esto mismo ejecuta siempre que envejecidas las esteras, pide composición la casa. Por esta causa no cesan de coser esteras, previniendo con tiempo cosa tan necesaria.

CCXXX. *Modo con que viven en sus toldos.*—El señor del toldo ocupa el mejor sitio ó la testera con su mujer, hijos y parientes; los criados y gente baja se ponen en el lado opuesto. Si los criados y parentela es numerosa, se sigue otra división ó tolda, en que habita con distinción

de lugares. Cuando se juntan todos los vasallos de un cacique, el toldo de éste está como en el centro de los otros, que forman la media luna. Las divisiones están repartidas por capitanías. Es falso lo que dice la Historia del Chaco, que amos y criados vienen á estar promiscuamente revueltos. Ni en sus viajes, en que no viven con ceremonias, permiten esta llaneza. Tampoco es verdad que las divisiones ó toldos en que viven los caciques sean mayores. Todos son iguales en ancho, alto y largo. La razón que trae para la mayor capacidad de los caciques es porque debe estar desocupada la habitación del régulo de todo lo demás, menos de las armas, que están allí como en cuerpo de guardia para salir con facilidad á cualquier rebato. No hay tal armería, y cada soldado guarda en su toldo sus armas, como después veremos. Mucho menos sirven los toldos de los caciques para echar en ellos los pregones y dar los avisos. El modo con que el capitán avisa sus resoluciones es muy distinto. No cuelgan los Guaycurús de los mandamientos de su cacique sus voluntades. En algunas cosas le obedecen, y en muchísimas hacen lo que quieren, como si fueran independientes. Es un gobierno todo de condescendencia.

CCXXXI. *Presunción de los Mbayás.* — Para que se vea el orden que los amos y criados guardan en sus toldos, referiré este caso. Fuí como solía un día á visitarles. Entré en el toldo de un capitán anciano. Comía éste actualmente, y le servían sus criados: de éstos unos cuidaban el fuego; otros de cosas conducentes á que quedase bien servido el amo. Acabó éste de comer y también los criados. Notó en mí alguna atención en observarlos, y me dijo: Mi padre, ¿qué te parece de nuestro modo? Somos como los Españoles: los señores nos dejamos servir de nuestros criados: aquél es mi lugar y el de mi mujer y de José (era un hijo suyo ya cristiano), aquél el de los criados que como ves están separados. ¿No lo hacen así los Españoles? Si, hijo, le respondí; y me agrada mucho este vuestro modo: mas echo menos una cosa que os

falta, y cuando la tengáis estaréis del todo como los Españoles. ¿Qué cosa es esa que nos falta, mi Padre? El que aprendáis las palabras de Dios (así llaman á la doctrina cristiana) y que recibáis el agua de los cristianos, esto es, el bautismo. De eso no te aflijas que para eso te hemos buscado y traído á nuestras tierras: y ya José, mi hijo, hace lo que tu deseas; y nosotros lo haremos, porque somos antiguos caseros (amigos que entraban y salían de paz en la ciudad) de los Españoles, cuyo modo aprobamos.

CAPÍTULO XIII

SIGUE LA RELACIÓN DE LOS USOS Y COSTUMBRES

CCXXXIII. *Modo que guardan en el comer.* — Antes que salgamos de las esteras de los Eyiguayeguis, será bien que demos una ojeada á sus manjares y formalidad de sus mesas. En varias partes se ha tocado, según la oportunidad de los asuntos algo de sus alimentos. Ahora como en su propio lugar se dirá el modo que guardan y lo que les arrastra el apetito de algunas cosas. Afectan en el comer algún aseo: y quieren en este particular parecer gente de crianza, pero en realidad no sale todo de los términos del desaliño y rusticidad. Dispuesta la comida, y es de harina de las palmas, la ponen en unas cazuelas que ellos llaman Ginogo : en ellas se les sirve á los que han de comer. La mesa es el suelo, sin más manteles que una piel, ó la paja que en el toldo se cría. En lugar de la cuchara entra una especie de concha angosta y larga, como unos cuatro dedos á la cual llaman Lapidi. Con ésta comen las puches, y como no se ensucian las manos, no se las lavan en estas circunstancias.

CCXXXII. *Su desaseo en este caso.* — Si la comida es de cosa más sólida, como carne de ciervo, puerco ó raíces de mandioca, y otras: por cuchillo les sirve el alfanje: si aquél les falta, parten en pedazos el manjar, y le cogen inmediatamente con la mano. No hay más tenedor

que los dedos. Comen como quien tiene hambre, y con ninguna curiosidad: todos meten las manos sucias en la cazuela. Si las tienen teñidas con el Nibadena, queda teñido de azafrán el guisado. Si se ofrece sazonar con sal el caldo de la cazuela, ó los frijoles cocidos en sola agua, una mujer con un terroncito de Nagatadi, que es la sal, da tres ó cuatro vueltas con ella en la cazuela sin soltarla, y luego la aparta, y queda con algún sabor la comida. El terroncito de sal se guarda para otras ocasiones. Acabada la mesa, una criada ó criado les trae agua para que se laven las manos. Quien oye ésto, presumirá mayor cultura en los Guaycurús que la que hasta este paso se ha relacionado. Gente, dirá, tan aseada que después de comer se lava las manos, no tiene tan embebida la barbaridad como se ha dicho. Véase á lo que se reduce su aguamanos, y acaso esta ceremonia tan admirada en la Asunción manifestará mayor fondo de rusticidad. En la misma cazuela en que se les sirvió la comida, ó en otra llena de mugre, ponen un poco de agua: queda menos limpia que la de fregar: en ella meten las manos; y no decide el más advertido cuál ensucia, si el agua á las manos, ó las manos al agua. Lo mismo se ha de entender del paño de manos ó toalla: no es más que un trapo tan empapado de mugre, que causa asco. Mejor hacen los que para comer el guiso ó un poco de carne no se valen de platos ni cazuelas. Pónenle sobre un poco de paja verde ó ramas de palma ó árbol que tienen á propósito. Después estas mismas les sirven de toalla en que se limpian. Este es todo el aseo que observan algunos Guaycurús de conveniencias. Otros se ahorran las ceremonias y comen como les da la gana.

CCXXXIV. *Su postura al comer.* — La postura cuando comen es de sentados, cruzadas y encogidas las piernas. Algunos se ponen medio recostados, situación del cuerpo que por ventura trae su origen de hacia la Judea. Tienen los Guaycurús ésta y otras muchas prácticas que coinciden notablemente con las ceremonias judaicas, como po-

drá notarse en lo que de ello se ha dicho y falta que decir. En cuanto á la hora de comer, no tienen tiempo: á cualquiera en que esté dispuesta la comida, la toman. Es verdad que por lo común empiezan á comer al querer ponerse el sol, si no han tenido fortuna en la caza. Si tienen alimento comen por la mañana, luego que se levantan, y varias veces entre día. Si la comida escasea ayunan todo el día y comen de noche lo que encuentran. Son pacientísimos de la hambre, especialmente los capitanes. Es punto de sumo defecto de su valor quejarse en este punto.

CCXXXV. *Pasión por cosas dulces.* — Como los manjares que de ordinario usan los Guaycurús participan algo de dulce es imponderable lo que lo dulce les lisonjea el gusto. Por todo atropellan si encuentran Napigo, así llaman á la miel, y á todo lo que con ella condice en el gusto suave. Hay unos moscardones de color amarillo en casi todo el cuerpo: éstos en tierra blanda hacen un agujero, y en él labran sus tinajitas ó panales. Que los Guaycurús comieran lo que labran estas abejas grandes en sus colmenas, no tenía gracia. Lo singular está, que si cogen un abejón vivo, parten por medio su cuerpo, y chupan una gotita de miel que de la extremidad inferior sale. Saboréanse con ella, repitiendo esta palabra Liidigi, que significa dulce y agradable. Á los dichos abejones llaman Napig-Iguaga, semejante á las abejas. Cuando se les da un poco de azúcar, se llenan de júbilo que explican con sus admiraciones, y se relamen los dedos como si hubieran quedado acitronados. Al azúcar han puesto este nombre muy expresivo: Na pigo neloni, miel helada ó cuajada. El cacique hombre de edad avanzada, en pedir miel y azúcar, era tan niño como los de pocos años. En una ocasión me hallaba en un toldo apartado de la Reducción, más de cincuenta leguas. Presentáronme un poco de miel. Llamé unos chicos para que se la comieran. Estaba allí el cacique Epaquini y se vino con ellos. Lo que sentí porque los dejó sin probarla. Cuando viajan si ven al-

gún árbol que tenga colmena, todo el mundo para, se corta y comen la miel, y nunca más bien lograda la jornada.

CCXXXVI. *Afición al tabaco* — Si el dulce los engolosina á los Guaycurús, el tabaco los encanta. Llaman á esta planta Nalodagi. Los infieles Niyololas le cultivan en sus rosas. Crece mucho; y le tienen de diversas especies, atendidas las hojas. En una especie son largas poco menos que un codo, y anchas por el medio, casi un palmo. En otras son más angostas, pero más largas; y en otras gruesas, de figura de corazón, grandes: y más, muy gomosas, lo que también tienen á proporción las demás especies. De este tabaco hacen su provisión los Guaycurús, cuando van á las poblaciones de sus feudatarios. Todos, hombres y mujeres desde que dejan el pecho de sus madres, se acostumbran á usarle. Los varones le toman en humo: las hembras le mascan y traen una pelotita en la boca entre el labio y encía inferiores, uso que las afea. Para fumarle, tienen los hombres unas pipas de Palo Santo como cañones derechas y por la extremidad que ponen en la boca, delgadas. Lo resinoso del palo santo añade fortaleza al tabaco. Hay cañones ó pipas largas media vara y de dos pulgadas de diámetro. Á esta irregular tabaquera llaman Elegico, que es el nombre del Palo Santo. Casi nunca la dejan, y especialmente en sus caravanas es uno de los más principales avíos. Llevan el tabaco ya frangollado en unas bolsitas muy pulidas ó en unos calabacitos lindamente aforrados, y los llaman Nagienigi. Si tienen tabaco como que pocas veces les falta casi en todo el día no se les cae de la boca la pipa. En concurso de muchos pasa por todos: cada uno trae tres ó cuatro bocanadas de humo, que por lo común pasan al estómago tragándoselas; ó hacen salir por las narices: tragan el humo como el dulce; y puestos en igual carestía de alimentos y de tabaco, no piden los primeros, sino el segundo. Al despertar de noche, la primera diligencia es echar mano del Elagigo. En sus borracheras alternan

el beber y el fumar, aumentando así los humos que los perturban.

CCXXXVII. *Las mujeres mascan el tabaco.* — No se verá un infiel Guaycurú que masque tabaco. Esta es prerrogativa de sólo las mujeres. Estas exceden á los hombres en el apetito por la hoja de tan apreciable planta. Las peticiones suelen empezarse por el tabaco con estas palabras: *agnite y-go-ladi*, dame lo que he de mascar. Se hacen molestísimas en este punto. Parece que su elemento es la mascada de tabaco, fuera del cual viven inquietas De día y de noche tienen el *nigoladi* ó bolsita de tabaco entre el labio y la encía; tragan suavemente la saliva por el grande gusto que perciben en el tabaco. Suelen mezclarle ceniza hecha de huesos, con lo cual queda algo salitroso. Si han de comer algo, sacan la mascada de tabaco, y tras la oreja ó en otra parte, como cosa de gran estimación, la guardan con cuidado. En concluyendo la comida, la meten otra vez en la boca como antes la tenían. No se ven á sí mismas, ni advierten en otras la deformidad de la boca: á la costumbre no contrarrestará cualquier otro método aseado. Sobresale con fealdad el labio inferior, levantado del *nigoladi*.

CCXXXVIII. *Prácticas de hombres y mujeres en este punto.* — Dos cosas dignas de notarse advertimos en este uso del tabaco. Sucede que algunos ancianos están fumando: llega á este tiempo un muchacho y les dice sin introducción : *yapicogo*, fumaré. Incontinenti el que la tiene, le alarga sin réplica la pipa. Así crían sus hijos con una total condescendencia en todas sus niñerías. También de ordinario acontece concurrir un capitán Guaycurú con algunos criados : toma el humo su señor y ellos no le piden la pipa ni se la alarga. Haciéndoles algunas preguntas sobre esta práctica, responden, si son suyos los criados: *ibotagipi*, son mis criados. Si son de otro dueño, dicen: *ini-niyololegipi*, estos son Guanás. Como que tienen á cosa de ajamiento de su dignidad esta llaneza con los criados. No hacen punto de honra de eso

con los chicos sean Guaycurús ó Guanás, á los cuales luego dan el *elegigo*. De este modo en su bárbaro modo de concebir se granjea más aceptación la antojadiza infancia, que la edad fatigada. Entre las mujeres reina otra práctica deseada. Si una no tiene *nigoladi*, la pide á otra que la trae en la boca; corre prestada de boca en boca hasta que vuelve á la que hizo la gracia. Esta la recibe y chupa como si fuera un bizcochuelo bañado en almibar.

CCXXXIX. *Caso raro.* — No puede ponderarse más la pasión que tienen por el tabaco, que con lo que ya digo. Una buena vieja nos visitaba con frecuencia. Mientras teníamos la socorríamos con hojas de tabaco. Faltónos en una temporada, y para contentar á la pobre anciana, le dábamos un polvo de tabaco para que acallase la nariz á lo menos. Ella ponía la mano para que pusiésemos más: lo hacíamos y quedábamos como sorprendidos al ver que se lo echó en la boca y lo tragó sin el menor reparo. Esperábamos una grande revolución en su estómago, pero nuestra vieja quedó tan serena como si no hubiese pasado al estómago. Repitió esta prueba muchas veces en otros días, no obrando en ella nada la eficacia del polvo del tabaco que á otros despaeña.

CAPITULO XIV

INDUMENTARIA, ADORNOS Y PINTURAS DE LOS GUAYCURÚS

CCXL. *Desnudez de los hombres Guaycurús. Su casi ningún vestuario.* — Si la afición que domina á los Guaycurús por dulces y tabacos, se extendiera igualmente á obligarles á buscar con qué vestirse, tuviera menos de reprensible y se vieran hombres que mostrasen serlo en la vergüenza y empacho. Puede llamarse ninguna la diligencia que ponen en cubrir sus cuerpos tostados de las inclemencias. No se fatigan por telas de que cortar vestidos pues la gala consiste en no traerlos. El día que andan más decentes, se reduce todo el ropaje á una manta ó

colcha de pieles ó de algodón, que tejen sus mujeres. Más si á este abrigo no los estimula el viento Sur frío, no tiene en ellos fuerza la honestidad de su humana naturaleza. Si el tiempo es caliente no se ve en los hombres un hilo de ropa. Tienen abandonado el rubor y casi la racionalidad en este punto.

CCXLI. *Vestir honesto de las mujeres.* — La inmodestia de los varones resalta más cotejada con la decencia que se nota en el sexo femenino. Las mujeres jamás andan desnudas. Si salen de sus toldos van cubiertas con unas mantas largas de algodón, las cuales ciñen por la mitad á la cintura con un ceñidor de latón bien formado, ó de lana esmaltada de cuentas de vidrio; cuélgales hasta los pies, supliendo bien el oficio de saya. La otra mitad echada sobre le cabeza, cruzan por sobre los pechos, remedando las mantellinas. Además tienen otro vestido interior que puede llamarse zaragüelles. Es una mantita como de vara en cuadro. Cíñenla con dos puntas á la cintura y las otras dos puntas se levantan, quedando formados unos calzones. No se verá á ninguna, aunque sea de pechos, que ya no tenga esta honesta moda. Dentro de sus toldos y en sus faenas, usan de otras mantas más cortas. Átanlas por sobre el pecho, dejando los brazos libres y desembarazados para haciendas de su sexo, que son todos los ministerios domésticos.

CCXLII. *Vestidos de fiesta.* — Los dichos pueden tenerse por vestidos ordinarios y de cada día; más á sus tiempos usan otros con que la desnudez de los varones ostenta vanidad y la pobreza de las mujeres se adorna con pompa. Es por visto un Guaycurú con el siguiente atavío: En las gargantas de los pies, sobre los tobillos, envuelve una sartas de cuentas de vidrio, y si los tiene añade unos cascabeles, que cuanto mayores son, más le gusta. El sonido de estos llama la curiosidad de los divertidos y avisa la vanidad de los pasos. Más abajo de las corvas, pone unos flecos de plumas pequeñas, encarnadas, blancas ó de los colores que le agraden. En la cintura lleva

un cinto, cuyo fondo es una faja bien tejida, sobre la cual corren unas hileras de abalorios de los colores que encuentran. Si son azules los estiman mucho. Están bien distribuídos formando un bordado de vistosos colores. En el centro del cinto, que dejan sin cuentas, están unas planchas hechas de metal amarillo gruesas como un pergamino, largas cuatro dedos y anchas dos; éstas dan mucha gracia al cinto y no menos aire al que la lleva. Algunos acaudalados cuelgan del cinto en contorno, diez ó doce cascabeles grandes, con los cuales mete ruído al caminar como las mulas de calesa en España.

CCXLIII. *Otros adornos.* — Lo restante del cuerpo, desde la cintura hasta el cuello está desnudo y pintado de colorado ó de este color y negro. En las gargantas cargan cuantas cuentas y canutitos de estaño pueden adquirir y que ellos con prolijidad labran. Añaden un fleco de plumas cortas que dejan caer hacia la espalda. En las orejas están los pendientes de que ya en otro lugar hablamos. Cuando no traen los pendientes grandes, cuelgan unas planchitas de plata de varias formas, ya de media luna, ya de algún animalito; y si ni estos cargan, meten en cada agujero de la oreja un canutillo de estaño ó de caña, el cual está lleno de *nibadena*, que le sirve para sus pinturas. Por la parte que mira adelante suelen cerrarle un botón de latón que parece engastado en la misma ternilla. En la cabeza atan los plumajes ó redecillas de que se trató en otra parte. En el labio inferior tienen un agujero y de él cuelgan una flechilla que ellos llaman *napidigi*, hecha de hueso de palo, ó de espina de algun pescado. Hay algunas aforradas de plata, lo que es indicio de la riqueza del que las costea. En las muñecas, si no traen el cordel ponen unos brazaletes ó manillas de cuentas ó de metal hecho planchitas. Otros cosen sobre un pedazo de baqueta ó de piel cruda, algunas cuentas con simetría y borlas matizadas de cuentas ó adornadas con canutillos de plata. Los lagartos de los brazos tienen también su gala. Vístenlos de plumajes encarnados ó los ciñen con

unas planchitas de alquimia, que hacen al sol resplandecientes visos. Á estas se reducen las galas de los varones Guaycurús, cuya cabeza está más cargada como más necesitada de peso. Un día nos paseábamos mi compañero y yo, cerca de nuestras chozas. Oímos los carcabeles de uno que venía engalanado. Convinimos en mortificar su vanidad, haciéndonos los descuidados. Procuraba él ponérsenos delante y nosotros nos divertíamos como sin estudio hacia otro lado. Buscábanos las vueltas, rabiando porque le mirásemos. No pudo en más de una hora conseguirlo, con que se volvió bien ajado, y nosotros nos quedamos celebrando el entonamiento fantástico.

CCXLIV. *Galas de las mujeres.* — No quieren las mujeres ceder á los hombres en la vanidad pobrísima de sus mujeriles adornos. Es ordinario en ellas calzar sartas de cuentas de vidrio y cargar manillas y collares como los hombres. Para no quedar vencidas en el cinto, tienen la paciencia de esmaltar las mantas festivas de planchitas de conchas. Á la orilla del río Paraguay y de algunas lagunas hacen provisión de dos especies de conchas que parecen ó son nacar para el bordado de sus vestidos. Las de una especie son casi como una mano de ancho y largo; la otra es menor en lo ancho y casi tan larga como la primera. Á la antecedente llaman *nagagi* y á la segunda *labi*. La superficie exterior en las dos especies y en otras muchas (que se hallan hasta siete), es negra y sutil; salta con facilidad y parece el cuerpo blanco de la concha. Por lo interior son muy lustrosas y á la luz brillan con diversidad de transitorios colores. Parten estas conchas en pedacitos menores que la uña del dedo chico ó como un medio real de plata; son redondos y taladrados por el medio; cógenlos sobre las mantas, haciendo de las conchas muchos caraçoles. Las que pueden interpolan cuentas de vidrio gruesas, con las cuales realzan la obra y su resunción.

CCXLV. *Sobreveste de las cacicas.* — Las cacicas y capitanas usan otro traje de pompa cuando tienen criaturas

de pecho. Cosen dos varas de alguna tela por las extremidades. Queda un medio saco cortado. Bórdanle de conchitas y cuentas con pulidez y alguna simetría. Si hallan cascabeles los cosen en la orla que cuelga. Sobre la manta se visten ésta como faja ancha, sacando la cabeza y brazo derecho y afianzándola sobre el hombro izquierdo, al modo de banda. Sírveles como de cuna portátil en que llevan á los niños, que en ella van abrigados y ennoblecidos. Las mujeres de más baja esfera tienen también este género de bandas, menos costosas, pero bien abrigadas.

CCXLVI. *Vestido de los médicos.* — Los *Nigienigis*, que son sus médicos, adivinos y musulmanes, cuando cargan ropa, es con algún distintivo. Redúcese á una como bata ó vestido talar, que descansando sobre los hombros, les llega hasta los tobillos. Su forma conviene con la de las camisetas ó poncho, de los cuales se diferencia en ser la mitad más angosta y en estar por los dos lados cocida, menos por donde sacan los brazos ó como agujeros de mangas. Por la parte de arriba dejan abertura para sacar la cabeza; por el de abajo está abierto del todo para poder caminar, aunque el corte es tan estrecho que les impide dar largos pasos. Vense así obligados á medirlos con gravedad, segun pide su profesión embustera. El color de las lanas, de que son ordinariamente, no es del todo blanco, ni negro, sino vario; en el telar sacan listas de pardo y colorado que declina en morado. Metidos en este saco caminan muy huecos y á lo farisaico, *ut videantur*. Para mostrarse estátuas fantásticas, repiten á los que no conocen su instituto: *enigienigi*, yo soy Paye, ó médico, etc. Este es un modo de hablar, que en su énfasis equivale á el del que decía: *non sunt sicut cœteri homines*. Y cierto que tienen razón, porque entre los de esta profesión, metido Diógenes con su linterna, no daría con un hombre, por ser en sus prácticas gentílicas fantasma que aterra á los sencillos.

CCXLVII. *Sombreritos de palma.* — No acostumbran los Eyiguayeguis cubrirse la cabeza sino algunas veces

con sus redecillas. Sin embargo, los Enacagas tejen de hojas de palmera unos sombreritos muy vistosos. Hermoséanlos con hilos de algunos colores. No los usan con frecuencia, pero cuando se los ponen salen bellamente las labores. Estos sombreros defienden de los rayos del sol mas no del agua, porque el tejido es ralo. Al fin es obra de gente que en ello no busca la utilidad, sino la apariencia.

CCXLVIII. *Viseras curiosas.* — Los ancianos tejen empleita de hojas de palma bastantemente curiosa; su largor tiene como una cuarta y el ancho unos cuatro dedos. Úsanla de visera contra el sol. Cíñenla sobre la frente y sus puntas llegan hasta las orejas. Otros llevan esta visera de pluma ó de dos alas pequeñas de algún pájaro. De todo se colige que la gala principal de los Eyiguayeguis es ostentar los hombres la desnudez y las mujeres su genio en todo vano. Con todo, halla trono la profanidad en unas carnes tostadas á los rigores del tiempo.

CCXLIX. *Pinturas de los Guaycurús.* — No es fácil que entre gente blanca salga á lucir traje más de la moda y gusto, y aun de costo, que el que los hombres Guaycurús se visten á tiempos. Muchas horas del día emplean en pintar todo su cuerpo, y las mujeres sus rostros y brazos. En comparación de estas telas, ni los más vistosos tisús merecen estimación. Tres materias les componen la urdimbre y trama de estas piezas vistosas. Colorado el fondo, negro el de los principales lisos y el último blanco, que hermosea el floraje. Unos días se dejan ver del todo colorados, tinturados de *nibadena;* en otros les agrada el negro, y se transfiguran en etíopes con el zumo del *notique.* Para variar el traje, más ordinariamente se visten de cintas lisas ú ondeadas, que forman de los dos referidos colores. Tiran varias líneas por todo el cuerpo, y hacen dibujos, enrejados y celocías, principalmente en la cara, antepoponiendo á la natural gracia la fealdad artificiosa. Así quedan casi desconocidos aun de los que los tratan. En un viaje que hice con los Eyiguayeguis, quedé una maña-



MUJER

DE LOS CADUVEOS DE BOGGIANI



MUJER

DE LOS CADUVEOS DE BOGGIANI

na algo suspenso para conocer al que me hablaba, siendo uno de mis conocidos. Embijáronse ó pintaron más de cien soldados de los que caminaban en mi compañía, porque estábamos en tierras de enemigos. Vino á hablarme y prevenirme del riesgo el hijo del cacique (éste fué el desconocido), y dijo su nombre; tanto les encubren las tintas.

CCL. *Variedad en algunas pinturas.* — En los días más clásicos, sobre lo colorado y negro remedan soles y estrellas de color blanco. No brillan, pero lucen tales astros en las sombras de unos cuerpos atezados. Es traje privativo de los hombres. El modo con que forman dichas figuras tiene algo de ingenio. De piel hacen los moldes, sacándole los cortes y rayos que ha de llenar el color blanco, materia de la estrella. Cuando quieren parecer estrellados, arriman los moldes al cuerpo, ya pintado de encarnado ó negro. Después ponen en los claros ó cortes lo blanco, que queda pegado; levantan aquéllos y quedan hechos un cielo imaginario. El *nibadena* suple las veces del color del fuego; el *notique* de manchas, y la harina de *namogoligi*, que es el blanco, de lucidos rayos. Con esto, el Eyiguayegi se mira como un nuevo Atlante, que no en los hombros y manos, si en todo el cuerpo, contiene una esfera mal ideada.

CCLI. *Pinturas de las mujeres.* — Las mujeres tienen pinturas pasajeras y permanentes. Las que son de la plebe se graban desde la frente hasta sobre las cejas con unas rayas negras que en su uniforme desigualdad remedan las plantas de un órgano. Otras añaden grabarse todo el labio inferior hasta la barbilla. Las cacicas y mujeres de capitanes se abren los brazos con el mismo artificio formando muchos cuadrángulos y triángulos desde el hombro hasta la muñeca. Esta es una de las señales indelebles que caracterizan su nobleza. Rarísima de estas señoras permite grabaduras de la cara; éstas son como la marca de sus inferiores y criadas. La permanencia de este color se consigue á costa de sangre. Con la espina de un pez llamado Nela, ó con la de otro cuyo nombre es

Omagaladi, se dan los piquetes necesarios para el dibujo; chorreando la sangre caliente, ponen encima la ceniza hecha de las hojas de la palma Eabnigo, ó la tinta de Notique. Déjanla secar incorporada con la sangre, y al cabo de algunos días, en que padecen buenos dolores é hinchazones en los sitios picoteados, salta la costra, y la cicatriz aparece de color negro. Á pocos días pierde la tez y queda azulado por toda la vida. Tienen su vanidad en mostrar valor al ejecutarse esta operación bárbara. No graban á los niños hasta que ya tienen fuerzas para sufrir el martirio, que es en la edad de catorce á dieciseis años.

CCLII. *Pinturas de los pobres Niyololas.* — Muchos pobres criados no merecen el Notique Nibadena, y menos la harina de la palma Namogoligi, de la cual forman las estrellas. Estos suplen la falta con carbón molido; y se tiñen tan feamente, que parecen ascuas apagadas. Así denegridos, suelen rodear á las cabezas unas plumas de avestruz pardas sin más arte que atarlas punta con punta, para que se asienten en forma de guirnalda. Con esto añaden á la fealdad desaliño. Algunos días salen los Niyololas tan ataviados como sus amos, porque estos quieren por entonces que luzcan las libreas de sus criados.

CCLIII. *Prolijidad en pintarse.* — No sé cómo tienen paciencia para gastar todo un día en pintarse tanto los señores Guaycurús, cuanto sus servidores Niyololas. Falta poco para apurarse el sufrimiento al ver la prolijidad en mirarse al espejo, ó en hacer que coja el pincel ajena mano para los dibujos en el rostro, y cuanto está á las espaldas. Cuando se consideran atormentados de hambre, creo que con sus pinturas entretienen el tiempo y los ácidos del estómago. Mientras las cautivas buscan leña, acarrean agua, cortan algunos cogollos de palma, y los cautivos cazan ó pescan, están muy de asiento los señores tirando líneas sobre sus cuerpos. Así se les pasan los días en un total descuidado de lo necesario y en cosas frívolas, sufriendo los rigores de la necesidad sus familias. Con lo dicho queda ilustrada la Historia del Chaco

en este asunto de pinturas. Acaso antiguamente fué lo que se lee en ella. Además los Guaycurús no alteran tan fácilmente sus prácticas, y son al presente muy amantes de sus inveteradas costumbres. Cuesta mucho á los Misioneros hacer que dejen aquellas que no se componen con las máximas cristianas: las demás como inocentes se les dejan hasta que ellos con la vida política cogen otras, y las abandonan. Con gente tan bárbara no se consigue todo de golpe, ni á un tiempo.

CCLIV. *Estimación de sus pinturas.* — Las viejas son excepción de regla, en las que la vanidad prescribe á las jóvenes. No deroga á su autoridad el desaliño ó sus años no pueden ya aún con la carga de umbrátiles pinturas. Andan como quieren y rarísima gasta el tiempo en hacer figuras. Basta las que ellas, grabadas de sus años, forman. No obstante, son celosas, y gustan de ver lindas á sus hijas ó nietas. Desdíceles mucho ver á los cristianos, y aun á los Misioneros sin las tinturas que ellos acostumbran. Varias veces nos decían que ¿por qué éramos tontos? ¿Y en qué está la tontería? les preguntábamos. En que no os pintais como los Eyiguayeguis, respondían con inocencia. Y ¿por qué vosotras no usais de tales afeites? Porque somos viejas, y no cuidamos de adornos, sino de pasar la vida. Todo remataba en que éramos bobos, y sin entendimiento, pues nos faltaba para hacer aprecio de lo que ellos estiman.

CAPÍTULO XV

DE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA. DE LOS CABALLOS Y DEL CUIDADO Y DOMA DE ELLOS

CCLV. *Falta de economía en sus familias.* — Lo que se acaba de escribir es suficiente para dar á conocer, como el León por su uña, el natural de la nación Eyiguayegui. Mal se establecerán reglas de un buen orden doméstico y económico por una gente casi abandonada á su

innata ociosidad. Y es cierto que un prudente arreglamiento en sus casas y familias los distinguiría de los salvajes, más su descuído los deja casi sin diferencia. Miran las cosas con total indiferencia, á excepción del esmero en cuidar sus caballos, su barbote y armas. No es incentivo de su flojedad el verse con familia que mantener : no les compele á buscar medios con que satisfacer á sus naturales obligaciones. Cuando tienen qne comer, no se acuerdan del día de mañana, ni se apuran por conservar algo, contentos con dejar la providencia en abastecer los toldos al cuidado de los Niyololas. Acontece que aventuran algunos ciervos, ú otros animales en la caza : en este caso por lo común la primera diligencia es asar para apagar su hambre los cazadores : lo que sobra traen á los toldos, más tan á deshora y en tan corta cantidad, que la noche se hace día, y el alimento no llega á ver la aurora. Las mnjeres son de verdad próvidas y guardan su harina, cosas, etc., como madres de familia para repartirlo á sus hijos y acallarlos cuando por comer lloran. Hay también tal cual hombre que hace tasajo de la carne que caza, le trae á su casa en que parte con moderación, comen, y lo demás poco á poco secan.

CCLVI. *Providencia de las mujeres.* — Después que entraron á cultivar la tierra, se vió que tienen cabeza para conservar lo que les producía aquélla. Sacaban con esmero las raíces de mandioca, las calabazas y granos, y las guardaban como gente próvida. Con mucho aseo cocían en agua las calabazas enteras. Cuando estaban algo blandas, las sacaban, ponían sobre una estera y cortaban las dos puntas, la del pezón y la opuesta. Sacaban toda la semilla, que recogían en grandes cazuelas. Después ponían á secar al sol las calabazas en estando algo enjutas y duras, pasaban una cuerda por los agujeros y las desecaban al sol y aire por algunos días. Si el tiempo estaba lluvioso hacían unos zarcitos sostenidos de cuatro estacas ; ponían fuego debajo, y sobre ellos estaban las calabazas, que se volvían duras como una piedra. De este

modo las guardaban sin riesgo de perderlas por la humedad ó lluvia. De las semillas se aprovechaban algunos días : cocían la porción suficiente, la molían, y después espesaban al fuego en cazuela. Salía una horchata entre sólida y líquida gustosa. Á este modo las mujeres prevenían lo necesario para sus casas en otras cosas de sus sementeras. No podían llevar en paciencia, que nosotros arreásemos algunas calabazas, melones ó sandías, que se pasaban ó podrían. Nos cargaban de falta de entendimiento en dejar perder lo que había costado sudores y fatigas. Es cierto que miraba con amor los frutos de su trabajo, y con enojo lo que les parecía desperdicio. Esto nos consolaba y esperabamos introducir en sus casas una racional economía.

CCLVII. *Cuidado que tienen de sus caballos.* — En lo que ponen todo su conato es en el cuidado de sus caballos. Antes eran todos de á pie, como los otros indios de la América. Con el tiempo y trato con los españoles adquirieron algunos, robaron muchos y salieron excelentes jinetes. Sus caballadas son de las más numerosas y bellas que habrá en todos estos países. Cada particular tiene los que puede, y los cuida con notable diligencia. El mantenerlos nada les cuesta. Las campañas, fecundas en pastos hacen todo el costo. Cerca de sus toldos tienen los que necesitan, y los demás en sitios que son dehesas. Cada dueño conoce los suyos aunque estén sin marca. Algunos más industriosos los hierran lo mismo que los de los españoles. Á los que están inmediatos al toldo repuntan dos veces al día y el dueño ó algún criado, los lleva una vez por la tarde al agua. No omiten esta diligencia, por más que los caballos tengan arroyo cerca. Han de ir á la mejor aguada en que se bañan y refrescan. Para sus viajes y expediciones los acercan todos, escogen los que necesitan, y llevan los restantes á los sitios seguros de las dehesas, que por acá llamamos *estancias*. Á los que dejan para el viaje, ponen trabas hechas de clines de caballo, ó de hojas correosas de una palma. Con esto los tienen pron-

tos, y los cogen sin especial trabajo. Este cuidado es peculiar de los hombres, aunque faltando ellos saben también hacerlo las mujeres.

CCLVIII. *Su modo de domar.* — Dos cosas admiremos en este punto. La primera, la facilidad con que doman los potros ; y la segunda, lo bien que enseñan á algunos. Cuando quieren domar algún potro se juntan dos ó tres indios, le cogen, derriban y tusan las clines. Pónenle unas riendas de hilo del cardo Nagacole, y se meten con él en un lodazal ó pantano. Uno tiene la rienda y otro con una varita le arrea. Hácenle pasear, cayendo y levantando por el barro. Cuando ya conocen quebrantado el brío del bruto, de un salto le monta uno de los domadores : y llévale por el barrial metiéndose hasta más arriba de las rodillas, el animal en el lodo. Algunas veces se azota contra el suelo ; no importa : el jinete es diestro en evadir que le oprima, y por otra parte no se le ensucia la ropa, porque va en cueros. Á pocas horas ya está manso. Varias veces desde el pantano venían hacia donde nosotros estábamos, entablaban conversación, y el animal parecia caballo ya de mucho tiempo manso. Con este modo salen atrevidísimos los caballos para tierras anegadas y pantanosas. Arrójanse sin miedo en tales pasos. Vi en una ocasión unos caballos arrojarse á buscar el agua para beber de un borde que hacía una laguna de algo más de una vara de alto. Bebieron y componiéndose para salir cada uno dió su brinco, y se puso en lo alto. En ocasiones que he viajado con ellos, en llegando á un pantano, era necesario sofrenarlos, ó tirarles las riendas, porque se arrojan con tanta intrepidez como si fuera un camino llano. Los quebrantan, y salen animales de gallardo cuerpo y muy pulidos. Lo malo es que no sufren ni silla ni freno, porque los hombres montan en pelo y con solas riendas. Para que caminen las mujeres, les enseñan á todo, y es tanta su mansedumbre, que montan haciendo estribo en las corvas del caballo.

CCLIX. *Enseñan bien á algunos.* — Después que entre

los españoles se vieron cuartagos y caballos de paso, observaron el modo de enseñarlos. No necesitaron de otra cosa: luego adiestraron algunos con tan buen arte como los mismos españoles. Con ésto han mantenido un continuo comercio, llevándoles caballos por lo que ellos necesitan. Es verdad que no se desposeen de lo que ellos más aprecian para sus andanzas y desempeños en la caza, en que obran los animales con el continuo ejercicio casi con más juicio que sus amos. Estos como que salen de sí en viendo la caza; más los caballos miden sus pasos, y salvan grandes estorbos de matorrales y hormigueros, sacando airosos á los cazadores. En muchas ocasiones me costó gran trabajo sujetar al que llevaba. Gritaban los cazadores, y al punto se inquietaba por seguir al avestruz ó venado.

CCLX. *Cortes de palmas. Corta previsión.* — De cuando en cuando van los Guaycurús con sus familias á sitios en que hay palmas Namoligis á comer y á hacer alguna provisión á su modo. Y ni en ésto tienen economía. Entretienen en el palmar por algún tiempo el hambre, mas no la matan. Permanecen un mes ó lo que les parece; y cuando vuelven á su toldo casi no traen nada. Toda la providencia se reduce á un plato ó bolsita de harina de dichas palmas, y algunos pedazos cocidos ó tostados. También si es tiempo hacen provisión sus dátiles ó coquitos, que ellos llaman Ligetegi, esto es, huevos de palma. Toda es provisión muy corta, y con la cucua se alargan la necesidad por la misma escasez. De aquí proviene que al modo que otros mueren, los Guycurús viven de hambre.

CCLXI. *Trabajos de las mujeres.* — Más cuidadosas son las mujeres en lo que está á su cargo. Las cautivas salen con tiempo á leñar por la mañana, y acarrean unas cargas que solamente las puede hacer ligeras la sujeción á bárbaros dueños. Las ponen á la espalda sujetándolas con un cordel de la frente. Dos ó más veces al día van por agua, alguna llena tres cántaros, que ellos llaman Nalima; los carga todos á las espaldas, pendientes del

mismo modo de la frente. Estas Nalimas tienen figura de garrafas grandes, menos el cuello, que es corto como dos dedos de alto, y de boca estrecha para poder taparlas. Al cargo de las mismas está el hacer las esteras y cortar las hojas de Nagacole, podrirlas y disponerlas para sacar el hilo: tuercen los cordeles sobre el muslo : y cortan juncos, los acarrean á los toldos, y componen continuamente esteras. Hacen ollas y platos sin torno, pero tan finos que admiran. Danles varias figuras y colores, que los hermosean. Piezas llevadas á la ciudad y aun de Europa les di algunas veces para que como ellas sacasen otras, y lo hicieron sin conocerse otra diferencia que ser más delgadas las hechas de ellos. Cuando viajan, llevan pellas de barro dispuesto en unas bolsas ; y en las paradas trabajan de alfarería, volviendo á sus casas con algunas ollas ú otras piezas. El color dan con la tinta de una piedra que amolada sobre otra con un poco de agua, resulta un color encarnado parecido al bermellón natural. Con la resina del Palosanto les dan listas de un barniz negro muy lustroso y permanente. De todos estos utensilios hay gran copia de repuesto en los toldos. No se ve en sus toldos caja de madera, arca ó petaca de cuero. Guardan sus cosillas como son cuentas, planchitas, agujas, etc., en las Nalimas. Lo demás para este fin fuera alhaja superflua. Las que sirven de guarda-cosas tienen las bocas anchas, de modo que sin dificultad entra la mano por ellas. Algunas cosas cargan al cuello, que es su mayor faltriquera. Así suelen traer colgadas tijeras, peines, dientes del pez Palometa y otras cosas semejantes.

CCLXII. *Crianza descuidada de sus hijos.* — No son tan diligentes en la crianza con debida sujeción de sus hijos. Su gobierno doméstico pasa á la altura de desconcierto en la falta de educación de ellos. Al modo que unas bestezuelas crecen sin dar indicios de algún respeto y reverencia á sus padres, que se criaron en la misma ignorante condescendencia. Toda la enseñanza que les dan

es un desorden de costumbres, que como lecciones prácticas tinturan la edad inocente para que deje de serlo antes de tiempo. Hasta los doce años les muestran un amor extremado. Jamas les corrigen sus travesuras, ni les hablan de modo que las palabras les sirvan de freno. Castigarlos fuera un exceso que tocara los límites de la impiedad en sentir de los Eyiguayeguis. Miran esta corrección en los españoles como de gente desamorada. Así crían á sus hijos, saltando y retozando como unos cabritillos. Á los niños los tienen sin ropa y desnudos al modo que lo están sus padres. Las chicas desde los pechos de sus madres traen sus mantillas; y así muestran los Guaycurús que en solo en un sexo hay alguna vergüenza.

CCLXIII. *Amor á sus hijos cuando pequeños.* — Parece increíble que, en creciendo, sea tanto el descuido, y que la misma naturaleza no les sugiera dictámenes más ajustados á toda razón. Y más si se atiende al desvelo que tienen las madres con sus chiquillos. Apenas los dejan de su lado en los años de la niñez. Si por ventura faltan los chicos del toldo al tiempo en que está dispuesta su tal cual vianda, ó al quererse recoger á prima noche, les gritan sus madres en tal tono, que cada uno conoce la voz de la suya, como los corderitos las de las ovejas. Luego dice el que es llamado, esta es mi madre, y también para lo que le busca, y se va á su toldo. Como madres gustan de que sean agasajados sus hijos. Si el misionero ignora quien es la madre, esta se da á conocer, diciendo : Y ónigi, es mi hijo, que es como decir, yo soy su madre. Muchas veces, reconocidas al agasajo, traen sus hijos al misionero buscando otro beneficio, y se introducen con esta frase : Eiodite, cadio nigi enagite-adanacalo : Padre mio : tu hijo viene á consolarte. En una expedición que hice en compañía de cuatrocientos Guaycurús entre grandes y chicos de ambos sexos, hice detener toda la tropa con un arbitrio. Los días eran calurosísimos, y padecían mucho los pequeñuelos, que sus madres á caballo llevaban expuestos á los ardores del sol. Hicimos alto en un bello sitio,

y el cacique me envió á decir que la siguiente jornada era algo larga y que escaseaba el agua en el camino. Respondí que yo no me movería del lugar en que estábamos hasta que los niños se refosilasen un poco y la sangre se les refrescase. Recibióse con aplauso mi resolución, y el cacique ordenó que nadie caminase hasta que yo lo juzgara conveniente. Nuestro Padre, decían todos, es el que tiene amor á nuestros hijos. En la Reducción se desmandó un capitán de palabras con uno de los Misioneros. Aguantó el padre las injurias é impertinencias del Guaycurú altivo. Una cautiva nos dió noticia de que ya el tal había enviado á buscar sus caballos para irse á sus antiguos sitios. Al otro día me hice encontradizo con él, que estaba en su sementera con su mujer y un hijito que ya era cristiano, buscando algo para su avío. Iba yo á caballo por lo húmedo de la tierra. Saludéle, y se mostró algo esquivo. Llamé á la madre, con el niño. Díjele que me le diese ; hízolo así. Me voy les dije, y me llevo á divertir por el campo á mi hijo. Efectivamente, le llevé á ver algunas sementeras. Le hice dar al niño algunas batatas y raíces de mandioca y me volví con él adonde estaba su padre. Ya le hallé trocado, y desistió de la ida, diciendo : Conozco que el padre me estima, pues quiere tan tiernamente á mi hijo. El imán que atrae á los infieles adultos ha de empezar á obrar por el cariño que el Misionero muestre á sus tiernos infantes. Basta que el niño diga : Quiero estar con nuestro padre, para fijar todas las resoluciones vagantes de los grandes. Esto cada día lo experimentábamos con notable júbilo, así nuestro como de los niños.

CLXIV. *Libertad de los jóvenes.* — Cuando los hijos llegan á edad en que pudieran ayudar á sus padres, descuidan estos casi del todo de aquellos años tan arriesgados, dejados á su arbitrio. Un jóven Guaycurú vive en toda su voluntad antojadiza. Disimúlanlo todo sus padres, y lo cohonestan con decir : *Dilayica*, se alegra, ó así : *Nigaanigi-liiquiagi*, no es cosa, modo de muchachos,

son niñerías. Como en ninguna cosa les van á la mano, ellos corren á su gusto los prados del deleite y disolución. La ley de Dios y la buena crianza trocará sus genios silvestres en reconocidos al Autor de todo bien, cuyas misericordias ensalzarán agradecidos.

CCLXV. Los chicos, educados del modo dicho, crecen como unas plantas sin cultivo. Si se les diera la debida enseñanza, aprendieran cualquier oficio. Muestran una viveza agraciadísima y curiosa en registrar y según su capacidad hacerse cargo de lo que se les explica. Desean saber música, pintar, leer y escribir, admirados con la vista de las estampas, con oir los instrumentos y con mirar las letras. Un remedio de oficio que ven practicar á sus padres, es cosa que le harían jugueteando los chicos, según las luces que se les brujuleen.

CAPÍTULO XVI

DE SUS ARTES Y OFICIOS

CCLXVI. *Oficios de los hombres Guaycurús. Platería.*— Cuanto en línea de oficios ejercen los Guaycurús adultos está en breve dicho. Estiran planchitas de metal amarillo ó de plata para adornar sus pendientes, barbote y cintos. Forjan anzuelos y labran flechas y varas ó astas de lanzas, y también los hierros con aseo. La Platería tiene mucho de desperdicio. Compran la plata á los españoles á trueque de caballos; y del mismo modo adquieren el latón ó cobre amarillo. Una piedra mediana, dura y lisa, hace veces de yunque, y otra manejable de martillo. La fragua es una hoguerita encendida en el suelo, y las tenazas unos palitos. Entre dichas piedras estiran el metal caldeado hasta reducirlo al grosor que les parece justo. Después para sacarle el lustre, lo amuelen sobre otra piedra, y le bruñen con tierra menuda, ó ceniza reducida á polvo fino. Para darle la figura que pretenden, se valen del alfange, tijeras ó cuchillo. Como no saben fundirle pier-

den mucho metal en obras llanas. Á las planchitas les dan la figura cuadrada, de media luna ú otra á su arbitrio. Las primeras sirven solamente para adornos de los cintos y redecillas y las segundas para zarcillos. Las mujeres y los chicos traen colgados al cuello, pendientes sobre el pecho unas planchas circulares que parecen patenas. Son de plata, y poco más gruesas que un pergamino: Llámanlas Lumí. Gastan días y paciencia en formar estas planchas, metiendo tanto ruído con los golpes, que parece oficina de mayor desempeño. Es cierto que quebrantan los oídos que no están acostumbrados á un macear continuo. Así forman también los cañutillos que no sueldan, porque no alcanzaron arte para hacerlo.

CCLXVII. *Herrería.*— Con los mismos instrumentos y más trabajo estiran algunos clavos, pedacitos de hierro, los proporcionan y forman anzuelos. No tienen ni limas, ni herramientas que les suavicen el ejercicio de herreros; ni creo que los manejarían con gusto, si su uso excediera de entretenimiento. Como tal toman hacer las puntas de sus lanzas; y las sacan de casi cuatro dedos de anchas y de largo casi palmo y medio. No puede negarse que tienen algo de ingenio mecánico, y que sacan con tan rudos aperos cosas que no se creyeran trabajadas con tales instrumentos. Dimos á los chicos algunas navajas buenas, y yo tenía un cuchillo de campo barcelonés de bella arte. Aquellas las remedaban, aunque sin acero. Pidióme un indio el cuchillo: tomóle las medidas y la forma; y de sólo hierro trabajó otro que parecía obra del mismo artífice europeo.

CCLXVIII. *Carpintería.*— La carpintería no es inferior en el trabajo por falta de herramientas, que sin duda manejaran con acierto. Hachean con notable igualdad en los golpes, y cuando quieren, labran y excavan canoas de árboles enteros. Déjanlas tan lisas, que el cepillo no tuviera mucho que pulir en ellas. Su ejercicio bien frecuente es hacer las puntas para las flechas y hastas para lanzas. Las primeras sacan de las canillas de los animales, espe-

cialmente avestruces, y de madera de mucha fortaleza. Labran el hueso con los alfanges, y le dejan tan pulido, que parece pasó por el torno. Las hastas hacen del corazón ó leño de un árbol grueso : gastan con las hachas y alfanges lo necesario, hasta devastarle de modo que en lo largo y grueso quede proporcionado. Después usan en lugar de cepillo y escofina para alisarle, caracoles de concha grande y delgada. Si en la raspadura se embotan los filos, le quiebran un poco : con eso, á costa de uno ó dos caracoles llega la obra á la perfección acabada. Pone espanto verlos labrar palos delgados con sus alfanges que tienen siempre afilados como navajas de barbero. No dan el corte hacia afuera, aunque el palo sea tan corto como un dedo y muy delgado danle hacia la mano, que mantiene lo que se labra ; entre los dedos pulgar é índice ponen la materia, que desbastan, y tiran el golpe hacia la muñeca por medio de dichos dedos. Su velocidad es tanta que el que no está acostumbrado, juzga que en cada movimiento se llevan la mitad de la mano. Otras veces les sirve de banco el talón del pie al lado del tobillo. Del modo primero cortan también la carne, melón, sandía, ó fruta que comen, el alfange ó cuchillo lo troza mirando su filo al arranque de los dedos ; pero tiene tan compasada la distancia, que rara vez excede el impulso de modo que se lastimen.

CCLXIX. *Tenerías ó compostura de pieles.*— Curten, ó por mejor decir, adoban las pieles de ciervos, venados, antas y puercos con bastante cuidado. Su modo se reduce á descarnarlos muy lindamente, secarlas bien estiradas y sobarlas fuertemente. Esta última operación si la piel es grande, la hacen refregándola con una cosa áspera, que por lo común es piedra. Dejan tan suaves estas pieles que hacen de ellas mantas para abrigarse. De las de nutria, cosiendo unas con otras, sacan unas mantas de tres y cuatro varas en cuadro, apetecidas de la gente española, aunque no las venden.

CCLXX. *Son albeitares.* — Son naturales albeitares.

Conocen las enfermedades de sus caballos mejor que las suyas propias. Según les dicta su conocimiento, los sangran, sajan los tumores y los desgusanan con tanto acierto, que por lo común se restablecen. Si tienen algún accidente le visitan con frecuencia, ó le arriman al toldo para curarle. Sucedió en un viaje que en el camino parió una yegua. No se turbaron mis compañeros, ni su dueño, que era uno de ellos. Faltaban tres días para llegar á nuestro término. Cogió el indio el potrillo sobre su caballo, y arreaba á la madre. En cada parada le hacía tomar la teta, le refrescaba, y así le condujo á salvamento. No sé si con un hijo hiciera otro tanto.

CCLXXI. *Oficios de las mujeres.* — Las mujeres ejercen los oficios propios de su condición casera. Ya dijimos arriba algunos. El más ordinario es hilar algodón y lana, que tejen con primor y destreza.

La majada de ovejas que mantienen á la vista del toldo, y cada día recogen al caer el sol, le suministra lana suficiente para entretenerse útilmente. No son muchas las ovejas, pues dudo que lleguen á trescientas. Están divididas en muchos dueños; y la india que tiene una docena, cuenta un hato de ganado menor muy completo. Tejen mantas, no en telares sino en bastidores al modo que las españolas. Hacen las camisetas y ponchos. Las mujeres Guaycurús no usan pala de corte, sino un palito redondo con que aprietan los hilos de la trama sin peligro de que los corte. Disponen con entendimiento los lisos, y sacan mantas de buen arte, y que compran á buen precio los españoles. Del mismo modo tejen bolsitas que bordan con aguja é hilo de varios colores. Ellas se bosquejan los dibujos, que no son despreciables.

CCLXXII. *Tiñen de varios colores.* — Saben dar varios tintes con los materiales que abundan en sus tierras: amarillo, morado, encarnado, atabacado y negro. Para esto se valen de varios árboles, de sus cortezas y de la cochinilla ó grana, que en las pencas ú hojas de las Tunas, se crían en los campos. Abunda en partes muchísi-

mo esta planta. Á su tiempo se recogen los gusanos, y los machacan broncamente. Por esto, y porque totalmente ignoran las utilidades del alumbre y su uso no salen especiales ni muy permanentes los colores. Yo planté en el cercado de una huerta Tunas de grana; admirábanse al ver la industria de los cristianos. Ya con la comunicación con quien les da luz para pulir su arte, van entrando en ganas de tener los ingredientes con que dar viveza y duración á los colores.

CCLXXIII. *Habilidad de las mujeres Guaycurús.* — Para que se vea el genio penetrante en manufacturas de los Guaycurús, pondré solamente tal cual caso. Yendo yo á la ciudad de la Asunción desde la Reducción á unas diez leguas de la ciudad, en un pueblo de gente de casta, llamado La Emboscada, encontré unos cuantos Guaycurús con sus mujeres, que volvían de celebrar sus contratos. Dos señoras, hermanas del párroco, labraban una hermosa Alba para el ilustrísimo Obispo de aquella diócesis. La obra era primorosa en cribos, soles y randas. Díjele á una de las Guaycurús, que cuando haría otra como aquella para nuestra iglesia de Belén? No es cosa dificultosa me respondió. ¿ Y te atreverías á hacer lo que labran estas señoras? Éstas, para prueba, le alargaron la aguja, cogió una la india, y siguió el dibujo tan ligeramente y con tanto acierto, que protestó la misma española admirada, que no tenía que enmendar nada en lo hecho por la Guaycurú. Esta vuelta á mí, me dijo: Ya ves si puedo hacer obras como estas. Lleva á nuestra Reducción lo necesario que yo trabajaré una ropa como esta para que sirva en la santa misa. Cuantos vieron esto, que fueron el maestro de campo don José Gamarra, el párroco, y otros muchos, no pudieron por menos de alabar la comprensión y destreza de la pobre india. Algunas veces acontecía que, agarrándose en algún palo ó de otro modo, se rasgaba la sotana: Nos cogían y cosían lo rasgado, diciendo con gracia. ¿ Qué dirán de los Eyiguayeguis los españoles, si ven rasgada la sotana de nuestros Padres?

CCLXXIV. *Trabajan sin empeño.* — Al oir estas cosas se presumirá que cada toldo de Guaycurús es un obraje incesante de toda policía. Ya está dicho que toman por diversión el trabajo. Es cierto que el mujeriego es á su modo hacendoso en lo que alcanza: la cosa está en que acaban presto los materiales, como son algodón y lana. Más las entretiene en hacer obras de barro, porque como piezas frágiles con facilidad se quiebran. Tienen á mano la tierra que llaman Iigo, y hacen obras. Mas en general puede asegurarse que todos los Guaycurús mejor se hallan partiendo cocos y comiendo palma, que atareados.

CCLXXV. *Son buenas hilanderas.* — Como las mujeres visten con decencia, y saben manejar el huso y la rueca, nos valimos de este medio para hacer que hilaran y tejieran con más anhelo. Las repartíamos por cuenta y peso el algodón en copo, ofreciéndolas que la mitad del hilo sería para que se hiciesen su ropa. Hilaron con empeño y tejieron sus mantas, vistiéndose todas. Lo que nos causó mucho consuelo fué la fidelidad con que traían el hilo, que dejaban en nuestras chozas y guardábamos con el nombre de cada hilandera hasta que completaba lo suficiente para vestirse, y otro tanto, que quedaba de reserva. Muchas en sus sementeras, según las industriamos, tenían bastantes mantas de algodón, con que suplían las necesidades. Con esto lograban también tener algunas mantas para sus hijos y para celebrar con los españoles contratos.

CAPÍTULO XVII

DE SU ORGANIZACIÓN CIVIL Y MILITAR

CCLXXVI. *Del gobierno civil y militar de los Eyiguayeguis.* — Ya es tiempo de que entremos en el gobierno civil y militar de los Eyiguayeguis. Algunas personas superficiales viven en este punto muy mal impresionadas. Estos sin más noticia que la del impertinente nombre de Mbayás hablan y pintan el Reino Guaycurú con colores

más vivos que Platón y Aristóteles con la tinta sus Repúblicas. En compendio se pondrá á la vista un puro desconcierto en las dos clases, militar y política. Esto dará á conocer lo mucho que ha de obrar la divina gracia y los ministros evangélicos en el cultivo del ideal Reino. El más ínfimo método de gobierno fué el de los espartanos: el más expuesto á levantamientos y discordias por depender del inconstante pueblo. Sin embargo no llega á tanto la cabeza de los Guaycurús. Son éstos tan salvajes y su cerviz está tan desacostumbrada al yugo de la subordinación, que ni la sombra de Democracia se columbra en sus parcialidades.

CCLXXVII. *No tienen leyes.* — No admite duda que las sabias leyes promulgadas y observadas en la república y reino forman el gobierno civil de los á ella sujetos, cuanto á su unión, conservación y aumento. No hay estatuto ni ley, ni jamás se hizo en la nación eyiguayegui, cuyo blanco en común ó en particular sea el ajustado orden de sus operaciones. Las repúblicas de muchos despreciables insectos observan mayor arreglamiento que el que se guarda en los toldos de estos infieles.

CCLXXVIII. *Adulterio sin castigo.* — Los más disonantes crímenes se miran con indiferencia y aun indemnidad de los agresores. Parece que se han levantado los vicios con el honroso manto de virtudes en sus corazones, y que en éstos vive apagada la inextinguible luz de la ley natural. En un caos de sombras de ignorancia se mantienen sofocados ó muy endebles sus luces. El adulterio, justamente sentido y castigado de otras infieles naciones, corre impune en la de los Eyiguayeguis. Pasan por cosa de risa los desórdenes lascivos, á excepción de una que otra vez que se toma la venganza el hombre. Esta se reduce á repudiar la delincuente ó á ejecutar alguna acción precipitada, inspirada de celos, no de honor, en quien no le conoce. En algunos cuartos de luna creciente y llena al son de un tamborilillo salen de madre las licencias, y mira el astro más feas sombras en la tierra de los Guay-

curús, que las que en él observan los astrónomos. Conocen la deformidad de este delito, pero por lo común no se le aplican penas que le repriman.

CCLXXIX. *Homicidios.* — El homicidio no sucede con frecuencia entre los Guaycurús ; pero cuando acontece, todos callan, y miran al homicida como á un hombre que sabe descartarse de sus enemigos. Entra y sale en los toldos sin el menor recelo de algún castigo. El muerto se llora y el delincuente triunfa. No son frecuentes las muertes violentas, porque sus duelos se desquitan á puñadas. Los desafiados se provocan desde alguna distancia. Dan unos cuantos pasos provocándose : les mira la multitud dispuesta en círculo, y se acometen con furia. Á cada puñada bien pegada, responde el concurso aplaudiendo la habilidad de los valientes. Los luchadores no despliegan los labios, porque valen más obras que palabras en tales casos. No obstante, tal cual vez en secreto, si un enemigo encuentra al otro descuidado le quita la vida por verdaderos ó presumidos agravios. Suelen buscar la venganza los parientes del difunto, y no falta quien les dé consuelo. Para ésto, el asesino entra pacíficamente en todos los toldos del homicida ; espera ocasión alguna de borrachera, y con el calor de la bebida, se asegura el tiro, y duerme después á pierna suelta. Nadie le inquieta, y con decir : Iyobate Agupelguagi, aquel es un temerario sin juicio, recibió toda la pena. Las muertes injustísimas, y á veces crueles que hacen en gente española, y otras naciones, merecen todo aplauso. Cántase estas hazañas como empresas de un valor heroico, digno de eternizarse en las voces de la fama.

CCLXXX. *Pendencias de las mujeres.* — Las mujeres tienen también sus reyertas. Hablan más de una hora antes de la pendencia, tirándose á la cara cuantos apodos ofensivos conocen ; y relatan todos los motivos de sus resentimientos. Cuanto más se van calentando sus lenguas viperinas, á las voces salen las demás mujeres de sus toldos. Forman plaza cogiendo en el centro á las dos

contendientes. Empiezan éstas á tomar por sus manos satisfacción de sus agravios mujeriles. Tienen cuidado de salir á estas fiestas sin cuentas ni arracadas, para quitar toda asa á la contraria. Pelean no á puñadas, sino á araños y tirones, y la que á su competidora rasga las orejas, ó la cara merece los vítores en voz alta. Estas pendencias de dos paran por lo común en alboroto de todas. Unas y otras toman partido y según la parte que protegen se enzarzan : ahora es tal la algazara, que remeda la que se oyera en una Gatomaquía. Lo mejor es que los hombres se están muy quietos en los alborotos de este ganado. Algo á lo lejos, con las lanzas en las manos, mirán el anfiteatro celebrando los araños con carcajadas. Cansadas ó satisfechas se retiran á sus esteras y corre sin tropiezo la amistad desagraviada.

CCLXXXI. *Hurtos.* — Todos los Guaycurús muestran grande aborrecimiento al hurto y á los ladrones. Sin embargo, su práctica bárbara tiene autorizada este desorden. Pagan al ladrón que les vuelve lo hurtado lo mismo que si se lo compraran. Falta de un toldo la manta de alguno, ó cosa semejante : échala menos su dueño : la busca por todas partes, y va diciendo que si la tienen se la devuelvan : que remunerará al que se la quitó : Deyaní Tema, Oliquegigi Loyedi. Dale el ladrón la alhaja á su dueño ; y recibe el premio ó paga. Así queda riéndose y galardonado. Si les hurtan caballos, procuran compensarse, cogiendo otros del ladrón, si los tiene, y si no, hacen diligencias para recobrar los propios : en esto se encierra toda la satisfacción. En este particular padecimos mucho á los principios entre esta gente interesada y bárbara. Menos nos costara comprar lo que nos quitaban, que el haber de satisfacer á tantos como venían por paga, unos porque habían hecho algunas diligencias, y otros porque traían, ó porque hablaban. Todos andaban en la danza. Con todo era casi necesario alabarles de fieles, porque descubrir sus hurtos y malas mañas era negocio de dejarlos solos. Una vez entró uno á hurtar maíz en la

sementera de los Misioneros. Descubrióle el guardián, y huyendo el ladrón, soltó lleno de mazorcas la bolsa en que las llevaba. Trájomela. No conocía al dueño, ni éste llegaba á buscarla. Por fin, vino su mujer á verme y se la dí, porque me habían dicho que era de su casa. Bastó esto para que alborotase el toldo. Fué preciso ir á sosegar la gente, y alabar de buen indio al ladrón. Con ésto, aunque todos conocieron el hurto, quedó restaurada su fama. En otra ocasión cogieron á un viejo que hurtaba en la sementera. Trajéronlo á mi presencia. Díjele con voz placentera (que aun ésta es circunstancia necesaria). Hijo, ¿para qué hurtas? respondió con sinceridad natural: Mi padre, yo no soy ladrón: entré solamente á coger para comer; porque tenía hambre. De estos casos teníamos algunos cada día.

CCLXXXII. *Casos raros sobre no querer ser tratados como ladrones.* — Lo peor era que á los Indios Guaranís que nos ayudaban, les dejaban á veces destrozadas las sementeras. Sufrieron innumerables baladronadas de los que iban á empobrecerlos. Nuestro respeto los contenía. No obstante en dos ocasiones, hubo bulla sin saberlo nosotros, hasta que fué preciso apaciguarla. Llegó al sembrado de un indio guaraní un capitán Mbayá. Guardábale la mujer cristiana. Creyó el valentón guaycurú aterrarla con el alfange amenzándola si no le daba maíz, mandioca. La cristiana le dijo que era ladrón más que capitán. Aquí fué Troya. Arremetió á herir á la mujer. Esta sin turbarse, le jugó el lance, y le dió tan buen golpe con un palo en el brazo, que le obligó á soltar el alfange. Impertérrita le cogió ella, ahuyentó al guapo, y se trajo el alfange á su casa. Las mujeres Mbayás aplaudieron el hecho, porque la heroína era de su sexo. Compúsose todo con la riña de las mujeres. Más cuidado nos dió otro caso. Entró un Mbayá en la sementera de un cristiano guaraní; presente éste, empezó á hurtar sin recelo. Díjole el cristiano que pidiese lo que necesitaba, y no lo hurtase, que era cosa mala. Sentido el Mbayá,

que ya era bien anciano, de que se le tratase de ladrón, sacó su alfanje, y dió un golpe al cristiano: éste, que también era viejo al ver tan sin razón correr su sangre levantó el destral ó hacha cuña que tenía en la mano, y dió tan fuerte golpe al infiel en la cabeza, que cayó desmayado. Al punto que en los toldos se divulgó el caso, se castigó como atentado del cristiano. Á mí me avisó el mismo viejo guaraní, que temblando entró en mi cuarto, diciendo que había mal herido á un Mbayá. Salí volando, fuíme á la sementera y hallé que traían al pobre herido como mortal. Los infieles se armaron para acabar con los cristianos, que eran pocos: éstos hicieron lo mismo para su defensa. El paso estaba apretado, y se saldría mal de él, si no se buscaba una salida de comedia, á la que empezó tragedia. Puesto en medio de la multitud con el cacique al lado dije: «Hijos, ¿qué significa esta demostración de armas? Acaso ignoráis que los viejos son como los niños? ¿Quién de vosotros se altera por pendencias de los chicos? Ea, volvámonos, y dejemos á los viejos niños, que hoy han reñido, y mañana comerán juntos.» Riéronse y se vinieron conmigo, dejando las armas. Después cuando veían á los dos viejos, que se hicieron muy amigos, me decían: Mi Padre, ve allí los dos viejos niños.

CCLXXXIII. *Como tratan á los Niyololas.* — Los que más padecen y aguantan el genio ladronicio de los Guaycurús, son los infieles Niyololas. Estos afanan y cultivan a tierra en trabajosas rosas: pero gran parte de sus sudores sirven para alimento de sus amos vagabundos. Tienen éstos bien medidos los tiempos en que sazonan las sementeras y plantíos de maíz, tabaco, calabazas, etc. En estos hacen frecuentes visitas á los Niyololas, y les cogen de grado ó por fuerza, los frutos de sus fatigas. En este particular, vive tan hinchada de vanidad la nación Guaycurú, que cada cual llama esclavos suyos á los Niyololas, y aciertan en cuanto aquellos desvalidos labradores soportan sus tiránicas despotiqueses.

CCLXXXIV. *Son embusteros y fingidos.* — Otro desorden fomentan los Guaycurús, que priva de la confianza en el trato humano. La propensión á la *mentira* y *ficción* tiene hondas raíces en la tierra doblada de sus corazones. Cuando se alaban de honrados y de hombres de una sola palabra, es necesario mayor vigilancia sobre sus dichos. Por lo común hablan al contrario de lo que premeditan poner en ejecución. Á esto les impele la total desconfianza que hacen de los españoles y cristianos. Mas al fin se han persuadido que se les trata con sinceridad; y especialmente los Misioneros han logrado en grado altísimo la estimación de verídicos y fieles en lo que les dicen en orden á su quietud y bien temporal, no menos que eterno. Su mala conciencia les pinta en la fantasía ejércitos de españoles que vienen á sorprenderles y exterminarles. No hay cuerpo más leve al menor soplo del viento, que los espíritus Guaycurús al imaginar sobre sí las bocas de fuego. Acuden luego á los Misioneros, y como tienen probada su verdad, se aquietan con lo que les dicen, y duermen con sosiego.

CCLXXXV. *Cómo se unen entre sí.* — Según el catálogo de vicio de los Guaycurús, parece difícil concebir cómo estos infieles subsisten. No obstante hay Guaycurús, y tantos, que ocupan mucho terreno en las dos bandas del río Paraguay, y su milicia se ha hecho temible. Las parcialidades de una y otra orilla hablan el mismo idioma, están emparentadas y tienen unos mismos ritos y costumbres. Por esto todos se llaman Eyiguayeguis y hermanos. Esta hermandad no se afianza en leyes, positiva formadas para el buen gobierno de algún *Licurgo*. Por este lado bambaleara y diera en tierra su extensión y firmeza. Lo que únicamente puede decirse es que un consentimiento tácito los une y coliga para mirar por su conservación y mutuamente no destruirse. En fuerza del mismo, toman las armas arbitrariamente y se ayudan á hacer á otros la guerra, si conciben, ó que volverán con un rico botín de despojos, y cautivos, ó que así conviene para rebatir la fuerza de su enemigo.

CCLXXXVI. *Desorden en su gobierno militar.* — Pero en este modo de milicia se nota entre los Guaycurús el mismo desorden que en su economía. No tienen la menor disciplina militar. Las armas que usan saben usarlas á fuerza de ejercicios cada particular en la caza. Si han de emprender alguna expedición contra los que ellos llaman sus enemigos, un día ó dos antes tocan incesantemente un tamborete en el toldo del capitán que alista gente. Los que quieren probar fortuna se le agregan de aventureros ; pero á ninguno se obliga á la marcha. El sonido del tamborete hace las veces de convocatoria y como de publicación de la guerra. Salen á ésta, no en compañía arreglada, sino ya uno, ya otro, como les da la gana. Así caminan hasta el sitio que llevan premeditado para el asalto furtivo. En él se juntan, y procuran no ser sentidos. Envían nocturnos espías, y si traen buen aviso, dan al amanecer el avance con la velocidad del rayo y se huyen y retiran con la misma. En todas sus funciones militares no guardan subordinación alguna. Conocen al capitán, más solamente por el nombre. Venzan ó sean vencidos, vuelven desordenados á los toldos : hoy unos mañana otros y de este modo llega antes el que más y mejor huye. En sus irrupciones, sola la gritería puede poner miedo, y el recelo de caer en alguna emboscada. Este ardid, que es el ordinario, no deja de salirle bien las más de las veces. La constitución de las tierras, llenas de bosques, ayudan á estos infieles. De otro también se valen, especialmente contra los españoles ; y es dividirse en varios tercios de 40 á 50, ó de menos. Déjase ver una tropilla por un sitio bien apartado de los otros. Acuden á la defensa los españoles, creyendo que hacia aquel lado está el golpe del cuerpo enemigo. Este, por sus señas, hace llamada en otra parte ; con esto dividen las fuerzas de la milicia española, ó la vuelven loca. Con esta traza han logrado casi arruinar la provincia del Paraguay por el Oriente y Norte. Aturdida la gente española que habitaba aquellas tierras, escogió antes desampararlas, que quedar

expuesta á las furias frecuentes de los Eyiguayeguis.

CCLXXXVII. *Aprieto en que tuvieron la provincia.* — Llegó de este modo á cobrar avilantez el indiano desorden, y puso sus triunfantes armas en un sitio que llaman los vecinos de la ciudad el Campo Grande. Apoderóse el miedo de los corazones de todos y al oir *Mbayós* temblaban y huían. Vióse la tierra despoblada, y los vecinos lloraban su desdicha. En realidad, que la multitud de soldados Guaycurús, la velocidad de sus caballos y de sus irrupciones, lo inexorable de sus lanzas y alfanjes, y el llenar por todas partes la tierra de tropas divididas, puso á la Asunción en los términos de amargura á que redujeron los Caldeos á la Judea. *Leviores pardis equi eius, et velociores lupis vespertinis; et diffundentur equites eius: equites namque eius de longe venient: volabunt quasi Aquila festinans ad comedendum. Omnes ad praedam venient, et facies eorum ventus urens et congregabit quasi arenam captivitatem.* (Habacuc., cap. I.)

CCLXXXVIII. *Píntanse de negro, no de encarnado.* — Lo que añade horror á sus genios truculentos es la deformidad que se nota en los colores de sus cuerpos. Se embijan ó pintan de negro de pies á cabeza para hacerse espantables á sus enemigos. Con ser tan amartelados del color encarnado, como ya se dijo, no le usan en la guerra. Le tienen por infausto para sus victorias. Dicen que si van teñidos de Nibadena, fijamente su sangre correrá por tierra, y quedarán ó muertos ó saldrán heridos sin gloria.

CCLXXXIX. *Preso: es de quien lo hace.* — Si logran hacer algunas presas, todas son del que las hizo. No entienden de dividir los despojos: y esta es la principal causa de ser desordenados sus avances. Cada uno busca qué coger sin ayudar á los compañeros: porque en su bárbara idea, el que roba, queda señor *insolidum* de lo que pilla. Es cosa que causa en cierto modo risa, ésta. Van á la guerra un capitán Guaycurú y un criado suyo Niyolola. Coge éste alguna cautiva ú otra cosa, y su amo nada. He aquí un criado señor y un amo que queda como

antes estaba. Lo mejor es que en los toldos ninguno tiene acción á disponer de aquella cosa, sino el que la cogió y trajo á las esteras.

CCXC. *Convocatorias universales y su modo de pelear.* — Del modo referido se portan en las guerras ó latrocinios á que van pocos soldados ó cuando en un toldo sólo se hace la convocatoria. Mas si el enemigo es fuerte y de mucho número de combatientes, se convocan de todos los toldos. En este caso corren los avisos y se pasa reseña en el lugar que determinan. En este, desde el día antes que lleguen los auxiliares tocan el tamborilillo, y dura toda la noche su unisoneidad desapacible. Cuando llegan, ponen sus toldos como tiendas de campaña, aparte de los otros, y proceden con total independencia. Ellos traen sus capitanes, y no se subordinan á los jefes de otras parcialidades. Entre estos bárbaros es empleo de grande honor el de Flantero. Este suple las veces y voces del clarín al tiempo de la refriega. La flauta está hecha de huesos de canilla de avestruz, de madera dura ó de tierra, según la figura. Las de canillas, huesos y palos son por lo común largas, algunas un geme, otras menos. Tienen un chillido penetrante, y que se oye de lejos. Las otras son redondas, del grandor de un huevo, pero chatas. No tienen sino dos agujeritos, por uno de los cuales, tapando con el dedo el otro, silban del modo que quieren en cuanto á lo alto ó bajo. Tiene también el flautero cornetas rústicas y lúgubres fabricadas de un cuerno. Pone espanto su sonido. Las primeras tienen, fuera de lo dicho, otro uso, y es que con ellas dan aviso los centinelas avanzados y ocultos del número, calidad y movimientos del enemigo. Estas son sus lenguas en campaña y las entienden todos. Pero es cierto que todo ésto no los ordena, ni la multitud les hace guardar el puesto. Después de tantos reencuentros con los españoles, no han perdido el miedo á las bocas de fuego. Llámanlas *Natopenigi* por el estruendo : y casi se asustan al sólo verlas. No obstante han conocido que no todos los soldados es-

pañoles en estas tierras son diestros en su manejo, como también que en días lluviosos es fácil evitar los destrozos que en buen tiempo pueden causar las balas. Por esto procuran asaltar en tiempo que les sea ventajoso y de embarazo á los españoles. Buscan también aquellas lunaciones en que la gente española ó trabaja en sus labores de campo, ó se recoge en gran parte á celebrar sus devociones, como en la Semana Santa y otras de concursos á los templos.

CCXCI. *Guerra con otros infieles.* — Si la guerra se hace contra otros infieles como no se recelan de escopetas, guardan algún más concierto. En descubriendo los espías al enemigo, dan aviso al ejército. En éste se guarda un riguroso silencio. No se encienden fuegos, ni se cortan palmas, por no ser descubiertos también ellos. Caminan en fila, uno en pos de otro, hasta la noche antes del asalto á la toldería enemiga : Por la mañana se forman en media luna, en cuyo centro están, separados de la línea, los capitanes respectivos y los flanteros. Delante, á una buena distancia, van tres ó cuatro espías. Estos son diestrísimos en este empleo. Ya se ponen de pie derecho en el caballo, ya echados, y ya también se cosen hacia la barriga tan estrechamente con los animales, que por poco no se distinguen de ellos. Si el enemigo vive descuidado, lo que rara vez sucede, lo coge en medio el escuadrón arqueado, matan, prenden y hacen destrozos. Si hay vigilancia, procuran huirse con más prisa que contento. Las jornadas que de ida les costaron un mes entero son materia de tres ó cuatro días en sus retiradas. Dáles alas el miedo. Entran en los toldos refiriendo mil patrañas por prodigio de su esfuerzo. Lo peor es cuando han tenido encuentro y salido con las manos en la cabeza. Guardan un grande silencio, con el mismo lloran los muertos, porque no desmerezca su valor en el concepto de otro.

CCXCII. *Motivo de las guerras.* — El motivo de salir los Guaycurús de su país á hacer guerra, no es dilatar sus dominios ó adquirir estados nuevos. No les obliga á

coger las armas lo infecundo ó estrecho del terreno que por todas partes es amplísimo y de las bellas calidades que ya se dijeron. La causa principal de llevar la guerra á tierras extrañas, es únicamente el interés de la presa y vengar los agravios que por tales ellos imaginan. Manifiestan una indecible ansia de tener cautivos y chicos de cualquiera otra nación, aun de la española. El que más tiene, goza una fama indeleble y autoridad grande en su toldo. Su valor se preconiza y casi es poca esfera la de su vida para los elogios.

CCXCIII. *Despojos de la guerra.* — Si han hecho algunas muertes, especialmente de cristianos, por despojos llevan también alguna cabeza. Ésta, arrastrada por los suelos, sirve de incentivo al furor de las viejas y de juguete á las flechas de los muchachos. Aquéllas, medio desnudas, y más esqueletos que la calavera, salen y dan vueltas por todo el toldo, cantando gozos y endechas. Á falta de la cabeza, es objeto de toda la fiesta la cabellera de alguno de los muertos. Entretanto el valeroso campeón recibe los parabienes de otros de su esfera é inhumanidad. Si llevan alguna ropa, se la visten, haciendo lucir con ella su fiereza. En todo caso lo que más procuran y aprecian son niños y niñas. Aunque sean de pecho se los llevan y hacen criar según sus bárbaros ritos y modales. De éstos tienen actualmente muchos de todas edades, hijos de españoles de la ciudad de la Asunción, y de la Villa de Curuguatí, como también de otras naciones. Las mujeres grandes merecen algun miramiento y cautivan algunas; otras y todos los hombres pasan por los filos de sus lanzas y alfanges.

CCXCIV. *Cuáles y quiénes son sus enemigos.* — Los enemigos que hasta hoy día sirven á los Guaycurús de ejercicio á su brutalidad y armas son muchos. En la banda oriental del río Paraguay, tienen infieles monteses ó de las selvas. Llámanlos por desprecio *etocoligi niguecnogodi* comedores de maíz. Éstos les dan sobrado cuidado y muchos sustos. Hacen los monteses con ventaja la guerra

desde sus breñas. El Guaycurú á caballo y en campo abierto, vale algo; de peón, no dará un paso. Los bosques son impenetrables y á todo seguro los que los habitan emplean sus flechas. Hacia el sur respecto de sus tierras tienen á los españoles, cuyas tierras han inundado de sangre cristiana, con ninguna reputación de sus armas de fuego, tan ventajosas. Hacia el norte y oriente mantienen guerra con los portugueses establecidos en Cuyabá, tierras sin disputa de España. Algunas funciones han logrado los Guaycurús contra las armas lusitanas, y tienen de esta nación algunos cautivos y cautivas que ví y me hablaron en los toldos de sus crueles amos. Por la parte de poniente rompen los Guaycurús con los infieles llamados de los españoles Lenguas y los Mbayás Nogogolodi y Enimaga. Mantienen con ellos un odio inextinguible, aunque confiesan que no consiguen con esta nación las ventajas que con otras. Son indios valerosos y de tolderías numerosas. Aun cuando acometen á los españoles, lo hacen al punto de mediodía. Viven en la orilla occidental del río Paraguay. En la misma orilla, más hacia el norte, están los Imonos, Caraos y Timinahas, todos de una nación, que es la Zamuca, é indios de la selva. En estos han hecho riza los Guaycurús, aunque en algunas ocasiones retiraron huyendo ajadas sus armas. Los pérfidos Payaguás á los cuales llaman Cachomododi, son amigos cuando les está á cuenta. No se fían de ellos y en varias reyertas les han cogido bastantes cautivos, que, casi como hermanos, tienen los Guaycurús en sus toldos.

CAPÍTULO XVIII

DE LAS ARMAS QUE USAN Y DE LO QUE OTROS AUTORES CUENTAN

CCXCV. *Sus armas y flechas.* — Tres géneros de armas usa cada Guaycurú en sus expediciones militares: flechas, lanza y alfange. Las primeras tienen más de dos varas de

largo y están compuestas de tres piezas. La punta ó lengüeta es de hueso, como ya se dijo. Lábranla con prolijidad y la dejan tan cortante por los lados que abre sin dificultad brecha. Por el medio conserva parte de la concavidad del hueso y parece acanalada. No le sacan aletas á los lados, pero con otro artificio dificultan que salga sin mucho dolor, si una vez entra. En la parte opuesta á la punta le hacen una pequeña curvatura, hasta la cual llega el cordel con que la aseguran á la otra pieza, quedando algo sobresaliente la dicha curvatura. Esta, que puede llamarse uña, no impide que la flecha penetre, y estorba que salga sin romper mucho la herida. La segunda parte es un palo del grosor del dedo menor, al que atan la dicha punta. Es correoso, liviano y de color que tira á morado. No se le conoce división de nudo alguno por su extremada pulidez. Este palo con el hueso hacen poco menos que la mitad inferior de la flecha. La otra mitad superior está compuesta de una especie de caña, sin nudos, fuerte y ligera. En su idioma la llaman *gocotogoco*. Críanse á la orilla de los ríos y en tierras anegadizas. Tiene el corazón esponjoso y las hay de varios tamaños en lo grueso. Las que sirven para las flechas son como el dedo índice, ó poco más gruesas. Si acompañara lo sólido á lo liso y leve, no hubiera cañas más cómodas para bastones de gente militar y política. Formada la flecha de estas tres piezas distintas, le ponen en la extremidad de la caña dos plumas vistosas con las cuales dan vuelo y hermosura á la saeta. Los arcos son proporcionados al largor de la flecha. Tienen de cumplido más de dos varas. Solamente un brazo de la robustez del Guaycurú podrá doblegar sus puntas. No usan carcaj ó aljaba. Cuando cargan las flechas, ó las llevan en la mano izquierda ó las ponen en la cintura entre el cinto ó algún cordel y el cuerpo, hacia abajo y mirando adelante las puntas, con bastante aire y bizarría.

CCXCVI. *Lanzas largas.* — Las segundas armas no son misivas, aunque tienen mucho alcance. Hacen gala de que el ástil de la lanza sea bien largo. Con mucho trabajo y

tiempo le labran del corazón del árbol *apenigo*, que es el que conocen los españoles con el nombre *tajiro* ó del que llaman *nitagigo*. Parecen formados á torno en lo igual y liso. Es palo pesado, y por eso y ser pesado, no enristran la lanza al modo que la gente blanca la juega. Ponen el codo igual á la cintura y levantan la mano hasta el hombro, sosteniendo la lanza: en esta postura dan el bote con tanta violencia que sacan al ginete de la silla.

CCXCVII. *Sus sables.* — Es también particular el modo con que esgrimen el alfange, otra de sus armas y la más apreciada. No tiran tajos y reveses, todo es dar golpes cortantes de alto á bajo. Son sablecitos que en precio de sus caballos han adquirido. Muchos les han dado los portugueses y no pocos para su degüello los españoles mismos. Gustan grandemente de este instrumento que también les sirve de cuchillo. Le limpian y afilan con mucha frecuencia y pocas veces salen de su toldo sin cargarle. No se le ciñen, sino le cuelgan del cuello, sacando á veces por el cordón un brazo, con que queda pendiente del hombro derecho á modo de banda. Ponen mucho esmero en lo lucido de la vaina, que llenan de planchitas de latón y aun de cuentas. Dúranles poco, porque los emplean en cuantos usos entran instrumentos de corte. Cuando no tienen alfanje, mantienen la ostentación de soldados en sola la vaina larga. Ponen en ésta un cuchillo malo ó bueno, según le hallan. Cuélgansela á su modo y afianzan su valor militar en un cuerpo sin alma.

CCXCVIII. *Reflexiones sobre la historia del Chaco.* — Ocurren ahora algunas reflexiones sobre la historia del Chaco. Celebra mucho la milicia Guaycurú, y dice que salen con el ejército tan grandes soldados, que ciertamente á su modo compiten con los de Flandes. Pase por gallardía del estilo. En lo que acierta es en decir que fuera de guerra viven con grande vigilancia. Mas no es así lo que añade « y muy arreglados á la disciplina militar ». Ninguna tienen, ni tampoco cuerpo de guardia en algún alto fuera de la estera ó toldo, ni centinela de noche y espías

más, y dos leguas á la redonda. En tierras enemigas hacen ésto mas en las suyas duermen á pierna suelta. Varias veces me admiré contemplando la poca vigilancia y total descuido en que vivían. Es cierto que cuando hay algún indicio de enemigos se ponen presto en armas, y las mujeres y criaturas se esconden en las selvas ú otros parajes. poniéndose en cobro. Poquísimo ó nada se ejercitan en tirar el arco, ni jamás los vimos tirar al blanco sino una vez, y lo hicieron tan mal, que les ganaban los Guaranís cristianos. En lo antiguo tendrían este ejercicio y las armas que les da dicha historia. No casan con sus hijas á los cautivos. aunque sean españoles, y lo tienen por punto de desdoro manchar su nobleza con la baja condición de sus criados.

CCIC. *Otras sobre lo mismo.* — Dice también que tienen sus grados, de que no ascienden á otros sino con ciertas condiciones y fiestas. Pone el primero de muchachos á los cuales llaman *nabbidagan*, que quiere decir sucios ó negros, por el color de que andan embijados. La palabra debe escribirse de este modo: *napidagaga*. Los muchachos traen la pintura, que sus padres les ponen y por lo común es colorada de *nibadena*. Nadie les manda porque se crían con mucha condescendencia. Hacen lo que quieren y ni á sus padres sirven. Este es ejercicio de criados. El segundo grado es de mancebos y van entrando en el orden de soldados. Dice que dichos jóvenes se pintan de colorado de pies á cabeza. Esto es de todos chicos y grandes. También que en una redecilla recogen con gracia el pelo. Los mancebos le tienen tusado y la redecilla la usan también los chicos y los veteranos cuando quieren. Lo que añade es gracioso. Dice que á los tales les tratan ya los principales con respeto, llamándolos *figen*, que corresponde en nuestro castellano á usted. En el idioma Guaycurú falta la letra F, y así no se como se forjó la tal palabra. T odo el mundo se trata de tú por tú sin más títulos ni ceremonias. Conjeturo que algún español preguntaría, ¿qué es ésto, ó aquél muchacho, etc.? y respondió el Guaycurú co-

mo suelen *qui-migeni*, qué sé yo? ó pudo decir *tigeni*, no sé. Mal oída la palabra, se alteró, y se le dió un significado arbitrario. La prueba para recibir este grado de mancebo los soldados, es penosa. Un soldado veterano les traspasa el miembro natural y en otras partes con un hueso de tigre aguzado: con la sangre que sale le untan de pies á cabeza, y queda graduado, con tal que haya estado como insensible y sin dar la menor muestra de dolor, porque esto fuera manifestar cobardía. Acabada esta carnicería hay solemne borrachera y el neosoldado tira á la multitud cuanto tiene apreciable, como cuentas de vidrio, cuchillo, manta, etc. Del tercer grado que pone la historia no supimos que le haya: le habrán dejado, como muchas cosas que se leen en ella. La mejor prueba de soldado veterano es ir contra sus enemigos y traer alguna cabeza ó cabellera. Por esto á los veteranos llaman *niodagaguadi*, instrumentos por medio de los cuales comemos. Porque con los despojos de los enemigos y la caza mantienen su reputación y familia.

CCC. *Otras en el mismo asunto.* — La distinción que pone entre soldados bisoños y veteranos, la cual dice que consiste en el pelo, modo de traerle, y en las pinturas, no la conservan al presente. Ni tampoco se agujerean la ternilla de la nariz para traer colgada una plumita ó alguna planchita de plata. Creo que esto nació de equivocación. Agujeréanse el labio inferior de que cuelgan el barbote ó *napidigi*, como ya se dijo. Pareceríale á algún español que pendía de la ternilla de la nariz que dista poco de la boca. No llaman á la dicha flechilla *mbetá*, que no es su lengua sino guaraní, en la cual se dice el barbote *tembetá* y hasta hoy le usan los infieles monteses del mismo idioma guaraní. Es falso que nunca se despojen del brazalete del brazo izquierdo tejido de cerdas. Ordinariamente andan sin él, y su principal uso es cuando han de usar el arco y flechas. No se ciñen el cinto por debajo del ombligo sino en la cintura. Entre él y el cuerpo llevan metido por un lado, como los arrieros la vara, el garrote al

que llaman *nebo*, como ya se dijo en otra parte. Por todo lo dicho se echa de ver que el valor de la nación Eyiguayegui queda muy desacreditado por el desconcierto en sus funciones militares. Merecieran estatua en el templo de Marte si su furia no fuera bárbara y acompañada de cobardía que muestran en la fuga precipitada. Las voces nacidas del aturdimiento al verlos en campaña los han sublimado poco menos que al honor de héroes, sacándoles de la jerarquía de infieles, que jamás presentan á su enemigo la cara sino en grande distancia. De este modo á expensas del valor español impresionado ha cobrado alientos la desarreglada milicia de unos bárbaros, hechos el terror de las poblaciones circunvecinas.

Norte

Belen

Rio Ypané

Plano Primero desde la Reduccion de Nra Señora de Belen de Indios ... hasta las dos ... o Pueblos del Paraná, nombrados el primero S. Estanislao y el segundo S. Joachim

Estos dos Pueblos se componen de Indios Guaranis, sacados de los bosques por los ... de la Compañia de Jesus

Oriente

Laguna en el bosque

Colinas del ...

Rio ...

Pantanos ...

... formada de ...

Lomas de ...

R. ... olivos

Naranjal

A.

Laguna

R. ...

Bosque 1.

Bosque 2.

R.

S. Joachim

Rio Paraguay

Poniente

Sud

INDICE

PARTE SEGUNDA

VIAJE DESDE LA REDUCCIÓN DE BELÉN HASTA LAS MISIONES DE LOS CHIQUITOS, AÑO DE 1766

VIAJE DESDE EL PUEBLO DEL SANTO CORAZÓN DE JESÚS HASTA BELÉN, AÑO 1767

NOTICIA DE LAS MISIONES DE LOS INDIOS CHIQUITOS

PARTE TERCERA

INDIOS EYIGUAYEGUIS

Crane
R

Date Due

F2684 .S21 v.1
El Paraguay catolico, homenaje de la
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00071 3547